

TOM CLANCY

Jaque al poder

(Op-Center)

Con la colaboración de Steve Pieczenik

Traducción de
TERESA ARIJÓN

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría agradecer a Jeff Rovin por sus ideas creativas y su invaluable contribución en la preparación del manuscrito. También querríamos agradecer la asistencia de Martin H. Greenberg, Larry Segriff, Robert Youldeman, Esq., y a la maravillosa gente de The Putnam Berkley Group, entre ellos Phyllis Grann, David Shanks y Elizabeth Beier. Como siempre, vaya nuestro especial agradecimiento a Robert Gottlieb de la agencia William Morris, nuestro agente y amigo, porque sin él este libro jamás hubiera sido concebido. Pero el agradecimiento más importante es para ustedes, nuestros lectores, por decidir que nuestro trabajo conjunto sería un éxito.

TOM CLANCY Y STEVE PIECZENIK

1

Martes, 16.10, Seúl

Gregory Donald bebió un trago de escocés y su mirada recorrió el bar atestado.

—¿Alguna vez te descubriste pensando en el pasado, Kim? No me refiero a lo que pasó esta mañana o la semana pasada, sino... en el pasado.

Kim Hwan, delegado director de la Agencia Central de Inteligencia Coreana, utilizó una bombilla de plástico rojo para pescar la rodaja de limón que flotaba en su Coca-Diet.

—Para mí, Greg, esta mañana es el pasado. Particularmente en días como éste. Qué no daría yo por estar en el bote pescando con mi tío Pak en Yangyang.

Donald rió.

—¿Sigue siendo el mismo cascarrabias de antes?

—Todavía más cascarrabias, si eso fuera posible. ¿Recuerdas que le gustaba tener dos botes de pesca? Bueno, se deshizo de uno. Dijo que no podía tolerar tener un socio. Pero algunas veces preferiría estar peleando contra los peces y las tormentas y no contra los burócratas. Tú ya sabes cómo era eso.

Por el rabillo del ojo, Hwan observó cómo los dos hombres que estaban sentados a su lado pagaban la cuenta y se iban.

Donald asintió.

—Me acuerdo muy bien. Por eso me retiré.

Hwan se inclinó para acercarse más, mirando a su alrededor. Entrecerró los ojos, y los rasgos claros y marcados de su rostro adquirieron un aire conspirativo.

—No quise decir nada mientras los editores de la *Prensa de Seúl* estaban sentados aquí, ¿pero te diste cuenta de que me han prohibido usar los helicópteros hoy?

Donald arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Están locos?

—Peor. Son imprudentes. Los monos de la prensa dijeron que el vuelo constante de los helicópteros sobre sus cabezas haría demasiado ruido y estropearía las ondas de sonido. Así que, si pasa algo, no habrá vigilancia aérea.

Donald terminó su escocés, y luego metió la mano en el bolsillo interno de su chaqueta de tweed.

—Es molesto, pero todo es igual aquí, Kim. Los mercaderes se han apoderado del talento. Así funcionan el trabajo de inteligencia, el gobierno, y hasta la Sociedad de Amigos. Ya nadie se arroja a la pileta. Todo debe ser estudiado y evaluado hasta que tu iniciativa sea más fría que Custer.

Hwan sacudió lentamente la cabeza.

—Me sentí desilusionado cuando te negaste a unirme a los grupos de investigación, pero fuiste astuto. Olvídate de mejorar la manera de funcionar de la agencia: paso la mayor parte del tiempo luchando solo para mantener el *statu quo*.

—Pero nadie lo hace mejor que tú.

Hwan sonrió.

—Porque yo amo la agencia, ¿verdad?

Donald asintió. Había sacado del bolsillo su pipa de espuma de mar Block y un paquete de tabaco Balkan Sobranie.

—Dime... ¿estás esperando que hoy haya problemas?

—Hemos recibido amenazas y advertencias de la acostumbrada lista de radicales, revolucionarios y locos, pero sabemos quiénes son y dónde están y los estamos vigilando. Son como esos fanáticos excéntricos que llaman a Howard Stern después de cada show. La misma madera, distinto día. Pero la mayoría son pura palabra.

Donald volvió a arquear las cejas mientras colocaba un poco de tabaco en su pipa.

—¿Tienes a Howard Stern?

Hwan terminó su refresco.

—No. Escuché cintas de contrabando cuando desbaratamos un anillo pirata la semana pasada. Vamos, Greg, tú conoces este país. El gobierno piensa que Oprah es demasiado arriesgado la mayor parte del tiempo.

Donald soltó una carcajada y, mientras Hwan se daba vuelta y le decía algo al mozo, sus ojos azules volvieron a recorrer lentamente el salón oscuro.

Había pocos coreanos del Sur, pero siempre había sido así en los bares que rodeaban la casa de gobierno, la mayoría era gente de la prensa internacional: Heather Jackson de CBS, Barry Berk del *New York Times*, Gil Vanderwald de *The Pacific Spectator*, y otros más en quienes no le importaba pensar y a quienes no le interesaba hablarles. Por eso había llegado temprano al bar y se había sentado en un rincón oscuro y apartado, y por eso su esposa Soonji no se había unido a ellos. Igual que Donald, ella sentía que la prensa jamás había sido justa con él: ni cuando era embajador en Corea veinte años atrás, ni cuando era consejero en asuntos coreanos del Centro de Operaciones apenas tres meses atrás. Pero, a diferencia de su marido, Soonji se enfureció por la prensa negativa. Gregory había

aprendido hacía mucho tiempo a perderse en su pipa de mar, hecho que lo reconfortaba y le hacía recordar que, igual que una bocanada de humo de pipa, los titulares de un diario duran apenas un instante.

El mozo iba y venía y Hwan giró la cabeza, clavando sus ojos oscuros en Donald. Su brazo derecho estaba apoyado blandamente sobre el mostrador.

—¿Entonces a qué vino tu pregunta? —inquirió Hwan—. Eso de pensar en el pasado.

Donald terminó de poner el tabaco en la pipa.

—¿Recuerdas a un tipo llamado Yunghil Oh?

—Vagamente —dijo Hwan—. Daba clases en la agencia.

—Fue uno de los padres fundadores de la división de psicología —dijo Donald—. Un caballero anciano y fascinante nacido en Taegu. Cuando llegué aquí por primera vez en 1952, Oh acababa de irse. En realidad, lo habían echado a patadas. La KCIA estaba haciendo grandes esfuerzos para establecerse y adoptar el estilo norteamericano, con un grupo de inteligencia último modelo y, cuando no daba conferencias sobre guerra psicológica, Oh se dedicaba a introducir aspectos de Chondokyo.

—¿Religión en la KCIA? ¿Fe y espionaje?

—No exactamente. Era una suerte de manera espiritual, celestial diría yo, de aproximarse a las deducciones e investigaciones que él mismo había desarrollado. Decía que las sombras del pasado y el futuro nos rodean todo el tiempo. Creía que a través de la meditación, reflexionando acerca de la gente y los acontecimientos que fueron y serán, podíamos tocarlas.

—¿Y?

—Y que nos ayudarían a ver con mayor claridad el presente.

Hwan sonrió despectivamente.

—No me asombra que lo despidieran.

—Él no era para nosotros —coincidió Donald—. Y, francamente, creo que Oh no tenía los pies sobre la tierra. Pero no deja de ser gracioso. Cada vez estoy más convencido de que estaba en la pista de algo... y que estaba muy cerca, si no había llegado ya.

Donald buscó fósforos en su bolsillo. Hwan observó escrutadoramente a su antiguo mentor.

—¿Algo que se pudiera tocar?

—No —admitió Gregory—. Sólo una sensación.

Hwan se rascó lentamente el antebrazo derecho.

—Siempre tuviste verdadero interés en la gente poco común.

—¿Por qué no? Siempre puedes aprender algo de ellos.

—Como ese viejo maestro de tae-kwon-do. El que trajiste para que nos enseñara naginata.

Donald encendió un fósforo de madera y, sosteniendo la pipa en su mano izquierda, arrimó la llama al tabaco.

—Ése fue un buen programa, y deberían haberlo ampliado. Nunca sabes cuándo estarás desarmado y tendrás que defenderte con un diario enrollado o con...

El cuchillo de cocina voló arteramente bajo el antebrazo derecho de Hwan al tiempo que él se deslizaba del taburete del bar.

En el mismo instante Donald se echó hacia atrás como un arco y, todavía con la pipa en la mano, giró la muñeca y dirigió la boquilla Block contra Hwan. Detuvo la veloz embestida del cuchillo y, envolviéndolo con la pipa en sentido contrario a las agujas del reloj, de modo que la boquilla apuntara directamente hacia abajo, desvió la hoja hacia la izquierda.

Hwan retiró el cuchillo y volvió a arremeter; Donald atrapó su mano en el aire y nuevamente desvió el golpe hacia la izquierda, y volvió a hacerlo una tercera vez. Su joven oponente iba lento esta vez, inclinándose hacia la derecha; el codo de Donald se ladeó, bajó la boquilla para encontrar el cuchillo, y nuevamente detuvo el golpe.

El delicado *clic-clac* de la pelea atrajo la atención de la gente que los rodeaba. Las cabezas se volvían en dirección a los hombres que se batían a duelo, cuyos brazos se movían hacia adentro y hacia afuera como pistones, y cuyas muñecas pivotaban con precisión y fineza.

—¿Esto es de verdad? —preguntó un técnico con remera de la CNN.

Ninguno de los dos dijo una palabra. Parecían haberse olvidado de todo mientras luchaban, se clavaban mutuamente los ojos, y tenían la expresión calma y el cuerpo inmóvil, excepto los brazos izquierdos. Respiraban agitadamente por la nariz, y tenían los labios apretados con fuerza.

Las armas seguían moviéndose vertiginosamente mientras la multitud encerraba a los combatientes formando un semicírculo compacto. Finalmente, hubo una serie cegadora de golpes: Hwan arremetió, Donald atrapó el cuchillo en octava, lo llevó a sexta, y luego usó un movimiento *prise-de-fer* para girar lentamente la mano de Hwan. Donald prosiguió tomando apenas el cuchillo, dándole un golpe duro en séptima, y clavando la hoja en el suelo.

Sus ojos seguían clavados en los de Hwan; con un levísimo movimiento de su mano derecha, Donald apagó el fósforo que todavía ardía.

La multitud estalló en vítores y aplausos, y varias personas se acercaron a palmear a Donald en la espalda. Hwan hizo una mueca burlona y extendió la mano. Sonriendo, Donald la estrechó entre las suyas.

—Sigues siendo asombroso —dijo Hwan.

—Te contuviste todo el tiempo...

—Sólo en el primer movimiento, en caso de que reaccionaras lentamente. Pero no. Te mueves con la rapidez de un fantasma.

—¿Un fantasma? —dijo una dulce voz detrás de Donald.

Donald se dio vuelta mientras su esposa avanzaba hacia él, abriéndose paso entre la maraña de espectadores. Su joven belleza captó las miradas de los hombres de prensa.

—Fue una exhibición desvergonzada —le espetó a su marido—. Como ver al inspector Clouseau y su mayordomo.

Hwan hizo una profunda reverencia y Donald rodeó con el brazo la fina cintura de su mujer. La estrechó contra sí y le dio un beso.

—No la pensamos para que tú la vieras —dijo Donald, encendiendo otro fósforo y por fin prendiendo su pipa. Miró el reloj luminoso de la pared del bar—. Creía que íbamos a encontrarnos en la tribuna dentro de quince minutos.

—Hace.

Él la miró con curiosidad.

—Hace quince minutos. Donald bajó los ojos. Se pasó la mano por el cabello grisáceo.

—Lo siento. Kim y yo empezamos a comprar historias de horror y profundas filosofías personales.

—Muchas de ellas resultaron ser la misma cosa —agregó Hwan.

Soonji sonrió.

—Tenía la sensación de que después de dos años sin verse ustedes tendrían mucho de que hablar. —Miró a su esposo—. Querido, si quieres seguir hablando o peleando con otros utensilios después de la ceremonia puedo cancelar la cena con mis padres...

—No —intervino rápidamente Hwan—. No hagas eso. Tengo que hacer el análisis posterior al acontecimiento, y eso me llevará muchas horas. Además, conocí a tu padre en la boda. Es un hombre muy robusto. Trataré de ir a Washington lo más pronto posible y pasaré un tiempo con ustedes dos. Tal vez pueda encontrar una esposa norteamericana, ya que Greg se ha quedado con la mejor mujer de toda Corea.

Soonji le dedicó una pequeña sonrisa.

—Alguien tenía que enseñarle a vivir tranquilo.

Hwan le ordenó al mozo que pusiera los tragos en la cuenta de la KCIA, recogió el cuchillo, lo dejó encima del mostrador y miró a su viejo amigo.

—Pero antes de irme quiero decirte esto: te extrañé, Greg.

Donald señaló el cuchillo.

—Me alegro.

Soonji lo besó en el hombro. Él giró la cabeza y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo digo de verdad —insistió Hwan—. He pensado muchísimo en los años posteriores a la guerra, cuando te hiciste cargo de mí. Aunque mis padres hubieran estado vivos, no pude haber tenido una familia más amante.

Hwan hizo una rápida inclinación de cabeza y se fue; Donald bajó los ojos.

Soonji lo miró irse, luego apoyó una mano grácil sobre el hombro de su marido.

—Había lágrimas en sus ojos.

—Lo sé.

—Salió rápidamente porque no quería molestarte.

Donald asintió, luego miró a su esposa, a la mujer que le había demostrado que sabiduría y juventud no son mutuamente excluyentes... y que fuera de que lleva más tiempo levantarse por las mañanas, la edad era realmente un estado mental.

—Eso es lo que lo hace tan especial —dijo Donald mientras Hwan salía a la brillante luz del sol—. Kim es suave por dentro y duro por fuera. Yunghil Oh solía decir que ésa era la armadura para cualquier eventualidad.

—¿Yunghil Oh?

Donald la tomó de la mano y la guió fuera del bar.

—Un hombre que trabajaba en la KCIA, alguien que me hubiera gustado conocer un poco mejor.

Dejando una levísima huella de humo tras él, Donald escoltó a su mujer hasta el amplio y atestado Chonggyechonno. Rumbo al norte, caminaron tomados de la mano hacia el imponente Palacio Kyongbok, construido por primera vez en 1392 y reconstruido en 1867. A medida que se acercaban, comenzaron a ver la larga tribuna azul destinada a los VIP, y lo que prometía ser una curiosa mezcla de aburrimiento y espectáculo: Corea del Sur celebrando el aniversario de la elección de su primer presidente.

2

Martes, 17.30, Seúl

El sótano del maldito hotel tenía el olor de la gente que dormía allí todas las noches; el aroma a suciedad mezclada con alcohol de los pobres y olvidados, aquellos para quienes este día, este aniversario, sólo significaba la oportunidad de que la gente que se acercaba a mirar les arrojara algunas monedas extra. Pero aunque los huéspedes permanentes se habían ido a mendigar el pan diario, el pequeño cuartucho de ladrillo no estaba vacío.

Un hombre levantó la ventana a nivel de la calle y se deslizó adentro, seguido por otros dos. Diez minutos antes, los tres habían estado en su propio cuarto de hotel en el Savoy, su base de operaciones, donde cada uno se había vestido con ropa de calle común. Cada hombre llevaba un talego negro sin marcas; dos de ellos los llevaban con respeto pero el tercero, que usaba un parche sobre el ojo, no parecía darle importancia. Entró al lugar donde los sin techo habían guardado sillas rotas y harapos, colocó su talego encima de un antiguo escritorio de escuela, de madera apolillada, y abrió el cierre. Sacó un par de botas del interior del talego y se las entregó a uno de los hombres; el segundo par fue a parar a las manos del otro hombre, y Parche-en-el-ojo se quedó con el tercero.

Con rapidez, los tres hombres se quitaron las botas que llevaban puestas, las escondieron en una pila de zapatos viejos, y se pusieron el par nuevo. Parche-en-el-ojo volvió al talego y sacó una botella de agua mineral antes de arrojarlo a un rincón oscuro del sótano. El talego no estaba vacío, pero en este momento no necesitaban lo que tenía adentro.

Vamos rápido, pensó Parche-en-el-ojo. *Si todo iba bien, muy rápido.*

Con la botella de agua mineral en la mano enguantada, Parche-en-el-ojo volvió a la ventana, la levantó, y miró hacia afuera.

El callejón estaba despejado. Hizo un gesto afirmativo a sus compañeros.

Después de espiar por la ventana, Parche-en-el-ojo se dio vuelta y ayudó a los otros con sus talegos. Cuando volvieron al callejón

abrió la botella de plástico y los tres hombres bebieron casi toda el agua; cuando quedaba cerca de un cuarto de botella todavía lleno, se trepó al contenedor de desperdicios y se quedó allí de pie, desparramando agua por todas partes.

Después, con los dos talegos en mano, los hombres atravesaron el sucio callejón, asegurándose de pisar el agua mientras iban rumbo al Chonggyechonno.

Quince minutos antes de que comenzaran los discursos, Kwang Ho y Kwang Lee —K-Uno y K-Dos, como los llamaban sus amigos de la oficina de prensa del gobierno— estaban realizando la última prueba del sistema de sonido.

Alto y esbelto, K-Uno estaba de pie en el podio, y su chaqueta de franela roja contrastaba absolutamente con el edificio estatal detrás de él.

A trescientas yardas de distancia, detrás de la tribuna, el alto y robusto K-Dos estaba sentado en la camioneta de sonido, inclinado sobre una consola y protegido por auriculares que captaban todo lo que su socio estaba diciendo.

K-Uno se detuvo frente a uno de los tres micrófonos, el que estaba más a la izquierda.

—Hay una señora extremadamente gorda sentada en lo alto de la tribuna —dijo—. Creo que los asientos pueden venirse abajo.

K-Dos sonrió y resistió la tentación de hacer salir al aire la voz de su colega. En cambio, presionó un botón de la consola que tenía ante él: se encendió una luz roja debajo del micrófono, indicando que el micrófono estaba funcionando.

K-Uno lo cubrió con su mano izquierda y se trasladó al micrófono del centro.

—¿Te imaginas lo que sería hacerle el amor a esa gorda? —dijo K-Uno—. Podrías ahogarte sólo con su transpiración.

La tentación era cada vez más fuerte. Pero K-Dos presionó el siguiente botón de la consola. Se encendió la luz roja.

K-Uno cubrió el micrófono central con la mano derecha y habló por el tercero.

—Oh —dijo K-Uno—, lo siento muchísimo. Es tu prima Ch'un. No me había dado cuenta, Kwang. De verdad.

K-Dos presionó el último botón y miró cómo K-Uno caminaba hacia la camioneta de la CNN para asegurarse de que el retorno de la camioneta de prensa funcionaba bien. Sacudió la cabeza. Algún día lo haría. De verdad lo haría. Esperaría a que el estimado ingeniero de sonido dijera algo realmente comprometedor y...

De pronto, el mundo se volvió negro y K-Dos cayó violentamente contra su consola.

Parche-en-el-ojo arrojó al hombre robusto al piso de la camione-

ta de sonido y se metió la cachiporra en el bolsillo. Mientras él comenzaba a desatornillar la tapa de la consola, uno de los dos hombres restantes abría rápidamente los talegos y el otro se quedaba de pie junto a la puerta, cachiporra en mano, por si alguien se acercaba.

Trabajando a gran velocidad, Parche-en-el-ojo levantó la tapa metálica, la apoyó contra la pared, y examinó los cables. Cuando encontró el que estaba buscando, miró el reloj. Tenían siete minutos.

—Rápido —gruñó.

El otro hombre asintió y comenzó a sacar cuidadosamente el paquete de explosivos de cada talego. Los colocó debajo de la consola, fuera del alcance de la vista; cuando terminó, Parche-en-el-ojo sacó dos cables de los talegos y se los entregó. El hombre insertó el extremo de un cable en cada paquete explosivo, luego le entregó los otros dos extremos a Parche-en-el-ojo.

Parche-en-el-ojo miró la pequeña ventana del podio. Los políticos habían comenzado a entrar. Traidores y patriotas estaban conversando amigablemente sin resquemores; nadie se daría cuenta de que algo andaba mal.

Al apagar las tres llaves que controlaban los micrófonos, Parche-en-el-ojo anudó rápidamente el extremo de los cables del explosivo a los cables del sistema de sonido. Cuando hubo terminado, Parche-en-el-ojo puso la tapa metálica de nuevo en su sitio.

Cada uno de sus hombres tomó un talego vacío y, tan silenciosamente como habían entrado, los tres hombres abandonaron el lugar.

3

Martes, 3.50, Chevy Chase, Maryland

Paul Hood se dio vuelta y miró el reloj. Luego se tendió de espaldas y deslizó la mano a través de su cabello negro.

Ni siquiera cuatro. Maldición.

No tenía sentido; nunca lo había tenido. No había catástrofes a la vista, ni situaciones en marcha, ni crisis en lontananza. Pero la mayoría de las noches desde que se habían mudado allí, su mentecilla activa le había impedido amablemente dormir diciéndole: “*¡Cuatro horas de sueño bastan, señor director! Es hora de levantarse y preocuparse por algo.*”

Al demonio con eso. El Centro de Operaciones le ocupaba un promedio de doce horas la mayor parte de los días, y algunas veces —durante una situación con rehenes o un combate— exactamente el doble. No era justo que también lo hiciera su prisionero en las escasas horas de la noche.

Como si pudieras hacer otra cosa. Desde sus comienzos como banquero inversor, pasando por su desempeño como delegado asistente de la Secretaría del Tesoro, hasta gobernar una de las ciudades más bizarras e intoxicantes del mundo, siempre había sido un prisionero de su mente. Constantemente se preguntaba si había una manera mejor de hacer algo, o un detalle que acaso había pasado por alto, o alguien a quien se había olvidado de agradecer o reprochar... o incluso besar. Paul se frotó mecánicamente la mandíbula, de líneas fuertes y arrugas profundas. Luego contempló a su esposa, acostada a su lado.

Dios bendiga a Sharon. Siempre se las arreglaba para dormir el sueño de los justos. Pero claro, se había casado con él y eso dejaría exhausto a cualquiera o lo obligaría a visitar a un abogado. O las dos cosas a la vez.

Resistió la tentación de tocar su cabello rubio rojizo. Por lo *menos* su cabello. La luna llena de junio bañaba el esbelto cuerpo de Sharon con su luz blanca y poderosa, y le daba la apariencia de una estatua griega. Tenía cuarenta y un años, era de tipo nórdico y parecía diez años menor: y aún tenía la energía de una muchacha de veinte. Sharon era sorprendente, de verdad. Cuando él era alcalde

de Los Angeles, llegaba a casa y cenaba tarde, usualmente hablaba por teléfono entre la ensalada y el postre, mientras ella acostaba a los niños. Luego se sentaba con él o se acurrucaba en la cama y mentía de manera muy convincente: diciéndole que no había ocurrido nada importante, que su trabajo como voluntaria en la guardia pediátrica de Cedar marchaba a la perfección. Ella se contenía para que él pudiera abrirse y contarle todos los problemas del día sin remordimientos.

No, recordó. Nunca ocurría nada importante. Excepto los terribles ataques de asma de Alexander o los problemas de Harleigh con los compañeros de escuela o las odiosas llamadas y cartas y encomiendas de la derecha radical, la extrema izquierda y, alguna vez, el correo expreso de una unión bipartidaria de ambas extremas.

Nada ocurría.

Una de las razones por las que había optado no presentarse a la reelección era que sentía que sus hijos estaban creciendo sin él. O él estaba envejeciendo sin ellos... no estaba seguro de cuál de las cosas lo perturbaba más. E incluso Sharon, su roca fiel, había comenzado a presionarlo, por el bien de todos ellos, para que encontrara una actividad menos absorbente.

Seis meses atrás, cuando el presidente le había ofrecido la dirección del Centro de Operaciones, una nueva agencia autónoma de gran envergadura que la prensa todavía no había descubierto, Hood se estaba preparando para retornar a la actividad como banquero. Pero cuando mencionó la oferta a su familia, su hijo de diez años y su hija de doce quedaron extasiados con la idea de mudarse a Washington. Sharon tenía familia en Virginia... y como bien sabían él y Sharon, el trabajo de la toga y la daga debía necesariamente ser más interesante que ocuparse de cheques y dólares.

Paul se tendió de costado, y estiró la mano a pocos milímetros del alabastrino hombro desnudo de Sharon. Ninguno de los periodistas de Los Angeles se había dado cuenta. Veían el encanto y la sabiduría de Sharon, y sabían que hacía magia para alejar a la gente del consumo de grasas en su programa semanal de cable *Informe McDonnell Sobre Alimentos Saludables*, pero jamás se habían dado cuenta de que la fuerza y la estabilidad de Sharon habían sido fundamentales para su triunfo.

Movió la mano en el aire, a lo largo del níveo brazo de su esposa. Tendrían que hacerlo en alguna playa algún día. En algún lugar donde a ella no le preocupara que los niños escucharan ni sonara el teléfono ni se oyera el camión compactador de desperdicios. Hacía mucho tiempo que no iban a ninguna parte. En realidad, no habían ido a ninguna parte desde que se habían mudado a Washington. Si solamente pudiera relajarse, y dejar de preocuparse por el funcionamiento del Centro de Operaciones. Mike Rodgers era un hombre muy capaz, pero con su suerte la agencia afrontaría su

primera gran crisis mientras él descansaba en la isla Pitcairn, y volver le tomaría varios días. Moriría si Rodgers lo abandonaba en un caso así...

Ahí vamos otra vez.

Paul sacudió la cabeza. Aquí estaba, acostado junto a una de las damas más sensuales y adorables de la ciudad, y su mente se dedicaba al trabajo. No era hora de hacer un viaje, dijo para sí mismo. Era hora de hacerse una lobotomía.

Una mezcla de amor y deseo lo invadió al observar la lenta respiración de Sharon, sus pechos elevándose... llamándolo, fantaseó. Extendió la mano sobre el brazo de su esposa y alcanzó con los dedos los botones de su camisón. Que se despierten los niños. ¿Qué podrían oír? ¿Que él amaba a su madre, y que ella lo amaba a él?

Sus dedos empezaban a rozar el camisón de seda cuando escuchó un grito en la habitación contigua.

Martes, 17.55, Seúl

—Realmente deberías pasar más tiempo con él, Gregory. Estás radiante, ¿te das cuenta?

Donald golpeó suavemente su pipa contra el asiento de la tribuna. Miró cómo las cenizas caían desde la fila superior a la calle, luego volvió a poner la pipa en su caja.

—¿Por qué no le haces una visita de una o dos semanas? Puedo manejar sola la Sociedad.

Donald la miró a los ojos.

—Porque ahora te necesito a ti.

—Puedes tenernos a los dos. ¿Cómo era esa canción de Tom Jones que mi madre siempre cantaba? “Mi corazón tiene suficiente amor para dos...”

Donald se rió.

—Soonji, Kim hizo por mí mucho más de lo que imagina. Llevarlo todos los días del orfanato a mi casa me ayudó a mantener la cordura. Había una suerte de equilibrio kármico entre su inocencia y las mutilaciones criminales que planeábamos en la KCIA y cuando trabajaba en la embajada.

Soonji frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver eso con que lo veas más a menudo?

—Cuando estamos juntos... creo que en parte es algo cultural, y en parte Kim, pero nunca pude infundirle algo que los niños norteamericanos aprenden fácilmente: olvídate de los demás y trata de pasarlo bien.

—¿Cómo puedes esperar que él te olvide?

—No espero que me olvide, pero él siente que no puede hacer cosas por mí, y se lo toma muy a la tremenda. La KCIA no tiene cuenta en ese bar. Él sí. Sabía que no ganaría nuestra pelea, pero estaba dispuesto a aceptar la humillación pública por mí. Cuando estamos juntos, lleva su sentimiento de obligación consigo, atado al cuello como una piedra de molino. No quiero que eso lo perjudique.

Soonji lo tomó del brazo con suavidad y se echó el cabello hacia atrás con la mano libre.

—Estás equivocado. Deberías permitir que te ame como él necesita amarte... —Tuvo un escalofrío y luego se quedó rígida.

—¿Soon? ¿Qué pasa?

Soonji miró hacia el bar.

—Los aros que me regalaste para nuestro aniversario. Perdí uno.

—Tal vez lo dejaste en casa.

—No. Lo tenía puesto en el bar.

—Es verdad. Lo sentí cuando te acaricié la mejilla...

Soonji le clavó los ojos.

—Ahí fue cuando lo perdí. —Se levantó y corrió hacia el extremo de la tribuna—. ¡Enseguida vuelvo!

—¿Por qué no los llamamos? —gritó Donald—. Alguien aquí debe tener un teléfono celular...

Pero ella ya se había ido. Se las había ingeniado para bajar los escalones entre la multitud y, un momento después, ya estaba en la calle rumbo al bar.

Donald se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

La pobre chica quedaría desolada si el aro se había perdido. Él había mandado hacer especialmente esos aros para su segundo aniversario, con dos pequeñas esmeraldas, la piedra favorita de Soonji. Podría mandarlos hacer nuevamente, pero no sería lo mismo. Y Soonji *sentiría* muchísima culpa por la pérdida.

Donald sacudió la cabeza lentamente. ¿Qué pasaba con él, que cada vez que demostraba amor a alguien volvía en forma de dolor? Kim, Soonji...

Tal vez fuera él. Un mal karma o pecados de vidas pasadas o quizá fuera un gato negro en la vida.

Echándose hacia atrás, Gregory dirigió la mirada al podio cuando el presidente de la Asamblea Nacional se acercaba al micrófono.

Martes, 18.01, Seúl

Pat Duk tenía cara de gato, redonda y despreocupada, con ojos sabios y alertas.

Cuando se levantó de su butaca y se acercó al podio, la gente de la tribuna y la multitud que se agolpaba debajo estallaron en aplausos. Duk levantó las manos en señal de agradecimiento, majestuosamente enmarcado por el palacio estatal, con sus jardines amurallados y su imponente colección de pagodas antiguas de todas partes del país. Gregory Donald rechinó los dientes, se contuvo, y luego recuperó su expresión neutral. Como presidente de la Sociedad de Amigos Norteamericano-coreana en Washington, tenía que mantenerse apolítico en lo atinente a asuntos de Corea del Sur. Si el pueblo deseaba la reunificación con el Norte, debía acompañar amablemente esa decisión del pueblo. Al menos en público. Si el pueblo no la deseaba, debía estar de acuerdo con ellos... en público.

En privado, lo anhelaba profundamente. Norte y Sur tenían mucho que ofrecerse mutuamente, y también mucho que ofrecer al mundo, en cuanto a cultura, religión y economía, y el total sería mucho mayor que ambas partes por separado. Duk, veterano de la guerra y feroz anticomunista, se oponía incluso a hablar del tema. Donald hubiera podido respetarlo políticamente, si al menos lo intentara... pero jamás podría respetar a nadie para quien un tema resultara desagradable al punto tal de negarse a debatirlo. Personas como ésas eran tiranos en potencia.

Después de un prolongadísimo aplauso, Duk bajó las manos, se inclinó hacia el podio, y habló. Aunque sus labios se movieron, no se escuchó una sola palabra.

Duk se echó hacia atrás y, con una enigmática sonrisa digna del gato de Cheshire, golpeó suavemente el micrófono.

—¡Unificacionistas! —afirmó, dirigiéndose a los políticos sentados en hilera detrás de él, y varios aplaudieron con desgano. Se escucharon vítores de algunos miembros de la multitud que alcanzaron a oírlo.

Donald se permitió sufrir un ligero escalofrío. Duk realmente le repugnaba, tanto por su estilo llano como por el creciente número de sus seguidores.

Un relámpago rojo atrapó la mirada de Donald cuando, desde algún lugar detrás de la augusta reunión de políticos, una figura de chaqueta de franela roja salió corriendo en dirección a la camioneta de sonido.

Evidentemente, no habían calculado bien el tiempo para iniciar la transmisión. Donald recordó que, en las Olimpiadas de 1988, los comprensivos y sensatos coreanos del Sur habían hecho muy bien las cosas.

Dejó de fruncir el ceño cuando, al girar la cabeza en dirección al bar, vio a Soonji corriendo hacia él. Ella levantó el brazo en señal de triunfo, y Donald agradeció a Dios que por lo menos algo hubiera andado bien ese día.

Kim Hwan estaba sentado en un automóvil sin patente en Sajingo, al sur del Palacio, a doscientas yardas del sitio donde habían levantado el podio. Desde aquí tenía una visión completa de la plaza y de sus agentes apostados en techos y ventanas. Había observado que Duk se aproximaba al podio y luego se retiraba.

El burócrata no había podido emitir ningún sonido: así definía Kim un mundo *perfecto*.

Tomó los binoculares que tenía a su lado. Duk seguía allí de pie, asintiendo ante sus acólitos. Bueno, le gustara a él o no, esto era la democracia. Y era mucho mejor que los ocho años que habían padecido con el general Chun Doo Hwan al gobierno, como jefe del comando de ley marcial. A Kim tampoco le agradaba su sucesor, Roh Tae Woo, y menos cuando fue elegido presidente en 1987; sin embargo *fue elegido*.

Enfocó los binoculares en dirección a Gregory y se preguntó dónde se habría metido Soonji.

Si cualquier otro hombre hubiera conquistado a su antigua asistente, Hwan lo habría odiado hasta el último suspiro. Siempre la había amado, pero la política de la KCIA prohibía las relaciones amorosas entre sus empleados; a los infiltrados les resultaría demasiado fácil obtener información ubicando a una secretaria o investigadora en el equipo y ordenándole que sedujera a un funcionario.

En realidad, casi valía la pena dejarlo todo por ella, pero eso le hubiera roto el corazón a Gregory. Su mentor siempre había sentido que Hwan poseía la mente, el alma y los sensatos instintos políticos de un hombre de la KCIA, y había gastado una pequeña fortuna educándolo y preparándolo para esa vida. Y, por más que algunas veces llegara a hartarse o sentirse vencido, Hwan sabía que Gregory tenía razón: *ésta* era la vida para él.

Escuchó un bip-bip a su izquierda, y bajó los binoculares. En el tablero del automóvil habían instalado una radio de onda larga; si alguien necesitaba hablar con él, sonaba un tono y una luz roja

brillaba intermitentemente sobre el botón que daba acceso a la estación.

La luz provenía del operativo instalado en los techos del Departamento de Almacenamiento de Yi.

Hwan presionó el botón.

—Aquí Hwan. Cambio.

—Señor, tenemos una figura solitaria de chaqueta de franela roja corriendo en dirección a la camioneta de sonido. Cambio.

—Voy a chequear. Cambio.

Hwan levantó el teléfono portátil y llamó a la oficina del coordinador del evento en el Palacio.

Una voz irritada dijo:

—Sí... ¿Qué pasa?

—Soy Kim Hwan. ¿Es uno de sus hombres el que se dirige a la camioneta de sonido?

—*Es*. Por si no lo había notado, el audio está bajo. Tal vez uno de sus hombres lo bajó mientras verificaban que no hubiera explosivos.

—Si fue así, les romperemos los huesos.

Hubo un prolongado silencio.

—Los huesos de los perros, claro está. Sacamos al escuadrón de perros detectores.

—Qué bueno —dijo burlesco el coordinador—. Tal vez uno de ellos orinó un cable.

—Comentario político —replicó Kwan—. Quiero que siga en la línea hasta que escuche algo.

Otro silencio prolongado. Súbitamente, una voz débil y lejana irrumpió en el teléfono.

—*¡Dios mío! K-Dos...*

Hwan estaba alerta.

—Levante el volumen de la radio. Quiero oír qué dice.

El volumen subió.

—K-Uno, ¿qué pasa? —preguntó el coordinador.

—*Señor... K-Dos está tirado en el suelo. Le sangra la cabeza. Se debe haber caído.*

—Chequee la consola.

Se hizo un tenso silencio.

—*Los micrófonos están apagados. Pero los habíamos chequeado. ¿Por qué habrá hecho esto?*

—Vuelva a encenderlos...

—*Correcto...*

Hwan entrecerró los ojos. Arrojó el tubo del teléfono a un lado y comenzó a salir del automóvil.

—¡Dígale que no toque nada! —gritó—. Alguien pudo haber entrado allí y...

Hubo un relámpago, y el resto de la frase fue ahogado por una estruendosa explosión.

6

Martes, 4.04, la Casa Blanca

El STU-3 programó el teléfono en campanilla nocturna. La consola tenía un tablero luminoso rectangular en la parte superior, con un dispositivo que indicaba el número y el nombre de la persona que llamaba, y si la línea era o no segura. Medio dormido, el presidente Michael Lawrence no miró el tablero y descolgó el tubo.

—¿Sí?

—Señor presidente, tenemos un problema.

El presidente se reclinó sobre el codo. Ahora sí miró el tablero: era Steven Burkow, jefe de Seguridad Nacional. Debajo de su número telefónico decía “confidencial”... no “secreto” o “ultrasecreto”.

El presidente se restregó el ojo izquierdo con la palma de su mano libre.

—¿De qué se trata? —preguntó mientras se restregaba también el otro ojo y miraba el reloj encima del teléfono.

—Señor, hace siete minutos hubo una explosión en Seúl, fuera del Palacio.

—La celebración —afirmó el presidente, con conocimiento de causa—. ¿Fue muy terrible?

—Vi sólo un poco por video. Parece haber cientos de víctimas, posiblemente varias docenas de muertos.

—¿Alguno de los nuestros?

—No lo sé.

—¿Terrorismo?

—Eso parece. Se destruyó una camioneta de sonido.

—¿Alguien llamó para atribuirse la responsabilidad?

—Kalt está hablando por teléfono con la KCIA en este momento. Hasta ahora, nadie.

El presidente ya estaba de pie.

—Llama a Av, Mel, Greg, Ernie y Paul y avísales que nos reunimos en el Salón de Deliberaciones a las cinco y quince. ¿Libby estaba allí?

—Todavía no había llegado. Iba camino a la embajada... quería llegar cuando el discurso de Duk hubiera terminado.

—Buena chica. Llámala por teléfono; tomaré la llamada abajo.

Y llama al vicepresidente a Paquistán y ordénale que vuelva esta misma tarde.

El presidente colgó y presionó el botón intercomunicador junto al teléfono. Le pidió a su valet que le alcanzara un traje negro y una corbata roja. El atuendo del poder, en caso de que tuviera que hablar a los medios y no hubiera tiempo de cambiarse.

Mientras se dirigía rápidamente al cuarto de baño, descalzo sobre la alfombra mullida y suave, Megan Lawrence se desperezó.

Martes, 18.05, Seúl

Los tres hombres caminaban tranquilamente por el callejón. Cuando llegaron a la ventana del viejo hotel, dos de ellos se deslizaron al interior del sótano mientras Parche-en-el-ojo vigilaba la calle. Luego los siguió rápidamente.

Parche-en-el-ojo corrió hacia el talego que había escondido y sacó tres atados de ropa de adentro. Se quedó con el uniforme de capitán de Corea del Sur, y arrojó los uniformes subalternos a los otros hombres. Se quitaron las botas, las metieron en el talego junto con sus ropas, y rápidamente se enfundaron en los uniformes.

Cuando estuvieron listos, Parche-en-el-ojo volvió a la ventana, saltó afuera, y les indicó a los otros que se unieran a él. Talegos en mano, los tres cruzaron velozmente el callejón y se alejaron del Palacio, rumbo a una calle lateral donde un cuarto hombre los esperaba con una camioneta en marcha. En cuanto subieron, la camioneta enfiló hacia Chonggyechonno y se alejó de la explosión, rumbo al norte.

8

Martes, 4.08, Chevy Chase, Maryland

Paul Hood cerró suavemente la puerta del dormitorio y se acercó a la cama de su hijo, apoyó una mano sobre los ojos del niño, y encendió el velador.

—Papá... —murmuró el niño semidormido.

—Ya sé —dijo Hood con dulzura. Abrió los dedos lentamente para permitir la entrada de la luz, luego se acercó a la mesa de noche y sacó el equipo de ayuda pulmonar. Destapó la unidad portátil y le tendió el tubo a Alexander. El niño colocó uno de los extremos en su boca mientras el padre deslizaba gotas de solución Ventolin en la ranura.

—Supongo que te gustaría darme una patada en el trasero mientras haces esto...

El niño asintió con gravedad.

—Voy a enseñarte a jugar al ajedrez, ¿sabes?

Alexander se encogió de hombros.

—Es un juego que te permite dar patadas mentales. Eso es muchísimo más satisfactorio.

Alexander hizo una mueca.

Después de poner en marcha la unidad portátil, Hood fue hacia el pequeño Trinitron en un rincón del cuarto, encendió la unidad Génesis, y volvió con un par de comandos cuando el logo de *Combate Mortal* ya brillaba en la pantalla.

—Y no te pases a la versión sangrienta —dijo Hood antes de entregar uno de los comandos al niño—. No quiero tener un paro cardíaco esta noche.

El niño abrió mucho los ojos, asombrado.

—Está bien. Sé todo lo de la secuencia A,B, A, C, A, B, B, del Código de Honor de la pantalla. Te vi hacerlo la última vez, y le pedí a Matt Stoll que me enseñara.

Los ojos del niño estaban abiertos como platos cuando su padre se sentó en el borde de la cama.

—Sí... No te preocupes por los pobres técnicos del Centro de Operaciones, hijo. Ni por su jefe.

Con la boquilla del nebulizador firmemente apretada entre los labios, Alexander presionó el botón para comenzar el juego. De inmediato el cuarto se llenó de gruñidos y rudos cachetazos mientras Liu Kang y Johnny Cage peleaban por la supremacía en la pantalla.

Por primera vez el mayor de los Hood comenzaba a hacer de las suyas cuando sonó el teléfono. A esta hora, sólo podía ser un número equivocado o una crisis.

Oyó crujir las maderas del piso, y un momento después Sharon abrió la puerta del dormitorio de Alexander.

—Es Steve Burkow.

Hood se energizó al instante. A esta hora, tendría que ser algo grande.

Alexander se había valido de la distracción para castigar al guerrero de su padre con dos veloces patadas voladoras, y cuando Hood se puso de pie Johnny Cage cayó hacia atrás, muerto.

—Por lo menos no me dio un paro cardíaco —dijo Hood, apoyando el comando sobre la mesa de noche y caminando luego hacia la puerta.

Ahora eran los ojos de su esposa los que se abrían asombrados.

—Cosa de hombres —le espetó Hood y pasó apurado junto a ella, dándole una cariñosa palmada en las nalgas mientras cerraba la puerta.

El teléfono del dormitorio estaba fijo, no era portátil. Hood se quedó sentado en la cama el tiempo exacto que le llevó al consejero de Seguridad Nacional decirle que había habido una explosión y que debían encontrarse en el Salón de Deliberaciones.

Sharon entró. Desde el dormitorio, Hood escuchaba los sonidos del combate: Alexander batallaba solo contra la computadora.

—Lamento no haberlo oído —se disculpó su esposa.

Hood se sacó el pijama y se deslizó en sus pantalones.

—No importa. De todos modos, ya estaba despierto.

Sharon señaló el teléfono con la cabeza.

—¿Es grave?

—Terrorismo en Seúl, estalló una bomba. Es todo lo que sé. Ella apretó sus brazos desnudos.

—Por casualidad, ¿estabas tocándome en la cama?

Hood sacó una camisa blanca del guardarropas y esbozó una semisonrisa.

—Pensaba hacerlo.

—Mmmm... debo haberlo percibido en sueños. Juraría que me tocaste.

Sentado en la cama, Hood se puso su Thom McCanns.

Sharon se sentó junto a él y le acarició la espalda mientras Hood se ataba los zapatos.

—Paul, ¿sabes qué es lo que necesitamos?

—Vacaciones —dijo él.

—No sólo vacaciones. Necesitamos pasar un tiempo lejos... y solos.

Él se puso de pie y tomó su reloj, su pañuelo, sus llaves y la tarjeta de seguridad para el guardia nocturno.

—Estaba acostado allí, a tu lado, y pensaba exactamente lo mismo que tú.

Sharon no dijo nada; la mueca de su boca lo decía todo.

—Te lo prometo, lo haremos —dijo él, y le besó suavemente la cabeza—. Te amo, y en cuanto haya salvado al mundo, iremos a explorarlo.

—¿Me llamarás? —preguntó Sharon, siguiéndolo hasta la puerta.

—Sí —respondió Hood, bajando los escalones de a dos, y salió volando por la puerta de calle.

Mientras arrancaba el Volvo, Hood marcó el número de Mike Rodgers y esperó.

El teléfono apenas sonó una vez. Se hizo silencio al otro lado.

—¿Mike?

—Sí, Paul —dijo Rodgers—. Ya me enteré.

¿*Ya se enteró?* Hood se irritó. Le agradaba Rodgers, lo admiraba muchísimo, y dependía de él aun más. Pero Hood se había prometido que si un día obtenía las dos estrellas de general de investigaciones, se retiraría. Porque su vida profesional no le brindaría nada más que eso.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Hood—. ¿Alguien de la base de Seúl?

—No —respondió Rodgers—. Lo vi en la CNN.

La irritación se profundizó. Hood *no podía* dormir, pero estaba empezando a creer que Rodgers no necesitaba dormir. Tal vez los solteros tuvieran más energía, o tal vez hubiera hecho un pacto con el diablo. Tendría la respuesta si alguna de sus amiguitas veinteañeras lo abandonaba, o cuando pasaran otros seis años y medio.

Como el teléfono del automóvil no era seguro, Hood dio las instrucciones con mucho cuidado.

—Mike, estoy yendo a ver al jefe. No sé qué va a decirnos, pero quiero que tengas un comando Striker a mano.

—Buena idea. ¿Hay alguna razón para pensar que por fin nos permitirá jugar en el extranjero?

—Ninguna —replicó Hood—. Pero si decide que quiere jugar duro contra alguien, por lo menos tendremos una buena punta de lanza.

—Eso me gusta —aseguró Rodgers—. Como dijo Lord Nelson

en la batalla de Copenhague: “¡Atención! No estaré en todas partes para siempre”.

Hood colgó, sintiéndose extrañamente incómodo por la frase de Rodgers. Pero la apartó de su mente para llamar al director asistente Curt Hardaway. Le ordenó que tuviera el equipo principal en la oficina a las cinco y treinta. También le pidió que rastreara a Gregory Donald, que estaba invitado a la celebración... Realmente esperaba que estuviera sano y salvo.

9

Martes, 18.10, Seúl

La explosión había arrojado a Gregory Donald tres filas más lejos de donde estaba sentado, pero había caído encima de alguien que amortiguó el golpe. Su benefactora, una mujer corpulenta, estaba luchando para incorporarse y Donald la liberó de su peso, cuidándose de no caer encima del joven que yacía a su lado.

—Lo lamento —dijo, inclinándose hacia la mujer—. ¿Se siente usted bien?

La mujer no levantó la vista, y solamente cuando le preguntó por segunda vez Donald se dio cuenta de que padecía un fuerte zumbido en los oídos. Se llevó un dedo a la oreja; no había sangre, pero sabía que pasaría un rato hasta que pudiera volver a oír normalmente.

Se quedó allí sentado un instante, tratando de recordar lo que había visto. Su primer pensamiento había sido que la tribuna se derrumbaba, pero evidentemente ése no era el caso. Luego recordó el rugido crujiente seguido un instante después por un golpe en el pecho, un fuerte impacto que indudablemente lo había noqueado por dentro y por fuera. Rápidamente se le aclaró la cabeza.

Una bomba. Debía haber sido una bomba.

Giró automáticamente la cabeza hacia la derecha, en dirección al bulevar.

—¡*Soonji!*

Se levantó tambaleando, esperó un momento para estar seguro de no desmayarse, y rápidamente salió de la tribuna rumbo a la calle.

El polvo de la explosión surcaba el aire como una espesa niebla, y era imposible ver más de allá de medio metro en cualquier dirección. Donald pasaba junto a la gente de la tribuna y la calle; algunos estaban sentados en estado de shock, pero otros tosían, se quejaban y movían las manos frente a sus propios rostros para despejar el aire, otros intentaban ponerse de pie o salir de los escombros. Aquí y allá yacían cuerpos ensangrentados, como acribillados por la terrible explosión.

Donald sentía pesar por ellos, pero no podía detenerse. No se detendría hasta saber que *Soonji* estaba a salvo.

El sonido ahogado de las sirenas atravesó el zumbido pertinaz de sus oídos, y Donald se detuvo un momento para buscar las luces rojas de las ambulancias: ellas le indicarían dónde estaba el bulevar. Siguiéndolas, caminó un poco, otro poco se tambaleó a través de la niebla polvorienta. Algunas veces pisaba sin querer los cuerpos yacentes de las víctimas o se tropezaba con enormes pedazos de metal retorcido. A medida que se acercaba a la calle comenzó a escuchar sonidos ahogados, y vio las siluetas de los médicos y enfermeros con sus guardapolvos blancos, y también los uniformes azules de la policía, todos yendo de un lado a otro.

Donald se quedó helado, a punto de caer dentro de la rueda quemada de un camión. El macizo disco de metal se quemaba lentamente, y de él colgaban tiras de goma chamuscada como las oscuras velas destrozadas de un antiguo galeón. Un galeón fantasma. Donald miró hacia abajo y se dio cuenta de que ya estaba *en* el bulevar.

Retrocedió un paso y miró hacia la derecha...

No. Hacia el otro lado. Soonji habría debido venir desde Yi.

Donald sintió que sus músculos se tensaban... alguien lo había tomado del brazo. Miró hacia la derecha y vio a una joven mujer vestida de blanco.

—Señor, ¿se siente bien?

La miró furtivamente y señaló su oreja.

—Le pregunté si *se siente bien*.

Gregory asintió.

—Ocúpese de los otros —chilló—. Estoy tratando de llegar al departamento de almacenes.

La mujer lo miró extrañada.

—¿Está *seguro* de que se siente bien, señor?

Donald volvió a asentir y suavemente retiró la mano de la mujer que le apretaba el brazo.

—Estoy muy bien. Mi esposa estaba caminando por Yi y tengo que encontrarla.

La médica tenía una mirada extraña cuando dijo:

—*Esto* es Yi, señor.

Ella giró sobre sus talones para ayudar a alguien apoyado sobre un buzón, y Donald retrocedió varios pasos y levantó los ojos. Las palabras lo habían golpeado como una segunda explosión y luchaba por que el aire entrara en su pecho sofocado por la angustia. Ahora podía ver que la camioneta de sonido no sólo había recibido un golpe en el costado, sino que había sido arrojada contra la fachada del departamento de almacenes. Entrecerró los ojos y se sacudió la cabeza con ambas manos, tratando de no figurarse lo que podía haber del otro lado.

A ella no le ocurrió nada, absolutamente nada, dijo para sí.

Ella era la afortunada, entre los dos ella era la afortunada,

siempre lo habían sabido. La niña que ganaba premios en concursos callejeros. La que escogía infaliblemente el caballo ganador. La que se había casado con él. Ella estaba bien. Tenía que estar bien.

Sintió otra mano sobre el brazo, y giró rápidamente la cabeza. El largo cabello negro estaba empolvado de blanco, y el colorido vestido, cubierto de barro y suciedad, pero Soonji estaba de pie junto a él, sonriendo.

—¡Gracias a Dios! —gritó Donald, abrazándola estrechamente—. ¡Estaba tan preocupado, Soon! Gracias a Dios estás bien...

Se le quebró la voz al ver que Soonji empalidecía de pronto. La tomó de la cintura rápidamente, y la manga de su chaqueta se pegó a la espalda de su esposa.

Con un creciente sentimiento de horror, se arrodilló con su mujer en los brazos. La hizo girar con muchísimo cuidado, le miró la espalda y retrocedió aterrado cuando vio el lugar donde la ropa estaba totalmente quemada, la carne y la tela mezcladas con sangre rojo oscuro, y los blancos huesos asomando a través de todo eso.

Estrechó el cuerpo débil de su amada esposa, y se oyó gemir y gritar, escuchó claramente el lamento que subía desde el fondo de su alma.

Algo brilló entre el humo, y el rostro familiar de la médica se inclinó junto a él. Se dirigió a alguien que estaba detrás de ella, y pronto aparecieron otras manos que tiraban de las suyas, tratando de arrancarle a Soonji. Donald se resistió, y luego permitió que se la llevaran, comprendiendo que no era su amor lo que esa preciosa joven necesitaba ahora.

10

Martes, 18.13, Nagato, Japón

El salón de pachinko* era una versión más pequeña de aquellos que se habían hecho famosos en el distrito Ginza de Tokio. Largo y angosto, el edificio casi alcanzaba la longitud de diez vagones ferroviarios transportadores de vehículos colocados uno detrás del otro. El aire se espesaba por el humo del cigarrillo y constantemente se oía el entrecocar vertiginoso de las pelotas metálicas. Decenas de hombres jugaban diversos juegos alineados contra las paredes.

Cada juego consistía en una superficie circular y elevada, de noventa centímetros de altura, cerca de medio metro de ancho, y apenas treinta centímetros de profundidad. Debajo de una tapa de vidrio se destacaban los flippers de metal en un entorno colorido. Cuando el jugador insertaba una moneda, de la parte superior de la máquina caían pequeñas pelotas metálicas, que se desparramaban azarosamente en todas direcciones. El jugador pulsaba entonces una perilla situada a la derecha y abajo, en un esfuerzo hercúleo por lograr que cada pelota llegara al fondo; cuantas más pelotas se juntaran en la ranura, más boletos ganaría el jugador. Cuando el jugador reunía boletos suficientes, los llevaba a la entrada del salón y allí le permitían elegir entre una amena variedad de animales de peluche.

Aunque en Japón las apuestas eran ilegales, la ley no impedía que el ganador vendiera el animalito que había ganado con tanto esmero. Lo vendía entonces en una habitación diminuta de la trastienda; los ositos de felpa valían veinte mil yenes, los conejos grandes solían duplicar esa suma, y los tigres de peluche rozaban los sesenta mil yenes.

El jugador promedio gastaba aproximadamente cinco mil yenes por noche en el salón, y siempre había cerca de doscientos jugadores en las sesenta máquinas del salón. Mientras disfrutaban del triunfo, eran pocos los hombres que se acercaban a buscar un premio. Había algo de adicción en la manera en que las pelotas se deslizaban a

*Pachinko: máquina tragamonedas, sólo existente en Japón. Juego colectivo y solitario.

través del laberinto irregular, en el suspenso de la suerte favorable o desfavorable. Realmente era el jugador contra el destino, solo, jugándose al azar de una única tirada. El pachinko determinaba dónde estaba situado el jugador a los ojos de los dioses. Existía la creencia generalizada de que si alguien podía cambiar su suerte en el pachinko, también podría cambiarla en el mundo real. Nadie podía explicar el porqué de esto, pero parecía funcionar más a menudo de lo que podría pensarse.

Los salones de pachinko estaban desparramados en todas las islas del Japón. Algunos eran manejados por familias legítimas, cuyos lazos databan de siglos. Otros eran propiedad de organizaciones criminales, particularmente de la Yakuza y el Sanzoku: la primera, una liga de gangsters; la segunda, un clan ancestral de bandidos.

El salón de Nagato, sobre la costa oeste de Honshu, pertenecía a la familia independiente Tsuburaya, cuyos orígenes se remontaban dos siglos atrás. Los grupos criminales regularmente hacían ofertas respetuosas para comprar el salón, pero los Tsuburaya no tenían interés en vender. Utilizaban sus ganancias para emprender negocios en Corea del Norte, actividades potencialmente lucrativas que esperaban expandir en cuanto la unificación se hiciera realidad.

Dos veces por semana, los martes y los viernes, Eiji Tsuburaya enviaba millones de yenes a Corea del Norte a través de dos corredores de confianza instalados en el Sur. Los dos hombres llegaron en el último ferry de la tarde, llevando dos maletas vacías y sin identificación alguna, fueron directamente a la trastienda del salón, salieron con dos maletas colmadas, y regresaron al ferry antes de que la embarcación diera la vuelta y partiera en un viaje de 150 millas rumbo a Pusan. Desde allí, se contrabandeaba dinero al Norte a través de los miembros del PUK: Patriotas por Corea Unificada, grupo formado por gente del Norte y del Sur, desde hombres de negocios a funcionarios de aduana y barrenderos. Estaban convencidos de que los beneficios para *entrepreneurs* y una mayor prosperidad para el pueblo de Corea del Norte obligarían a los líderes comunistas a aceptar el mercado abierto y, por último, la reunificación.

Como siempre, los hombres abandonaron el salón, se treparon al coche que los esperaba, y se sentaron tranquilos a esperar que pasaran los diez minutos de viaje a caballo hasta el ferry. Sin embargo, a diferencia de otros días, esta vez los estaban siguiendo.

Martes, 18.15, Seúl

Kim Hwan vio a Donald sentado en el borde de la vereda, con la frente entre las manos, y la chaqueta y los pantalones cubiertos de sangre.

—¡Gregory! —gritó, trotando hacia él.

Donald levantó la vista. Había sangre mezclada con lágrimas en sus mejillas y en su cabello plateado y desgredado. Trató de levantarse pero le temblaron las piernas y cayó hacia atrás otra vez; Hwan lo retuvo con mano fuerte y lo abrazó tiernamente mientras lo ayudaba a sentarse. El agente retrocedió apenas un paso, lo necesario para comprobar que la sangre no era de Donald, y luego volvió a abrazarlo.

Los sollozos de Donald ahogaban las palabras que trataba de pronunciar. Respiraba entrecortadamente.

—No digas nada —le dijo dulcemente Hwan—. Mi asistente me ha contado todo.

Donald parecía no escucharlo.

—Ella... ella era un... alma... inocente.

—Lo era. Dios la recibirá en su seno.

—Kim... Él no debería tenerla... yo debería tenerla ahora, aquí, conmigo. Ella tendría que estar aquí...

Hwan luchó para contener el llanto y apoyó la mejilla en la cabeza de Donald.

—Lo sé.

—¿A quién... ofendía? No había... maldad en ella. No comprendo.

Apretó la cara contra el pecho de Hwan.

—*Quiero que vuelva*, Kim... Yo... la... necesito...

Hwan vio que un médico avanzaba hacia ellos y le hizo señas. Sosteniendo a Donald, Hwan se puso lentamente de pie.

—Donald, quiero que me hagas un favor. Quiero que vayas con alguien. Que te revisen y verifiquen que estás bien.

El médico apoyó una mano sobre el brazo de Donald pero él se apartó violentamente.

—Quiero ver a Soonji. ¿Dónde han llevado a... mi esposa?

Hwan miró al médico, y el médico señaló un teatro. Había bolsas con cadáveres en el suelo, y las estaban metiendo dentro del teatro.

—Se están ocupando de ella, Gregory, y tú necesitas cuidados médicos. Puedes tener heridas internas. Yo estoy perfectamente bien.

—Señor —el médico interrumpió a Hwan—, hay otras personas...

—Por supuesto, lo lamento. Gracias.

El médico se retiró rápidamente y Hwan retrocedió un paso. Sosteniendo a Donald por los hombros, lo miró fijamente a los ojos, siempre tan llenos de amor pero ahora enrojecidos y vidriosos por el dolor. No lo obligaría a ir al hospital, pero tampoco podía dejarlo allí, solo.

—Gregory, ¿podrías hacerme un favor?

Donald lo miraba sin mirarlo, llorando otra vez.

—Necesito ayuda con este caso. ¿Vendrías conmigo?

Donald le clavó los ojos.

—Quiero quedarme con Soonji.

—Gregory...

—Yo la amo. Ella... me necesita.

—No —replicó Hwan con delicadeza—. Tú no puedes hacer nada por ella.

Hizo dar la vuelta a Donald y señaló el teatro, a una cuadra de distancia.

—Tú no perteneces a ese lugar, tú nos perteneces a nosotros. Eres uno de nosotros y *puedes ayudar*. Ven conmigo. Ayúdame a encontrar a los miserables que hicieron esto.

Donald parpadeó varias veces, y luego buscó algo en los bolsillos con aire ausente. Hwan metió la mano en el bolsillo de Donald.

—¿Esto es lo que buscas? —le preguntó, tendiéndole la pipa.

Donald la tomó, con movimientos temerosos y vacilantes. Hwan lo ayudó a ponérsela en la boca. Donald no podía encontrar el tabaco, y Hwan lo tomó del codo y comenzó a llevarlo lejos de la catástrofe, a través del polvo ennegrecedor y la creciente actividad de la plaza.

12

Martes, 5.15, la Casa Blanca

El Salón de Deliberaciones de la Casa Blanca estaba situado en el primer subsuelo, exactamente debajo de la Oficina Oval. Había una mesa de caoba larga y rectangular en el centro del salón bien iluminado; había un STU-3 y un monitor de computadora en cada estación, con su correspondiente tablero de comando. Como todas las computadoras gubernamentales, el equipo de computación se autoabastecía; cualquier programa externo, aunque proviniera del Departamento de Defensa o del Departamento de Estado, era cuidadosamente examinado antes de ser admitido en el sistema.

En todas las paredes había mapas detallados con la localización de tropas norteamericanas y extranjeras, y también banderas que indicaban lugares problemáticos: rojas para los problemas declarados y verdes para los latentes. Ya habían puesto una bandera roja en Seúl.

Paul Hood había llegado al acceso oeste de la Casa Blanca y, después de pasar por el detector de metales, tomó el ascensor hasta el primer subsuelo. Cuando se abrió la puerta, su documento de identidad fue chequeado por un marine de guardia, que lo escoltó hasta una mesita ubicada detrás de una puerta sin manija. Hood presionó ligeramente el pulgar sobre una pantalla verde sobre la mesita: un momento después se oyó un zumbido y la puerta se abrió. Hood entró y pasó caminando junto al guardia que había chequeado sus huellas digitales con el archivo de la computadora; si ambas huellas no hubieran coincidido, la puerta no se habría abierto. Solamente el presidente, el vicepresidente y el secretario de Estado no se sometían a este chequeo de seguridad.

La puerta del Salón de Deliberaciones estaba abierta, y Hood entró sin dilaciones. Ya estaban allí otros cuatro funcionarios: el secretario de Estado Av Lincoln, el secretario de Defensa Ernesto Colón, el director de los Jefes de Equipos Gubernamentales Melvin Parker, y el director de la CIA Greg Kidd conversaban en un rincón, lejos de la puerta; un par de secretarios estaban sentados en una mesita del rincón. Uno de ellos estaba allí para tomar notas en código, en una Powerbook, y el otro para buscar en la computadora

cualquier dato que se necesitara. Un marine se ocupaba del café, las jarras de agua mineral y las tazas.

Los hombres saludaron a Hood con gesto rápido; sólo Lincoln se acercó a él al verlo entrar al salón. Medía cerca de un metro ochenta, era de complexión fuerte, tenía la cara redonda y una barbita puntiaguda. Había sido miembro de un famoso equipo de béisbol, luego se había mudado a la legislatura de Minnesota y por último al Congreso. Todo lo había hecho a una velocidad digna de las pelotas que bateaba. Era el primer político que había apoyado la candidatura del gobernador Michael Lawrence, y el Departamento de Estado había sido su recompensa, aunque casi todos opinaban que carecía de la habilidad diplomática que ese puesto requería, y que le encantaba considerar cosas obvias como si fueran verdaderas revelaciones. Pero Lawrence era leal ante todo.

—¿Cómo has estado? —preguntó Lincoln, tendiéndole la mano.

—Pasándolo bien, Av.

—Tu gente hizo un buen trabajo en el Salón Independencia en el Cuarto. Muy impresionante.

—Gracias, pero nunca es un buen trabajo cuando hay rehenes heridos.

Lincoln sacudió la mano con disgusto.

—No murió nadie. Eso es lo que importa. Diablos, cuando debes coordinar esfuerzos entre la policía local, el FBI y tu propio equipo Striker, con los medios subidos a tu hombro como el famoso loro del pirata, es un maldito milagro que las cosas salgan bien.

Hizo una pausa y se sirvió una taza de café.

—Es como lo que ocurre ahora, Paul. En la televisión ya hay expertos moviendo los labios sin decir nada que valga la pena oír... y habrá encuestas de opiniones antes del desayuno que nos dirán por qué el setenta y siete por ciento del pueblo norteamericano cree que no debemos estar en Corea ni en ninguna otra parte.

Hood miró el reloj.

—Llamó Burkow, dijo que llegarían tarde —dijo Lincoln—. El presidente está hablando por teléfono con la embajadora Hall. No quiere que los norteamericanos se refugien en la embajada, ni tampoco que los echen, hasta que él dé la orden para lo uno o lo otro, ni que haya declaraciones o acciones que demuestren pánico.

—Por supuesto.

—Sabes que es muy fácil que estas cosas se transformen en profecías cumplidas.

Hood asintió.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—En absoluto. Todos han condenado el hecho, incluso los coreanos del Norte. Pero el gobierno no responde por los extremistas de ningún bando, así que... ¿cómo saberlo?

El secretario de Defensa habló desde la otra punta del salón.

—Los coreanos del Norte *siempre* condenan el terrorismo, in-

cluso el propio. Cuando le dispararon a aquel avión KAL, lo condenaron aunque sospechaban que transportaba cámaras-espía.

—Y las encontraron —recordó Lincoln mientras saludaba a otros recién llegados con gestos ampulosos.

Hood reflexionó sobre la política de “disparar primero” de los coreanos del Norte mientras se servía una taza de café. La última vez que había estado allí fue cuando los rusos derribaron un avión espía lituano y el presidente decidió no presionarlos demasiado al respecto. Nunca olvidaría la manera en que Lincoln literalmente se puso de pie y gritó:

—¿Qué creen que dirían los líderes del mundo si *nosotros* alguna vez derribamos un avión extranjero? ¡Nos crucificarían!

Tenía razón. Por algún motivo, las reglas siempre eran diferentes para los Estados Unidos.

Hood se sentó en el sector noroeste de la mesa, lo más lejos posible del presidente. Le gustaba observar cómo los otros se desviaban por la autoridad, y éste era el mejor asiento de la casa. La psicóloga del Equipo del Centro de Operaciones, Liz Gordon, le había dicho que debía buscar en el lenguaje corporal: las manos apoyadas sobre la mesa indicaban sumisión, sentarse con la espalda recta denotaba confianza, pero inclinarse demasiado hacia adelante demostraba inseguridad —*¡mírenme, mírenme!*— y la cabeza en ángulo era paternalista.

—Es como si un boxeador te mostrara la barbilla —le había explicado—, desafiándote a que lo golpees porque piensa que jamás lo harás.

Apenas se había sentado, Hood oyó que la puerta de entrada se abría ampulosamente, seguida por la voz resonante del presidente de los Estados Unidos. Dos años antes, durante la campaña, un periodista había afirmado que esa voz había conquistado a los siempre cruciales indecisos: parecía provenir de algún lugar cerca de las rodillas, y cuando llegaba a la boca de Lawrence estaba plena de grandeza olímpica y poder.

Eso, sumado a su metro noventa y cinco de estatura, lo hacía parecer y sonar presidencial, aunque había gastado buena parte de ese capital explicando dos fiascos en política exterior. El primero fue enviar armas y alimentos a Bután, a los rebeldes opositores al régimen opresor, revuelta que terminó con miles de arrestos y ejecuciones y fortaleció más que nunca al régimen. El segundo fue mediar en una disputa limítrofe entre Rusia y Lituania, que terminó cuando Moscú no sólo quitó territorio a la pequeña república sino que envió y estableció allí sus tropas. Eso provocó un éxodo masivo a la ciudad de Kaunas, que resultó en escasez de alimentos y miles de muertes.

Su credibilidad en Europa estaba muy perjudicada, y no podía permitirse otro paso en falso... particularmente con un antiguo aliado.

El consejero de Seguridad Nacional, Burkow, hizo todo excepto retirar la silla del presidente para que éste se sentara. Sirvió café para ambos y se sentó, y el presidente empezó a hablar antes de que todos terminaran de ubicarse en sus lugares.

—Caballeros —comenzó Lawrence—, como ustedes saben, hace una hora y quince minutos explotó una camioneta de sonido frente al Palacio Kyongbok en Seúl. Varias docenas de espectadores y políticos fueron asesinados, y hasta el momento la KCIA no tiene una sola clave de cómo, ni quién, ni por qué. No hubo advertencia alguna, y nadie llamó para acreditarse el hecho. La embajadora Hall sólo nos pide que retiremos nuestro apoyo al gobierno y al pueblo de Corea del Sur, y he autorizado al secretario de Prensa, Tracy, para que lo haga. La embajadora Hall hará de inmediato una declaración condenando el hecho en general. —Se echó hacia atrás en la silla.— Ernie, en eso que llamamos Corea del Norte, ¿cuál sería nuestra política operativa estándar?

El secretario de Defensa se volvió hacia uno de los secretarios y ordenó:

—Archivo NK-AS.

Cuando volvió a su posición, el archivo Corea del Norte-Situación de Alerta ya estaba en la pantalla. Cruzó las manos encima de la mesa.

—Para resumir, señor presidente, nuestra política es ir a Defcon 5. Establecemos nuestras bases en el Sur y en Japón en Alerta Roja y comenzamos a enviar tropas desde Pendleton y Ft. Ord. Si Inteligencia descubre señales de que las tropas coreanas se están movilizand, vamos inmediatamente a Defcon 4 y comenzamos a mover nuestros barcos del Océano Índico, de modo que las Fuerzas de Despliegue Rápido queden bien posicionadas. Si los coreanos del Norte responden a nuestros movimientos con mayores despliegues de fuerzas, el efecto dominó se produce más rápido y nosotros nos movemos velozmente gracias al despliegue acelerado de Defcon 3, 2 y 1.

Miró la pantalla y presionó con el dedo el botón del capítulo JUEGOS DE GUERRA.

—Cuando llegamos a un punto sin retorno, tenemos tres escenarios posibles.

Hood miró todos los rostros, uno por uno. Todos estaban tranquilos, excepto Lincoln, quien se inclinaba hacia adelante y movía el pie izquierdo con molesta insistencia. Éstas eran las situaciones que a él le gustaban, las que exigían respuestas contundentes. En el extremo opuesto del espectro estaba Melvin Parker. Su rostro y su postura eran relajados, como los de Ernie Colón. En situaciones como ésta, los militares jamás invocaban el uso de la fuerza. Comprendían el precio de una operación, aun de la más exitosa. Siempre eran los políticos y economistas los que se sentían frustrados e

impacientes y querían regalarse una victoria, aunque fuera rápida y sucia.

El secretario de Defensa se puso gafas especiales para leer y estudió el monitor. Hizo correr el dedo por el menú hacia abajo y tocó la pantalla donde decía PAPEL BLANCO DEFENSA A LA FECHA.

—Si hay guerra y los Estados Unidos sólo asumen una posición de apoyo, Corea del Sur cae a los pies de Corea del Norte en cuestión de dos o tres semanas. Usted mismo puede verlo.

Hood estudió las cifras. Parecían ser tan desfavorables para la República de Corea y su ejército como había advertido Colón.

EQUILIBRIO MILITAR ENTRE COREA DEL NORTE
Y COREA DEL SUR:

	Sur	Norte
Cantidad de efectivos		
Ejército	540.000	900.000
Armada	60.000	46.000
Fuerza Aérea	55.000	84.000
Total	655.000	1.030.000
Fuerza		
Tanques	1.800	3.800
Vehículos blindados	1.900	2.500
Artillería	4.500	10.300
Fuerza		
Combatientes	190	434
Naves de apoyo	60	310
Submarinos	1	26
Aviones tácticos	520	850
Aviones de apoyo	190	480
Helicópteros	600	290

Después de unos segundos, Colón volvió a llamar el menú y tocó OCTAVO EJÉRCITO NORTEAMERICANO A LA FECHA.

—El segundo escenario implicaría que nuestras fuerzas en Corea del Sur se implicaran en el conflicto bélico. Aun así, las cifras no nos favorecen.

Hood volvió a mirar la pantalla.

FUERZAS DE LOS ESTADOS UNIDOS EN COREA DEL SUR,
CANTIDAD DE EFECTIVOS

Ejército:	25.000
Armada:	400
Fuerza Aérea:	9.500

Tanques:	200
Vehículos blindados:	500
Aviones tácticos:	100

—Lo único útil de unirnos a los coreanos del Sur en el campo de batalla es el factor disuasivo: ¿Corea del Norte de verdad desea entrar en guerra con los Estados Unidos?

Kidd, el director de la CIA, preguntó:

—¿Ese mismo factor disuasivo no estaría presente también si nos mantenemos estrictamente en un plan de apoyo?

—Desafortunadamente no. Si Pyongyang piensa que no deseamos intervenir, empujará a Seúl a lo mismo que Bagdad empujó a Kuwait cuando pensaron que nos quedaríamos al costado.

—Y se llevaron una buena sorpresa —murmuró Lincoln.

El presidente inquirió con impaciencia:

—¿Y el tercer escenario implica que les ganemos de antemano?

—Correcto —coincidió Colón—. Los coreanos del Sur y nosotros atacamos sus centros de comunicaciones, líneas de aprovisionamiento y plantas de reprocesamiento nuclear con armas tradicionales. Si los juegos de simulación de guerra son correctos, Corea del Norte irá a la mesa de negociaciones.

—¿Y por qué no optarían por ir a China y preparar una venganza? —preguntó el director de la CIA.

Parker respondió:

—Porque saben que desde la suspensión de colaboraciones en 1968 y desde la inhabilitación de 1970 y el rechazo exitoso del ataque a dos divisiones norteamericanas, nuestros planes de defensa se basan casi por completo en el uso inicial de poderosas armas nucleares.

—¿Se nos escapó esa información? —preguntó el presidente.

—No, señor. La leen en los diarios. Por Dios, en 1974 *Time* o *Rolling Stone* o alguien que odiaba a Nixon sacó un artículo acerca de nuestros planes nucleares para Corea.

Kidd se recostó en la silla.

—Eso todavía no nos asegura que no irán a China, y que Beijing no los apoyará con armas nucleares.

—Simplemente no creemos posible que eso suceda —Colón volvió al menú y tocó el encabezado OPCIÓN CHINA.

—Mel, los juegos CONEX están en tu área...

—Correcto.

A pesar del excelente sistema de aire acondicionado del Salón de Deliberaciones, el diminuto director transpiraba copiosamente.

—Hace poco preparamos un Ejercicio de Conflicto en un escenario similar a éste, después de que Jimmy Carter fue a Corea del Norte para conversar brevemente con Kim Il Sung. Dada la situación militar en China y los perfiles psicológicos de sus líderes —que

tu gente nos brindó gustosamente, Paul—, descubrimos que si aflojábamos las restricciones a las inversiones comerciales en China, y consecuentemente autorizábamos el embarque de armas destinadas a facciones anti-China en Nepal vía la India, los chinos no estarían muy dispuestos a involucrarse.

—¿Hasta qué punto estarían poco dispuestos? —preguntó el presidente.

—Ochenta y siete por ciento de posibilidades de que den un paso al costado.

—Nosotros obtuvimos un porcentaje casi similar en nuestras propias simulaciones SAGA —aseguró Colón—, cerca de un setenta por ciento. Pero las Agencias de Estudio y Análisis no tienen perfiles psicológicos actualizados, así que me inclino por los descubrimientos de Mel.

Aunque Hood estaba escuchando atentamente, con expresión impasible, se sentía un poco ansioso a raíz de los descubrimientos de Liz. Tenía un gran respeto por su Equipo Psicológico, y sentía una alta estima por Matt Stoll, su oficial de Operaciones de Apoyo. Pero colocaba los análisis de las computadoras y la psicología en su lugar y ambos mostraban huellas, cada uno a su manera, de la vieja y buena intuición, esa percepción un poco pasada de moda. Ann Farris, de su oficina de prensa, bromeaba con él diciéndole que jamás se jugaba por algo que no le agradara instintivamente, y estaba en lo cierto.

El presidente miró el reloj del monitor, y luego dio unas palmadas. Colón le ordenó al secretario que despejara la pantalla, y Hood vio cómo los misiles computados la cruzaban de un lado a otro.

—Caballeros —dijo el presidente después de un largo silencio—, me gustaría que todos ustedes trabajaran en el Equipo de Tareas Coreano mientras dure el problema, y Paul... —miró de costado a Hood—, quiero que tú lo dirijas.

Atrapó al director del Centro de Operaciones con la guardia baja... como a todos los demás.

—Me traerán un Informe de Opciones dentro de cuatro horas. Para evitar posteriores actos de terrorismo o agresión, procederán bajo el supuesto de que habrá cierto nivel de despliegue militar controlado pero no acciones militares directas durante las primeras veinticuatro horas. Eso les dará a ustedes y al resto del Equipo de Tareas Coreano suficiente tiempo para evaluar inteligencia y escribirme un apéndice.

El presidente se puso de pie.

—Gracias a todos. Av, te veré en el Salón Oval a las seis para discutir la situación con nuestros aliados. Ernie, Mel... nos reuniremos a las siete con el gabinete y los miembros del Comité de Servicios Armados. Y, Paul, te veré a las nueve y treinta.

El presidente abandonó el salón, escoltado por el secretario de Defensa y el director Parker. Av Lincoln avanzó en dirección a Hood.

—Felicitaciones, Paul. Me parece que se viene una patada en el culo. —Se acercó para hablarle.— Simplemente asegúrate de que no sea tu culo el que pateen.

Tenía razón. El presidente jamás le había dado al Centro de Operaciones una crisis en el extranjero, y que lo hiciera ahora significaba que intentaba dar un golpe fuerte y decidido, si tenía la oportunidad. Si algo iba mal, podría atribuir la responsabilidad a los novatos, cerrar la agencia y sufrir el mínimo daño político. Entonces Hood podría obtener un puesto de sueldo bajo en el Centro Carter o en el Instituto de Paz de los Estados Unidos... un converso al pacifismo, un pecador reformado expulsado por eructar en público en cenas y simposios.

Av levantó los pulgares hacia Paul antes de irse y, luego de ordenar sus pensamientos, Hood lo siguió al ascensor. Además de tener que aceptar la responsabilidad de cualquier fracaso, a Hood no le agradaba tener que pasar las próximas cuatro horas jugando al jefe de un equipo burocrático de guerra, mientras daba conferencias televisivas a cualquiera que las solicitara y formulaba una estrategia coherente para seis personas con seis agendas muy diferentes. Eso era parte de su trabajo, y lo hacía bien, pero detestaba la manera en que la gente hacía primero lo que creía bueno para su partido, luego lo que creía bueno para su agencia, y en tercer y último lugar lo que creía bueno para el país.

Pero la cosa tenía también su lado positivo, y era que esto le brindaba la oportunidad de lograr lo que siempre había deseado. Y, en cuanto comenzó a considerarlo de ese modo, la adrenalina empezó a fluir por su cuerpo. Si el presidente estaba dispuesto a arriesgarse con el Centro de Operaciones, Hood tenía que estar dispuesto a correr riesgos aún mayores para que el Centro de Operaciones ganara credenciales de importancia internacional de una vez y para siempre. Igual que uno de sus héroes, Babe Ruth, cuando te llega el turno de batear apuntas a lo seguro, y no piensas en tomar resoluciones. Aun cuando, como Babe, hayas hecho exactamente lo mismo, el sesenta por ciento de las veces que subiste al podio de los ganadores...

*Martes, 5.25, Estación Aérea Quantico
del Cuerpo de Marines, Virginia*

La batalla era larga y dura, los cuerpos caían en todas partes, los rostros se retorcían por la angustia, y las órdenes y los gritos desgarraban el temprano silencio matinal.

—Son tan imbéciles —les dijo Melissa Squires a las otras esposas sentadas a la mesa de picnic—. Me parece increíble que alguien se pueda divertir con esto.

—Los niños se divierten —dijo una mujer, y retrocedió al ver que su hija caía de los hombros del padre al medio de la piscina—. Oh... eso pondrá de mal humor a David para todo el día. Él y Verónica estuvieron allí afuera a las cuatro cuarenta y cinco para practicar los movimientos.

Las ocho mujeres se miraron y comenzaron a recoger el jamón, los huevos y los pasteles que se enfriaban rápidamente. La guerra cotidiana en la piscina estaba durando más de lo esperado, pero ellas sabían muy bien que era inútil llamar a sus maridos a la mesa si no había terminado. Si lo hacían, se sentirían molestos, y de todos modos no les harían caso: no se moverían de la piscina mientras su honor estuviera en juego.

Sólo quedaban dos parejas de luchadores: el enjuto teniente coronel Charlie Squires y su espigado hijo Billy, y el obeso privado de los marines David George y su hijo Clark.

Los niños retiraron el cabello que les cubría los ojos, mientras sus padres se perseguían lentamente en círculo. Los dos esperaban el paso en falso, que uno de los niños perdiera por fin el equilibrio, o hiciera una torpe maniobra ofensiva, temblara y perdiera la concentración.

Lydia, la esposa del sargento Grey, dijo:

—La semana pasada, cuando estábamos visitando a mi familia en Alaska, Chick y yo quedamos atrapados en un banco de nieve y él se negó a llamar un remolque. Me dijo que pusiera el automóvil en punto muerto, luego fue hacia atrás y lo *levantó* para desatascarlo. Después de eso anduvo dos días encorvado, pero fue incapaz de admitir que sentía dolor. Se cree un Hércules, y los Hércules no sufren.

Se escuchó un grito proveniente de la piscina: Clark había embestido a Billy. En vez de retroceder como solía hacerlo, el teniente coronel Squires dio un paso adelante: mientras Clark se inclinaba, Billy lo tomó del brazo, tiró hacia abajo, y el niño cayó primero al agua. El privado George quedó azorado, y su mirada iba de su hijo a Squires. Desde el costado de la piscina llegó un fuerte aplauso: eran los otros luchadores derrotados que observaban atentamente el combate.

—¿Acaso hemos concluido, señor? —le dijo George a Squires—. Por Dios, ésta fue más breve que la primera pelea Clay-Liston.

—Lo lamento, Sonny —se atajó Squires. Se adelantó y alzó a su hijo.

—¿Y cuándo prepararon esta estrategia, señor?

—Mientras nos entrenábamos. Es sensata, ¿no le parece? El enemigo espera que uno retroceda, pero uno avanza... y lo sorprende.

—Me sorprendió, señor, sin duda —murmuró George, nadando hacia el extremo más bajo de la piscina, con su hijo a las espaldas.

—Buena pelea —le dijo Clark a Billy, mientras seguía a su padre chapaleando como un perrito.

—No hables de ese modo —masculló George mientras subía los escalones con el humor y la disposición de una Gorgona—. Perderás ventaja para mañana.

Squires salió tras él, y su mirada se dirigió a las luces que brillaban a través de la ventana de la sala de estar de su casa, en el cuartel base familiar. Tomó una toalla apoyada en una silla, y luego vio que una figura solitaria daba la vuelta al chalet de dos pisos, recordada por el horizonte azul celeste. Nadie podía haber llegado a este cuartel sin pasar a través de la puerta que separaba a sus hombres de la Academia del FBI, y nadie podría haber traspuesto esa puerta sin una llamada previa.

A menos que fueran del Centro de Operaciones.

Pasándose la toalla por los hombros y calzándose las sandalias con inquietud, el teniente coronel caminó velozmente en dirección a su casa.

—¡Charlie, tus huevos se están enfriando!

No te preocupes, Missy. Ponlos al lado de George, así se mantendrán calientes.

El comando Striker de Squires, formado por doce hombres permanentes y cuerpos de apoyo, se había establecido allí hacía seis meses, al mismo tiempo que el Centro de Operaciones. Eran lo que había dado en llamarse el “lado negro” de la agencia; su existencia era un secreto para los extraños, excepto para los que debían conocerla: los jefes de otros cuerpos militares y de espionaje, el presidente y el vicepresidente. Su misión era simple: los mandaban al campo de batalla cuando se necesitaba una actividad ofensiva. Eran un escuadrón de elite, golpeaban rápido y duro. Aunque todos los

miembros del Striker pertenecían a la jerarquía militar y recibían la paga de sus respectivas fuerzas, vestían pantalones y camisas comunes para camuflarse. Si se les iba la mano, no había manera de rastrearlos... ni a quién culpar.

Squires sonrió al ver a Mike Rodgers dando la vuelta a la casa. Verdaderamente, era tranquilizador ver la nariz aguileña de ese hombre altísimo —rota cuatro veces en los partidos de basquetbol de la escuela—, su frente amplia e inteligente, y sus luminosos ojos pardos que casi parecían dorados.

—Espero que me alegre verte —dijo Squires, saludando al general de dos estrellas. Cuando Rodgers devolvió el saludo, ambos hombres se estrecharon la mano.

—Eso depende de tu grado de aburrimiento aquí.

—Estamos listos para la acción.

—Excelente, porque llamé al helicóptero por radio: reúne once hombres y que comience a correr la adrenalina. Salimos en cinco minutos.

Squires sabía que no debía preguntar a dónde iban ni por qué sólo once hombres en vez de toda la "Sucia Docena": no mientras estuvieran al aire libre donde sus esposas e hijos podrían oírlos. Frases inocentes, palabras dichas al azar a parientes o amigos a través de líneas telefónicas inseguras, podrían resultar en verdaderos desastres. También sabía que no debía preguntar por el pequeño maletín negro que llevaba Rodgers. Cuando el general quisiera informarlo al respecto, lo haría.

En cambio, Squires respondió:

—Sí, señor —volvió a hacer la venia, y regresó a la mesa de picnic. Los otros doce hombres ya estaban de pie y listos para partir; las hostilidades y desilusiones del deporte matinal habían sido olvidadas en un santiamén.

Después de un breve diálogo con Squires, once de los doce hombres corrieron a sus casas a buscar sus ropas y equipos. Ninguno de ellos se detuvo a decir adiós a su esposa y sus hijos: un rostro triste o unas lágrimas inoportunas podrían ser un incómodo recuerdo y hacerlos vacilar cuando tuvieran que arriesgar sus vidas. Era mejor partir en frío y reír después. El único hombre que no había sido escogido se dejó caer agobiado e inclinó la cabeza sobre el plato de cartón: evidentemente éste no era un buen día para el privado George.

Como los otros hombres del Striker, Squires tenía su equipo a mano y en apenas cuatro minutos atravesó corriendo el campo y saltó la cerca, rumbo al Bell Jetranger que despegaría para el vuelo de media hora hasta la Base Andrews de la Fuerza Aérea.

Martes, 19.30, Seúl

La camioneta de sonido parecía un intestino aplastado: los vidrios habían estallado por la fuerza de la explosión, y en el centro de la chamuscada estructura sólo quedaban chatarra y plástico retorcido.

Durante más de una hora, el equipo de Kim Hwan había inspeccionado la chatarra, en busca de posibles pistas. Había huellas de explosivo plástico adheridas al fondo de lo que fuera la consola de sonido, y las habían enviado al laboratorio para que las analizaran. Además de eso, no había nada. Nada excepto el creciente número de víctimas que pasaban del rubro heridos a la lista de muertos. Los hombres apostados en los techos no habían visto nada fuera de lo común; una de las dos cámaras de video colocadas en los techos había estallado a causa de la explosión, y la otra estaba enfocada al podio, no a la multitud. También habían reunido todas las cámaras de televisión para estudiar sus grabaciones y ver si habían registrado algo inusual. Hwan dudaba de que eso fuera útil, ya que parecía que todas habían enfocado en la misma dirección: lejos de la camioneta de sonido. Y su experto en computación dudaba de que las cámaras televisivas hubieran captado un reflejo útil de la camioneta en una ventana, un reflejo que fuera lo bastante grande y completo para ser ampliado y estudiado.

Mientras él trabajaba, Gregory Donald permanecía de pie a sus espaldas, recostado contra un farol retorcido, con la pipa apagada todavía apretada entre los dientes. No había dicho una palabra, tampoco había alzado los ojos del suelo; ya no lloraba y aparentemente había salido del estado de shock, aunque Hwan era incapaz de imaginar los pensamientos que atravesaban su mente en este momento.

—¡Señor!

Hwan levantó la vista y vio venir trotando a su asistente Choi U Gil.

—Ri cree haber descubierto algo.

—¿Dónde?

—En un callejón al lado del hotel Sakong. ¿Llamo por radio al director? Pídió que lo informáramos de todo enseguida.

Hwan se retiró un paso del chasis de la camioneta destrozada por la explosión.

—Esperemos a ver qué tenemos. Estoy seguro de que el director tiene las manos llenas. *Sin duda, estará explicándole al presidente los atajos.*

Hwan siguió a Choi rumbo al Museo Nacional en el ala sur del palacio, y se sorprendió al ver que Donald los seguía, caminando lentamente. Hwan no lo esperó: le alegraba que algo atrajera la atención de su viejo amigo y no quería presionarlo. Mantenerse locamente ocupado era lo único que podía evitar que Hwan se desplomara ante la irremediable pérdida que ambos habían sufrido.

La huella de la enorme W en el polvo seco pertenecía a una bota del ejército de Corea del Norte. No había dudas acerca de eso. El “Profesor” Ri lo había sospechado desde un principio, y Hwan había confirmado sus sospechas.

—Las huellas salen del hotel abandonado —dijo el químico de cabello lacio y canoso.

—Envié un equipo de investigación al hotel —le informó Choi a Hwan.

—Los perpetradores parecen haber bebido de esto —el Profesor señaló la botella vacía y aplastada en el suelo— y luego se dirigieron a la camioneta de sonido.

El sucio callejón estaba seco, pero el aire todavía seguía caliente y los residuos no habían desaparecido. Hwan se arrodilló y estudió las cuatro huellas completas y otras dos huellas parciales.

—¿Fotografiaron todo? —preguntó Hwan.

Choi asintió.

—Las huellas y la botella de agua. Ahora estamos fotografiando el sótano del hotel, y parece que hubo cierta actividad allí.

—Bien. Envíen la botella al laboratorio para ver si hay huellas digitales, y que también revisen el pico por si quedó algún tipo de residuo: saliva, comida, cualquier cosa.

El joven asistente corrió hacia el automóvil, sacó una gran bolsa de plástico y pinzas de una caja, y volvió al lugar. Levantó la botella con extremo cuidado, la colocó dentro de la bolsa de plástico y anotó la hora, la fecha y el lugar en una franja de papel adhesivo blanco que utilizó para cerrarla. Luego sacó un formulario de pedido de investigación y análisis de la caja, lo completó, puso ambas cosas en la caja, y se trepó a la ventana donde un policía militar montaba guardia.

Hwan siguió estudiando las huellas de las botas, y advirtió que la impresión no era más pesada en la punta, lo cual significaba que los terroristas no habían corrido. También trató de determinar cuánto uso tenían las suelas y si las huellas pertenecían todas al

mismo par de botas o a varios. Por lo menos parecía haber dos pies derechos diferentes y Hwan se asombró al comprobar que prácticamente carecían de las marcas típicas del uso. Los coreanos del Norte solían adquirir botas nuevas después del invierno, que era cuando más las usaban... y no durante el verano.

—Si la botella fue utilizada por los terroristas, no encontrarás una sola huella digital.

Hwan alzó los ojos hacia Donald. La voz era apenas audible y monótona, la pipa colgaba sin ceremonias del bolsillo de su chaqueta y su rostro tenía un gélido color tiza. Pero estaba allí, alerta como un sabueso, y Hwan se alegró de verlo.

—No —replicó Hwan—. Tampoco espero encontrarlas.

—¿Por eso no se llevaron la botella? ¿Porque sabían que no te ayudaría a encontrarlos?

—Ésa podría ser una razonable conclusión —arguyó el Profesor.

Donald dio unos pasos en las sombrías profundidades del callejón. Le colgaban los brazos al costado del cuerpo, laxos, y sus hombros se constreñían bajo el peso de un horrible dolor. Al verlo moverse de manera tan lastimosa, Hwan se sintió indefenso como nunca antes.

—Este callejón, tan cerca del hotel —dijo Donald—. Me imagino que los pobres levantan todo lo que encuentran a su paso. Y seguramente hubieran advertido una botella limpia como ésa y, al verla, también hubieran visto las huellas de las botas.

—En eso estaba pensando —dijo Hwan—. Al ver las huellas, reconoceríamos el modelo de botas y llegaríamos rápidamente a la conclusión de quién está detrás de todo esto.

—Es posible —el Profesor se encogió de hombros—. Pero también es posible que un caminante desconsiderado la arrojara allí y los terroristas ni siquiera lo hubieran notado.

—En ese caso encontraríamos algunas huellas digitales en la botella —aseguró Hwan.

—Correcto —dijo el Profesor—. Y ahora vamos directo al punto. Veré si hay algo para analizar en el hotel, y luego volveré al laboratorio.

Cuando el diminuto Profesor se marchó, Hwan se acercó a Donald.

—Gracias por lo que hiciste allá atrás —dijo Donald con voz trémula. Tenía los ojos clavados en el suelo—. Te escuché, pero no podía entender nada en ese momento.

—¿Cómo podrías?

—No estoy seguro de haberlo entendido, incluso ahora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba el callejón. Respiraba con dificultad, pero luego suspiró y se secó las lágrimas con los dedos.

—Esta maldita cosa. Kim... no es su estilo. Siempre cometieron atentados en la DMZ o asesinatos para mandarnos mensajes.

—Lo sé. Y hay algo más.

Antes de que Hwan pudiera proseguir, un Mercedes negro con patente diplomática se detuvo frente al callejón. Un joven atildado se asomó por la ventanilla del conductor.

—¡Señor Donald!

Donald salió de la oscuridad.

—Yo soy Gregory Donald.

Hwan se puso a su lado velozmente. No sabía quién podía ser el próximo blanco en un día como éste, y no estaba dispuesto a correr riesgos.

—Señor —dijo el joven—, hay un mensaje para usted en la embajada.

—¿De quién?

—“De un enemigo de Bismarck”, me ordenaron que dijera.

—Hood —le dijo Donald a Hwan—. Lo estaba esperando. Tal vez tenga alguna información.

Mientras los dos hombres se acercaban al Mercedes, el joven funcionario de la embajada se adelantó y quitó el seguro electrónico de las puertas.

—Señor, también me ordenaron que me ocupara de la señora Donald. ¿Necesita algo? ¿Tal vez le gustaría venir con nosotros?

Donald apretó los labios y sacudió la cabeza; luego se le aflojaron las rodillas y cayó junto al automóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Señor!

—Se recuperará —dijo Hwan, y le hizo señas al joven para que se tranquilizara y volviera a sentarse. Rodeó con el brazo la cintura de su amigo y lo ayudó a levantarse—. Te recuperarás, Gregory.

Donald asintió mientras se ponía de pie.

—Te notificaré en cuanto sepamos algo.

Un sombrío Hwan abrió la puerta y Donald se deslizó dentro del Mercedes negro.

—¿Me harás un favor, Kim?

—Lo que sea.

—Soonji adoraba la embajada y admiraba a la embajadora. No... no permitas que la envíen allí. No en ese estado. Telefonaré al general Savran. ¿Te ocuparás de que ella... —respiró profundamente— de que ella llegue a la base?

—Lo haré.

Hwan cerró la puerta y el automóvil se alejó a toda velocidad. Pronto fue devorado por la confusión de bocinas de autobuses, autos particulares y camiones; la hora pico de la tarde empeoraba por la cantidad de vehículos detenidos alrededor del Palacio.

—Que Dios te acompañe, Gregory —musitó Hwan, y luego miró

el rojo sol del poniente—. No puedo estar con él, Soonji, así que por favor... cuidalo tú.

Hwan giró sobre sus talones y regresó al oscuro callejón. Miró las huellas. Las sombras eran cada vez más pronunciadas bajo los débiles rayos del sol poniente.

Pero *había* algo más, y eso lo perturbaba mucho más que la presencia, por otra parte demasiado conveniente, de las huellas de botas y la botella.

Después de ordenarle al guardia apostado en la ventana del sótano que informara a Choi que él se había retirado a su oficina, Hwan corrió a su automóvil, preguntándose hasta qué punto el director Yung-Hoon estaría dispuesto a investigar este caso...

Martes, 5.55, Washington D.C.

Apenas entró en su automóvil, Hood telefoneó al Centro de Operaciones y le pidió a su asistente ejecutivo, Stephen “Bugs” Benet, que pusiera el reloj en cuenta regresiva de veinticuatro horas. Liz Gordon se lo había sugerido: los estudios demostraban que la mayoría de la gente trabajaba mejor con plazos inamovibles, con objetivos precisos y contundentes. El reloj era un recordatorio constante de que aunque tuvieran que correr una maratón, y realmente de eso se trataba, había un final a la vista.

Ésta era una de las pocas cosas en las que Hood y Liz estaban de acuerdo.

Mientras Bugs le estaba diciendo que Gregory Donald había sido localizado y que lo estaban trasladando a la embajada en Sejongno, a sólo dos cuadras del Palacio, sonó el teléfono celular personal del director. Hood le dijo a Bugs que estaría allí en quince minutos, colgó y respondió la llamada.

—Paul, soy yo.

Sharon. Escuchó un “bip” y voces ahogadas. Ella no estaba en casa.

—Querida, ¿qué pasa?

—Es Alexander...

—¿Qué le ocurre?

—Después de que te fuiste, comenzó a respirar con más dificultad que nunca. El nebulizador no le servía para nada, así que lo traje al hospital.

Hood sintió que se le oprimía el pecho.

—Los médicos le inyectaron epinefrina y lo tienen en observación —dijo Sharon—. No quiero que vengas aquí. Te llamaré otra vez en cuanto sepamos algo.

—No deberías pasar por esto sola, Sharon.

—No estoy sola... lo sé muy bien. Y además, ¿qué harías si estuvieras aquí?

—Tomarte de la mano y darte ánimo.

—Será mejor que le des ánimo al presidente. Yo voy a estar bien. Mira, quiero llamar a Harleigh y asegurarme de que se en-

cuentra bien. Creo que la asusté muchísimo cuando empecé a correr por la casa con Alex en brazos.

—Prométeme que me llamarás en cuanto sepas algo.

—Te lo prometo.

—Y díles a los dos que los amo.

—Siempre se lo digo.

Hood se sentía horriblemente mal mientras conducía entre el endemoniado tráfico matutino rumbo a la Base Andrews de la Fuerza Aérea, base del Centro de Operaciones. Sharon había tenido que soportar muchas cosas y poner el hombro miles de veces en diecisiete años de matrimonio, pero esto era el colmo. La gota que rebasaba el vaso. Había percibido miedo en su voz, una huella de amargura en su recomendación acerca del presidente, y quería ir a verla. Pero sabía que si iba a verla, ella sólo se sentiría culpable por haberlo presionado a no cumplir su deber. Y cuando sentía eso se enojaba consigo misma, y lo que menos necesitaba ahora era enojarse.

Infeliz como se sentía, todo lo que podía hacer ahora era ir al Centro de Operaciones. Pero pensaba que todo era sumamente irónico. Aquí estaba él, el jefe de una de las agencias más sofisticadas del mundo, capaz de rescatar rehenes a millas de distancia o de leer el diario de Teherán por transmisión satelital. Pero no había nada en el mundo que pudiera hacer para ayudar a su hijo... o a su esposa.

Tenía las palmas de las manos húmedas y la boca seca. Salió de la autopista y se dirigió a toda velocidad rumbo a la base. No podía ayudar a su familia por culpa de los que habían provocado la explosión en Seúl, y haría lo imposible por hacerles pagar su crimen.

Martes, 20.00, Mar del Japón

La embarcación era anterior a la Segunda Guerra Mundial, un ferry que había sido transformado en transporte de tropas militares y luego había vuelto a su papel de ferry ordinario.

La noche caía sobre el mar, y los dos coreanos del Norte sentados en los bancos de cubierta jugaban a las damas con piezas metálicas en un tablero magnético. Las maletas llenas de dinero estaban entre ellos formando una mesa improvisada.

Un fuerte viento había comenzado a soplar sobre cubierta, salpicándolos con agua de mar y humedeciendo el suelo. La mayoría de los pasajeros se había refugiado en la cabina, donde hacía calor, había sillas secas y luz; uno de los dos hombres miró a su alrededor.

—Deberíamos entrar, Im —dijo. No era bueno estar solos: las multitudes disuadían a los ladrones.

Sin terminar el juego, uno de los hombres empezó a guardarlo mientras el otro permanecía de pie, con las manos en las manijas de las maletas.

—Ten cuidado de no mover el tablero, Yun, no quiero perder...

Un chorro rojo profundo bañó las maletas. Yun levantó la vista y vio una figura oscura parada detrás de su socio; el brillante filo de un estilete emergía de la garganta de Im.

Yun abrió la boca para gritar, pero se lo impidió un profundo tajo en la garganta. Se llevó las manos a la herida para impedir que la sangre manara, pero el rojo río se deslizó entre sus dedos, y se mezcló con el de su compañero muerto. Los dos charcos de sangre fueron mezclándose con las gotas de agua marina y el viento los dispersó por la solitaria cubierta.

Los dos asesinos retiraron las armas y uno de ellos se inclinó sobre los agonizantes; el otro se dirigió a la barandilla y comenzó a emitir una luz intermitente en ciclos de diez segundos mientras su socio cortaba el dedo meñique de cada muerto. Sólo Yun emitió un aullido ahogado al sentir que el filo le rebanaba la carne.

Con el oscuro sobretodo gris flameando al viento, el asesino

arrojó los dedos seccionados a un costado de los cadáveres: la firma de la Yakuza estaba sobre las víctimas, y las autoridades pasarían semanas buscando a los asesinos. Cuando se dieran cuenta de que intentaban cazar fantasmas sería demasiado tarde.

El asesino volvió atrás para recuperar las maletas, comprobó que eran seguras y echó un vistazo a la cabina. No había rostros en las ventanas circulares, y la oscuridad, el ruido y la espuma del mar imposibilitarían que los identificaran de todos modos; además el puente estaba levantado sobre la cabina, e impedía que la tripulación viera claramente la cubierta. Con suerte nadie saldría y, desde luego, nadie más querría morir esa noche.

Su compañero todavía emitía luces intermitentes. Cuando se unió a él, ya se escuchaba la sirena del motor distante, y pudieron ver la borrosa silueta del avión anfibia. Excepto las luces del costado de la máquina, todas las demás estaban apagadas. El Bucanero LA-4-200 se acercó a la última puerta de popa, siguiendo la marcha del ferry, y escoró convirtiendo la espuma de mar en millares de flechas minúsculas. El asesino apuntó la luz hacia la cabina del piloto, y el piloto abrió de un golpe la escotilla ala de gaviota y lanzó al mar un bote inflable, cuyo anillo de lazada estaba unido firmemente a varios metros de cable de acero. El bote cayó pesadamente al agua, luchando contra el viento.

Ahora comenzaba a haber actividad en el puente del ferry: la tripulación había visto el avión anfibia.

—Rápido —le dijo el hombre de la luz intermitente a su compañero.

Colocó las maletas sobre cubierta, y saltó al bote inflable. Cayó al agua junto al bote, aferró la sogá de salvataje, logró meterse en el bote, y luego giró la cabeza para mirar el ferry. Su socio levantó una de las maletas, la hizo oscilar en dirección al bote y luego la dejó caer. El otro hombre la atrapó en el aire, y extendió las manos para esperar la segunda. También la atrapó en el aire con gesto seguro, y luego ayudó a su compañero a entrar al bote cuando éste saltó del ferry.

Algunos miembros de la tripulación habían salido a cubierta y hallado los cadáveres cuando el piloto hacía subir el bote inflable al interior del anfibia. En pocos minutos los asesinos estuvieron a bordo, las luces del avión se encendieron, y la nave y el dinero desaparecieron en el aire, rumbo al norte. Sólo cuando estuvieran fuera de la vista del ferry girarían al oeste: no rumbo a Japón y la Yakuza, sino a Corea del Norte.

Martes, 6.02, Centro de Operaciones

Los recambios nocturnos y diurnos en el Centro de Operaciones se encontraban a las seis en punto de la mañana, y a esa hora Paul Hood y Mike Rodgers tomaron el lugar de Curt Hardaway y Bill Abram. La política del Centro prohibía estrictamente que Hardaway y Abram permanecieran al mando después de su turno: era mejor tomar decisiones importantes con la mente fresca, y en las raras oportunidades en que Hood y Rodgers no estaban disponibles, este deber era preasignado a distintos miembros del equipo diurno.

La oficial política Martha Mackall había llegado minutos antes y, después de pasar los controles y saludar a los sombríos guardias armados detrás de Lexan, reemplazó a su equivalente en el equipo nocturno, Bob Sodaro. Sodaro le hizo un breve resumen de lo que había sucedido desde las 4.11 horas esa madrugada, cuando el Centro de Operaciones recibió la primera noticia de la crisis coreana.

Dando zancadas con paso firme y confiado, la elegante y atractiva hija del legendario cantante soul Mack Mackall, de cuarenta y nueve espléndidos años, atravesó el corazón del Centro de Operaciones: el toril, con su laberinto de cubículos y apresurados operativos aquí y allá. Dado que el código de Hood aún no había sido introducido en la computadora de la planta baja, sabía que tendría que sentarse a esperarlo. Atravesó el bullente toril rumbo a las oficinas de nivel activo que rodeaban como un anillo el corazón del Centro de Operaciones, y oyó su nombre en el intercom: había una llamada de Corea para Hood. Se detuvo, atendió un teléfono de pared, y le dijo a la operadora que tomaría la llamada de Corea para el director en su oficina.

La oficina de Hood estaba a pocos pasos, en el ala sudoeste del Centro. El "Tanque" era la oficina más grande de todo el edificio: sin embargo, Hood no la había elegido por esa razón, ni por la vista, ya que no había ventanas en ninguna parte. Lo cierto era que nadie más la había pedido. El Tanque estaba rodeado de paredes con ondas electrónicas que generaban estática e impedían que alguien pudiera escuchar lo que se hablaba allí mediante micrófonos ocultos o fuen-

tes externas. Los miembros más jóvenes del equipo estaban preocupados porque creían que esas ondas electrónicas podían afectar de algún modo su capacidad reproductiva; Hood dijo que ya había hecho uso suficiente de la suya y que, por consiguiente, podía instalarse sin problemas en la oficina rechazada.

Aunque él no lo sabía, Liz Gordon había anotado el comentario en su perfil psicológico. La frustración sexual podría perjudicar su rendimiento laboral.

Martha introdujo su código de acceso en la computadora de la oficina del director.

Pobre Papa Paul, pensó, repitiendo el último apodo con que Ann Farris lo había bautizado. Martha se preguntaba si el director comprendía que todo lo que tenía que hacer era un simple gesto con el dedo a su sensual secretaria de prensa, y ella sería capaz de hacer lo que fuera por él en lugar de bañarlo con epítetos. Y él tendría una buena razón para cambiar de oficina.

La puerta se abrió con un clic y Martha ingresó a la oficina con paredes recubiertas de madera. Se sentó en un extremo del escritorio y levantó uno de los teléfonos que había allí, la línea segura; en el CÓDIGO IDENTIFICATORIO de la unidad se leía 07-029-77, y se le informaba que el que había llamado estaba en la embajada norteamericana en Seúl. El prefijo "1" en lugar de "0" indicaría que la llamada provenía del embajador. Una tercera línea para teleconferencias, también segura, había sido integrada al sistema de computación.

Antes de hablar, Martha encendió el grabador digital que traducía palabras al tipeo con sorprendente velocidad y exactitud. La transcripción casi simultánea de su conversación aparecería en un monitor sobre el escritorio, junto al teléfono.

—El director Hood no está disponible. Habla Martha Mackall.

—Hola, Martha. Gregory Donald.

Al principio no reconoció la voz lenta y suave en el otro extremo de la línea.

—Señor, sí... el director Hood todavía no ha llegado, pero está ansioso por tener noticias tuyas.

Hubo un breve silencio.

—Yo estaba... allí, por supuesto. Luego estuvimos investigando el sitio del atentado, Kim y yo.

—¿Kim...?

—Hwan. Director delegado de la KCIA.

—¿Encontraron algo?

—Una botella de agua mineral. Algunas huellas de botas, modelo ejército de Corea del Norte. —Se le quebró la voz—. Disculpe-me.

Hubo un silencio mucho más prolongado.

—Señor, ¿se siente bien? No fue herido, ¿verdad?

—No tengo... nada roto. Mi esposa... ella resultó herida.

—No seriamente, espero.

Se le volvió a quebrar la voz y dijo:

—La asesinaron, Martha.

Martha se llevó una mano a la boca. Había visto a Soonji sólo una vez, en la primera fiesta navideña en el Centro de Operaciones, pero su encanto y agudeza mental la habían impresionado profundamente.

—Lo lamento muchísimo, señor Donald. ¿Por qué no hablamos más tarde y...?

—No. Ahora la están trasladando a la base del ejército, e iré allá en cuanto termine con esto. Es mejor que hablemos ahora.

—Entiendo.

Donald se tomó un momento para recuperarse y luego prosiguió con voz decidida.

—Había... huellas de botas en un callejón, producidas por una o más botas del ejército de Corea del Norte. Pero ni Kim ni yo creemos que fueran coreanos del Norte los que las llevaban puestas. O, si lo eran, estaban operando con la oposición de su gobierno.

—¿Por qué piensan eso?

—Las pruebas estaban allí a la vista, no habían hecho ningún esfuerzo para ocultarlas. Un profesional no hubiera hecho eso. Y los coreanos del Norte jamás han atacado a ciegas como aquí.

Mientras hablaban, Hood entró en su oficina; Martha tocó un botón en la pantalla, hizo retroceder la transcripción varios renglones, y le indicó a Hood que mirara. Después de leer la frase acerca de Soonji, asintió gravemente; luego se sentó con calma detrás del escritorio y se pasó dos dedos por la frente.

—Entonces ustedes creen que alguien quiere hacer que esto *parezca* un ataque de Corea del Norte —dijo Martha—. Y ellos han negado cualquier clase de participación.

—Estoy diciendo que es una opción que debemos explorar antes de blandir los sables en Pyongyang. Por una vez, tal vez estén diciendo la verdad.

—Gracias, señor. ¿Podemos... hacer algo por usted?

—Conozco al general Norbom en la base, y la embajadora Hall... ha prometido hacer todo lo posible aquí. Creo que estoy en buenas manos.

—De acuerdo. Pero, si necesita ayuda...

—Los llamaré.

La voz de Gregory Donald se fortaleció al decir:

—Deséele lo mejor de mi parte a Paul, y dígame... dígame que si el Centro de Operaciones se involucra en este caso, yo quiero participar. Quiero encontrar a los animales que hicieron esto.

—Se lo diré —respondió Martha.

Donald colgó.

En cuanto escuchó el tono, la computadora archivó la conversación, marcó el tiempo, y se preparó para recibir la próxima llamada.

—¿Llamo a la embajadora Hall y me aseguro de que le den a Donald absolutamente todo lo que necesite?

Hood hizo un gesto afirmativo.

—Tienes bolsas bajo los ojos. ¿Mala noche?

—Alex tuvo un terrible ataque de asma. Está en el hospital.

—Oh... lo lamento muchísimo. —Martha retrocedió un paso—. ¿Quieres ir a verlo? Me encargaré de todo aquí.

—No. El presidente quiere que preparemos el Informe de Opciones sobre este atentado, y necesito que me consigas los últimos datos de los vínculos financieros de Corea del Norte con Japón, China y Rusia... los del mercado negro y los legítimos. Si encontramos algo, presiento que el presidente querrá una solución militar, pero antes veamos qué podemos hacer con sanciones.

—Lo haré. Y no te preocupes por Alex. Mejorará pronto. Los niños son fuertes.

—Están destinados a sobrevivirnos —le espetó Hood, alcanzando el intercom. Llamó a su ayudante Bugs y le ordenó que llevara el informe de Liz Gordon al Tanque.

Al salir, Martha esperó no haber sido demasiado osada al ofrecerse a reemplazar momentáneamente a Hood. Se sintió mal por la manera en que se había valido del infortunio de Alexander para mejorar su situación, e hizo una nota mental para que su secretaria le enviara algún regalo al niño; pero mientras Ann Farris tenía los ojos puestos en el director, Martha los tenía puestos en el Directorio. Le agradaba Hood, y también lo respetaba, pero no anhelaba ser la oficial política del Centro de Operaciones para siempre. Su fluido dominio de diez idiomas y su comprensión de la economía mundial la capacitaban para un cargo mucho más importante que ése. Codirigir una crisis internacional como ésta hubiera sido un galardón mayor en su carpeta, y le hubiera significado un ascenso aquí; o, si tenía suerte, un traslado al Departamento de Estado.

Siempre hay un mañana, dijo para sí misma mientras atravesaba el estrecho corredor entre el toril y las oficinas ejecutivas, pasando junto a Liz Gordon, que parecía tener la cabeza llena de vapor y necesitar desesperadamente un lugar fresco para ventilarla...

Martes, 6.03, Base Andrews de la Fuerza Aérea

—¿De verdad no le importa que el jefe ponga el grito en el cielo, señor?

El teniente coronel Squires y Mike Rodgers estaban corriendo por el campo. Hacía menos de un minuto que el Jetranger había aterrizado y ya estaba en vuelo otra vez, rumbo a Quantico. Los dos oficiales guiaban el comando Striker hacia el C-141B, que ya carreteaba hacia la pista de despegue. Además de su equipamiento personal, Squires llevaba una computadora portátil Toshiba Satellite con una impresora laserjet especialmente diseñada, que contenía planes de vuelo para 237 localizaciones diferentes, junto con mapas detallados y posibles perfiles de misión.

—¿Y por qué pondría Hood el grito en el cielo? —preguntó Rodgers—. Yo soy un hombre tranquilo... escucho todo lo que se me dice. Expreso mis opiniones con deferencia y cortesía.

—Excúseme, señor, pero Krebs tiene el mismo talle que usted, y usted lo obligó a traer una cantidad de ropa extra. Nuestros proyectos, todos ellos, están diseñados para una escuadra de doce hombres. Usted va a tomar el lugar de George, ¿verdad?

—Correcto.

—Y apuesto mi paga de un mes a que el señor Hood no dio su aprobación.

—¿Para qué preocuparlo con detalles? Ya tiene bastantes cosas en la cabeza.

—Bien, señor... ya tenemos dos razones muy buenas para poner el grito en el cielo.

—Presión, y una pieza ubicada donde no le corresponde. En este caso, la pieza es usted... aquí.

Rodgers se encogió de hombros.

—Seguro, se molestará muchísimo. Pero Hood no seguirá en ese estado. Tiene un equipo perfectamente capaz en el Centro de Operaciones y, demonios, de todos modos casi nunca estamos de acuerdo. No va a extrañarme.

—Lo que nos lleva directamente a otro tema de importancia, señor. ¿Tengo permiso para hablar con toda libertad?

—Dispare.

—También yo tengo un equipo perfectamente capaz aquí. ¿Está usted decidido a dirigir el show, o piensa tomar el lugar del privado George?

—No usaré mis estrellas, Charlie. Usted está al mando, y yo haré todo lo que se necesite que haga. Usted y su pequeña laptop tendrán doce horas para ponerme a punto.

—Así que esto es sólo una idea suya para un buen comienzo de semana. Una oportunidad de salir de atrás del escritorio.

—Algo así —dijo Rodgers cuando llegaban al enorme avión negro de transporte—. Usted sabe cómo es, Charlie. Si uno no utiliza el equipo, se entumece.

Squires soltó una carcajada.

—¿Usted, señor? ¿Entumecido? No, no lo creo. Esta clase de acción está en los genes Rodgers desde... ¿la guerra entre España y América?

—Ése fue el primero —dijo Rodgers—. Mi chozno, el capitán Malachai T. Rodgers.

Los oficiales se detuvieron a los costados del avión, y cuando Squires gritó: “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”, los hombres se treparon a la nave sin romper filas.

El corazón de Rodgers se ensanchó al ver a los hombres abordar el avión con ese orgullo que siempre lo colmaba cuando veía soldados norteamericanos corriendo a cumplir su deber. Jóvenes, temerosos, y en variados tonos de verde, siempre cumplían las órdenes, y esa visión jamás había dejado de conmoverlo. Él había sido uno de ellos en la primera campaña a Vietnam y, después de obtener su Ph.D. en Historia en la Temple University mientras estaba destinado en Fuerte Dix, volvió y comandó batallones de jóvenes soldados norteamericanos en la guerra del Golfo Pérsico.

Tennyson escribió una vez que Lady Godiva era una visión que rejuvenecía a los hombres viejos, y las mujeres le producían esa sensación. Pero esto también lo rejuvenecía. Veintiséis años desaparecían en menos de un minuto, y volvía a tener diecinueve al subir detrás del último soldado al avión negro, permitiendo que Squires cerrara la marcha.

A pesar de sus propias afirmaciones un tanto volubles, Rodgers sabía que el teniente coronel tenía razón. Definitivamente, Hood no se alegraría con su partida. Debido a su astucia innata y a sus capacidades a menudo sorprendentes como mediador, Hood detestaba que algo estuviera fuera de su control. Y al ir al campo de operaciones, a medio mundo de distancia, Rodgers efectivamente quedaría fuera de control. Pero sobre todo, Hood jugaba en equipo: si era necesario para el comando Striker que Rodgers fuera y realizara algunas acciones secretas, el director no permitiría que su ego obstaculizara el funcionamiento del equipo. Sin duda permitiría que

el Striker —y Rodgers— hicieran el trabajo y ganaran la gloria... o fueran el chivo expiatorio de la situación.

En cuanto estuvieron a bordo, los hombres ocuparon sus lugares a lo largo de la cabina despojada mientras la tripulación de tierra terminaba de preparar el avión para el despegue. Utilizado por primera vez en 1982, el Lockheed C-141B Starlifter, con sus alas de 159 pies y 11 pulgadas, era heredero de los laureles del primer C-141A, utilizado por primera vez en 1964. Ese avión se distinguió por los vuelos diarios sin escala a Vietnam... sus actuaciones fueron uno de los tantos beneficios no condecorados de la guerra. Ningún otro ejército tenía un transporte de tropas tan confiable, y eso le daba superioridad incuestionable a los Estados Unidos.

Con 168 pies 4 pulgadas de longitud, el C-141B —más largo que su predecesor por 23 pies 4 pulgadas— podía recibir 154 miembros de la tropa, 123 paramilitares, 80 camilleros y 16 pasajeros sentados o carga. Poseía un equipo que le permitía volver a cargar combustible en pleno vuelo y eso le agregaba un 50 por ciento más de millaje. El jet podía llegar a Hawaii sin problemas, y allí lo recibía un barco tanque KC-135 que lo realimentaba de combustible en vuelo. Desde allí era muy fácil llegar a Japón, y luego se hacía un rapidísimo vuelo en helicóptero a Corea del Norte que duraba apenas media hora.

Mientras la tripulación terminaba la lista de chequeos previos al vuelo, los hombres del Striker hacían su propio inventario. Además de su equipamiento habitual —uniforme de camuflaje, o sin marcas identificatorias, cuchillo de nueve pulgadas y una pistola automática Beretta 92-F 9mm, también sin señas—, cada hombre era responsable de trasladar ítems que el equipo podía necesitar, desde comidas enlatadas y galletitas hasta teléfonos portátiles que permitían la comunicación con todas las importantísimas radios TAC SAT con antena parabólica.

Mientras los hombres se dedicaban a estas tareas, Squires y Rodgers se dirigieron a la cabina del piloto seguidos por el sargento Chick Grey. El equipo Striker no tenía necesidades especiales para este vuelo, pero el sargento debía preguntar si la tripulación de la nave requería algo del Striker, desde la distribución del peso —que no era un problema en esta misión ya que se ubicarían a lo largo de la cabina— hasta el uso de equipos electrónicos.

—¿Quiere darle las instrucciones? —le preguntó Squires a Rodgers... con cierta suspicacia iracunda, pensó el general. O tal vez estuviera gritando sólo para hacerse escuchar por encima del ruido de los poderosos motores, cuatro en total, Pratt & Whitney TF33-P7.

—Charlie, ya te dije... tú eres el cocinero jefe. Yo sólo he venido a cenar.

Squires sonrió de soslayo mientras bajaban desde la cabina al comando y se presentaban al piloto, copiloto, primer oficial, navegante y oficial de comunicaciones.

—¿Capitán Harryhausen? —El sargento Grey repitió el nombre mientras el teniente coronel abría la computadora, y el navegante miraba por encima de su hombro—. Señor, ¿por casualidad es el mismo capitán Harryhausen que voló un United DC10 rumbo a Alaska la semana pasada?

—Soy el mismo capitán Harryhausen, de la Reserva de la Fuerza Aérea Norteamericana.

Una sonrisa iluminó el rostro carnoso del sargento.

—Ésta es una para Robert Ripley. Mi familia y yo estábamos en ese avión, señor. Caramba... ¿cuáles eran las condiciones?

—Muy buenas, sargento —respondió el capitán—. He venido haciendo la ruta Seattle-Nome desde hace siete meses. Pero elegí hacer este vuelo para llegar a algún lugar con sol y sin hielo, a menos que se trate de té helado.

Mientras el capitán empezaba a decirle al sargento lo que éste ya sabía —que sus hombres debían abstenerse de usar discmans y Game Boys hasta que él les diera permiso—, Squires sacó un cable de la laptop, lo introdujo en la consola del navegante, presionó un botón en su teclado, y copió la información en la computadora de navegación del C-141B. El proceso llevó seis segundos; incluso antes de que Squires cerrara la Toshiba, la computadora del avión había empezado a completar el trayecto de vuelo con informes meteorológicos que llegarían cada quince minutos desde las bases norteamericanas localizadas en la ruta elegida.

Squires miró al capitán y palmeó la computadora.

—Señor, apreciaré que me haga saber cuándo puedo volver a utilizarla sin riesgos para el vuelo.

El capitán hizo un gesto afirmativo y devolvió la venia al teniente coronel.

Cinco minutos después estaban carreteando por la pista de despegue, y dos minutos más tarde se alejaban del sol naciente, rumbo al sudoeste.

Mientras se sentaba debajo de las oscilantes bombillas de luz en el interior de la amplia cabina casi vacía, Rodgers se descubrió contemplando con renuencia la otra cara de lo que estaba haciendo. El Centro de Operaciones acababa de cumplir medio año en actividad, y su modesto presupuesto anual de veinte millones de dólares provenía de recortes en los presupuestos de la CIA y el Departamento de Estado. En los libros no existían, y al presidente le resultaría fácil borrarlos de un plumazo si era necesario. Lawrence había quedado satisfecho, si no impactado, por la manera en que habían manejado su primera misión: encontrar y desactivar una bomba a bordo de la nave espacial *Atlantis*. El verdadero héroe en aquella oportunidad había sido el tecnócrata Matt Stoll... para frustración del director Hood, que sentía una profunda y acendrada desconfianza por la tecnología. Probablemente porque su hijo siempre lo vencía al Nintendo.

Pero el presidente se había enfurecido con el asesinato de dos rehenes en Filadelfia... aun cuando el disparo había provenido de la policía local, que los confundió con terroristas. El presidente lo consideró un error del Centro de Operaciones por no haber podido controlar por completo la situación, y tenía razón.

Ahora tenían una nueva misión, aunque estaba por verse hasta qué punto les pertenecería. Debía esperar las órdenes de Hood al respecto. Pero algo era seguro: si el comando Striker se desviaba apenas un paso de las órdenes recibidas, y el hombre número dos del Centro de Operaciones estaba allí, el enchufe de la agencia sería arrancado con tanta fuerza que Hood ni siquiera tendría tiempo de molestarse.

Haciendo crujir los nudillos, Rodgers recordó las palabras inmortales del astronauta del Mercury, Alan B. Shepard, mientras esperaba ser lanzado al espacio: "Dios mío, por favor no permitas que me equivoque."

Martes, 20.19, Seúl

La base del ejército norteamericano en Seúl era una fuente de molestias para muchos de los nativos.

Asentada sobre veinte acres de un antiguo predio en el corazón de la ciudad, alojaba dos mil soldados en cuatro acres, y almacenaba equipamiento y artillería en otros dos. Los catorce acres restantes estaban destinados al entretenimiento de las tropas: PX, dos cines para estrenos, y más canchas de bowling que en la mayoría de las grandes ciudades norteamericanas. Con la mayoría de los efectivos militares en la DMZ, treinta y cinco millas al norte, donde había un total de un millón de soldados, la base era, en el mejor de los casos, un modesto sistema de apoyo. Su función era en parte política, en parte ceremonial: significaba la amistad permanente con la República de Corea, y ofrecía a los norteamericanos una base para vigilar de cerca a Japón. Un estudio DOD a largo plazo determinó que la remilitarización de Japón era inevitable para el año 2010; si los Estados Unidos llegaban a perder sus bases allí, la base de Seúl se convertiría en la más importante de la región del Pacífico asiático.

Pero los coreanos del Sur estaban más preocupados por el comercio con Japón, y muchos pensaban que sería mucho mejor instalar en ese predio algunos hoteles y supermercados en lugar de una inmensa base norteamericana.

El mayor Kim Lee no estaba entre los que querían que el predio volviera a manos de Corea del Sur. Patriota cuyo padre había sido general de alto rango durante la guerra, y cuya madre había sido ejecutada como espía, Kim se hubiera alegrado de ver más tropas norteamericanas en Corea del Sur, más bases y pistas de aterrizaje entre la capital y la DMZ. Sospechaba de la apertura de Corea del Norte durante los últimos cuatro meses, en particular de la súbita disposición de los coreanos del Norte a permitir las inspecciones de la Agencia de Energía Atómica Internacional, y su voluntad de respaldar el Tratado de No Proliferación Nuclear. En 1992 habían permitido seis inspecciones de facilidades nucleares, y luego habían amenazado con retirarse de sus obligaciones bajo el NPT cuando la IAEA había solicitado inspeccionar sus basureros nucleares. Los

investigadores pensaban que la República Democrática Popular de Corea había acumulado por lo menos noventa gramos de plutonio a través del reprocesamiento de combustible reactor irradiado, con el fin de utilizarlo para fabricar armas. Los coreanos del Norte estaban usando un pequeño reactor de veinticinco megavatios, termal y moderado en grafito para este propósito.

La República Democrática Popular de Corea lo negó, advirtiendo que los Estados Unidos no necesitaban que la IAEA les dijera si el Norte había estado probando armas; los Estados Unidos dijeron que no era necesario realizar esas pruebas para determinar si una carga comercial estaba en condiciones de ser despachada. Negativas y acusaciones iban de un lado a otro y finalmente Corea del Norte modificó su posición, pero la guerra fría continuó durante muchos años.

Y ahora había terminado. Los coreanos del Norte acababan de sorprender al mundo entero accediendo a abrir su planta de reprocesamiento nuclear en Yongbyon a las “inspecciones especiales” tanto tiempo solicitadas; pero mientras Rusia, China y Europa evaluaban esta concesión como un verdadero progreso, mucha gente en Seúl y los Estados Unidos sostenía un punto de vista diferente: que el Norte simplemente había erigido pequeñas “bases calientes” en algunos otros emplazamientos —virtualmente en todas partes— y concluido toda investigación sobre armas en Yongbyon. Igual que Saddam Hussein y su fábrica de leche, que los norteamericanos bombardearon durante la Guerra del Golfo, los coreanos del Norte probablemente las habrían construido en los subsuelos de escuelas o iglesias. Los oficiales de la IAEA no detectarían su presencia y tampoco estarían dispuestos a forzar las cosas: sería muy injusto que presionaran para obtener el derecho a “inspecciones especiales” adicionales ahora que Corea del Norte había accedido con creces al requerimiento inicial.

Al mayor Lee le importaba un bledo lastimar los sentimientos de Corea del Norte, o menospreciar los efusivos elogios y vigorosos aplausos que habían llegado de Moscú, Beijing y París minutos después de que Pyongyang realizara lo que ellos mismos dieron en llamar “una gran concesión a la paz y la estabilidad.” No se podía confiar en los coreanos del Norte, y Lee sintió una perversa satisfacción a raíz del atentado al Palacio: si el mundo no había comprendido hasta esa tarde, ahora comprendería.

La cuestión que perturbaba al mayor Lee y a los otros oficiales de Seúl era conocer la respuesta del gobierno. Moverían apenas un dedo para reprimir a los terroristas y los Estados Unidos ingresarían más tropas en la región... Ése sería todo el alcance de la respuesta.

Lee quería más que eso.

Después de imprimir la orden requisitoria en el centro coman-

do de Corea del Sur, localizado en el sector norte de la base, el mayor y dos jóvenes oficiales se dirigieron al depósito de aprovisionamiento de los Estados Unidos, mientras un tercer oficial iba a buscar una camioneta. Después de pasar dos chequeos, donde examinaron sus documentos de identidad y el pasaje diario requerido en esos casos, llegaron a la Bóveda de Materiales Peligrosos. La habitación, rodeada de goma, tenía paredes de dieciocho pulgadas de espesor, y una puerta que se abría mediante un sistema clave dual. Dentro de esta habitación no identificada, y desconocida para la mayoría de los habitantes de la base, los Estados Unidos almacenaban agentes para la producción de armas químicas: si la gente de Seúl se molestaba por las canchas de bowling y los cines, se desgarrarían las vestiduras frente a las armas químicas. Pero se sabía que el Norte las poseía y, en el caso de un enfrentamiento, la política de los Estados Unidos y Corea del Sur no consistía en terminar siendo los perdedores que jugaron limpio.

La orden requisitoria del mayor decía "Ojos Solamente" y fue mostrada exclusivamente al oficial a cargo de la Bóveda de Materiales Peligrosos. El mayor Charlton Carter se acarició el mentón. Estaba sentado detrás de su escritorio en la entrada de la Bóveda, y leyó el pedido de cuatro tambores de un cuarto de tabún. El mayor Lee permaneció de pie, mirándolo, con las manos anudadas a la espalda, y sus ayudantes un paso atrás, uno a cada lado.

—Mayor Lee, debo confesarle mi sorpresa.

Lee se tensó como un arco.

—¿Acerca de?

—¿Sabe que en cinco años que llevo sentado aquí, éste es el primer pedido que recibo?

—Pero todo está en orden.

—Perfectamente. Y supongo que no debería asombrarme. Después de lo que sucedió hoy en la ciudad, nadie quiere que lo atrapen con las manos en la masa.

—Bien dicho.

El mayor Carter leyó la requisitoria.

—Existe un estado de alerta en el ala sudoeste del DMZ.

—Sacudió la cabeza—. Y yo que creía que las relaciones estaban mejorando.

—Aparentemente, eso es lo que el Norte quería hacernos creer. Pero tenemos evidencias de que están en vías de desenterrar los tambores químicos que han mantenido enterrados allí hasta ahora.

—¿En serio? Maldición. ¿Y estos tambores de cuarto se encargarán de impedirlo?

—Si se usan con eficiencia, sí. No necesitamos aplastar al enemigo con ellos.

—Tiene mucha razón al respecto. —El mayor Carter se puso de pie, acariciándose la nuca—. Considero que estarán entrenados para manejar tabún. No es particularmente volátil en el tambor...

—Pero se dispersa fácilmente como vapor o espuma, tiene poco olor, es altamente tóxico, y trabaja rápidamente cuando es absorbido a través de la piel y todavía más rápido cuando se lo inhala. Sí, mayor Carter, he obtenido el certificado Grado Uno, clase Coronel Orlando, 1993.

—¿Y también obtuvo una de éstas? —se golpeó el pecho.

Lee se desprendió un botón levantándose la corbata. Metió la mano debajo de la camiseta y sacó una llave.

Carter asintió. Juntos, los hombres retiraron las cadenas que pendían de sus cuellos y se encaminaron a la bóveda. Las cerraduras estaban en sitios opuestos de modo que un solo hombre jamás pudiera llegar a ambas a la vez: cuando insertaron las llaves y las hicieron girar, la puerta se abrió hacia abajo dejando pocos centímetros a la vista: este obstáculo había sido diseñado para evitar que los soldados provocaran una estampida con los químicos y tuvieran un accidente.

Volviendo a colgar la llave de su cuello, el mayor Carter regresó a su escritorio a buscar un formulario mientras el mayor Lee supervisaba el cuidadoso traslado de los tambores anaranjados a una pequeña transportadora. Estas transportadoras, especialmente diseñadas para alojar contenedores de distintos tamaños, colgaban de un riel en la pared trasera: si alguna vez un enemigo engañaba al sistema de seguridad y llegaba tan lejos en su aventura, probablemente no sabría que las transportadoras portaban chips que hacían sonar alarmas cuando las alejaban más de dos yardas de la Bóveda de Materiales Peligrosos.

Aseguraron los tambores en las transportadoras y los llevaron afuera, a la camioneta que los estaba esperando. Fueron cargados bajo la severa vigilancia de una guardia armada de la Bóveda de Materiales Peligrosos; ella se quedaba detrás con el conductor coreano cada vez que Lee y sus hombres regresaban a buscar otro tambor.

Cuando terminaron, Lee volvió y firmó el formulario de retiro. Carter le entregó una copia.

—Ya sabrá que debe llevar esto a la oficina del general Norbom para que lo selle. De otro modo, no le permitirán salir con esa carga.

—Sí. Gracias.

—Que tenga suerte —dijo Carter, ofreciéndole la mano a Lee— Necesitamos hombres como usted.

—Y como usted —respondió Lee aduladoramente.

Martes, 6.25, Centro de Operaciones

Paul Hood y Liz Gordon llegaron al Tanque al mismo tiempo. Hood la invitó a entrar con un gesto de la mano y luego la siguió apresuradamente. La pesada puerta se operaba mediante un botón situado al costado de la gran mesa oval de conferencias, y Paul lo pulsó al entrar.

El pequeño despacho fue repentinamente iluminado por luces fluorescentes que pendían sobre la mesa de conferencias; en la pared frente a la silla de Hood, el reloj en cuenta regresiva ofrecía el brillo de su siempre cambiante formación de números digitales.

Las paredes, el suelo, la puerta y el techo del Tanque estaban completamente recubiertos con Acoustix absorbente de sonido; detrás de las abigarradas vetas grises y negras había varias capas de corcho, treinta centímetros de hormigón, y más Acoustix. En la mitad del hormigón, sobre los seis lados de la habitación, había un par de cercos de cable que generaban vacilantes ondas de sonido; electrónicamente, nada podía entrar a la habitación, o abandonarla, sin ser vergonzosamente descubierto. Si mediante alguna treta alguien se las ingeniaba para grabar o escuchar una conversación en el interior del Tanque, el desorden de la modulación cambiante haría que el sentido de la conversación rozara casi lo imposible.

Hood se sentó a la cabecera de la mesa y Liz lo hizo a su izquierda. Disminuyó el brillo del monitor ubicado junto al teclado de la computadora, había una diminuta cámara de fibra óptica anexada al extremo superior del monitor. En la otra punta de la mesa podía verse un equipo similar, en el lugar de Mike Rodgers.

Liz dejó caer su anotador amarillo sobre la mesa.

—Escúchame, Paul. Sé lo que vas a decirme, pero no estoy equivocada. Esto no era su estilo.

Hood miró directamente a los ojos color avellana de la psicóloga de su equipo. Llevaba puesta una vincha negra que contenía los embates de su cabello pardo sobre el rostro; una blanca veta en la solapa de su elegante trajecito era el residuo de la ceniza, quitada al descuido, de uno de los Marlboro que Liz fumaba sin parar en su brumosa oficina.

—No iba a decirte que estabas equivocada —replicó Hood cortésmente—. Pero lo que tengo que saber es hasta qué punto estás segura de lo que sostienes. El presidente me puso a cargo de la Fuerza de Tareas Coreana, y no quiero decirle que su equivalente coreano está hablando de paz en nuestra época mientras intenta persuadirnos a cruzar la DMZ.

—Ochenta y nueve por ciento —dijo ella con su voz ronca—, hasta ese punto estoy segura. Si la inteligencia de Bob Herbert es acertada y también consideramos eso, nuestro nivel de confianza será del noventa y dos por ciento.

Sacó de su bolsillo una goma de mascar Wrigley's y la desenvolvió.

—El presidente de Corea del Norte no quiere la guerra. En resumen, está horrorizado por el nivel de crecimiento de la clase baja y sabe que la única manera de mantenerse en el poder es *mantener* feliz a esa clase baja. La mejor forma de hacerlo es terminar con el aislamiento autoimpuesto. Y ya sabes lo que piensa Herbert.

Lo sabía. Su oficial de Inteligencia creía que si los generales de Corea del Norte se opusieran a la política del presidente, ya lo hubieran derrocado. La muerte súbita del legendario líder Kim Il Sung en 1994 había dejado un hondo vacío de poder que ellos podrían haber utilizado en caso de que no les agradara lo que estaba sucediendo.

Liz se metió la goma de mascar en la boca con gesto displicente.

—Sé que piensas que la división psicológica no es del todo científica, y que te sentirías feliz como un elfo si la cerraran. De acuerdo. No pudimos prever la reacción excesiva de la policía en Filadelfia. Pero hace años que trabajamos sobre los coreanos del Norte, ¡y estoy segura de tener razón en esto!

Se escuchó un bip-bip desde el monitor de la computadora a la izquierda de Hood. Paul le echó un vistazo al mensaje E-correo de Bugs Benet: los otros miembros de la Fuerza de Tareas estaban listos para la teleconferencia. Hood presionó la tecla ALT para indicar que había recibido el mensaje y luego miró a Liz.

—Creo en las primeras impresiones, no en la psicología. Pero jamás he visto a los líderes de Corea del Norte, de modo que *tengo* que confiar en ti. Aquí está lo que necesito.

Liz quitó el capuchón de su pluma y comenzó a escribir.

—Quiero que vuelvas a tus informes y me entregues un perfil reciente, fresco, de los máximos líderes de Corea del Norte focalizado en lo siguiente: aun cuando ellos *no hubieran* ordenado ese atentado, cómo reaccionarían frente a una movilización Defcon 5 de nuestra parte, a una posible represalia de Corea del Sur en Pyongyang, y si alguno de sus generales está lo suficientemente loco como para haber autorizado ese atentado sin aprobación presiden-

cial. También quiero que vuelvas a chequear el estudio sobre China que entregaste a la gente de KONEX. Allí decías que los chinos no querrían involucrarse en una guerra en la península, pero que unos pocos funcionarios y militares *podrían* presionar para hacerlo. Dime quiénes y por qué, y envía una copia escrita con precisión al embajador Rachlin en Beijing, de modo que él esté en condiciones de hacer cualquier movimiento si lo cree necesario.

Cuando terminaron —final indicado, como siempre, por una exhalación exasperada del director, de la que probablemente ni siquiera era consciente—, Liz se puso de pie y Hood abrió automáticamente la puerta para que saliera. Antes de que volviera a cerrarse la puerta, el contacto entre la Interpol del Centro de Operaciones y el FBI, Darrell McCaskey, entró de una zancada. Hood reconoció el cabello corto, enrulado y prematuramente gris del ex miembro del FBI y, cuando McCaskey se sentó, Hood presionó la tecla Control de su tablero. Cuando lo hizo, el monitor se dividió en seis secciones idénticas, tres a lo largo y dos hacia abajo. Cinco de ellas eran imágenes televisivas en vivo de los otros asistentes al encuentro de esa mañana; la sexta era Bugs Benet quien monitorearía los minutos de transcripción del encuentro. Al pie había una barra negra para mensajes: si era necesario por algún motivo que Hood estuviera al tanto del desarrollo de los acontecimientos en Corea, el Salón de Deliberaciones del Centro de Operaciones le enviaría un conciso mensaje a través de la pantalla.

Hood no comprendía por qué era necesario ver a la gente con la que estaba hablando, pero allí donde hubiera alta tecnología disponible se la utilizaba sin reparos, fuera ello pertinente o no. Toda la escena le recordaba el comienzo de *The Brady Bunch*.

El audio de cada imagen se controlaba mediante las teclas F del teclado, y antes de presionar las otras pulsó la F6 para hablar con Bugs.

—¿Mike Rodgers no ha llegado todavía?

—Todavía no. Pero el Striker ya ha salido, así que pronto estará aquí.

—Mándalo aquí en cuanto llegue. ¿Herbert tiene algo para nosotros?

—También negativo. Nuestra gente de Inteligencia en Corea del Norte se sorprendió tanto como nosotros con el atentado. Está en contacto con la KCIA, y te avisaré en cuanto sepamos algo.

Hood le agradeció y luego miró las caras de sus colegas mientras pulsaba las teclas de F1 a F5.

—¿Todos pueden oírme?

Las cinco cabezas asintieron.

—Bien. Caballeros, es mi impresión, y corríjanme si me equivoco, que el presidente quiere ser decisivo en el manejo de esta crisis.

—Y victorioso —agregó la pequeña imagen de Av Lincoln.

—Y victorioso. Lo que significa que las zanahorias que sugerir-

mos pueden ser un poco más cortas que nuestros garrotes. Steve, tú tienes los archivos políticos.

El consejero de Seguridad Nacional giró ligeramente la cabeza para mirar un monitor en su oficina.

—Nuestra política en la península está gobernada, desde luego, por el tratado con el Sur. Dentro de ese marco, nos hemos comprometido a lo siguiente: trabajar para la estabilización en ambas partes, políticamente. Desnuclearizar el Norte y promover el NPT; mantener el diálogo Norte-Sur; seguir nuestro proceso histórico de consultas con Japón y China; involucrarnos inmediata y certeramente ante cualquier iniciativa de una de las partes; y asegurarnos de que ningún tercero adquiera un papel más activo que los Estados Unidos en el curso de los acontecimientos.

—En suma —dijo el secretario de Estado—, hemos metido todos los dedos en la torta.

Hood se tomó un momento para mirar rostro por rostro. No había necesidad de invitar a comentarios posteriores: si alguno tenía algo que decir, lo diría sin ambages.

—Estrategias, entonces —prosiguió—. Mel, ¿qué creen que debemos hacer los jefes del equipo?

—Podimos hablar muy poco —se atajó Mel, alisándose con las yemas de dos dedos el escaso bigote—. Pero Ernie, Mel, Greg y yo estuvimos hablando en la Casa Blanca antes de que llegaras, y todos coincidimos en esto. Independientemente de si la bomba fue un acto oficialmente sancionado o no, trataremos de contenerlo a través de los canales diplomáticos. Les aseguraremos a los coreanos del Norte la continuidad de las conversaciones bilaterales, comercio creciente, y nuestra ayuda para mantener el régimen actual.

—La única sospecha —dijo el apuesto y juvenil director de la CIA, Greg Kid— es si las recompensas económicas y políticas bastarán para disuadirlos de una posible invasión territorial. Corea del Sur es el Santo Grial para ellos, particularmente para algunos generales, quienes tal vez no se conformen con menos. Tomar el Sur también les ahorraría una fortuna: el programa de armas nucleares es un serio drenaje en su economía, y podrían resolverlo si no tuvieran que preocuparse por *nuestra* presencia nuclear en el Sur.

—De modo que tal vez estamos en presencia de una situación donde conviene atender el tema económico para evitar una guerra convencional, en lugar de proseguir una interminable carrera de armas nucleares.

—Correcto, Paul. Especialmente porque ellos saben que deben vérselas con los Estados Unidos.

—Si el dinero tiene un papel tan grande en esto —prosiguió Hood—, ¿qué podemos hacer para apretarles los tornillos financieramente?

Av interrumpió.

—Tengo al delegado secretario de Estado hablando por teléfono con Japón ahora mismo, pero es una situación difícil. Ambas Coreas aún albergan un gran antagonismo contra Japón por las atrocidades cometidas durante la Segunda Guerra Mundial, pero ambas también son socios comerciales de ese país. Si los japoneses no pueden mantenerse al margen, se esforzarán a fondo para mantener relaciones normales con las dos Coreas.

—Típico —murmuró Mel.

—Comprensible —replicó Av—. Los japoneses viven con el terror de una guerra en la península y la posibilidad de que se propague.

—Nos falta considerar algo —añadió Greg Kid—. Si la neutralidad fracasa, es muy probable que Japón se alíe con el Norte.

—¿Contra nosotros? —preguntó Hood.

—Contra nosotros.

—Típico —reiteró Mel.

—Los vínculos comerciales entre Japón y Corea del Norte son más profundos de lo que se cree. El submundo japonés ha invertido en el Norte gran parte de sus ganancias con la droga y las apuestas... creemos que con las tácitas bendiciones de Tokio.

—¿Por qué aprobaría eso el gobierno japonés? —preguntó Hood.

—Porque teme que los coreanos del Norte tengan misiles Nodong “Scud” capaces de atravesar el mar. Si hubiera una guerra, y los coreanos del Norte quisieran jugar esa carta oculta, los japoneses podrían tener su parte. A pesar del gran PR, nuestros misiles Patriot destruyeron muy pocos Scuds durante la Guerra del Golfo. Los japoneses nos respaldarán siempre y cuando no corran el menor riesgo.

Hood guardó silencio un instante. Su trabajo era seguir huellas y ver adónde lo conducían, sin importar cuán bizarras parecieran en la superficie. Se volvió hacia McCaskey.

—Darrell, ¿cuál es el nombre de los supernacionalistas de Japón, los que actuaron en la ciudad de México cuando Bush empezó a promover el NAFTA?

—La Liga Cielo Rojo.

—Ésos son. Si mal no recuerdo, se oponen firmemente a todo vínculo estrecho del Japón con los Estados Unidos.

—Es verdad, aunque siempre se han adjudicado inmediatamente la responsabilidad de sus actos criminales. Pero hay algo más: éste puede ser un operativo de una tercera parte, tal vez traficantes de armas en Medio Oriente que buscan hacer aparecer este asesinato como cosa del Norte. Pondré algunos hombres a investigarlo.

El ex agente del FBI fue a la computadora al otro extremo de la habitación y comenzó a enviar mensajes E-correo a sus informantes en Asia y Europa.

—Ésa es una idea interesante —dijo Greg Kid—, y yo también la tuve. Pero tal vez la venta de armas no sea lo que está detrás de esto. He puesto gente a investigar si alguien está tratando de arrastrarnos a la guerra mientras ellos se enriquecen como cerdos en alguna otra parte, los iraquíes o los haitianos, por ejemplo. Saben que el pueblo norteamericano jamás tolerará que nuestros soldados estén combatiendo en dos guerras al mismo tiempo. Si primero nos hacen hundir las narices hasta el fondo en Corea, eso les dejará el campo libre para pelear su propia guerra.

Hood contempló la pequeña imagen de Bugs Benet.

—Coloca eso en el Informe de Opciones como nota al pie debajo de PROBLEMA. En cuanto Rodgers se digne a aparecer aquí, él y Martha podrán agregar un apéndice.

Volvió a mirar el monitor.

—Av, ¿cuál es la posición de Beijing al respecto?

—Hablé con el ministro del Exterior chino justo antes de nuestra reunión. Ellos insisten en que no quieren guerra en la frontera de Manchuria, pero también sabemos que tampoco quieren allí una Corea unificada. Con el tiempo, se convertiría en un Estado capitalista que estimularía la envidia y la inquietud entre los chinos. En el primer caso, tendremos refugiados rumbo a China, y en el segundo caso, los chinos intentarán enredarse en Corea para darle un buen mordisco a la manzana.

—Pero Beijing aún sigue brindando apoyo económico y militar al Norte.

—Una cantidad relativamente modesta.

—Y si hay guerra, ¿esa cantidad aumentaría o desaparecería?

Av arrojó al aire una moneda invisible.

—Políticamente, puede ocurrir cualquiera de las dos cosas.

—Desafortunadamente, necesitamos consenso al respecto para el presidente. ¿Alguien quiere arrojar la primera piedra?

—¿Qué opinas tú? —preguntó Burkow.

Hood recordó el perfil psicológico de Liz Gordon y tuvo un acceso de fe.

—Opinamos que continuarán apoyando al Norte como hasta ahora... incluso si estalla la guerra. Eso les permitiría respaldar a sus antiguos aliados sin antagonizar indebidamente con los Estados Unidos.

—Suena razonable —dijo el consejero de Seguridad Nacional Burkow—, pero, si me perdonas, creo que estás olvidando algo muy importante. Si los chinos *aumentan* su apoyo al Norte, y el presidente ha confiado previamente en nuestro informe, quedaremos desacreditados. Sin embargo, si lo instamos a enviar fuerzas sustanciales al Mar Amarillo —con orden de atacar Corea, pero obviamente con un ojo puesto en China—, se sentirá muy aliviado cuando China no mueva un dedo por sus antiguos aliados.

—A menos que los chinos perciban nuestras fuerzas navales como una amenaza —dijo el secretario de Defensa L. Colón—. En ese caso tal vez se vean forzados a involucrarse.

Hood lo pensó unos segundos.

—Sugiero que juguemos el rol de China en este caso.

—Estoy de acuerdo —dijo Colón—. Casi no puedo ver una sola circunstancia que nos obligue a atacar las rutas de aprovisionamiento en China, y por lo tanto no hay ninguna razón para instalar armas en las cercanías.

Hood estaba contento, aunque poco sorprendido, por el apoyo de Colón. Hood nunca había servido en el frente militar —afortunadamente lo habían exceptuado en el sorteo de 1969—, y una de las primeras cosas que había aprendido sobre los oficiales era que eran prácticamente los últimos en aconsejar el uso de la fuerza. Si lo hacían, querían saber con extrema claridad y explícitamente las estrategias de retirada para sus tropas.

—Estoy contigo en eso, Ernie —dijo Av—. Los chinos han convivido con nuestra presencia militar en Corea durante casi medio siglo: apoyarán a los otros si estalla la guerra y nosotros la utilizamos. No desean perder su status de nación comercial favorecida, y menos ahora que su economía comienza a infiltrarse. Y, de todos modos, les sentaría muy bien jugar el rol del Gran Padre Blanco y tratar de dificultarnos las cosas.

Hood presionó la tecla F6, y luego Control-F1 para ver el documento. Como la transcripción había estado a cargo de Bugs Benet, éste había unido los datos pertinentes con el archivo de Opciones en blanco. Cuando terminara la reunión, Hood podría volver al documento en bruto y agregar o tachar lo que fuera necesario, a fin de dejarlo en condiciones para los ojos del presidente.

—Correcto —dijo—. Buen trabajo. Ahora afanémonos por terminarlo.

Con la confianza puesta mayoritariamente en Colón y Parker, y vinculando todo lo dicho con los pertinentes informes políticos, el equipo recomendó un acercamiento medurado hasta completar el campo de batalla: despliegue lento y continuo de tropas, tanques y artillería, y Patriots con reservas nucleares, químicas y biológicas en estado de alerta y listos para disparar.

Sin nueva información de la KCIA y con el informe incompleto de McCaskey sobre los terroristas internacionales, la Fuerza de Tareas recomendó además que el presidente trabajara en los canales diplomáticos para contener y resolver la crisis.

Hood les dio treinta minutos a los miembros del equipo para leer el Informe de Opciones e insertar ideas adicionales antes de comenzar a trabajar él solo en el informe definitivo. Cuando terminó, Bugs se aclaró la garganta.

—Señor, el director delegado Rodgers desea hablar con usted.

Hood volvió los ojos al reloj en cuenta regresiva; Rodgers no había dado señales de vida durante casi tres horas. Hood esperaba que tuviera una buena explicación.

—Hazlo pasar de inmediato, Bugs.

Bugs parecía querer aflojarse el cuello de la camisa; su rostro redondo se cubrió de rubor.

—No puedo hacerlo, señor.

—¿Por qué? ¿Dónde está Rodgers?

—En el teléfono.

Hood recordó la extraña sensación que había experimentado cuando Rodgers citó a Lord Nelson. Se le oscureció el rostro.

—¿Dónde está Rodgers?

—Señor... en algún lugar sobre la frontera entre Virginia y Kentucky.

Martes, 21.00, Seúl

Gregory Donald caminó un rato al salir de la embajada. Estaba ansioso por llegar a la base, ocuparse de su esposa, y llamar a sus padres para darles la penosa noticia. Pero necesitaba tiempo para recomponerse. Para reflexionar. El pobre padre de Soonji, y su hermano menor, quedarían desolados.

También pensaba que debía cavilar un poco al respecto.

Caminó lentamente por el antiguo Sendero de Chongjin, y pasó los mercados con sus brillantes linternas de colores, sus estandartes y sus toldos, todos vivos bajo las luces de la calle. El área estaba más atestada que de costumbre, llena de curiosos que se habían allegado a observar el sitio del atentado, a tomar fotos y videos y recoger recuerdos de metal retorcido o fragmentos de ladrillo.

Compró tabaco fresco en un puesto al aire libre, de marca coreana; quería un sabor y un aroma asociados con este momento, que siempre le trajeran a la memoria el doloroso amor que sentía por Soonji.

Su pobre Soonji. Había abandonado un promisorio profesorado en ciencias políticas para casarse con él, para ayudar a los coreanos expatriados en los Estados Unidos. Jamás había dudado del cariño de su esposa, pero siempre se había preguntado hasta qué punto se había casado con él por amor o porque le resultaba más fácil ingresar en los Estados Unidos siendo su esposa. No se sentía culpable por pensar eso, ni siquiera ahora. En cualquier caso, la voluntad de Soonji de sacrificar una carrera que era importante para ella, de casarse con un hombre al que apenas conocía, sólo para ayudar a otros, la hacía parecer aun más preciosa ante sus ojos. Si había llegado a comprender algo acerca de la gente en sus sesenta y dos años de vida, era que las relaciones entre las personas no deben ser definidas por la sociedad, sino por las personas involucradas. Y Soonji y Gregory lo habían logrado, con seguridad.

Encendió la pipa mientras caminaba, y el resplandor de la llama se reflejó en sus ojos llenos de lágrimas. Aún le parecía que podía dar la vuelta, levantar el teléfono de la embajada y llamarla, preguntarle qué estaba leyendo o qué había comido, como hacía

cada noche que no pasaban juntos. Le resultaba inconcebible no poder hacerlo... antinatural. Lloró desconsoladamente mientras esperaba el semáforo para cruzar la calle.

¿Alguna vez volvería a importarle algo?

En este momento, le parecía imposible. Cualquiera fuera el nivel del amor que habían compartido, también formaban una genuina sociedad de admiración mutua. Soonji y Gregory sabían que aun cuando nadie más apreciara lo que estaban haciendo o tratando de hacer, ellos mismos lo valoraban inmensamente. Reían y lloraban juntos, debatían y peleaban y se besaban y se reconciliaban juntos, y juntos se lamentaban por los obreros coreanos que estaban siendo brutalizados en las ciudades norteamericanas. Claro que podía seguir solo, pero ya no tenía ganas de hacerlo. Ahora lo guiaría su mente, no su corazón. Su corazón había muerto poco después de las seis esta tarde.

Pero todavía ardía algo en él. Algo que lo quemaba irremediablemente cada vez que pensaba en el atentado. La explosión. Había conocido la tragedia y la pérdida en su vida, había perdido tantos amigos y colegas en accidentes automovilísticos, caídas de aviones, e incluso asesinatos. ¿Pero todo aquello había sido fruto del azar o de un plan premeditado, era el destino o una acción contra una figura específica por un hecho o una filosofía particular? Simplemente no alcanzaba a comprender la asombrosa impunidad que permitía a alguien cometer un acto a ciegas como éste, segar la vida de Soonji junto con las vidas de tantos otros. ¿Qué causa era tan imperativa que necesitara la muerte de tantos inocentes para llamar la atención? ¿El egoísmo, la ambición o la singular visión del mundo de qué desconocido era tan fuerte como para tener que saciarse de esta horrible manera?

Donald no lo sabía, pero quería saberlo.

Quería ver a los perpetradores capturados y ejecutados.

Antiguamente, los coreanos decapitaban a los asesinos y dejaban las cabezas en piquetes para alimento de los pájaros, sus almas ciegas, sordas y mudas errando sin descanso por la eternidad. Eso era lo que quería para esa gente. Eso, y que no pudieran acercarse a implorar clemencia de Soonji en el más allá: en su infinita caridad, ella era capaz de tomarlos de la mano y guiarlos a un lugar seguro y comfortable.

Se detuvo frente a un cine y se quedó inmóvil un instante, pensando otra vez en las huellas de las botas y la botella de agua mineral. Se descubrió deseando formar parte del equipo de Hwan, no sólo para llevar a los terroristas ante la Justicia sino para poder concentrarse en otra cosa que no fuera su extremo dolor.

Pero tal vez hubiera trabajo para él, y acaso pudiera llegar al fondo de la cuestión más rápido y con mayor eficacia que los hombres de la KCIA. Iba a necesitar la ayuda del general Norbom, y

también su confianza para triunfar, y también tendría que estar seguro de que ella, su Soonji, lo hubiera aprobado.

Volver a pensar en Soonji hizo que las lágrimas bañaran sus mejillas como un ancho río. Dio una zancada hasta el borde de la acera, le hizo señas a un taxi y se dirigió a la base norteamericana.

Martes, 7.08, Frontera Virginia-Kentucky

Rodgers apretó el auricular de radio contra su oreja y, aunque el volumen estaba al máximo, le resultaba muy difícil escuchar lo que Paul Hood tenía para decir. Era exactamente lo que esperaba: cuando se había quitado los tapones amarillos de los oídos para tomar la llamada, ya sabía con certeza que no recibiría palabras cálidas ni amistosas... y así era.

Hubiera sido mejor que gritara, porque entonces podría oírlo por lo menos. Pero a Hood no le gustaba dar alaridos. Cuando se enojaba hablaba lentamente, medía con cuidado las palabras como si temiera que se le escapara algo equivocado. Por alguna razón, Rodgers imaginaba a Hood con un delantal puesto y empujando una gran camilla, condimentando alegremente sus palabras como si fueran pizzas a punto de entrar al horno.

—... me ha dejado peligrosamente con menos hombres —estaba diciendo—. Martha es ahora mi mano derecha.

—Es *buena*, Paul —aulló en el micrófono—. Sentí que mi puesto estaba con los Strikers, en el primer viaje de ultramar.

—¡Esa decisión no podías tomarla tú! ¡Deberías haber aclarado tu itinerario conmigo!

—Sabía que estabas muy ocupado. No quería molestarte.

—No querías escucharme decir “no”, Mike. Por lo menos debes admitir eso. No te burles de mí; no soy tonto.

—De acuerdo. Lo admito.

Rodgers miró al teniente coronel Squires, que fingía no escuchar. El general golpeó la radio, esperando que Hood supiera cuándo detenerse: él era tan profesional como el director, y aun más en asuntos militares, y no pensaba recibir más retos ni reconvenciones airadas. Menos por parte de un hombre que se ocupaba de recolectar fondos con las actuaciones de Julia Roberts y Tom Cruise mientras él conducía una brigada mecanizada en el Golfo Pérsico.

—Correcto, Mike —dijo Hood—, ya estás allí. ¿Cómo podemos maximizar tu efectividad?

Bien. Sabía cuándo detenerse.

—Por ahora —respondió Rodgers— sólo manténganme al tanto

de cualquier acontecimiento nuevo, y si tenemos que entrar en acción asegúrense de que mi equipo chequee los simulacros en la computadora.

—Lo único nuevo es que el presidente nos puso a cargo de la Fuerza de Tareas. Copiaré los simulacros. Parece que Lawrence quiere jugar duro.

—Bien.

—Lo discutiremos con pizza y cerveza cuando todo haya terminado. En este momento, tienes la orden de continuar rumbo a tu destino. Te llamaremos por radio si hay inconvenientes o cambios.

—Entendido.

—Y... ¿Mike?

—¿Sí?

—Deja que los chicos hagan el trabajo pesado, Hombre de Mediana Edad.

Los dos hombres se despidieron y Rodgers se echó hacia atrás en el asiento, rumiando acerca de su personaje favorito en *Saturday Night Live*. Pero lo que realmente lo había seducido era la referencia a la pizza. Tal vez sólo se tratara de una coincidencia, pero Hood poseía un instinto imbatible para captar las vibraciones de las personas con respecto a las cosas. Rodgers muchas veces se preguntaba si Hood había desarrollado ese talento gracias a la política o si se había dedicado a la política gracias a ese talento. Cada vez que sentía el deseo irreprimible de plantarle una patada en el trasero, se obligaba a recordar que el muchacho había alcanzado el puesto cumbre por alguna razón... por mucho que deseara que se lo hubieran ofrecido a él mismo.

También deseaba que Hood hiciera causa común con él, por lo menos una vez, en vez de hacer el papel del Hombre de Familia del Año. Probablemente podrían hacer fortuna juntos, y algunas de las chicas que conocía lograrían aflojar a Hood un poco... y así transformar la vida de todos en algo menos rígido.

Se deslizó del asiento y apoyó la espalda contra la fría y vibrante pared de aluminio del avión. Hizo correr una mano por su cabello entrecano, recién cortado el día anterior.

Sabía que Hood no podía dejar de ser lo que era, del mismo modo que Rodgers no podía *cambiarse*, y que probablemente eso no fuera tan malo. ¿Qué le había dicho Laodamio a Odiseo? *“Entra a nuestros juegos, entonces; alivia tu corazón de preocupaciones.”* ¿Acaso no había rivalidad y competencia entre ellos? Si Odiseo no hubiera participado y ganado el lanzamiento de disco, no lo hubieran invitado al palacio de Alcino para ofrendarle los obsequios que fueron tan importantes durante su largo viaje de regreso.

—Señor —dijo Squires—, ¿le agradecería utilizar nuestro programa de juegos? Tardaremos un par de horas en llegar.

—Absolutamente —replicó Rodgers—. Eso aliviará mi corazón de preocupaciones.

Squires le lanzó una mirada confundida mientras se acomodaba en el banco y comenzaba a revisar las enormes hojas sueltas del programa de juegos.

Martes, 7.10, Centro de Operaciones

Liz Gordon estaba sentada en su pequeña oficina, decorada sólo con una fotografía autografiada del presidente, una *carta de visita* de Freud, y, sobre la puerta del closet, un tablero de dardos de Carl Jung que le había regalado su segundo ex marido.

A lo largo del espartano escritorio de metal, la psicóloga de equipo asociada Sheryl Shade y el psicólogo asistente James Solomon trabajaban arduamente en sus laptops, conectadas a la Peer-2030 de Liz.

Liz usó el Marlboro que terminaba de fumar para encender otro mientras contemplaba el monitor de su computadora. Exhaló el humo.

—Parecería que nuestra información asegura que el presidente de Corea del Norte es un ciudadano completamente sólido. ¿Qué me dicen?

Sheryl hizo un gesto afirmativo.

—Todo está bien en la mitad del diagrama, o por lo menos calibrado. La relación con la madre es fuerte... sale desde hace mucho tiempo con la misma mujer... recuerda cumpleaños y aniversarios... no hay aberraciones sexuales... dieta normal... bebe con extrema moderación. Incluso tenemos esa cita del doctor Hwong acerca de que prefiere utilizar palabras simples que permitan la comunicación con el pueblo, y trata de transmitir ideas de ese modo, en lugar de impresionar a la gente con su prolífico y extenso vocabulario.

—Y no hay nada en los archivos de los miembros de su equipo ejecutivo que permita suponer que están contra él —agregó Sheryl—. Si estamos frente a un terrorista, no forma parte del círculo íntimo del presidente.

—Correcto —dijo Liz—. Jimmy, ¿qué tienes ahí?

El joven sacudió la cabeza con preocupación.

—Tenemos una línea llana de agresión en *Zonghua Renmin Gonghe Guo*. En conversaciones privadas monitoreadas desde aquí y también por la CIA desde que hicimos el último informe, a las 07.00 horas de ayer, el presidente, el primer ministro, el secretario general del Partido Comunista y otras figuras de liderazgo en la

República Popular China han expresado su deseo de evitar cualquier tipo de confrontación en la península.

—Todo converge: nuestra primera hipótesis fue la correcta —dijo Liz a través del humo—. La metodología está bien, las conclusiones están bien, ya puedes archivar nuestros descubrimientos en el maldito banco de datos.

Dio otra pitada prolongada y luego le ordenó a Solomon que enviara por fax al embajador Rachlin en Beijing los nombres de los líderes chinos más militantes.

—No creo que tengamos que preocuparnos por ellos —concluyó—. Pero Hood quiere cubrir todas sus bases.

Solomon le hizo una especie de venia, desenchufó su laptop y salió volando a su oficina. Cerró la puerta tras él.

—Creo que eso cubre lo que Paul necesitaba —dijo Liz. Pitaba cada vez con más fuerza su cigarrillo mientras Sheryl cerraba su computadora y desenchufaba el cable. Liz la observó con detenimiento.

—¿Cuántas tenemos aquí, Sheryl... setenta y ocho personas?

—¿Te refieres al Centro de Operaciones?

—Sí. Aquí hay setenta y ocho, más cuarenta y dos de personal de reserva que compartimos con DOD y la CIA, y los doce miembros del equipo Striker y la gente que ellos le han pedido prestada a Andrews. Serán unos ciento cuarenta en total. Entonces por qué, con toda esa gente —la mayoría de los cuales son abiertos y amistosos y muy, muy buenos en lo que hacen—, ¿por qué me importa tanto lo que Paul Hood piensa de nosotros? ¿Por qué no puedo sencillamente hacer mi trabajo, darle lo que pide, e irme a tomar un café doble?

—Porque buscamos la verdad por la verdad misma, y él busca maneras de manejarla, de usarla para ejercer control.

—¿Entonces piensas eso?

—Eso sólo es parte de lo que pienso. También te sientes frustrada por ese toque machista que funciona en la mente de Hood. Recuerda su perfil psicológico. Ateo, detesta la ópera, nunca tomó drogas para abrir la mente en los años sesenta. Si hablamos de algo que él no puede tocar, asimilar a su productividad cotidiana, no vale la pena el esfuerzo. Aunque eso es una bendición en un aspecto.

—¿En cuál? —Liz parecía cansada y la computadora emitía constantes bip-bip para llamarle la atención.

—Mike Rodgers es igual a él. Si no tuvieran eso en común, se enfrentarían a muerte con miradas e indirectas... mucho peor de lo que hacen ahora.

—El Puro y Cristiano Centro de Operaciones.

La delgada rubia levantó un dedo.

—A mí me gusta.

—Pero sabes una cosa, doctora Shade, yo creo que hay algo más...

Shade parecía interesada.

—¿De veras? ¿Qué?

Liz le dedicó una sonrisa.

—Lo lamento, Sheryl. Gracias a la magia de la computadora, veo que me requieren en la oficina de Ann Farris y Lowell Coffey II. Tal vez terminemos más tarde nuestra conversación.

Dicho esto, la psicóloga del equipo giró la llave de su computadora, la dejó caer dentro de su bolsillo, y salió oronda por la puerta... dejando tras ella a una asistente muy confundida.

Mientras caminaba apresuradamente por el corredor rumbo a la oficina de prensa, colocando más goma de mascar, más pura satisfacción masticatoria en su boca, Liz tuvo que contener una sonrisa. No estaba bien haberle hecho eso a Sheryl, pero era un buen ejercicio. Sheryl era nueva, acababa de salir de la Universidad de Nueva York y estaba cargada con la sabiduría de los libros... mucho más que Liz a su edad, diez años atrás. Pero no tenía mucha experiencia de vida, y pensaba de manera demasiado lineal. Necesitaba explorar algún territorio mental sin mapa de rutas y guía de caminos, descubrir sus propios derroteros. Y el rompecabezas que Liz le había propuesto —*¿Por qué mi jefa se preocupa tanto por lo que piensa su jefe?*— la ayudaría a llegar al punto, pues tendría que atravesar el proceso de “*¿Acaso siente atracción por él? ¿Es infeliz con su marido? ¿Quiere una promoción, y si así fuera... eso me afectaría?*”. Una trailla como ésa podría conducirla a cualquier cantidad de lugares interesantes, y todos la beneficiarían humanamente.

Lo cierto era que Liz disfrutaba locamente sus cafés y ni siquiera pensaba en Hood cuando los bebía. Su incapacidad —o su falta de voluntad— para comprender el fundamento clínico de su trabajo no la perturbaba. Habían crucificado a Jesús y encerrado a Galileo, pero nada había logrado modificar la verdad de lo que ellos habían enseñado a la humanidad.

No, lo que la irritaba era ver cómo Hood se comportaba como un político consumado antes de que la mierda chocara contra el ventilador. Cortés y conscientemente la había escuchado y había incorporado algunos de sus hallazgos en informes políticos y estrategias... a pesar de que no deseaba hacerlo. Eso era lo que le exigía el funcionamiento conjunto del Centro de Operaciones. Pero como él no confiaba en su trabajo, siempre era la primera que reprendía cuando algo andaba mal. Liz odiaba eso, y juró que algún día le mostraría el pequeño y aburrido perfil psicológico de Hood nada menos que a Pat Robertson.

Serías incapaz de hacerlo, se dijo mientras golpeaba la puerta de Ann Farris, pero el sólo pensarlo le permitía mantener la cabeza fría cada vez que Hood encendía la calefacción.

El *Washington Times* alguna vez afirmó que Ann Farris era una de las veinticinco jóvenes divorciadas más atractivas de la capital de la nación. Tres años después, seguía siéndolo.

Alta, con el cabello castaño echado hacia atrás y recogido con el pañuelo del diseñador del día, los dientes como marfil, y los ojos oscuros y salvajes, también era una de las mujeres más incomprendidas de Washington.

Con su B.A. en periodismo y su M.A. en administración pública obtenidos en Bryn Mawr, los Farris de Connecticut, todos ellos de sangre azul, esperaban que trabajara con su padre en Wall Street, y después en alguna firma importante como V.P., luego como Senior V.P., y por último... bueno, el cielo era el límite.

En cambio, había ido a trabajar como reportera política para *The Hour* en la vecina Norwalk, se había quedado allí dos años, obtenido el puesto de secretaria de Prensa del gobernador del estado, perteneciente a un tercer partido iconoclasta, y se había casado con un comentarista de radio ultraliberal de New Haven. Luego se había retirado para criar a su hijo, y dos años más tarde había abandonado todo tras descubrir que el recorte de fondos le había costado el puesto a su marido y que la desesperación lo había arrojado en brazos de una acaudalada matrona de Westport. Se mudó a Washington y obtuvo el puesto de secretaria de Prensa del recién electo senador por Connecticut... un hombre atento, brillante y casado. Comenzó a tener una aventura amorosa con él poco después de llegar, la primera de una larga serie de aventuras amorosas intensas y satisfactorias con hombres atentos, brillantes y casados, uno de los cuales ocupaba un cargo más alto que vicepresidente.

Esto último no figuraba en su perfil psicológico confidencial, pero Liz lo sabía porque la misma Ann se lo había dicho. También le había confesado —aunque era obvio— que se sentía muy atraída por Hood y que tenía algunas fantasías exóticas con él. La belleza estatuaría era absolutamente franca en cuanto a sus relaciones, por lo menos con Liz: Ann le recordaba a una compañera de escuela católica que había sido su amiga, Meg Hughes, que era todo lo cortés y atenta que podía en presencia de las monjas, y revelaba sus más oscuros secretos cuando se iban.

Liz se preguntaba a menudo si Ann confiaba en ella porque era psicóloga o porque no la consideraba una posible rival.

La voz ronca de Ann le ordenó entrar a su oficina.

El olor de la oficina de Ann Farris era único, una mezcla de su perfume Faire de pino y sin sustancias animales y del aroma lánqui-

do y musgoso de las portadas de diarios que colgaban enmarcadas de las paredes de su oficina, desde la Revolución a la actualidad. Había más de cuarenta en total, y Ann decía que era un interesante ejercicio leer los artículos e imaginar cómo hubiera manejado ella las crisis.

Liz le dedicó una rápida sonrisa a Ann, y le guiñó el ojo con cierta lentitud a Lowell Coffey II. El joven abogado se puso de pie cuando ella entró; como siempre, llevaba puesto algo suntuoso... un par de gemelos de diamante.

Masturbándose con dinero, pensó Liz. A diferencia de Ann, Coffey Percy Chico Rico había adoptado sin preludeos el estilo de vida de sus padres abogados de Beverly Hills, y también su ampulosa grandilocuencia. Siempre llevaba algo que le costaba a su familia más que su salario anual: una corbata Armani, una pluma a fuente de oro Flagge, un Rolex en la muñeca. No estaba segura de si todo esto le daba placer, o si quería llamar la atención con la amplitud de su guardarropas, o ambas cosas a la vez, pero era un fenómeno transparente y perturbador. Como su cabello rubio y limpio cortado a la navaja, las pulcras y arregladas uñas de los dedos de las manos, y el perfecto traje gris de tres piezas de Yves St. Laurent. Una vez le había rogado a Hood que pusiera una cámara espía en la oficina de Coffey para que pudieran saber de una vez por todas no si se pasaba el cepillo para quitar pelusas cada vez que cerraba la puerta, sino durante cuánto tiempo lo hacía.

—Muy buenos días —dijo Coffey.

—Hola, Dos. Buen día, Ann.

Ann sonrió y la saludó con un gesto breve. Estaba sentada detrás de su enorme escritorio antiguo en lugar de apoyarse en el borde anterior como solía hacerlo... una barrera de lenguaje corporal contra Coffey, imaginó Liz. El graduado de Yale era demasiado astuto o demasiado polluelo para permitirse un abierto acoso sexual, pero su creciente acercamiento a Ann lo había hecho menos popular entre los PR y el personal de psicología que el congelamiento de salarios.

—Gracias por venir, Liz —dijo Ann—. Lamento meterte en esto, pero Lowell insistió.

Hizo girar el monitor de su computadora.

—Paul quiere un relevamiento de prensa a eso de las ocho, y necesito que firmes la evaluación psicológica de los líderes de Corea del Norte.

Liz se inclinó y apoyó los brazos sobre el escritorio.

—¿Eso no le corresponde a Bob Herbert?

—Técnicamente, sí —respondió Coffey, con su voz suave y aterciopelada—. Pero parte del vocabulario escogido por Ann coquetea descaradamente con el libelo. Si no puedo tener la seguridad de

que es defendible, quiero averiguar si el sujeto puede tomar represalias.

—¿Por ejemplo que el presidente de Corea del Norte haga una demanda?

—Ariel Sharon la hizo.

—En aquel caso se trataba de *Time*, no del gobierno norteamericano.

—Ah, pero demandar al gobierno sería una maravillosa manera de agitar las llamas de la simpatía para la sitiada Corea del Norte.

—Coffey se reclinó hacia atrás en su silla, y jugó con el nudo de su corbata negra—. Estimadas damas, ¿acaso les agradaría enfrentar y soportar que nos descubran y nos obliguen a revelar fuentes de información, procedimientos operativos y cosas por el estilo? A mí me disgustaría profundamente.

—Tienes razón, Dos, aunque no podría ser un procedimiento legal; es imposible demandar a un gobierno soberano. Pero aun así corremos un riesgo.

Coffey puso la expresión de “hazlo-de-una-vez” y estiró la mano en dirección a la pantalla. Aunque detestaba las actitudes complacientes, Liz estudió el monitor.

—Gracias —dijo Ann, palmeándole el dorso de la mano.

Liz mascaba con fuerza el chicle mientras leía. El párrafo iluminado era breve y conciso:

Estamos convencidos de que la República Democrática Popular de Corea no quiere la guerra, y condenamos los rumores que indican que su presidente ordenó personalmente el atentado terrorista. No existen evidencias que sugieran que el Presidente haya estado bajo la presión de militares de alto rango opuestos a la reunificación y el compromiso.

Liz giró la cabeza en dirección a Coffey.

—¿Entonces?

—Investigué. Esos rumores todavía no han sido publicados ni transmitidos en ningún lugar.

—Eso se debe a que la explosión ocurrió hace apenas tres horas.

—Exactamente. Esto nos convertiría en los primeros que consignaran esos rumores en letra impresa... en parte debido a que Bob Herbert sólo se ha dedicado a vocearlos.

Liz arrugó la frente.

—Pero nosotros estamos condenando esos rumores.

—Eso no tiene importancia. Al introducir el tema, aun censuradoramente, estamos corriendo un riesgo, legalmente. Debemos poder mostrar una completa ausencia de malicia.

Ann se cruzó de brazos.

—Necesito el párrafo, Liz, o algo muy parecido. Con esto estamos intentando que los coreanos del Norte sepan que si el presidente y sus consejeros militares están detrás del atentado, nosotros

estamos dispuestos a atraparlos. Y que, si no lo están, nuestra evaluación de prensa simplemente puede ser considerada al pie de la letra: nos sentimos ultrajados por los rumores.

—Y tú pretendes que yo te diga cómo va a responder él cuando lea esto.

Ann asintió.

Liz masticaba ahora con más lentitud. Detestaba darle algo a ese Coffey, pero no podía permitir que esa sensación influyera sobre su conducta profesional. Releyó el párrafo.

—El presidente no es tan ingenuo como para no esperar que nosotros pensemos estas cosas. Pero también es lo suficientemente orgulloso para ofenderse por la manera en que ustedes lo han mencionado.

Ann parecía desilusionada. Coffey suspiró levemente.

—¿Sugerencias? —preguntó Ann.

—Dos. En el renglón: ... *y condenamos los rumores que indican que su presidente ordenó personalmente*, yo cambiaría *presidente* por *gobierno*. Eso lo despersonaliza.

Ann la miró largamente. Luego suspiró.

—De acuerdo. Puedo cambiarlo sin morirme por eso. ¿La otra?

—Ésta es un poquito más arriesgada. Donde ustedes escribieron: *No existen evidencias que sugieran que el presidente haya estado bajo la presión de militares de alto rango opuestos a la reunificación y el compromiso*, yo diría algo como: *Creemos que el presidente continúa resistiendo las presiones de militares de alto rango opuestos a la reunificación y el compromiso*. Con esto le seguiríamos advirtiendo a la República Democrática Popular de Corea que somos conscientes de las presiones y la violencia, y el presidente seguiría pareciendo un buen ciudadano.

—Pero, ¿qué pasa si no es un buen ciudadano? —preguntó Ann—. ¿No nos pondremos verdes si resulta que es él quien está detrás de todo esto?

—No creo que sea posible —respondió Liz—. En ese caso, lo haríamos quedar mucho peor porque confiamos en él.

Ann miró alternativamente a Liz y a Coffey.

—Aprobado —dijo Coffey—. Enviamos exactamente el mismo mensaje pero sin suspicacias.

Ann lo pensó un momento más, y luego tipió los cambios. Salvó el documento, y luego le pasó el mouse a Liz.

—Eres buena. ¿Quieres cambiar de trabajo por un rato?

—No, gracias —replicó Liz—. Prefiero mi psicología a lo tuyo.

Clavó significativamente los ojos en el distraído Coffey.

Ann hizo un gesto afirmativo mientras Liz utilizaba el mouse para acceder a su contraseña y agregarla al margen del documento. A partir de ahora, su código ingresaría al archivo permanente, exactamente junto a los cambios, aunque no aparecería en el

relevamiento de prensa impreso. Cuando Liz estaba a punto de salvar el archivo, la pantalla azul se volvió negra y el ventilador de la computadora se apagó.

Ann metió la cabeza debajo del escritorio para ver si había pateado sin querer el enchufe: el cable estaba exactamente donde debía estar, y la luz verde del protector electrónico se encontraba encendida.

Se escuchaban gritos ahogados fuera de la oficina; Coffey se dirigió velozmente hacia la puerta y la abrió.

—Parece —dijo— que no estamos solos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ann.

Coffey la encaró con expresión grave.

—Parece que se han apagado todas las computadoras del Centro de Operaciones.

Martes, 21.15, Seúl

Después de que el taxi lo depositó frente a la puerta principal de la base norteamericana, Gregory Donald le presentó al guardia su placa del Centro de Operaciones con fotografía identificatoria. Bastó una llamada a la oficina del general Norbom para que le permitieran entrar.

Howard Norbom había sido general de división en Corea cuando Donald era embajador. Se habían conocido durante una fiesta conmemorativa del vigésimo aniversario del fin de la guerra y desde entonces eran inseparables. Tenían las mismas opiniones políticas de corte liberal, ambos estaban buscando una mujercita íntegra y bella para casarse, y los dos eran devotos del piano clásico, en particular de Frédéric Chopin; Donald había descubierto esta curiosa afinidad un día en que el pianista del cabaret tomó cinco minutos de descanso y Norbom se sentó al piano y ofreció una encomiable versión del *Estudio Revolucionario*.

El general de división Norbom había encontrado a su mujercita íntegra y bella dos semanas más tarde, cuando conoció a Diane Albright del UPI. Se casaron tres meses después, y recientemente habían celebrado su vigésimo cuarto aniversario de bodas. El general y Diane tenían dos hermosos hijos: Mary Ann, escritora de biografías nominada al Premio Pulitzer, y Lon, que trabajaba para Greenpeace.

Un oficial lo condujo hasta la oficina del general, y una vez allí los dos hombres se fundieron en un abrazo y las lágrimas volvieron a bañar el rostro de Donald.

—Estoy tan apenado —dijo el general, abrazando con fuerza a su amigo—, tan terriblemente apenado. Diane está asignada en Soweto... de otro modo hubiera estado aquí. Nos reuniremos dentro de un rato aquí mismo.

—Gracias —lo interrumpió Donald—, pero he decidido enviar a Soonji a los Estados Unidos.

—¿En serio? Su padre estuvo de acuerdo con...

—Aún no he hablado con él. —Donald rió abatido—. Tú sabes cómo se sintió cuando nos casamos. Pero sé lo que sentía Soonji por

los Estados Unidos, y allí es donde quiero que esté. Creo que ella hubiera deseado estar enterrada allí.

Norbom hizo un gesto afirmativo, luego dio la vuelta a su escritorio.

—La embajada tendrá que hacerse cargo de la documentación, pero me ocuparé de que todo funcione correctamente y rápido. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Sí, pero antes dime... ¿ella ya está aquí?

Norbom apretó los labios y asintió.

—Quiero verla.

—No... ahora no —dijo Norbom y miró el reloj—. He pedido que nos traigan la cena. Podemos conversar un rato.

Donald miró los ojos gris acero de su amigo. En el rostro áspero de ese hombre de cincuenta y dos años, comandante en jefe de la base, esos ojos inspiraban confianza, y Donald siempre había sido rápido para otorgarle la suya. Si Norbom no quería que viera el cuerpo de su mujer todavía, Donald lo aceptaría. A menos que tuviera que verla pronto, permitir que su alma lo guiara, le dijera si lo que planeaba hacer era en verdad lo correcto.

—De acuerdo —dijo Donald suavemente—. Hablaremos. ¿Conoces bien al general Hong-koo?

Norbom frunció el entrecejo.

—Qué pregunta rara. Lo vi una sola vez en la reunión de la DMZ en 1988.

—¿Cuál fue tu primera impresión?

Es arrogante, brusco, emocional, y confía ciegamente en sus propios instintos equivocados. Si dice que va a matarte, lo hará sin vacilar. En realidad, no lo conozco como el general Schneider; pero tampoco lo miro, ni a él ni a sus hombres, cuando cada día atraviesan la DMZ; ni presto atención a las canciones folklóricas de Corea del Norte con las que nos bombardean en mitad de la noche; ni observo cuántos centímetros agrega cada día al mástil de su bandera para que siempre esté un poco más alta que la nuestra.

Donald comenzó a llenar su pipa con displicencia.

—¿Acaso no combatimos su música con la nuestra y levantamos unos centímetros nuestra bandera?

—Sólo cuando él lo hace primero —Norbom se permitió esbozar una débil sonrisa—, viejo simpatizante rojo. ¿Por qué lo preguntas?

Donald advirtió la foto enmarcada de Diane encima del escritorio del general y apartó la vista. Le llevó un instante recomponerse.

—Quiero conocerlo, Howard.

—Imposible. Ya es bastante difícil para el general Schneider...

—El general Schneider es un militar, yo soy un diplomático. Eso puede marcar una diferencia. En todo caso, yo mismo me ocuparé de contactarme con Hong-koo. Necesito tu ayuda para acceder a la DMZ.

Norbom se reclinó en la silla.

—Dios mío, Greg. ¿Qué te hizo Mike Rodgers, te transfundió sangre de su propio brazo derecho? ¿Qué piensas hacer, pasar como si nada al lado de Charlie? ¿Atar un mensaje a un ladrillo?

—Utilizaré una radio, creo.

—¡Radio! Schneider jamás permitiría que te acercaras con una radio... eso le costaría *el puesto*. Además, aunque pudieras verlo, Hong-koo es el militar más chiflado que conocemos. Pyongyang lo envió aquí como un gesto hacia Seúl: vayan a las conversaciones de reunificación con los bolsillos vacíos y un corazón generoso, o este hombre los apuntará con un rifle. Si alguien pudo ordenar un operativo criminal como éste, ése es Hong-koo.

—¿Y si no fue él, Howard? ¿Y si Corea del Norte no es la culpable de este atentado?

Donald se inclinó hacia adelante con la pipa aún sin encender en la mano derecha.

—Es un loco, pero también es orgulloso y honorable. No tomará los laureles *ni* la culpa de ningún operativo que no haya ordenado.

—¿Acaso piensas que va a decírtelo?

—Tal vez no con palabras, pero me he pasado la vida observando a la gente y escuchando exactamente lo que querían decir. Si consigo hablar con él, sabré si está o no involucrado en esto.

—Y si te das cuenta de que sí está involucrado, ¿qué pasará? ¿Qué vas a hacer en ese caso? —Señaló la pipa con un gesto rápido.— ¿Matarlo con eso? ¿O acaso el Centro de Operaciones te ha proporcionado nuevas e ingeniosas ideas?

Donald se puso la pipa en la boca.

—Si él lo hizo, Howard, le diré que asesinó a mi esposa, que me robó el futuro, y que eso no debe ocurrirle a nadie más. Iré bien preparado, y con la ayuda de Paul Hood encontraré alguna manera de detener su locura fanática.

Norbom se quedó mirando a su amigo, azorado.

—Lo dices en serio. Realmente crees que puedes hacerlo entrar en razón.

—Así lo creo desde el fondo de mi alma. Al menos desde lo que aún queda vivo en ella.

El ordenanza golpeó la puerta, entró con la cena y colocó la bandeja entre los dos hombres: Norbom seguía mirando a Donald después de que el ordenanza había sacado las tapas metálicas y salido.

—Libby Hall y la mayor parte del gobierno de Seúl se opondrán a que vayas allí.

—La embajadora no debe enterarse.

—Pero lo descubrirán. El Norte hará propaganda de tu visita, tal como lo hicieron con Jimmy Carter.

—Para entonces habré terminado.

—¡No estás bromeando! —Norbom se pasó la mano por el cabello—. Dios mío, Greg, tienes que pensar más y mejor acerca de este plan. Demonios, ni siquiera es un plan, es sólo una esperanza. Algo como esto puede estropear las negociaciones, estén en la etapa que estén. Puede destruirte a ti y al Centro de Operaciones.

—Ya he perdido lo que de verdad importa. Pueden quedarse con el resto.

—Se quedarán con eso y con más, puedes creerme. Si estableces contacto con el enemigo sin autorización... Washington y Seúl caerán sobre ti, sobre mí, sobre Paul Hood, sobre Mike Rodgers. Yo seré un pavo asado. El blanco perfecto.

—Sé que esto te perjudicará, Howard, y no lo tomo a la ligera. Pero no te lo pediría si no creyera que tengo la oportunidad de ganar la partida. Piensa en la cantidad de vidas que podríamos salvar.

El color parecía haber abandonado el curtido rostro del comandante en jefe de la base norteamericana.

—Maldita sea, haría cualquier cosa por ti... pero he puesto toda mi vida profesional en esta base. Si voy a perderlo todo para dedicarme a escribir mis memorias en una celda de dos metros por dos metros, al menos quiero que pese sobre tu conciencia. Estás herido, y tal vez no puedas pensar lo que dices con la claridad necesaria.

Donald encendió su pipa.

—Voy a hacer algo mejor que cargar con el peso de mi conciencia, Howard. Ahora vamos a cenar y luego visitaré a Soonji. Me quedaré un rato con ella, y si cambio de opinión te lo haré saber de inmediato.

El general alzó lentamente el cuchillo y el tenedor y comenzó a cortar la carne en silencio. Donald dejó la pipa a un costado y se unió a él; la tranquila cena fue interrumpida por un golpe en la puerta y la entrada de un hombre con el entrecejo fruncido y un parche negro en el ojo.

Martes, 7.35, Centro de Operaciones

—¡No puede pasar esto, no puede pasar esto, no puede *pasar* esto!

El rostro normalmente pasivo e infantil del oficial de Apoyo de Operaciones Matt Stoll estaba pálido como un durazno sin madurar, con dos manchas como de colorete de muñeca Kewpie en las mejillas. Trataba de normalizar la respiración mientras se afanaba febrilmente por enchufar su computadora en una batería de repuesto que guardaba en su escritorio. No sabía por qué había fallado todo el sistema hasta poder conectarla de nuevo e investigar el desperfecto... en un sistema de “naufragio” al que los hackers se referían groseramente como la “caja negra del sistema” para tener *su* vuelo seguro.

La transpiración bañaba sus cejas y se deslizaba en sus ojos. Parpadeaba para quitarla, manchando sus lentes con gotas de sudor. Aunque habían pasado apenas unos segundos desde el colapso, Stoll sentía que había envejecido por lo menos un año... y envejeció instantáneamente un año más al oír la voz de Hood.

—¡Matty... !

—¡Estoy ocupándome de solucionarlo! —gritó, luchando contra la tentación de agregar: “*Pero esto simplemente no puede ocurrir.*” Y no debería haber ocurrido. No tenía el más mínimo sentido. La fuente de energía de Andrews no había fallado, sólo se habían apagado todas las computadoras. Era imposible apagarlas desde el exterior de la base: necesariamente debía ser un comando software. El sistema de computadoras del Centro de Operaciones se autoabastecía y autocontrolaba, de modo que la orden de apagarlo debía provenir necesariamente de un comando software realizado desde el mismo Centro. Todo software recién incorporado era chequeado en busca de virus, pero la mayoría de los que habían encontrado no eran malignos: como el que hacía aparecer la palabra “Domingo” en la pantalla para que los adictos al trabajo se alejaran del teclado; o el “Tappy” que producía un sonido de clic cada vez que se pulsaba una tecla; o el “Talos” que congelaba las computadoras en el día 29 de junio hasta que alguien tipiaba la frase “Feliz cumplea-

ños Talos". Unos pocos, como el "Michelangelo", que borraba toda la información del 6 de marzo, día del nacimiento del artista, eran más malévolos. Pero éste era increíblemente nuevo, sofisticado... y peligroso.

Stoll se sentía intrigado y sorprendido y a la vez desalentado por todo esto... y mucho más porque la pantalla había vuelto a encenderse un momento antes de que él enchufara su batería de repuesto.

La computadora volvió a la vida con su particular zumbido; también zumbaron los controles, y la pantalla se iluminó con el acostumbrado programa Control Central. Presionó la tecla del título en la pantalla mientras la voz en sintetizador de Mighty Mouse cantaba operísticamente desde un parlante colocado al costado de la máquina.

—¿Están funcionando algunos otros programas, Matty?

—No —respondió sombríamente Stoll cuando Hood entró en su oficina—. ¿Cuánto tiempo estuvieron peleando con el Señor Problema?

—Diecinueve punto ocho-ocho segundos.

La computadora terminó de acceder al programa y por fin apareció la familiar pantalla azul claro, lista para continuar. Stoll presionó las teclas F5-Enter para chequear el directorio.

Hood se apoyó en el respaldo de la silla de Stoll y miró la pantalla.

—Volvió...

—Así parece. ¿Perdieron algo?

—No creo. Bugs estaba salvando todo el tiempo. Te felicito por haber logrado que se ponga en marcha otra vez.

—Yo no hice nada, jefe. Nada más que estar sentado aquí...

—¿Quieres decir que el sistema volvió por sí mismo?

—No. Le ordenaron que volviera...

—¿Pero no fuiste tú el que dio la orden?

—No —Stoll negó con la cabeza—. Esto no puede pasar.

Lowell Coffey dijo desde el vano de la puerta:

—Y Amelia Mary Earhart tenía un mapa.

Stoll ignoró al abogado mientras terminaba de chequear el directorio: todos los archivos estaban allí, en su sitio. Ingresó uno de ellos; cuando no recibió ninguna indicación de Error en el sistema, recuperó la confianza: los archivos no se habían autodestruido.

—Todo parece estar bien. Por lo menos los archivos están intactos.

Sus gruesos y rápidos dedos índices volaban sobre el teclado. Stoll había escrito un programa WCS para divertirse, pues jamás había esperado tener que usarlo. Ahora pulsó rápidamente el archivo de diagnóstico de "escenario-de-los-peores-casos". Más tarde tendría que hacer un examen de diagnóstico más detallado, utilizando

el software clasificado que guardaba bajo siete cerrojos, pero este primer paso indicaría la presencia de grandes problemas.

Hood se mordió el labio inferior.

—¿A qué hora llegaste aquí, Matty?

—Fiché a las cinco cuarenta y uno. Llegué aquí dos minutos después.

—¿Ken Ogan reportó algo fuera de lo habitual?

—Nada. La guardia nocturna fue tan transparente como el cristal.

—Como el mar antes del naufragio del Titanic —agregó Coffey. Hood parecía no haberlo escuchado.

—Pero eso no quiere decir que no haya pasado nada en el edificio. Una persona en cualquier estación podría haber ingresado en el sistema.

—Sí. Y no sólo hoy. Esto pudo haber sido una bomba de tiempo, ingresada hace unos días y programada para estallar ahora.

—Una bomba —reflexionó Hood—. Igual que en Seúl.

—¿Podría tratarse de un accidente? —preguntó Coffey—. ¿No puede ser que alguien haya pulsado por error una tecla en algún lugar del edificio?

—Eso es casi imposible —respondió Stoll mientras observaba la lista de diagnósticos operando en toda su magia. Los números y las letras aparecían tipados a gran velocidad mientras la máquina buscaba aberraciones en cualquiera de los archivos, comandos que no estuvieran acordes a los programas existentes o no hubieran ingresado “en el reloj”.

Hood golpeó suavemente el respaldo de la silla.

—Entonces... lo que quieres decir es que tal vez tengamos una mancha, un sabotaje.

—Es muy posible.

—¿Cuánto tiempo le llevaría a alguien escribir un programa para desactivar todo el sistema?

—Depende de la capacidad y los conocimientos de ese alguien, de unas horas a varios días. Pero eso no significa que el programa se haya escrito de acuerdo a las premisas establecidas en el sistema. Podrían haberlo escrito en otra parte y haberlo infiltrado luego en el software.

—Pero ya investigamos eso...

—Investigamos pulgares sensibles. Eso es básicamente lo que estoy haciendo ahora.

—¿Pulgares sensibles? ¿Te refieres a algo que sobresale?

Stoll hizo un gesto afirmativo. —Marcamos nuestra información con un código, y la almacenamos a intervalos específicos... como el reloj de un taxi, cada veinte segundos o cada treinta palabras. Si el código no se registra, investigamos más exhaustivamente la información archivada para asegurarnos de que es nuestra.

Hood le apoyó una mano en el hombro e hizo presión.

—Ocúpate de todo, Matty.

El sudor le bañaba la oreja izquierda.

—Oh, lo haré. No me gusta que me pasen por encima.

—Mientras tanto, Lowell, que el oficial de Guardia chequee todos los videos que tomaron anoche, todas las estaciones dentro y fuera de la base. Quiero saber exactamente quién entró y salió. Que investiguen las placas identificatorias y las chequeen con las fotos del archivo... quiero que estén seguros de que son auténticas. Que Alikas se ocupe de eso. Tiene buen ojo. Si no encuentran nada fuera de lo común, que hagan lo mismo con el día anterior y así sucesivamente.

Coffey jugueteaba con su anillo.

—Eso llevará tiempo.

—Lo sé. Pero nos han saboteado, y debemos saber quién lo hizo.

Los dos hombres salieron de la oficina en el mismo momento en que entraba Bob Herbert. El oficial de Inteligencia, un hombre de treinta y ocho años, estaba muy enojado... como siempre. Parte de él se enojaba con cualquier cosa que saliera mal, y el otro noventa y nueve por ciento mantenía ardiendo la furia que le ocasionaba el salto mortal que lo había arrojado para siempre a una silla de ruedas.

—¿Qué pasa, tecnochico? ¿Estamos embarazados?

Todavía había huellas de una juventud en Mississippi en su voz, afilada por la severidad producto de diez años en la CIA y la amargura constante por el bombardeo a la embajada norteamericana en Beirut en 1983, que lo había dejado tullido.

—Estoy chequeando el grado y el tipo de penetración —respondió Stoll, apretando con fuerza los labios para no agregar: *¡Una buena patada en tu culo!* El iracundo Herbert soportaba agresiones de Hood y Rodgers, pero de nadie más. Y menos de alguien que jamás había vestido un uniforme, pulsado la palanca del Partido Libertador la mayoría de los noviembreros, y que todavía cargaba tanto peso como él en el Centro de Operaciones.

—Bueno, tecnochico, tal vez te sirva de algo saber que no fuimos los únicos que nos dimos la nariz contra el suelo.

—¿Quién más?

—Algunos sectores de Defensa...

—¿Durante veinte segundos?

Herbert asintió.

—Y también partes de la CIA.

—¿Cuáles?

—Los sectores de manejo de la crisis. Todos los lugares a los que nosotros mandamos información.

—Mierda...

—Era de esperar, muchacho. Noqueamos a una buena cantidad de gente, y es indudable que quieren la cabeza de alguien.

—*Mierda*—repitió Stoll, volviendo la vista a la pantalla cuando se detuvo la primera ola de cifras y letras.

—El primer directorio está limpio —cantó Mighty Mouse—. Vamos al segundo.

—No estoy diciendo que sea tu culpa —dijo Herbert—. Yo todavía andaría caminando si los hombres honestos no fueran saboteados todo el tiempo. Pero necesito que me consigas alguna inteligencia de la NRO.

—No puedo hacerlo mientras el sistema está diagnosticando, y no puedo salir mientras está en un archivo.

—Ya lo sé —dijo Herbert—; el tecnochico junior, Kent, me lo dijo hace un momento. Por eso me acerqué a tu oficina, para hacerte compañía hasta que vuelvas al maldito sistema como corresponde y puedas darme la información que necesito.

—¿Qué información es ésa?

—Necesito saber qué está sucediendo en Corea del Norte. Tenemos una pila de muertos usando lo que yo considero máscaras mortuorias *fabricadas en la República Popular Democrática de Corea*, hay una carga aérea de chicos Striker en camino, y el presidente quiere saber qué están haciendo las tropas, el estado de los misiles, si está pasando algo en las plantas de energía nuclear... esas cosas. No podemos hacerlo sin vigilancia satelital, y...

—Lo sé. Tampoco pueden hacerlo *sin* las computadoras.

—El segundo directorio está limpio —informó Mighty Mouse—. Vamos al...

—Cancelado —dijo Matt, y el programa se apagó. Utilizando el teclado, salió a DOS, ingresó la contraseña para entrar en línea con la Oficina Nacional de Reconocimiento y luego se cruzó de brazos, esperando, y anhelando fervorosamente que lo que había invadido las computadoras no hubiera entrado por vía telefónica.

Martes, 7.45, Oficina Nacional de Reconocimiento

Era uno de los sectores más secretos y más fuertemente vigilados de uno de los edificios más secretos del mundo.

La Oficina Nacional de Reconocimiento del Pentágono era una pequeña habitación sin iluminación de techo. Toda la iluminación de la oficina provenía de las estaciones de computación, diez hileras de diez estaciones, instaladas igual que en un control de la NASA; cien lentes en el espacio observando la tierra en tiempo-real, que ofrecían setenta y siete imágenes blanco y negro en vivo por minuto a distintos niveles de magnificación, según la focalización del ojo del satélite. Cada imagen era reducida temporalmente a una centésima de segundo para poder determinar la velocidad de un misil o el poder de una explosión nuclear comparando lanzamientos sucesivos o factorizando otra información, por ejemplo las lecturas sísmicas.

Cada estación tenía un monitor de televisión con un teclado y un teléfono, y los dos operadores responsables de cada hilera ingresaban diferentes coordenadas para que los satélites observaran nuevas áreas o mandaran copias en crudo de las imágenes para el Pentágono, el Centro de Operaciones, la CIA, o cualquier aliado norteamericano. Los hombres y las mujeres que trabajaban allí habían pasado por un entrenamiento y control psicológico tan exhaustivos como los de la gente que trabajaba en los centros de control de las bases nacionales de misiles nucleares: no podían quedar anestesiados por el lento fluir de las imágenes en blanco y negro, tenían que poder decir en apenas unos segundos si un avión o un tanque o el uniforme de un soldado pertenecían a Chipre, Suabia o Ucrania, y debían resistir la tentación de ver cómo andaban las cosas en la granja de sus amigos en Colorado o la piedra arenisca en Baltimore. Los ojos espaciales de los satélites podían observar cualquier sector del planeta; eran lo suficientemente poderosos como para leer el diario por encima del hombro de una persona sentada en un parque, y los operadores debían resistir la tentación de jugar. Después de mirar día tras día la misma cadena montañosa, la misma llanura y el mismo océano, la necesidad de jugar se intensificaba.

Dos supervisores vigilaban la habitación silenciosa desde una cabina de control de vidrio que ocupaba toda una pared. Notificaban a los operadores todos los pedidos de los demás departamentos, y volvían a chequear cualquier cambio que se produjera en la orientación de los satélites.

El supervisor Stephen Viens era un antiguo compañero de escuela de Matt Stoll. Se habían graduado con el primer y segundo promedio respectivamente en el MIT, habían obtenido conjuntamente tres patentes sobre neuronas artificiales para cerebros de siliconas, y en un certamen nacional de tiro en los centros de compras habían logrado, respectivamente, los puestos primero y segundo en el juego *Trevor McFur* de Jaguar. Los ejecutivos de Atari debieron avenirse a pagar tiempo adicional cuando el juego de Stoll se prolongó cuatro horas después de la hora de cierre del centro de compras. Lo único que no compartían era la pasión de Viens por levantar pesas, y esta diferencia había sido una original fuente de inspiración para las esposas de ambos en el momento de escoger los apodos apropiados: Hardware y Software.

El pedido de Stoll llegó en el preciso instante en que Viens se estaba instalando con su café y su pastel de chocolate antes de comenzar su turno de las ocho en punto.

—Yo me encargo —le dijo al supervisor nocturno Sam Calvin.

Viens acercó su silla hasta el monitor y dejó de masticar apenas leyó el mensaje:

Inseminador exitoso. Operando ahora mismo.

Enviar 39-126-400-Soft. ¿Chequear Alien propio?

Viens murmuró algo ininteligible.

—¿Qué ocurre, Manos Rápidas? —le preguntó Calvin. Los supervisores asistentes de los dos turnos también se acercaron al monitor.

—¿Inseminador? —preguntó el supervisor asistente diurno Fred Landwehr—. ¿Qué es eso?

—Es de la película *Alien*. Era la cosa que ponía a incubar los bebés Alien en el cuerpo de la gente. Matt Stoll dice que tienen un virus, lo que significa que nosotros también podemos tenerlo. También quiere que veamos cómo están las cosas en Pyongyang.

Viens levantó el tubo del teléfono.

—Mónica, quiero una observación a longitud 39, latitud 126, magnificación 400. Envíenla de inmediato a Matt Stoll del Centro de Operaciones. —Colgó—. Fred, quiero el diagnóstico de nuestro software. Asegúrate de que todo esté bien.

—¿Debo buscar algo en particular?

—No lo sé. Simplemente escanea toda la información y fíjate si hay bips.

Viens volvió a la computadora y tipió:

*Buscando al Destructor de Entrañas. Golpe culata Ripley.
39-126-400 Copia Soft.*

Mientras lo enviaba, miró las hileras de monitores, todavía sin poder creer lo que había leído. Stoll había programado lo que ambos habían considerado el sistema a prueba de virus más perfecto posible. Si lo habían invadido, sería un verdadero problema. Lo lamentaba por su compañero pero también sabía que, igual que él, Stoll debía estar fascinado por la perspectiva de que efectivamente lo hubieran invadido... y decidido a llegar al fondo de la cuestión.

Martes, 21.55 hs., Seúl

El mayor Lee hizo la venia al ingresar a la oficina del general, y Norbom retribuyó el saludo.

—Greg Donald —dijo—, creo que conoces al mayor Kim Lee.

—Sí, ya nos han presentado —dijo Donald, llevándose la servilleta a los labios. Se puso de pie y le ofreció la mano al mayor—. Hace varios años, si mal no recuerdo, en el desfile de tropas en Taegu.

—Me siento impresionado y halagado por su amable recuerdo —replicó Lee—. ¿Se encuentra aquí en misión oficial?

—No. Privada. Mi esposa... fue asesinada esta tarde, en la explosión.

—Mis condolencias, señor.

—¿Qué piensa acerca de lo ocurrido, mayor? —preguntó Norbom.

—Que fue una orden de Pyongyang, tal vez del propio presidente.

—Parece estar muy seguro —afirmó Donald.

—¿Acaso usted no?

—No, no del todo. Igual que Kim Hwan de la KCIA. Las evidencias son muy débiles.

—Pero el motivo no —dijo Lee—. Usted está de duelo, señor embajador, y no quiero faltarle el respeto. Pero el enemigo es como una serpiente: ha cambiado la piel, pero no el corazón. Tratarán de hacernos pedazos, ya sea por medio de la guerra o hundiendo sus garras en nuestro bienestar económico. Quieren destruirnos.

Había tristeza en los ojos de Donald, y apartó la vista. Ahora, igual que en la década de 1950, el mayor impedimento para la paz duradera no era la codicia ni los desacuerdos territoriales ni la indecisión acerca de cómo unificar dos gobiernos separados. Ésos eran problemas formidables, sí, pero no irremontables. El mayor impedimento eran las sospechas y el odio profundamente arraigado que sentían la mayoría de los ciudadanos de ambas naciones hacia los de la "otra Corea". Lo desalentaba pensar que la verdadera unificación no tendría lugar hasta que hubiera desaparecido la última generación afectada directamente por la guerra.

—Ésta es la especialidad de Kim Hwan —intervino el general Norbom—, así que... ¿por qué no dejamos que él se encargue de todo, mayor?

—Sí, señor.

—Ahora, ¿por qué deseaba verme?

—Esta orden de transferencia, señor. Requiere su sello.

Lee le extendió el papel.

—Cuatro tambores de cuarto de tabún, señor. Debo trasladarlos a la DMZ.

—¿Para qué?

El general se puso los anteojos.

—¿Para qué demonios necesita gas el general Schneider?

—No es para el general, señor. Inteligencia militar ha informado que se enterraron tambores químicos en la frontera, y que Pyongyang continúa enviando más cantidad. Debemos trasladar éstos a Panmunjom por si son necesarios.

—Dios mío —suspiró Donald—. Te lo dije, Howard, esto se nos va a ir de las manos.

Lee mantenía una expresión impasible y continuaba de pie junto a Donald, observando al general Norbom leer.

—Usted pidió el gas —le espetó el general a Lee—. ¿A quién se lo estamos enviando?

—Yo viajaré con la carga, señor. Tengo órdenes del general Sam.

Sacó algunos papeles del bolsillo de su camisa y se los entregó al general.

Norbom les echó un vistazo y luego presionó el botón del intercom.

—Shooter.

—Sí, señor.

—Autorice la transferencia del mayor Lee y consígame una comunicación telefónica con el general Sam.

—Sí, señor.

Norbom devolvió los papeles al oficial.

—Sólo tengo dos cosas para decir, mayor. Una es que conduzca con cuidado. La otra es que cuando llegue a Panmunjom, si debe equivocarse, hágalo en el sentido de la extrema precaución.

—Por supuesto, señor —dijo Lee. Hizo la venia, y se inclinó brevemente frente a Donald, clavando el ojo en el diplomático y provocándole un inexplicable escalofrío antes de dar la vuelta con elegancia y salir.

El rostro de Lee permanecía inexpresivo, pero interiormente sonreía satisfecho. Los meses y el dinero que había gastado persuadiendo al sargento Kil a que se uniera a ellos estaban dando fruto.

El asistente del general Sam había estampado la firma de su superior tantas veces que era imposible distinguir la verdadera de la falsa. Y él sería el primero en recibir la llamada del general Norbom, y encontraría la manera de hacer imposible la comunicación entre los generales hasta que la envejecida mente de Norbom la olvidara o ya fuera demasiado tarde. En cualquier caso, Lee y su equipo obtendrían lo que deseaban: la oportunidad de poner en práctica la segunda y aun más mortífera fase de su operativo.

Encontró a sus tres hombres en la camioneta, una vieja Dodge T214. Los soldados norteamericanos la habían apodado Beep: por Gran Jeep. Pesaba tres cuartos de tonelada, tenía poderosos paragolpes y centro bajo de gravedad, lo cual era perfecto para los viajes que iban a realizar fuera de las carreteras asfaltadas.

Los hombres saludaron al ver acercarse a Lee. El mayor se trepó al asiento del acompañante. Los otros dos hombres se sentaron atrás, bajo la lona.

—Cuando dejemos la base —le dijo al conductor— volverás a la ciudad, a Chonggyechonno. —Se dio media vuelta y miró a los otros dos—. Privado, el director delegado de la KCIA no cree que el enemigo esté detrás del atentado de esta tarde. Por favor, ocúpense de que el señor Kim Hwan no perpetúe falsas estimaciones. Asegúrense de que no se presente a trabajar mañana por la mañana.

—Sí, señor. ¿Una intervención divina?

—No, no quiero accidentes. Vayan al hotel, pónganse ropa civil, tomen un documento de identidad y roben un auto del garaje. Averigüen cuál es su aspecto físico, siganlo, y apuñálenlo, Jang. Brutalmente, de la misma manera que los coreanos del Norte apuñalaban a los servicios norteamericanos que talaban árboles. De la misma manera que asesinaron sin piedad a diecisiete personas en el bombardeo de Rangoon. De la misma manera que mataron a mi madre. Jang, demuéstrales que los coreanos del Norte son verdaderos animales y que no tienen la menor intención de unirse al mundo civilizado.

Jang asintió y Lee se acomodó en su asiento para hacer una llamada al capitán Bock de la DMZ. En el portón principal le presentó el documento sellado al guardia norteamericano. El guardia se dirigió a la parte trasera de la camioneta, chequeó los tambores, devolvió el papel, y les dio la orden de seguir viaje. Cuando llegaron al boulevard, Jang se deslizó desde la parte trasera del vehículo y corrió rumbo al Savoy, el hotel donde se había iniciado su largo día plagado de acontecimientos.

Martes, 7.57 hs., Centro de Operaciones

Sonó el teléfono de Paul Hood. Eso no ocurría con demasiada frecuencia. La mayoría de sus comunicaciones llegaban por correo computarizado o a través de líneas telefónicas especiales en su terminal.

Era particularmente extraño porque el intercom no lo había alertado acerca de la llamada. Lo que significaba que era alguien capaz de superar los más severos controles del Centro de Operaciones.

Descolgó el tubo.

—Hola.

—Paul, habla Michael Lawrence.

—Sí, señor. ¿Cómo está usted, señor?

—Paul, supe que su hijo ingresó al hospital esta mañana.

—Sí, señor.

—¿Cómo se encuentra?

Paul sintió un escalofrío. En ciertas oportunidades había que darle buenas noticias al presidente, pero en otras oportunidades había que decirle la verdad cruda. Esto era lo que debía hacer ahora.

—No demasiado bien, señor. No han logrado descubrir qué es lo que anda mal, y el niño no responde a los tratamientos.

—Lamento que así sea —dijo el presidente—. Pero, Paul, necesito que me diga la verdad. ¿Hasta qué punto lo distraerá la enfermedad de su hijo?

—¿Señor?

—Lo necesito, Paul. Lo necesito al frente de esta situación en Corea. Lo necesito concentrado y en control de las cosas. O necesito a otra persona en su lugar, capaz de hacerse cargo por completo. Es su oportunidad, Paul. ¿Quiere que le encomiende esta misión a otra persona?

Era gracioso. Paul había estado pensando en eso hacía apenas cinco minutos, pero ahora, al escuchar el planteo del presidente, ya no hubo dudas en su mente.

—No, señor —respondió—. Yo estoy al frente de esto.

—Buen muchacho. Y... otra cosa, Paul.

—¿Sí, señor?

—Hágame saber cómo evoluciona su hijo.

—Lo haré, señor. Gracias.

Colgó el teléfono, pensó un instante, y luego presionó la tecla F6 para hablar con Bugs Benet.

—Bugs —dijo—, cuando puedas llama a uno de nuestros técnicos residentes. Necesito un nuevo código de secuencia para *Combate Mortal*, un juego que realmente asombrará a Alexander cuando salga del hospital.

—De acuerdo —respondió Bugs—. Seguramente tú ya sabes jugar.

Paul sonrió, asintió, y luego presionó la última tecla de la fila para volver al trabajo.

Martes, 22.00 hs., Seúl

El edificio flamante, moderno, de cuatro pisos, con fachada de acero y ladrillo blanco, se erigía detrás de Kwangju y su brillo resaltaba detrás de un largo patio rectangular. Excepto por la alta reja de hierro que rodeaba el patio y las cortinas cerradas de las ventanas, el viandante podría pensar que ese edificio albergaba las oficinas de una empresa o una universidad. Era bastante improbable que alguien sospechara que eran los cuarteles generales de la KCIA y que albergaba algunos de los más delicados secretos de Oriente.

El edificio de la KCIA estaba protegido por cámaras de video en el exterior, sofisticados detectores de movimientos en todas las puertas y ventanas, y ondas electrónicas para evitar el espionaje auditivo. Sólo después de entrar al área de recepción brillantemente iluminada y encontrarse con los dos guardias armados detrás de un cristal a prueba de balas, uno podía percibir algo de la delicadeza de las operaciones que se llevaban a cabo en el interior del edificio.

La oficina del director delegado Kim Hwan estaba en el segundo piso, en el extremo opuesto a la oficina del director Yung-Hoon. En ese momento, el antiguo jefe de policía estaba cenando en el café del cuarto piso con sus contactos en la prensa para tratar de averiguar qué sabían. Hwan y Yung-Hoon tenían métodos de trabajo muy diferentes pero complementarios: la filosofía de Yung-Hoon era que la gente siempre tenía todas las respuestas que necesitaban los investigadores, siempre que se hicieran las preguntas apropiadas a la gente apropiada. Hwan creía que, intencionalmente o no, la gente mentía... y que se comprendían mejor los hechos por medios científicos. Ambos admitían que el método del otro era perfectamente válido, aunque Hwan no tenía estómago para las sonrisas y el parloteo que requería el método de Yung-Hoon. Cuando fumaba, su capacidad de atención para las estupideces duraba apenas lo que un cigarrillo Camel sin filtro; ahora duraba menos todavía.

Su pequeño escritorio estaba colmado de papeles y archivos, y Hwan estaba estudiando el informe que acababa de llegar del laboratorio. Salteó los análisis del Profesor acerca de "orbitales

hibridizados” y “dirección de electronegatividad” —detalles no requeridos por la KCIA sino por los tribunales, si es que estas evidencias llegaban a usarse alguna vez en un juicio— y fue directamente al resumen:

El análisis de los explosivos revela que son de plástico estándar originario de Corea del Norte: composición típica de las fábricas productoras de Sonchon.

No hay huellas digitales en la botella de agua. Por lo menos debería haber huellas digitales parciales del empleado del almacén. Concluimos que la botella fue limpiada cuidadosamente. Las huellas de saliva halladas en las gotas de agua remanentes son inidentificables.

Las partículas de suelo no nos dicen nada importante. Sus principales componentes, piedra arenisca y bauxita, son comunes en toda la península y no pueden usarse para localizar el punto de origen.

Sin embargo, el estudio toxicológico ha revelado huellas concentradas de sublimación de la sal NaCl (Na^+ de base NaOH, Cl^- de ácido HCL). Esto se encuentra comúnmente en productos del petróleo provenientes de la gran planicie Khingan de Mongolia, incluyendo el combustible diésel usado por las fuerzas mecanizadas de la República Popular Democrática de Corea. La concentración 1:100 de NaCl en el suelo parece bastante importante para excluir la posibilidad de que las partículas hayan llegado desde el Norte traídas por el viento. La simulación computarizada sugiere que el porcentaje de concentración en ese caso hubiera sido de 1:5.000.

Hwan dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla. Permitió que las refrescantes olas del ventilador de techo bañaran su rostro abotagado.

—Así que los que pusieron la bomba estuvieron en el Norte. ¿Cómo sería posible que no fueran coreanos del Norte?

Estaba comenzando a pensar que había una sola manera de descubrir la verdad, aunque se resistía a usar una carta tan importante.

Mientras releía el resumen, sonó el intercom.

—Señor, habla el sargento Jin de recepción. Aquí hay un caballero que desea ver al oficial a cargo del atentado al Palacio.

—¿Ha manifestado sus motivos?

—Afirma que los vio, señor. Que vio escapar a dos hombres de la camioneta de sonido.

—Que se quede donde está —dijo Hwan mientras se levantaba de un salto y se ajustaba la corbata—. Ya mismo bajo.

Martes, 8.05 hs., Centro de Operaciones

Bob Herbert y Matt Stoll observaban en azorado silencio las fotos de la NRO que iban apareciendo en el monitor de Stoll.

—Qué manera de perder el tiempo —dijo Herbert—. Están completamente locos.

Las fotografías de Pyongyang mostraban tanques y vehículos armados que salían de la ciudad, cargados con artillería antiaérea, rumbo al campo.

—¡Esos bastardos se están preparando para la guerra! —dijo Herbert—. Que la NRO observe la DMZ. Veamos qué está ocurriendo allá.

Levantó el tubo del teléfono adherido al brazo de su silla de ruedas.

—Bugs, comunícame ya mismo con el jefe.

Hood contestó de inmediato.

—¿Qué has obtenido, Bob?

—Un trabajo para ti... volver a escribir el Informe de Opciones. Tenemos por lo menos tres brigadas mecanizadas rumbo al sur desde la capital de Corea del Norte, y por lo menos... cuento uno, dos, tres, cuatro armamentos AA circundando el perímetro meridional.

Hubo un largo silencio.

—Pásame la copia y sigue monitoreando la situación. ¿Matty ha logrado descubrir algo?

—No.

Hubo otro largo silencio.

—Llama a la base Andrews y pídeles que nos consigan un reconocimiento de primera mano desde la Bahía de Corea al este, en dirección oeste hasta la Bahía Chungsan, cada cuatro horas.

—¿Quieres que volemos sobre la región?

—Mike y un equipo Striker se dirigen hacia allí. Si las computadoras vuelven a apagarse y perdemos contacto, no quiero que vuelen a ciegas.

—Maldición —dijo Herbert—. Dime, jefe. ¿Todavía crees que esos bastardos no quieren la guerra?

—¿La Casa Blanca o la República Popular Democrática de Corea?

Herbert lanzó un insulto soez.

—No fuimos nosotros los que empezamos esto...

—No, no fuimos nosotros. Pero sigo creyendo que Corea del Norte no quiere la guerra. Están desplegando sus fuerzas porque suponen que nosotros vamos a desplegar las nuestras. El problema es que el presidente no puede dar una imagen suave y quedarse sin pestañear. ¿Qué harán ellos?

Diciendo que volvería a reportarse en cuanto tuviera alguna información, Herbert murmuró por lo bajo contra la naturaleza suspicaz de Hood. Sólo porque él había sido un político de políticos cuando era mayor del ejército, y consultaba a todos los consejeros y encuestadores, todos los demás no tenían por qué serlo. No creía que su presidente fuera a arriesgar las vidas de jóvenes norteamericanos para cimentar su imagen de hombre duro. Si no pestañeaba, era por la misma razón que Ronald Reagan había efectuado una llamada explosiva a Trípoli cuando los libaneses habían volado un bar en Berlín. Ustedes nos lastiman, nosotros haremos correr sangre. Deseaba que esa política fuera un procedimiento operativo estándar, en lugar de golpearse los pechos en las Naciones Unidas. Todavía seguía anhelando que alguien les pagara a los terroristas musulmanes lo que le había costado el uso de sus piernas en 1983.

Llamó a su asistente y le ordenó que lo comunicara con el general McIntosh de la Base Andrews.

El avión era un Mirage Dassault 2000, construido bajo contrato por el gobierno francés y diseñado como interceptador. Pero rápidamente había demostrado ser uno de los aviones más versátiles en el aire, formidable para misiones de apoyo cercano y ataques a baja altura y también para reconocimiento aéreo. La Fuerza Aérea Norteamericana había comprado seis aviones de este tipo para usarlos en Europa y el Lejano Oriente, en parte para cimentar lazos militares con Francia y en parte porque el avión era absolutamente magnífico.

El avión rugía en el cielo nocturno sobre la base aérea norteamericana en Osaka. Los aviones que iban en dirección sur-norte debían volar a más altura y corrían el riesgo de ser detectados por los radares; los aviones que provenían de Japón podían volar bajo, casi al nivel del mar, y estar sobre Corea del Norte antes de que los militares pudieran responder.

El Mirage llegó a la costa oriental de Corea del Norte quince minutos después de haber despegado; cuando el motor a turbina M53-2 los llevó a un ascenso rápido y casi vertical, la oficial de Reconocimiento Margolin, sentada detrás del piloto, comenzó a to-

mar fotografías. Usaba una Leica con lentes 500x de telefoto, modificadas para visión nocturna.

La oficial sabía lo que debía buscar: movimientos de tropas y actividad en los alrededores de las plantas de energía nuclear y emplazamientos de almacenamiento de sustancias químicas. Cualquier cosa similar a lo que el satélite espía de la NRO había visto en los alrededores de la capital.

Lo que vio cuando el Mirage sobrevoló Pyongyang y se dirigió velozmente al sudoeste sobre la bahía y hacia el Mar Amarillo la dejó boquiabierta. Le dijo al piloto que olvidara por un instante el Mar Amarillo para echar un segundo vistazo: volvieron rápidamente al paralelo treinta y ocho, y apenas estuvieron allí Margolin rompió el silencio radial para hablar con el comandante de la misión.

Martes, 22.10 hs., Seúl

Durante algunos minutos Gregory Donald permaneció de pie en el umbral de la pequeña capilla de la base, incapaz de moverse. Miró el liso ataúd de pino. No se sentía capaz de contemplar lo que había adentro, y no estaba dispuesto a hacerlo hasta estar preparado anímicamente.

Acababa de hablar por teléfono con el padre de su esposa, quien le había confesado su preocupación al no tener noticias de Soonji. El anciano sabía que ella pensaba asistir a la celebración, y cada vez que había habido un problema en cualquier lugar al que hubiera ido, Soonji siempre le había telefonado para tranquilizarlo. Ese día no lo había llamado. Y cuando nadie le respondió en la casa y supo que no estaba internada en ningún hospital, temió lo peor.

Kim Yong Nam lo tomó tal como tomaba todo lo que lo perturbaba: retirándose. Inmediatamente después de enterarse de la muerte de Soonji y de los planes de Donald para realizar el funeral en los Estados Unidos, colgó el teléfono sin siquiera murmurar una palabra de agradecimiento, dolor, o condolencia. Donald jamás había juzgado el hecho de que Kim estuviera en su contra, y tampoco había esperado que lo reconfortara en un momento como ése... pero sin duda le hubiera agradado. Cada hombre tenía una manera particular de enfrentar la pena, y la de Kim era encerrarse en sí mismo y dejar fuera a los demás.

Respiró profundamente y se obligó a pensar en cómo la había visto la última vez: no como su esposa, no como Soonji, sino como un cuerpo desgarrado y sin vida que acunaban sus brazos. Se preparó, se dijo que el arte del tanatólogo era pura sugestión, una suerte de magia capaz de transformar a los muertos en una imagen de paz y mejillas sonrosadas y saludables... pero que no siempre lograban recrear la vida del muerto tal como los vivos lo recuerdan. Pero Donald sabía que él recordaría siempre algo más que esta muerte. Algo más que ese cuerpo destrozado y sangrante que había abrazado apenas...

Con la respiración trémula y el paso vacilante entró en la capilla. A cada lado del ataúd ardían enormes cirios, cerca de la

cabeza, y caminó hacia los pies sin mirar adentro. Por el rabillo del ojo pudo ver el vestido que un soldado había ido a buscar a la casa, el sencillo vestido de seda blanca que Soonji usó el día que se casaron. Abriendo un poco más los ojos alcanzó a ver el ramo de flores rojas y blancas que le habían puesto entre las manos, sobre la cintura. Donald lo había pedido: aunque Soonji no creía que las rosas blancas y rojas llevaran a nadie junto a Dios, su madre, que creía en Chondokyo, había sido enterrada de ese modo. Tal vez no encontrara a Dios, en cuya existencia tenía ella más fe que él, pero acaso Soonji encontraría a su madre.

Enfrentó el ataúd y lentamente alzó los ojos.

Y sonrió. Se habían ocupado muy bien de su chica. En vida, Soonji apenas usaba un ligero toque de lápiz labial, y ahora lucía igual. Le habían cepillado suavemente las cejas y no le habían puesto nada de polvos, ni máscaras faciales. El rostro de Soonji seguía tan fresco y juvenil como cuando estaba viva. Alguien debía haber traído su perfume de la casa, porque Donald pudo olerlo al acercarse un poco más al ataúd. Resistió la necesidad de tocarla, porque para los sentidos de la vista y el olfato Soonji estaba dormida... y en paz.

Lloró desconsoladamente al detenerse junto al lado izquierdo del ataúd, no para mirar más de cerca sino para besarle el dedo y tocar el anillo matrimonial de oro, ese anillo donde estaban grabados los nombres de los dos y su fecha de casamiento.

Después de permitirse acariciar el pliegue de la manga del vestido de su esposa, y de recordar lo joven y vital y dulce que era el día que se casaron, Donald salió de la pequeña capilla. Ahora se sentía mucho más fuerte que al entrar, y la razón controlaba la furia que había mostrado antes al general Norbom.

Pero aún estaba decidido a ir al Norte, con la ayuda de su amigo o sin ella.

Martes, 22.15 hs., Seúl

Cuando Kim Hwan entró en la sala de guardia, el sargento que atendía el mostrador de recepción le entregó una fotografía identificatoria. Hwan leyó la información: *Lee Ki-Soo. Edad: Veinte. Dirección: 116 Hai Way, Seúl.*

—¿Chequeaste esta información? —preguntó.

—Sí, señor. El departamento fue alquilado a un tal Shin Jong U, con quien no hemos podido contactarnos... este hombre dice que le subalquila un cuarto y que el señor U está en viaje de negocios. Trabaja en la fábrica General Motors en los suburbios, pero el departamento de personal de la fábrica está cerrado hasta mañana.

Hwan hizo un gesto afirmativo y, mientras el sargento se preparaba para tomar notas, el director delegado estudió al hombre que había venido a verlo. Era bajo pero musculoso; Hwan podía apreciar la fuerza de su cuello y sus antebrazos. Llevaba puesto un uniforme de obrero fabril de color grisáceo y jugaba con su boina negra mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro con dificultad. Se inclinó varias veces cuando Hwan entró. Pero sus ojos estaban clavados en el rostro del director delegado de la KCIA y eran extrañamente perturbadores: tenían una mirada dura pero sin vida, como los ojos de un tiburón.

Extraña combinación... extraño hombre, pensó Hwan. Pero el atentado había afectado a mucha gente, y tal vez él fuera uno de los afectados.

Hwan se trasladó a un círculo de metal gris en el vidrio protector.

—Soy el director delegado Kim Swan. ¿Usted solicitó verme?

—¿Usted está a cargo de este... de este terrible suceso?

—Sí, estoy a cargo.

—Yo los vi. Como le dije a su compañero, vi tres hombres. Se alejaban de la camioneta de sonido rumbo a la parte vieja... llevaban unos bolsos.

—¿Les pudo ver la cara?

El hombre negó rápidamente con la cabeza.

—No estaba lo bastante cerca. Estaba parado allí... —Se acercó a la puerta y señaló con el dedo—. Cerca de los bancos. Estaba

buscando... ya sabe, algunas veces ponen baños públicos. Pero hoy no. Y mientras estaba buscando el baño, los vi.

—¿Está seguro de que no podría identificarlos? El color de su cabello...

—Negro. Los tres tenían cabello negro.

—¿Usaban barba? ¿Cómo eran sus narices? ¿Labios delgados, gruesos, orejas prominentes?

—Lo lamento. No llegué a ver tanto. Como le expliqué, tenía la mente en otra cosa.

—¿Recuerda cómo estaban vestidos?

—Ropa. Quiero decir ropa común, de calle. Y botas. Creo que usaban botas.

Hwan observó al hombre un breve instante.

—¿Algo más?

El hombre hizo un gesto negativo.

—¿Estaría dispuesto a firmar una declaración acerca de lo que vio esta tarde? Estará lista en unos minutos.

El hombre negó enfáticamente con la cabeza y cubrió con rapidez la escasa distancia que lo separaba de la puerta.

—No, señor. No puedo hacerlo. Me escapé para asistir a la ceremonia, porque no era mi hora de descanso. Como comprenderá, yo *quería* estar ahí. Si mis jefes se enteran, recibiré una sanción disciplinaria...

—No tienen por qué enterarse —lo persuadió Hwan.

—Lo siento. —Puso una mano en la puerta—. Quería que usted tuviera esta información, pero no me gustaría quedar involucrado en el caso. Por favor... espero haberle sido útil, pero debo irme.

Dicho esto, el hombre empujó la puerta y se hundió en la oscuridad de la noche. Hwan y el sargento se miraron.

—Parece haber bebido unas cuantas cervezas antes de llegar aquí, señor.

—Tal vez no tantas como necesitaba beber —dijo Hwan—. ¿Me haría el favor de pasar a máquina todo lo que dijo y entregármelo sin firma? Había bastante información útil.

Por lo menos corroboraba algunos de los hechos que había descubierto en el callejón. Jugó brevemente con la idea de hacer seguir al hombrecito extraño, pero decidió que era mejor dejarlo ir y que sus hombres siguieran ocupándose de entrevistar a otros testigos, chequear fotografías y longitud de distancias en los videos, y volver a investigar el área y el hotel abandonado en busca de otras pistas.

Subió las escaleras —se negaba a utilizar los ascensores cuando tenía tiempo y energía para caminar— y regresó a su oficina para considerar el próximo movimiento.

Cuando volviera el director se sentiría descorazonado por el estado general de la investigación: esas escasas evidencias que

apuntaban a Corea del Norte, pero ni el menor rastro de los que habían perpetrado el terrible atentado.

Después de utilizar la radio para comunicarse con las fuerzas de campo y enterarse de que regresaban con las manos vacías, Hwan decidió que para conseguir las evidencias que necesitaba debía moverse rápidamente en una dirección que detestaba, de una manera que podría costarles exactamente lo mismo que iban a ganar.

Con rechazo, levantó el tubo del teléfono...

Martes, 22.20 hs., Kosong, Corea del Norte

Viajando a una velocidad promedio de 120 millas por hora, el moderno y bruñido Lake LA-4-200 Buccaneer de cuatro asientos volaba bajo sobre el mar rumbo a las costas de Corea del Norte. El poderoso motor Lycoming 0-360-A1A zumbaba intensamente debido a que el piloto mantenía el avión estable. El aire era turbulento a esa distancia de la superficie marina —un poco menos de mil pies en rápido descenso—, y el piloto no quería tener que desviarse. No con esos dos tipos a bordo. Se pasó un pañuelo por la frente sudorosa, sin atreverse siquiera a pensar lo que harían esos dos si tenían que aterrizar a cincuenta millas de la costa.

El avión, de veinticinco pies de largo, comenzó a dar saltos cuando bajó quinientos pies... más rápido de lo debido, dada la turbulencia, pero no tan rápido como hubiera deseado. Ahora podía ver el oscuro contorno de la costa, y el piloto sabía que no tendría tiempo de hacer una segunda pasada: sus pasajeros necesitaban aterrizar cerca de las ocho y treinta, y él no quería desilusionarlos. Ni por un segundo.

Tampoco iba a permitir que su querido amigo Han Song le consiguiera más vuelos clandestinos. Hijos que querían entrar al país subrepticamente para visitar a sus padres, e incluso espías del Sur... eso era tolerable. El apostador había dicho que estos dos eran hombres de negocios, pero no había mencionado que su negocio era el asesinato.

Apoyó suavemente la panza en forma de bote del avión sobre el agua, que salpicó a ambos lados. Frenó rápidamente. Quería que los hombres bajaran y el avión desapareciera antes de que un pescador curioso o la policía decidieran ver qué estaba pasando.

Corrió el cerrojo de la portezuela y la abrió de un golpe. Toda la cabina quedó expuesta. Tomó la balsa debajo del asiento del copiloto y la hizo bajar por el costado mientras los hombres se ponían de pie. El piloto extendió la mano para ayudar a entrar a la balsa al primer hombre. El asesino aferró la muñeca del piloto y miró el reloj fosforescente del aviador.

—Lo... ¡lo logramos! —dijo el piloto.

—Te has portado bien —respondió el asesino mientras su compañero subía a la balsa. Metió la mano en el bolsillo del sobretodo y le entregó un atado de billetes al piloto—. Es lo que acordamos tu agente y yo.

—Sí, gracias.

Luego volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó el estilete bañado en sangre; lo sostuvo un momento frente al rostro aterrado del piloto. El corazón del aviador latía con tanta fuerza que estaba seguro de que eran sus latidos y no el motor lo que hacía sacudirse al avión. El asesino soltó una carcajada, giró súbitamente el brazo hacia un costado y arrojó el arma al mar; al piloto se le aflojaron las piernas instantáneamente, perdió el equilibrio y cayó sobre el asiento, atontado.

—Buenas noches, muchacho —dijo el asesino. Se dio vuelta y saltó a la balsa, donde se reunió con su amigo.

Pasaron varios minutos hasta que el piloto recuperó la calma y pudo volver al mar abierto. Para ese entonces, sus pasajeros habían sido tragados por la oscuridad.

La luz titilante de un soldado apostado en la playa guió a los dos hombres hacia la playa. Había marea baja y llegaron en pocos minutos. Uno de ellos desinfló la balsa y el otro tomó las dos valijas y caminó hasta dos jeeps aparcados en las sombras, bajo un risco.

—¿Coronel Oko? —dijo el recién llegado.

—Coronel Sun —el otro se inclinó reverentemente—. Llega temprano.

—Nuestro piloto estaba ansioso por deshacerse de nosotros.

Sun echó un vistazo al soldado armado apostado entre los dos jeeps.

—Usted tiene los uniformes, los documentos, y... ¿el paquete?

—Están en el jeep. ¿Le importaría chequearlo?

Sun esbozó una media sonrisa y apoyó las valijas en la arena.

—El mayor Lee confía en usted. —La sonrisa se ensanchó—. Y tenemos un objetivo común, después de todo. Seguir siendo enemigos.

—No necesito una guerra para eso.

—Usted no es político, coronel. No necesitamos que nos recuerden lo que está en nuestra sangre. ¿Le importaría contar el dinero?

Oko hizo un gesto negativo y le indicó a su asistente que levantara las valijas.

—Para ser franco, coronel, aunque no recibamos recompensa alguna, por los infinitos sobornos que hemos pagado, el esfuerzo ha valido la pena.

Volvió a inclinarse ante el coronel Sun, luego se trepó al jeep y no miró hacia atrás mientras ascendían por el sucio camino escarpado rumbo a las colinas.

El asistente del coronel Sun, cabo Kong Sang Chul, se aproximó para ver cómo se alejaban.

—Y dicen que el Norte y el Sur no pueden ponerse de acuerdo en nada.

Diez minutos más tarde, vestidos con los uniformes de un coronel de Corea del Norte y su asistente, y habiendo chequeado el paquete para asegurarse de que todo estaba en orden, los coreanos del Sur siguieron el mismo camino, rumbo a un lugar marcado en rojo en el mapa mezclado con los otros documentos de una carpeta.

Martes, 8.40 hs., Centro de Operaciones

—¡No puede pasar esto, no puede pasar esto, no puede pasar esto!

—Pero ha pasado, tecnochico. Ha pasado.

Stoll y Herbert estaban sentados en la mesa de conferencias del Tanque con Hood y el resto del equipo principal del Centro de Operaciones, con excepción de Rodgers, a quien se le informarían todas las novedades. Ann Farris se había sentado a la izquierda de Hood, Stoll y Herbert junto a ella, y Lowell Coffey II a su izquierda; en el lado opuesto de la mesa estaban Martha Mackall, Liz Gordon y el oficial de Medio Ambiente Phil Katzen. Darrell McCaskey se sentó entre Gordon y Katzen, luego de presentarle a Hood un resumen de una página de las actividades de la Liga Cielo Rojo y otras organizaciones terroristas. Aparentemente ninguna de ellas estaba involucrada con la explosión de Seúl.

Sobre la mesa, frente a Hood, estaban el informe de McCaskey y la foto del satélite de la NRO. La foto mostraba grandes despliegues de tropas en los alrededores de Pyongyang; al lado estaba la fotografía tomada por Judy Margolin desde el Mirage. No se veía movimiento de tanques ni artillería alrededor de la ciudad, y tampoco había otros preparativos que indicaran que la República Democrática Popular de Corea se estuviera alistando para la guerra.

—¿Qué otra cosa puedes decirnos acerca de lo ocurrido, Matty? Nosotros ya sabemos que esto no puede pasar.

El corpulento oficial de Apoyo de Operaciones suspiró amargamente.

—Los hitos clave son los mismos en ambas fotografías, así que el satélite no estaba mal apuntado, tomando fotografías de otro lugar. Ambas son de Pyongyang.

—Le pedimos a la NRO que nos enviara otro relevamiento —dijo Herbert—, y lo confirmé con una llamada de seguridad. La foto del monitor mostraba una progresión natural del despliegue que se puede apreciar en la primera fotografía.

—Un despliegue que acaso no esté produciendo —señaló McCaskey.

—Correcto.

—¿Entonces, Matty? —preguntó Hood—. Debo reportarme a la Casa Blanca dentro de aproximadamente media hora. ¿Qué le digo al presidente?

—Que hay una invasión de alguna clase en el software. Una invasión como nunca hemos visto antes.

—¡Una *invasión*! —rugió Herbert—. ¿En un equipo de computación de veinte *millones* de dólares que tú mismo diseñaste?

—/Sí! ¡Algunas veces a los hombres brillantes se les escapa algo, y algunas veces las camionetas cargadas de explosivos atraviesan barricadas de cemento...!

Stoll lamentó lo que acababa de decir aun antes de que las palabras salieran de su boca. Apretó fuertemente los labios y se hundió en su silla.

—Buen golpe, Matt —dijo Coffey para romper el tenso silencio.

—Lo lamento, Bob —dijo Stoll—. Eso estuvo fuera de lugar.

Herbert lo miró un instante.

—Pero tienes razón, tecnochico. —Clavó la mirada en el asiento de cuero de su silla de ruedas.

—Miren —intervino Liz—, todos podemos cometer errores. Pero podremos solucionarlos mejor si cooperamos en vez de inculparnos y señalarnos con el dedo. Además, muchachos... si es así como vamos a reaccionar en las primeras etapas de una crisis, será mejor que todos nosotros vayamos pensando en buscar otro trabajo.

—Muy acertado, Liz —dijo Hood—. Prosigamos. Matty, quiero que me digas con qué supones que nos las estamos viendo.

Stoll suspiró aun más profundamente. No miró a Herbert.

—Lo primero que pensé cuando se apagó el sistema de computadoras fue que se trataba de un desperfecto. Que alguien nos estaba demostrando que había ingresado *de algún modo* al sistema y que podía volver a hacerlo. Incluso esperaba recibir un mensaje burlón cuando volvimos a ponerlo en funcionamiento.

—Pero no recibimos ningún mensaje burlón —concluyó Coffey.

—No, no recibimos nada. Pero yo seguía creyendo que podía tratarse de un virus en el programa original o de un virus que se había deslizado en algún software, y que iba de nosotros a la DOD o a la CIA o viceversa. Luego llegó la foto de Osaka, y ahora estoy pensando que fue en ese momento cuando nos invadieron realmente.

—Explícate —dijo Hood.

—El apagón fue una cortina de humo o una distracción para ocultar el verdadero objetivo, que parece haber sido comprometer nuestro sistema de vigilancia satelital.

—¿Desde el espacio? —preguntó Coffey.

—No. desde la Tierra. Alguien más está controlando al menos la Geostationary 12-A... y tal vez otras.

—Al presidente le encantará saber eso —advirtió Coffey.

Hood miró el reloj en cuenta regresiva y luego la imagen de Bugs en la pantalla de la computadora.

—¿Escuchaste eso?

—Sí, señor.

—Quiero que lo agregues al final del Informe de Opciones... junto con esto. —Miró a Stoll—. Nuestro oficial de Apoyo de Operaciones está trabajando ahora en el asunto, y me asegura que el problema será identificado y resuelto. Límite de tiempo para proseguir. En el ínterin, el Centro de Operaciones funcionará sin computadoras, dado que no podemos confiar en la información que nos brindan. Nos manejaremos con el apoyo de la vigilancia aérea, de los agentes apostados en áreas clave, y con informes de simulacro de crisis. Firmado, etcétera. Imprímelo, Bugs. Estaré en tu oficina en un minuto. —Hood se puso de pie—. ¿Cuál es esa frase que tanto te gusta, Matty? ¿“Que así se haga”? Bueno, que así se haga. Este equipo de computación era a prueba de invasiones, supuestamente. Así fue como el presidente le vendió el Centro de Operaciones al Congreso hace casi un año y a un cuarto de billón de dólares. Quiero que localices y extermines al invasor, y que se repare el agujero que le permitió entrar. —Se volvió hacia el pelirrojo oficial de Medio Ambiente—. Phil... no creo que tu división sea necesaria en esta etapa. Tú has obtenido el M.A. en ciencia y computación... ¿serías tan amable de colaborar con Matty en esto?

Los ojos azules de Phil describieron un rápido recorrido entre el rostro de Hood y el reloj en cuenta regresiva.

—Será un placer, señor.

Stoll se molestó pero no dijo una palabra.

—Bob, llama a Gregory Donald a la base militar de Seúl. Perdió a su esposa en la explosión, pero fíjate si está en condiciones de visitar la DMZ para efectuar un reconocimiento de primera mano. No podemos confiar en los satélites, quiero a uno de los nuestros allá... y esto puede ser bueno para él.

—Cuando llamó parecía estar muy afectado —acotó Martha—, así que trátalo con extrema suavidad.

Herbert asintió.

—Luego me gustaría que te comuniques con Rodgers —dijo Hood—. Dile que prosiga en lo suyo a su criterio, sin nuevas órdenes y sin identificarse. Si Rodgers está tras alguna pista —y sospecho que sí— pídele que su equipo nos informe sobre misiles Nodong en la región de los Montes Diamante.

Herbert asintió nuevamente y luego se alejó de la mesa en su silla de ruedas, todavía muy perturbado por lo que había dicho Stoll.

Hood presionó la tecla de seguridad y salió, seguido por Herbert y los otros miembros del equipo.

Stoll salió como un trueno y atravesó el corredor rumbo a su oficina. Phil Katzen tuvo que correr para alcanzarlo.

—Lamento que te haya hecho esto, Matty. Sé que no puedo hacer mucho por ayudarte.

Stoll masculló algo que Phil no alcanzó a descifrar. Tampoco estaba seguro de querer hacerlo.

—La gente no comprende que gran parte de lo que llamamos progreso viene de aprender de nuestros errores.

—Esto no fue un error —saltó Stoll—. Esto es algo que jamás hemos visto antes.

—Claro. Me recuerda a cuando mi hermano mayor llegó a los cuarenta y cinco, abandonó a su esposa y su trabajo en Nynex, y decidió recorrer el mundo a pie. Me dijo que era un cambio en su estilo de vida y no una crisis de la edad madura.

Stoll se detuvo en seco.

—Phil, hoy vine a trabajar como todos los días y me choqué con el equivalente del asteroide Cretaceous. Yo soy apenas un apatosaurio que lucha por su vida, y esto no me está ayudando.

Comenzó a caminar de nuevo.

Phil lo siguió un momento después.

—Bueno, tal vez esto sí te ayude. Cuando estaba escribiendo mi disertación acerca de la caza de ballenas por parte de los soviéticos, fui en una misión de rescate de Greenpeace al mar de Okhost. Nadie esperaba que estuviéramos allí, pero no nos importó. Descubrimos que los soviéticos tenían una manera de crear falsas imágenes sonoras por medio de transmisores de sonido en el mar; escuchábamos un eco y corríamos a proteger una ballena que ni siquiera estaba allí, mientras los cazadores mataban ballenas fuera de nuestro radio de acción.

Los dos hombres entraron a la oficina de Stoll.

—Aquí no se trata de trucos sonoros, Phil.

—No. Y eso no es lo importante de la historia. Comenzamos a tomar imágenes de video para usarlas como referencia en el futuro y descubrimos que cada vez que encendían los transmisores se producía una baja de energía casi imperceptible.

—Es muy común.

—Correcto. Pero vayamos al punto: la señal tenía una huella dactilar, una firma que podíamos chequear antes de lanzarnos a impedir la feroz cacería de ballenas. Las computadoras se apagaron durante casi veinte segundos... creíste que era una cortina de humo, y tal vez estés en lo correcto. Pero mientras estaba mirando el reloj en cuenta regresiva en el Tanque, me di cuenta de que existe un solo ojo que no parpadeó.

Stoll se detuvo junto a su escritorio.

—El reloj de la computadora.

—Exacto.

—¿En qué nos ayuda eso? Sabemos desde cuándo hasta cuándo se produjo el apagón...

—Piensa. El satélite siguió almacenando imágenes, aunque no pudiera transmitir las a la Tierra. Si pudiéramos comparar una imagen del instante previo con otra del instante posterior, podríamos descubrir qué se le hizo al sistema.

—Teóricamente. Tendrías que colocar una encima de la otra y compararlas en busca de cambios sutiles...

—De la misma manera que los astrónomos buscan asteroides moviéndose contra un campo estrellado.

—De acuerdo —dijo Stoll—, y nos llevaría muchísimo tiempo comparar docenas de imágenes pixel por pixel. Ni siquiera podemos confiar en que la computadora las compare por nosotros, porque tal vez la hayan programado para pasar por alto ciertos artefactos.

—De eso se trata. No necesitamos computadoras. Todo lo que debemos hacer es estudiar las imágenes previas y posteriores al apagón. A eso me refería cuando mencioné el reloj de la computadora. No se hubiera apagado aunque hubiera ingresado un virus. Pero una imagen falsa hubiera necesitado una fracción de segundo para suplantar a la imagen real...

—Sí, sí —dijo Stoll—. Mierda, sí. Y eso aparecería en el código de tiempo de las fotografías. En lugar de entrar cada... cómo era, cada .89 segundos, se produciría una demora infinitesimal ante la primera imagen falsa.

—Y esa demora aparecería en el borde inferior de la fotografía.

—Phil, eres brillante.

Stoll dio la vuelta al escritorio y tomó su calculadora.

—De acuerdo... las fotografías progresarían en incrementos de .8955 segundos. Cuando encontremos una que llegue .001 segundo tarde, tendremos nuestra primera impostora.

—Ya lo has comprendido. Todo lo que debemos hacer es pedirle a la NRO que haga un chequeo de imagen retrospectivo hasta que encuentre la diferencia de tiempo.

Stoll se sentó, llamó a Steve Viens y le explicó la situación. Mientras esperaba que Viens hiciera el chequeo retrospectivo, abrió el cajón de su escritorio, sacó una bandeja repleta de diskettes de diagnóstico y comenzó a chequear los procesos internos del sistema.

Martes, 8.55 hs., Centro de Operaciones

Bob Herbert ardía de ira mientras impulsaba su silla de ruedas al interior de su oficina. Tenía la boca fruncida, los dientes apretados y el ceño fruncido entre sus finas cejas. Estaba furioso en parte porque Stoll había tenido la suficiente falta de tacto para decir lo que había dicho, pero también porque, en su corazón, Herbert sabía que Stoll tenía razón. No había diferencias entre la invasión al sistema software que Matt había diseñado y el colapso en el sistema de seguridad que él mismo había ayudado a organizar... las dos cosas formaban parte del mismo plan. Era inevitable, por mucho que se esforzaran.

Liz Gordon también tenía razón. Rodgers había citado en cierta oportunidad a Benjamin Franklin, para expresar que todos debían caminar juntos o que los colgarían a todos por separado. El Centro de Operaciones tenía que funcionar de esa manera, y era muy difícil. A diferencia de los organismos militares o la NASA o cualquier organización donde la gente tuviera antecedentes, formación y orientación similares, el Centro de Operaciones era un potpourri de talento, educación, experiencia... e idiosincrasias. Era un error, desde ya contraproducente, esperar que Stoll no actuara como quien era: Matt Stoll.

Vas a lograr que te dé un ataque...

Herbert se deslizó detrás de su escritorio y aseguró las ruedas. Sin levantar el tubo del teléfono, marcó el nombre de la base norteamericana en Seúl. El número principal y las líneas directas aparecieron sobre una pantalla rectangular. Herbert los recorrió con el botón, se detuvo en el número de la oficina del general Norbom, levantó el tubo y presionó para ingresarlo. Trató de pensar qué decirle a Gregory Donald, ya que él también había perdido a su esposa Yvonne, agente de la CIA, en la explosión de Beirut. Pero las palabras no eran su fuerte. Sólo la inteligencia... y la amargura.

Herbert hubiera querido relajarse, apenas un poquito, pero era imposible. Había pasado casi una década y media desde la explosión. La sensación de todo lo que había perdido lo perseguía cada día, aunque ya se había acostumbrado a la silla de ruedas y a ser el

único padre de una muchacha de dieciséis años. Lo que no había menguado con el paso del tiempo, lo que seguía tan horriblemente vívido como en 1983, era la clara intervención de la mala suerte... o el destino. Si Yvonne no se hubiera acercado a contarle una broma que había oído en una cinta del *Tonight Show*, todavía estaría viva. Si él no le hubiera conseguido esa cinta de Neil Diamond, y Diamond no hubiera estado en el show esa noche, y ella no le hubiera pedido a su hermana que se lo grabara...

Eso bastaba para hacer desfallecer su corazón y arder su cabeza cada vez que lo pensaba. Liz Gordon le había dicho que era mejor que no lo hiciera, desde luego, pero de nada servía. Seguía regresando una y otra vez a ese momento, cuando se detuvo en una disquería y pidió algo del mismo cantante que había compuesto la canción sobre la luz del corazón...

El asistente del general Norbom contestó el teléfono y le informó a Herbert que Donald había acompañado el cuerpo de su esposa hasta la embajada para ocuparse de que lo trasladaran a los Estados Unidos. Herbert buscó el número de Libby Hall y lo ingresó.

Dios mío, cómo le gustaba esa canción tonta. Cada vez que había tratado de interesar a su esposa en Hank Williams, Roger Miller y Johnny Horton, ella había insistido con Neil Diamond, Barry Manilow y Engelbert. La secretaria de Hall atendió la llamada y comunicó a Herbert con Donald.

—Bob —dijo Gregory—, qué bueno es oír tu voz.

La voz de Donald sonaba más fuerte de lo que esperaba.

—¿Cómo estás, Greg?

—Igual que Job.

—Te comprendo, amigo. Sé muy bien por lo que estás pasando.

—Gracias. ¿Sabes algo más acerca de lo ocurrido? Los de la KCIA están trabajando duro al respecto, pero con escasos resultados.

—Nosotros hemos tenido un problemita aquí, Greg. Parece que nuestras computadoras fueron violadas. No podemos estar seguros de la información que contienen, incluyendo las fotos de nuestros satélites.

—Suena como si alguien hubiera hecho hoy toda su tarea para el hogar.

—Es lo que han hecho. Quiero que sepas que comprendemos cuál es tu situación, y ante Dios con la Biblia en la mano te juro que lo entenderé si respondes que no. Pero el jefe quiere saber si podrías considerar la posibilidad de ir a la DMZ y echarle un vistazo de primera mano a la situación. El presidente lo ha puesto a cargo de la Fuerza de Tareas en Corea, y necesita gente de confianza en el lugar del hecho.

Hubo un breve silencio.

—Bob —respondió Donald—, si arreglas todo lo necesario con

el general Schneider, viajaré al Norte en dos horas. ¿Te parece una propuesta aceptable?

—Claro que sí—respondió Herbert—, y me ocuparé del papeleo y de conseguirte un helicóptero. Buena suerte, Greg. Que Dios te bendiga.

—Dios te bendiga a ti, Bob—dijo Donald.

Martes, 23.07 hs., la DMZ

La DMZ, es decir la Zona Desmilitarizada entre Corea del Norte y Corea del Sur, se localizaba cincuenta y seis kilómetros al norte de Seúl y ciento sesenta kilómetros al sur de Pyongyang. Había sido establecida con la tregua del 27 de julio de 1953, y desde entonces los soldados de ambos bandos vigilaban a sus enemigos con temor y sospecha. En la actualidad había un millón de soldados apostados en cada lado, la mayoría alojados en barracas modernas, con aire acondicionado. Las barracas se levantaban en hileras y cubrían cerca de ocho hectáreas. Las hileras comenzaban a menos de trescientos metros de cada lado de la frontera.

La zona estaba demarcada en dirección nordeste-sudoeste por un muro reforzado con cadenas de tres metros de altura, con un metro de alambre de púas en el extremo superior. Entre ambas partes había un área de casi sesenta metros de costa a costa: la DMZ propiamente dicha. Soldados armados con rifles de largo alcance y ovejeros alemanes patrullaban el perímetro exterior en ambos lados. Un único camino atravesaba la DMZ, una estrecha senda que permitía el paso de un solo vehículo. Hasta que Jimmy Carter fue a Pyongyang en 1994, ningún individuo había cruzado desde esta región a la capital de Corea del Norte. El único contacto directo entre ambos bandos se producía en una estructura edilicia de un piso parecida a las barracas. Había una sola puerta a cada lado, dos guardias junto a esa puerta y un mástil a la izquierda de los guardias; en el interior de la estructura había una enorme mesa de conferencias que, como la estructura misma, marcaba netamente la frontera entre el Norte y el Sur. En las raras ocasiones en que tenía lugar una reunión, los representantes del Norte permanecían en su lado de la habitación, y los representantes del Sur, en el suyo.

El extremo Este de la última barraca del sector de Corea del Sur en la DMZ era una zona de monte con colinas de suave pendiente y matorrales dispersos. Los militares desarrollaban maniobras detrás de esas colinas; aunque era difícil verlas desde el Norte, el sonido de los tanques y el fuego de la artillería, especialmente durante las actividades nocturnas, podían resultar alarmantes.

Uno de los matorrales, de unos veinte metros de largo, crecía sobre una depresión rocosa a menos de un kilómetro de la DMZ. Era una zona minada que el capitán Ohn Bock chequeaba personalmente por lo menos dos veces al día. Allí, sólo siete semanas antes, las fuerzas de Corea del Sur habían construido silenciosamente un túnel de cuatro metros de diámetro: desconocido por los coreanos del Norte, le permitía al Sur echar un vistazo a la actividad desarrollada en la red de túneles que el enemigo había excavado debajo de la DMZ. El túnel de Corea del Sur no se conectaba directamente con el de Corea del Norte; se habían colocado micrófonos ocultos y detectores de movimiento en las paredes para seguir el rastro de los espías que eran ingresados al Sur a través de una salida oculta debajo de piedras y malezas unos metros más al sur. Se seguía luego a los espías y se informaban sus identidades a Inteligencia Militar y la KCIA.

El capitán Bock había arreglado que su recorrida nocturna del túnel coincidiera con la visita de su amigo de la infancia, el mayor Kim Lee. El capitán y un asistente se dirigieron allí poco después de la llegada de Lee. Los hombres ya estaban descargando los tambores de sustancias químicas. Bock hizo la venia a su superior.

—Me alegró recibir su llamada —dijo Bock—. Éste ha sido un gran día para usted.

—Todavía no ha terminado.

—Escuché que encontraron cadáveres en el ferry y que el piloto del avión anfibia regresó a tiempo. El operativo del coronel Sun también parece estar marchando tal como fue planeado.

En los dos años que lo conocía, y en el año que habían llevado los preparativos de esta operación, Bock jamás había visto demostrar una emoción al estoico mayor. Y ahora menos que nunca. Donde otro hombre acaso hubiera demostrado alivio frente a lo obtenido o ansiedad frente a lo por venir —el propio Bock sentía que aumentaba su ansiedad a medida que se acercaba la hora—, Lee parecía casi sobrenaturalmente tranquilo. Su sonora voz era suave, sus movimientos calmos y sin prisa, su estilo todavía más reservado que lo habitual en él. Y era él quien iba a entrar en el agujero, no Bock.

—¿Se ha hecho cargo de la vigilancia nocturna del túnel?

—Sí, señor. Mi hombre, Koh, está en los monitores. Es mi genio de la computadora. Se asegurará de que el equipo de vigilancia no registre nada hasta que usted haya regresado.

—Excelente. Planeamos salir a las 8.00 en punto.

—Estaré aquí esperando.

Con un cortés saludo, el capitán giró sobre sus talones, trepó a su jeep, y regresó a su puesto y a su trabajo de revisar todos los informes de la DMZ y enviarlos luego a Seúl. Si todo iba bien, después de esta noche revistaría tropas, y no papeles, mientras se preparaban para rechazar un violento ataque del Norte.

Martes, 9.10 hs., Washington D.C.

Con la copia de las fotografías tomadas por el satélite y un diskette del Informe de Opciones en su pequeño maletín negro, Paul Hood corrió hasta su auto estacionado en el garaje subterráneo del Centro de Operaciones, sujetó el maletín con su propio cinturón de seguridad y trabó las puertas —también llevaba una pistola calibre 38 en una pistolera de hombro cuando transportaba documentos secretos—, y luego salió del estacionamiento utilizando la clave; el centinela identificó visualmente su placa y marcó la hora de su partida en una computadora separada. Este proceso era virtualmente idéntico al utilizado con todos los empleados que se dirigían al piso superior. El código del estacionamiento difería del de los pisos superiores, porque se abrigaba la idea de que la seguridad podía fallar en un lugar, pero jamás en dos.

Lo cual no importa demasiado, musitó Hood, *si alguien ha podido deslizarse en nuestras computadoras sin acercarse a este lugar.*

Hood, quien naturalmente desconfiaba de la tecnología, apenas comprendía su manera de funcionar. Pero estaba profundamente interesado en enterarse de lo que había ocurrido esa mañana: Stoll era el mejor en lo suyo, y si algo se le había escapado, ese algo era digno de figurar en los libros.

Mientras salía de la estructura de concreto y se dirigía hacia la puerta de entrada de Andrews —un tercer y último chequeo, esta vez sólo la tarjeta de identificación— levantó el teléfono. Llamó a informaciones, consiguió el número del hospital y lo marcó. Estaba conectado con la habitación de su hijo.

—Hola.

—Sharon... hola. ¿Cómo está?

Sharon titubeó.

—Estaba esperando que llamas.

—Lo siento. Tuvimos... un problema. —El teléfono no era seguro; no podía decir más—. ¿Cómo está Alex?

—Lo han colocado en una carpa de oxígeno.

—¿Qué pasó con las inyecciones?

—No funcionaron. Tiene los pulmones llenos de fluido. Deben controlarle la respiración hasta... hasta que mejore.

—¿Están preocupados?

—Yo estoy preocupada —dijo ella.

—Yo también. Pero, ¿qué dicen ellos, querida?

—Éste es un procedimiento habitual en estos casos. Pero las inyecciones también lo son, y no funcionaron.

Mierda. Miró su reloj y maldijo a Rodgers por no estar allí. En qué clase de maldito negocio se había metido que lo obligaba a elegir entre asistir a su hijo enfermo o estar junto al presidente... y a elegir esto último. Pensó que todo esto carecería de importancia si le sucedía algo a Alexander. Pero lo que había hecho hoy afectaría miles de vidas, tal vez miles de millones. No tenía otra opción que terminar lo que había comenzado.

—Voy a llamar al doctor Trias de Walter Reed. Le pediré que venga. Él se asegurará de que hagan todo lo posible por Alex, y aun más.

—¿Acaso me sostendrá la mano para darme coraje, Paul? —preguntó Sharon, y colgó.

—No —respondió Paul al sonido de tono—. No, no lo hará.

Hood colgó el tubo del teléfono. Aferró con violencia el volante hasta que le dolieron los antebrazos, furioso porque no podía estar allí, pero también frustrado porque Sharon se estaba cobrando su libra de carne. Sharon sabía íntimamente que por mucho que él la amara y amara a Alex y quisiera estar en el hospital, era poco lo que podía hacer allí. Se sentaría a su lado, le tomaría las manos unos minutos, y luego comenzaría a caminar de un lado a otro y haría todo tipo de cosas igualmente inútiles... igual que cuando había nacido su hijo. La primera vez que había tratado de ayudarla a respirar durante una contracción, ella le había gritado que se fuera al demonio y buscara una enfermera. Fue una importante lección: Hood aprendió que cuando una mujer desea a un hombre, no es lo mismo que cuando tiene necesidad de él.

Si al menos no se sintiera tan culpable. Maldiciendo, golpeó el Speaker, llamó al Centro de Operaciones, y le pidió a Bugs que lo comunicara con el doctor Orlito Trias de Walter Reed.

Mientras esperaba, abriéndose paso a través del torrente automovilístico de la hora pico, Hood volvió a maldecir a Rodgers... aunque sabía que en realidad no lo culpaba de nada. Después de todo, ¿por qué lo había elegido el presidente? No sólo porque era un zaguero de segunda fila que podía entrar al campo y ganar el juego. La elección se debía a que él era un soldado maduro que podía aportar la voz de la experiencia y la cautela en situaciones como ésa, un veterano de guerra y un historiador que hacía gala de un profundo respeto por los guerreros, la estrategia y la guerra misma. Un hombre que se mantenía en forma caminando una hora diaria en la

máquina de ejercicios de su oficina, recitando el *Poema de Mio Cid* en español antiguo cuando no estaba manejando negocios. Y algunas veces también mientras estaba haciéndolo. Por supuesto que un hombre como ése querría estar en el frente con un equipo que había ayudado a organizar: quien una vez fue general, es siempre un general. ¿Y acaso Hood no estimulaba siempre a su gente para que pensara en forma independiente? Además, si Rodgers hubiera sido menos vaquero, lo hubieran nombrado secretario asistente de Defensa, el puesto que ambicionaba, en lugar de obtener el premio consuelo: la plaza número dos en el Centro de Operaciones.

—Buenos días, consultorio del doctor Trias.

Hood levantó el volumen.

—Buen día, Cath, habla Paul Hood.

—¡Señor Hood! El doctor sintió su ausencia en la reunión de anoche de la Sociedad Nacional Espacio.

—Sharon alquiló “Cuatro bodas y un funeral”. No tuve oportunidad de elegir programa. ¿El doctor está allí?

—Lo lamento, pero está dando una conferencia en Georgetown esta mañana. ¿Le dejará algún mensaje?

—Sí. Dígale que mi hijo Alexander tuvo un ataque de asma y está en la sala de pediatría del hospital. Me gustaría que lo viera, si tiene tiempo.

—Claro que lo verá. Déle a su hijo un abrazo de mi parte cuando lo vea... es divino.

—Gracias —dijo Hood, colgando el teléfono.

Ésta sí que es buena, pensó. *Maravilloso*. Ni siquiera podía enviar al médico.

Hood consideró y rápidamente desechó la idea de pedirle a Martha Mackall que fuera a la Casa Blanca en su lugar. Aunque respetaba su capacidad, no podía estar seguro de que ella fuera a representar su posición y la del Centro de Operaciones, o a promover la carrera y los intereses de Martha Mackall. Había salido dificultosamente de Harlem, aprendiendo español, coreano, italiano e idish mientras pintaba a mano carteles para tiendas en todo Manhattan, luego había estudiado japonés, alemán y ruso en la universidad mientras obtenía su maestría en economía con una beca completa. Como le había dicho a Hood cuando la entrevistó por primera vez, a los cuarenta y nueve años quería salir de la oficina de secretaria general de las Naciones Unidas y continuar tratando directamente con españoles, coreanos, italianos y judíos... sólo que esta vez daría forma a la política, y no serviría sólo como boca parlante. Si él la contrataba para obtener, mantener y analizar una base de información sobre la economía y los operativos políticos clave de todos los países del mundo, tendría que salirse del medio y permitirle hacer su trabajo. Él la había contratado porque ella era la clase de pensador independiente que quería a su lado en el campo de

batalla, pero no confiaría en ella para guiar la carga hasta estar seguro de que la agenda de actividades de Martha Mackall fuera menos importante para ella que el Centro de Operaciones.

Mientras bajaba por Avenida Pennsylvania, Hood se sintió perturbado por el hecho de que podía disculpar o pasar por alto con más facilidad los defectos de Mike que los de Martha Mackall... o los de Sharon, si se daba el caso. Martha hubiera llamado a aquello sexismo, pero Hood no estaba de acuerdo con esa denominación: era una cuestión de disponibilidad. Si levantaba el tubo y le pedía a Mike que saltara en paracaídas sobre Little Rock, regresara a dedo a Washington D.C., y lo reemplazara, Mike lo haría sin hacer preguntas. Si llamaba a Orlito, dejaría la conferencia por la mitad sin vacilar. Con las mujeres siempre había problemas.

Sintiéndose como si tuviera dos pies izquierdos, Hood se dirigió al portón de la Casa Blanca, uno de los dos que protegían el angosto camino privado que separaba el Salón Oval y el Ala Oeste del Viejo Edificio del Ejecutivo. Presentó su pase, estacionó entre los automóviles y las bicicletas allí aparcados y, maletín en mano, corrió a encontrarse con el presidente.

*Martes, 23.17 hs., Mar del Japón,
a veinte kilómetros de Hunnam, Corea del Norte*

La política de la mayoría de las naciones comunistas con respecto a las aguas territoriales era que los límites, decididos por tratados internacionales, no se aplicaban a ellas. Que el límite no era de cinco kilómetros sino de veinte, y a menudo de treinta en aquellos sitios donde se sabía que patrullaban tropas enemigas.

Corea del Norte sostenía desde tiempo atrás la posesión de aguas que abarcaban buena parte del Mar del Japón, reclamo discutido por Japón y los Estados Unidos. Botes patrulleros de la armada atravesaban los límites rutinariamente, alejándose entre ocho y diez kilómetros de la costa coreana del Norte, y ocasionalmente eran descubiertos; cuando eso sucedía, no se acercaban más pero tampoco se retiraban. En más de cuarenta años había habido escasísimas confrontaciones. El incidente más famoso fue la toma de la nave norteamericana *Pueblo* por parte de los coreanos del Norte, en enero de 1968, bajo la acusación de que los marinos eran espías; hubo once meses de negociaciones antes de que la tripulación de ochenta y dos hombres fuera liberada. El enfrentamiento más luctuoso tuvo lugar en julio de 1977, cuando un helicóptero norteamericano que volaba sobre el paralelo 38 fue derribado, lo que ocasionó la pérdida de tres miembros de la tripulación. El presidente Carter presentó sus disculpas a Corea del Norte, admitiendo que sus hombres habían cometido un error al ingresar en esa zona; los tres cadáveres y el único sobreviviente fueron devueltos a los Estados Unidos.

Después de una breve parada en Seúl para enviar su película, la oficial de Reconocimiento Judy Margolin y el piloto Harry Thomas estaban de nuevo en el aire para sobrevolar por segunda vez el Norte. Sin embargo, esta vez los estaban esperando obviamente y sus movimientos eran registrados por radares terrestres mientras sobrevolaban Wonsan. Un par de interceptores MIG-15P ingresaron rápidamente en sus zonas de ataque, uno volando bajo desde el norte, y otro volando alto desde el sur. Harry esperaba que lo persiguieran hasta el mar, y sabía que podía superar a los viejos aviones fácilmente si se dirigía en la dirección correcta.

Levantó la nariz de su avión y comenzó a girar mientras ascendía y aceleraba. Perdió temporalmente de vista a los jets fabricados en Rusia, pero volvió a encontrarlos cuando uno de los cañones mellizos NS-23 de 23mm del MIG disparó contra el fuselaje de la banda de estribor. El fortísimo poc-poc-poc sonó como un estallido sucesivo de globos y lo tomó por sorpresa.

A pesar del chillido del motor, escuchó gemir a Judy dentro de su casco; por el rabillo del ojo la vio arrojarse contra su arnés. Terminó el giro, puso rumbo al sur y siguió acelerando.

—Señor, ¿se encuentra bien?

No hubo respuesta. Esto era una locura. Le habían disparado sin la más mínima advertencia. Eso no sólo iba en contra del método de cuatro etapas de la fuerza aérea de Corea del Norte, según el cual el contacto se iniciaba en la primera etapa pero el primer disparo apuntaba debajo del avión enemigo, lejos de la dirección que tomaría este avión tras haber sido descubierto. O el artillero de Corea del Norte era un pobre tirador, o había recibido órdenes extremadamente peligrosas.

Rompiendo el silencio radial, Thomas envió un Mayday a Seúl y anunció que iba a llegar con un miembro de la tripulación herido; los MiG lo siguieron hacia el sur, y no volvieron a disparar al ver que iniciaba una rápida retirada.

—Cambio y fuera, señor —dijo dentro de su máscara, sin saber si la oficial de Reconocimiento estaba viva o muerta mientras se perdía en el estrellado cielo nocturno.

Martes, 8.20 hs., el C-141 sobre Texas

Rodgers tenía que dejarlo en manos del teniente coronel Squires. Cuando había decidido secundar al oficial de veinticinco años de la Fuerza Aérea al mando del comando Striker, le había dicho que elaborara la estrategia ofensiva, y estudiara y tomara los ejemplos de todos los libros militares que valieran la pena. Y así lo había hecho.

Mientras estaba allí sentado con el cuaderno en el regazo, vio maniobras y tácticas de batalla que instintivamente duplicaban planes de César, Wellington, Rommel, los apaches y otros estrategas de la guerra, y también planes ordinarios de los Estados Unidos. Sabía que Squires no había tenido entrenamiento formal en estos asuntos, pero tenía buen ojo para el movimiento de las tropas. Probablemente le venía de haber jugado al soccer durante su infancia jamaicana.

Squires estaba cabeceando detrás de él, de otro modo lo hubiera golpeado suavemente en las costillas para decirle lo que pensaba de su despliegue de un único escuadrón ofensivo contra una avanzada primaria del enemigo. Cuando regresara, le pasaría esto al Pentágono: sería SOP para un batallón o regimiento que hubiera sufrido pérdidas importantes. En lugar de establecer un cinturón operativo a lo largo del territorio a defender, establecía un segundo escuadrón reducido y enviaba al primer escuadrón por los flancos, en una maniobra destinada a atacar y sorprender al enemigo con fuegos cruzados. Lo que era único —y audaz— era la manera en que movía el segundo escuadrón hacia adelante, es decir, a través del territorio a defender, para empujar al enemigo a la más pesada línea de fuego.

Squires también tenía una especie de plan para un ataque relámpago contra una instalación de control y comando, mediante una avanzada en cuatro flancos desde el punto de partida: uno frontal, dos de cada lado, y uno desde la retaguardia.

El privado Puckett pasó detrás del teniente coronel e hizo la venia. Rodgers se quitó los taponos de los oídos.

—¡Señor! ¡Radio para el general!

Rodgers saludó y Puckett le entregó el receptor. No estaba

seguro de si las cosas estaban más calmas allí adentro o él estaba más sordo, pero al menos el zumbido trémulo de los cuatro enormes ventiladores de los motores no parecía tan terrible como hacía un rato.

Volvió a colocarse un auricular y apoyó el receptor contra su otra oreja.

—Aquí Rodgers.

—Mike, soy Bob Herbert. Tengo un dato para ti... no se trata de lo que estabas esperando.

Bueno, fue divertido mientras duró, pensó Rodgers. Volvemos a casa.

—Deben entrar —dijo Herbert.

Rodgers se erizó en estado de alerta.

—Repítelo.

—Deben entrar. La NRO tiene problemas con el reconocimiento satelital, y el jefe necesita que alguien vea directamente la plaza Nodong.

—¿Las Montañas Diamante? —preguntó Rodgers, golpeando a Squires con los nudillos. Squires despertó instantáneamente.

—Bingo.

—Necesitamos los mapas de Corea del Norte —le dijo al teniente coronel y luego volvió al teléfono con Herbert—. ¿Qué pasó con los satélites?

—No sabemos. Han invadido todo el sistema de computación. Tecnochico piensa que es un virus.

—¿Alguna novedad en el frente diplomático?

—Negativo. El jefe está en este momento en la Casa Blanca, así que tendré más noticias para ti cuando regrese.

—No permitan que nos vayamos por el agujero —dijo Rodgers—. Estaremos en Osaka antes de la cena, hora de Washington.

—No nos olvidaremos de ustedes —dijo Herbert, y luego cortó la comunicación.

Rodgers le devolvió el receptor a Puckett. Luego miró a Squires. Había ingresado el mapa en la laptop; sus ojos claros eran expectantes.

—Esto va en serio —dijo Rodgers—. Debemos chequear el cielo de Corea del Norte.

—¿Sólo chequear?

—Ésa fue la orden. A menos que estemos en guerra antes de aterrizar en Osaka, no ingresaremos con explosivos. Si fuera necesario, imagino que nos usarán para coordinar un ataque aéreo.

Squires colocó la pantalla en el ángulo indicado para que Rodgers pudiera ver; le pidió a Puckett que apagara la luz blanca que brillaba sobre sus cabezas para poder observar la pantalla sin ninguna clase de resplandor.

Mientras miraba el mapa, consideró la imprevista rapidez con

que habían cambiado sus expectativas y su estado de ánimo. Había pasado de la complacencia y la apreciación académica del trabajo de Squires a la presteza y la absoluta conciencia de que las vidas del comando dependerían de esos planes y del resto de los preparativos de Squires. Estaba seguro de que esos mismos pensamientos —y unas pocas dudas— atravesaban también la mente del teniente coronel.

El mapa, de sólo seis días de antigüedad, mostraba tres poderosos Nodong camuflados en camionetas dentro de un cráter situado entre cuatro altas colinas en los comienzos de la cadena montañosa. Había emplazamientos de artillería móvil circundando el perímetro, en las colinas, que hacían demasiado riesgoso un vuelo bajo prolongado. Corrió el mapa hacia el oeste, de modo que apareciera más región Este en la pantalla. El mapa mostraba radares en Wonsan.

—Será una travesía arriesgada —opinó Squires.

—Eso mismo estaba pensando. —Rodgers utilizó el cursor para indicar un posible recorrido—. El helicóptero tendrá que volar desde Osaka, en el sudeste, y virar rumbo al mar justo encima de la DMZ: el sur del Monte Kumgang parece el mejor lugar. Eso nos colocará aproximadamente a quince kilómetros de nuestro blanco.

—Quince kilómetros descendentes —dijo Squires—. Eso significa quince kilómetros ascendentes para el regreso.

—Correcto. No es una buena estrategia de salida, especialmente si algunas tropas de esa región nos están buscando.

Squires señaló los Nodong.

—No tienen la bomba en esas cosas, ¿o sí?

—A pesar de todo el alboroto de la prensa, todavía no han llegado a ese punto, tecnológicamente —dijo Rodgers, todavía estudiando el mapa—. Aunque un cargamento de doscientas libras de dinamita en cada Nodong sin dudas haría mella en Seúl.

Apretó los labios.

—Creo que lo tengo, Charlie. No saldremos del mismo lugar donde entramos sino unos ocho kilómetros más al Sur, cosa que el enemigo jamás esperará que hagamos.

Uno de los ojos claros se entrecerró suspicaz.

—¿Volver a entrar? ¿Vamos a hacerlo más *difícil* para nosotros?

—No, más fácil. La clave no es salir corriendo, sino pelear y después salir caminando. A comienzos del siglo II d.C., durante la primera campaña de Trajano, la infantería legionaria de Roma fue enfrentada por un pequeño número de guerreros dacios en las colinas de los Montes Cárpatos. Eran los escudos y las pesadas jabalinas de los romanos contra los pechos desnudos y las lanzas de los dacios, pero los dacios obtuvieron la victoria. Atacaron por la noche, tomaron a los romanos por sorpresa, luego llevaron al enemigo a las colinas, donde los legionarios se vieron obligados a desparramarse. Cuando lo hicieron, cada soldado romano fue atacado por

una pareja de dacios. Con todos los romanos muertos, los dacios pudieron literalmente volver caminando a su campamento.

—Peleaban con lanzas, señor.

—No tiene importancia. Si nos descubren, los haremos salir de su guarida y usaremos cuchillos. El enemigo no se atreverá a usar armas de fuego en mitad de la noche, en las colinas, porque corren el riesgo de matar a sus propios hombres.

Squires miró otra vez el mapa.

—Los Montes Cárpatos no dan la idea de haber sido un territorio familiar para los romanos. Los dacios probablemente conocían esa tierra tan bien como los coreanos del Norte conocen *la suya*.

—Tienes razón —dijo Rodgers—. Pero en este caso tenemos algo que los dacios no tenían.

—¿Un Congreso que se muere por darnos una patada en el culo?

Rodgers sonrió burlescamente y señaló la pequeña maleta negra que había llevado con él.

—EBC.

—¿Señor?

—Algo que cocinamos Matty Stoll y yo: te hablaré de eso más tarde, después de que terminemos nuestros planes.

Martes, 23.25 hs., Seúl

Kim Chong se preguntó si habrían averiguado la clave.

Ella había estado tocando el piano en el bar de Bae Gun desde hacía diecisiete meses, enviando mensajes a hombres y mujeres que paraban allí irregularmente... la mayor parte del tiempo vigilados por la KCIA, ella bien lo sabía. Algunos eran enérgicos, algunos hermosos, otros desaliñados, y todos ellos hacían un buen trabajo fingiendo ser los exitosos hombres de negocios o modelos u obreros de fábrica o soldados que supuestamente eran. Pero Kim sabía lo que eran en realidad. El mismo talento que le permitía memorizar piezas musicales la capacitaba para recordar rasgos distintivos o risas o zapatos. ¿Por qué motivo inexplicable los agentes secretos que se tomaban tanto trabajo para cambiar de atuendo o de maquillaje o de peinado volvían al mismo lugar con el mismo par de zapatos o sosteniendo el cigarrillo de la misma manera o sacando primero las almendras del platito de maní? Hasta el señor Gun había advertido que el descarnado artista que aparecía de vez en cuando tenía el mismo mal aliento crónico que el agente privado de Corea del Sur que los visitaba una vez por semana.

Si vas a representar un papel, debes representarlo por completo.

Esta noche, la mujer a la que había apodado Pequeña Eva estaba de regreso. La frágil mujercita aguaba sus tragos con grandes cantidades de hielo; obviamente se preocupaba por su salud, obviamente no estaba acostumbrada a beber, obviamente no ahogaba sus penas en soledad sino que jugaba con su escocés mientras observaba y escuchaba atentamente a la pianista.

Kim decidió darle algo para masticar.

Pasó de "The Worst That Could Happen" a "Nobody Does It Better"; Kim siempre usaba canciones de películas para enviar sus mensajes. Tocó en las distintas octavas del piano las letras correspondientes a la palabra CAT (gato) en la escala inglesa, destacándolas por disonancias. Si alguien conocía la música reconocería inmediatamente las disonancias.

De algún modo, había deletreado CAT para la KCIA, y se preguntaba si lograrían comprender el mensaje; Kim observó partir

a su hombre Nam, y que su partida era advertida por la Pequeña Eva. La agente de contrainteligencia no lo siguió; tal vez otra persona se encargara de hacerlo. Nam afirmaba que jamás había visto a nadie seguirlo, pero era viejo y medio ciego y cuando iba al bar bebía más de lo que se le pagaba. Ella podía imaginar las contorsiones y esfuerzos denodados de la KCIA para averiguar cómo Nam y sus otros hombres enviaban los mensajes.

Era casi una vergüenza recibir dinero por eso... dinero del Norte y también un salario por tocar el piano en el bar. Si regresara a su pueblo natal de Anju, al norte de Pyongyang, viviría como una emperatriz.

Si volviera a casa...

¿Quién sabía cuándo podría volver? Después de lo que había hecho, tenía suerte de estar viva. Pero algún día *volvería*, cuando tuviera suficiente dinero o se hubiera hartado del Sur santurrón o hubiera averiguado algo sobre el paradero de Han.

Terminó de tocar la canción de James Bond y siguió con una versión aggiornada de "Java". La canción de Al Hirt era su favorita, la primera que recordaba haber oído en su infancia, y la tocaba todas las noches. Con frecuencia se preguntaba si la KCIA pensaba que esa canción tenía algo que ver con el código secreto: la canción que seguía después era la del mensaje, o tal vez la información se ocultaba en la breve improvisación que hacía con la mano derecha en la segunda parte del show. Ni siquiera podía empezar a imaginar las elucubraciones mentales de los miembros de inteligencia en Chonggyechonno. Y por el momento no tenía de qué preocuparse.

Ba-da da-da da-da...

Cerró los ojos y tarareó en voz muy baja. Estuviera donde estuviera, hiciera lo que hiciera, "Java" siempre la hacía regresar a sus épocas de bebé, atendida cariñosamente por su hermano Han, mucho mayor que ella, y su madre. El esposo de su madre, padre de Han, había muerto en la guerra, y su madre no tenía idea de qué soldado pasajero había sido el padre de Kim, ni siquiera si era coreano o ruso o chino. Tampoco tenía importancia: de todos modos amaba a su hija, y había que servir la comida en la mesa todos los días. Y cuando encontraron esa pequeña caja de 45 revoluciones robada al Sur, su madre la usó para poner Java una y otra vez en una vieja victrola, y las dos bailaban incansablemente alrededor de la minúscula cabaña, haciendo temblar el techo de chapas y asustando a los pollos y el carnero. Luego apareció aquel sacerdote que tenía un piano, y vio cantar y bailar a Kim y pensó que acaso le gustaría tocar...

Se produjo una conmoción en el club nocturno y ella abrió los ojos abruptamente. La Pequeña Eva se puso de pie cuando dos hombres bien afeitados y de expresión dura, vestidos con trajes, entraron por la puerta principal mientras otros dos entraban por la

puerta de la cocina, detrás de una arcada a su izquierda. Kim, que por lo demás permanecía absolutamente inmóvil, estiró el pie derecho y con el dedo levantó la traba que mantenía el piano en su lugar. Cuando vio que la Pequeña Eva la miraba y supo por qué habían entrado esos hombres, se levantó de un salto y empujó el piano atravesándolo en la arcada, bloqueándola. La Pequeña Eva y los otros hombres todavía tenían que abrirse camino entre las mesas, lo que le daba a Kim unos segundos de ventaja.

Aferró su cartera y corrió hacia los baños que estaban al otro lado. Se metió en el baño de hombres, notablemente tranquila y concentrada. Sus seis meses de entrenamiento en Corea del Norte habían sido breves pero eficaces: había aprendido a planear y escoger rutas de salida con cuidado, a tener siempre a mano dinero y un arma.

La ventana del baño de hombres siempre estaba abierta. Kim se trepó al lavabo y salió afuera. Una vez allí se deshizo de su cartera, pero antes se apoderó de la navaja que siempre llevaba con ella.

Kim estaba en el pequeño patio trasero del bar. El patio estaba cubierto de bancos rotos, vajilla descartada, y rodeado por una cerca de madera. Subida encima de la hilera de enormes tachos de basura, y mientras los gatos se escurrían en todas direcciones, se colocó la navaja entre los dientes y puso las manos en el borde de la cerca; cuando estaba a punto de pegar el salto, un disparo destrozó la cerca a pocos centímetros de su brazo izquierdo. Ella se estremeció.

—¡Piénsalo bien, Kim!

A Kim se le endureció el estómago cuando reconoció la voz. Se volvió lentamente y vio a Bae Gun parado allí, sosteniendo la humeante Smith & Wesson 32 automática que tenía para proteger el bar y sus ganancias. Levantó las manos, azorada.

—La navaja... —dijo Bae.

Ella la arrojó con fuerza.

—¡Bastardo!

Otros dos agentes corrieron tras él, desenfundando los revólveres. Se acercaron rápidamente, y mientras uno ayudaba a Kim a bajar de los tachos de basura, el otro le ponía los brazos a la espalda y la esposaba.

—¡No tenías que *ayudarlos*, Bae! ¿Qué mentiras les dijiste sobre mí?

—Ninguna mentira, Kim.

La luz de la ventana del baño de hombres cayó sobre el rostro de Bae, y Kim vio su sonrisa satisfecha.

—He sabido quién eras desde el principio, del mismo modo que sabía quién era la cantante que estuvo aquí antes que tú y el tabernero que trabajó antes aquí. Mi jefe, el director delegado Kim

Hwan, me mantiene bien informado en lo que respecta a espías de Corea del Norte.

Con fuego en los ojos, Kim no sabía si maldecirlo o felicitarlo mientras la arrastraban, medio caminando, medio a los tumbos, hacia la calle y el automóvil que la esperaba.

Martes, 9.30 hs., la Casa Blanca

Hood recordó la primera vez que había entrado al Salón Oval. Fue cuando el predecesor del presidente Lawrence le había pedido que se reuniera con los alcaldes de Nueva York, Los Angeles, Chicago y Filadelfia para ver qué podían hacer para prevenir sediciones. El gesto, que intentaba mostrar su preocupación por las ciudades, tuvo un efecto de tiro que se dispara por la culata cuando el presidente fue acusado de racista por anticipar que los negros podían amotinarse.

Ese presidente era un hombre alto, igual que Lawrence, y aunque a los dos el puesto parecía quedarles demasiado grande, el escritorio y la oficina les quedaban chicos.

Era una habitación pequeña que parecía aun más pequeña por el enorme escritorio y la inmensa silla y los grupos arracimados de asistentes de primer nivel que iban y venían todo el tiempo desde las oficinas del personal superior al recibidor. El escritorio estaba hecho con placas de roble que alguna vez pertenecieron a la fragata británica HMS *Resolute*, y ocupaba el veinticinco por ciento de la superficie del Salón Oval, junto a la ventana. La silla giratoria de cuero también era inmensa, y había sido diseñada no sólo para la comodidad del presidente sino para su protección: el respaldo estaba cubierto por cuatro placas de Kevlar, un material a prueba de balas diseñado para proteger al jefe del Poder Ejecutivo de cualquier disparo originado desde el exterior. Había sido pensado para rechazar el disparo de una Magnum 348, realizado a quemarropa. El escritorio era sumamente ordenado: había un anotador, un portalápices, una fotografía de la Primera Dama y su hijo, y el teléfono STV-3 color marfil.

Al otro lado del escritorio se erguían dos sillones mullidos y confortables que databan de la administración de Woodrow Wilson. Hood estaba apoltronado en uno, y el jefe de Seguridad Nacional Steve Burkow en el otro, lejos de su imperio, la espaciosa suite del Consejo de Seguridad Nacional ubicada en el otro lado del lobby y accesible a través de puertas dobles debajo de un pórtico. El director del Centro de Operaciones les había entregado a ambos copias del

Informe de Opciones, las cuales fueron leídas rápidamente. Como Hood les había informado el grave problema de vigilancia en la NRO y el Centro de Operaciones, el presidente había sido más que conciso.

—¿Hay algo que no haya puesto aquí —preguntó Burkow—, algo aun más confidencial?

Hood odiaba este tipo de preguntas. *Por supuesto que había algo más.* Siempre había operativos clandestinos. Funcionaban mucho antes de que Ollie North pasara por alto el tratado armas-por-rehenes, siguieron funcionando después de que sus actividades fueron expuestas, y continuarían funcionando en el futuro. La diferencia radicaba en que los presidentes ya no se acreditaban las operaciones secretas exitosas, ni siquiera en privado. Y la gente como Hood era castigada, en público, si fracasaba.

Pero al gastado Burkow le agradaba oírlo. Le gustaba que los oficiales admitieran que estaban haciendo algo ilegal de modo que él mismo o el presidente pudieran subrayar que lo estaban haciendo por cuenta propia. Eso les recordaba quién era el presidente y quién era su primer y más confiable consejero.

—Hemos mandado una misión aérea de vigilancia hace una hora para superar la pérdida de la información satelital, y envié un comando Striker pocos minutos después de la explosión. Es un vuelo de doce horas, y los quería allí en caso de que fuera necesario.

—Allí —aclaró Burkow—. Eso quiere decir...

—Corea del Norte.

—¿Sin identificación?

—Sin uniformes, sin identificación de ninguna clase en las armas.

Burkow miró al presidente.

—¿Cuál es el perfil de la misión? —preguntó el jefe de Seguridad Nacional.

—Ordené que el comando Striker se acerque a las Montañas Diamante y reporte el estado actual de los misiles Nodong.

—¿Mandó allí a los doce hombres?

Hood asintió. No se molestó en informarles que Mike Rodgers era uno de ellos; Burkow hubiera sufrido un ataque. Si el comando era capturado, el héroe de guerra Rodgers sería rápidamente identificado.

—Esta conversación nunca tuvo lugar —dijo predeciblemente el presidente Lawrence y luego cerró el informe—. De modo que la Fuerza de Tareas recomienda que continuemos el despliegue lento y constante de nuestras fuerzas hasta que hayamos determinado si Corea del Norte fue o no responsable de la explosión. E incluso si el gobierno o uno de sus representantes fuera responsable, nos aconseja que ejerzamos solamente presión diplomática, aunque sin retirar nuestras fuerzas militares. Asumiendo, desde ya, que no se produzcan nuevos actos de terrorismo.

—Así es, señor. Sí.

El presidente golpeó ligeramente la parte superior del informe.

—¿Cuánto tiempo estuvimos distrayéndonos con los palestinos acerca de esos terroristas del Hezbollah que atacaron el Hollywood Bowl? ¿Seis meses?

—Siete.

—Siete meses. Paul, hemos recibido varias patadas en el culo desde que asumí el mandato, y seguimos ofreciendo la otra mejilla. Creo que debemos parar aquí.

—El embajador Gap llamó temprano —intervino Burkow—, y ofreció la más obligatoria de las disculpas. No dijo nada que nos asegure que no son responsables.

—Martha dice que así son ellos —dijo Hood—. Y aunque estoy de acuerdo con la necesidad de ser contundentes y decididos, antes debemos estar seguros de disparar al blanco correcto. Repito lo que escribí en el informe: no vemos actividad militar inusual en el Norte, nadie se ha adjudicado la responsabilidad de la explosión, y aun cuando ciertas facciones del Norte *fuera*n responsables del atentado, eso no implicaría al gobierno.

—Tampoco los dejaría libres de culpa y cargo —dijo el presidente—. Si el general Schneider comenzara a pescar langostas en la zona de la DMZ, pueden apostar que Pyongyang no me llamaría para preguntarme si es correcto comenzar a disparar. Paul, si me disculpas ahora, tengo que reunirme...

Sonó el STU-3 y el presidente levantó el tubo. Su rostro se nubló mientras escuchaba, pero no dijo palabra. Después de unos segundos, agradeció la llamada y dijo que volvería a llamar. Después de colgar, apoyó la frente en sus manos huesudas.

—Era el general MacLean del Pentágono. Ahora sí tenemos actividad militar inusual en el Norte, Paul. Un MIG de la República Democrática Popular de Corea disparó contra uno de nuestros aviones-espías, y mató a la oficial de Reconocimiento.

Burkow lanzó una maldición.

—¿Fue un disparo de advertencia errado? —preguntó Hood.

El presidente lo fulminó con la mirada.

—¿De qué lado *estás*, maldita sea?

—Señor presidente, estábamos sobre su espacio aéreo...

—¡Y no vamos a disculparnos por eso! Le ordenaré al secretario de Prensa que informe a los periodistas que a la luz de lo ocurrido esta tarde, nos vemos obligados a incrementar la seguridad en la región. La excesiva reacción de Corea del Norte simplemente confirma nuestras sospechas. Luego le ordenaré al general MacLean que a las diez horas de esta misma mañana todas las fuerzas norteamericanas en la región entren en Defcon 3. Ponte en contacto con tus amigos de Seúl, Paul, y reúnete con el DOD para conseguirme un

relevamiento militar de la situación para el mediodía. Hazlo por fax... eres demasiado valioso para andar corriendo de un lado a otro.

Levantó el Informe de Opciones y lo arrojó a un lado.

—Steve, dile a Greg que quiero a la CIA allí. Quiero que analicen hasta las piedras, si fuera necesario, y que no se detengan hasta descubrir al culpable de la explosión. No es que importe: estuviera metida o no Corea del Norte en el asunto antes de esto, Paul, ahora sí lo está... ¡y hasta el cuello!

Martes, 23.40 hs., Seúl

El coche fúnebre se dirigió al Sur rumbo al aeropuerto, a través de autopistas atestadas de vehículos militares que iban rumbo al Norte, lejos de Seúl.

Gregory Donald seguía el coche fúnebre en el asiento trasero del Mercedes de la embajadora. Súbitamente advirtió el creciente movimiento de tropas que se alejaban de la ciudad. A la luz de la llamada telefónica de Bob Herbert, sólo podía imaginar que las cosas se estaban calentando entre los dos gobiernos. No lo sorprendía; cerca de la DMZ, el estado de alerta era tan común en Seúl como los videos piratas. Pero este nivel de actividad era desacostumbrado. La cantidad de soldados movilizados sugería que los generales no querían tener demasiada gente en un mismo lugar, por si acaso el Norte atacara con cohetes.

Por el momento, Donald se sentía apartado de todo eso. Estaba inmerso en una escena de dos automóviles negros y demasiados pocos años vividos en común, encerrado con la realidad de que su esposa estaba allí, delante de él, y que jamás volvería a verla. Nunca jamás sobre esta tierra. El coche fúnebre estaba iluminado por los faroles del Mercedes, y al mirar las cortinas oscuras cerradas que cubrían el vidrio trasero, Donald se preguntó si a Soonji le hubiera agradado o molestado ser trasladada en un vehículo oficial... en ese automóvil en particular. Recordaba cómo había cerrado los ojos Soonji cuando él le contó la historia, como si cerrándolos pudiera de algún modo acerrojar la verdad...

El Cadillac negro era compartido por las embajadas británica, norteamericana, canadiense y francesa en Seúl, y se guardaba en esta última cuando no estaba en uso. Era bastante común compartir coches fúnebres oficiales, aunque casi hubo un incidente internacional en 1982, cuando los embajadores de Gran Bretaña y Francia perdieron inesperadamente a un pariente la misma tarde y ambos requirieron los servicios del coche fúnebre oficial al mismo tiempo. Como los franceses lo guardaban cuando estaba fuera de uso, sentían que merecían ser los primeros en utilizarlo; los británicos sostenían que como el embajador francés había perdido a su abuela

y el embajador británico a su padre, la relación más próxima exigía prioridad. Los franceses adujeron que, afortunadamente, el embajador estaba más próximo a su abuela que el embajador británico a su padre. Para evitar el conflicto, ambos embajadores contrataron servicios fúnebres por su cuenta y el coche fúnebre oficial no se usó ese día.

Gregory Donald sonrió al recordar lo que había dicho Soonji, con los ojos todavía fuertemente cerrados: “Sólo en el cuerpo diplomático pueden tener el mismo peso una guerra y la reserva de un coche fúnebre”. Y era verdad. No había nada demasiado pequeño, demasiado personal, o demasiado macabro para convertirse en asunto internacional. Por esa razón, se sintió conmovido —y sintió que Soonji también se hubiera conmovido— cuando el embajador británico Clayton lo telefoneó para darle sus condolencias y para decirle que las embajadas no utilizarían el coche fúnebre para sus propias víctimas del atentado de esa tarde hasta que él hubiera concluido el traslado de Soonji.

Se negaba a apartar la vista del coche fúnebre, aunque su mente cansada vacilaba en un estado de semiinconsciencia, recordando la última comida que había compartido con Soonji, la última vez que habían hecho el amor, la última vez que la había mirado mientras se vestía. Todavía podía saborear su lápiz labial, oler su perfume, sentir sus largas uñas en la nuca. Luego volvió a pensar cómo se había sentido atraído por Soonji la primera vez, no por su belleza o su encanto sino por sus palabras... sus palabras inteligentes e incisivas. Recordó la conversación que había mantenido con una amiga que trabajaba para el embajador saliente Dan Tunick. Cuando el embajador concluyó su discurso de despedida frente al equipo de colaboradores, la amiga dijo: “Parece tan feliz”.

Soonji contempló un instante al embajador, y luego dijo: “Mi padre tuvo la misma expresión cierta vez, después de atravesar una crisis. El embajador parece aliviado, Tish, pero no feliz”.

Había dado en el clavo con su estilo abierto e irreverente. Mientras la multitud bebía champagne, él se había acercado a ella, se había presentado, le había contado la historia del coche fúnebre, y se había enamorado profundamente antes de que ella abriera los ojos. Ahora estaba allí sentado, ya sin lágrimas pero colmado de recuerdos, y encontraba consuelo en el hecho de que la última vez que había visto a Soonji viva, mientras corría a su encuentro después de haber encontrado el aro que tanto apreciaba, tenía una mirada de profundo alivio y felicidad.

El Mercedes siguió al coche fúnebre fuera de la autopista, rumbo al aeropuerto. Donald seguiría a su esposa hasta el vuelo TWA que iba a llevarla a los Estados Unidos, y apenas hubiera despegado el avión abordaría el Bell Iroquois que lo estaba esperando para el corto tramo hasta la DMZ.

Howard Norbom comprendería que Donald lo había hecho a un lado para conseguir lo que deseaba, y se sentía un poco culpable al respecto. Pero al menos el general no se vería implicado cuando él tratara de contactarse con el Norte. Gracias a la llamada telefónica, cualquier falla que se produjera recaería directamente sobre él... y sobre el Centro de Operaciones.

Martes, 23.45 hs., Cuartel General de la KCIA

Cuando recibió la llamada de Bae Gun informándole que el arresto había sido un éxito, Hwan sintió dos cosas opuestas: por una parte habían hecho lo correcto, aunque le apenaba perder la interesantísima figura de la señorita Chong. Sus criptoanalistas todavía no habían logrado descifrar su código, aunque conocían los contenidos de parte de la información que estaba enviando, ya que ellos mismos se la habían proporcionado a través de Bae, quien le había dicho que tenía un hijo militar y ocasionalmente le daba información verdadera aunque sin importancia acerca de cantidad de tropas, coordenadas de mapas y cambios en los comandos. Ahora que la joven estaba bajo custodia, Hwan dudaba de que les sirviera para algo.

La KCIA había pasado cuatro años monitoreando pero sin interferir con la cosecha habitual de agentes de Corea del Norte en Seúl. Vigilando a uno habían descubierto otro, y luego otro y otro más. Los cinco agentes parecían formar un círculo cerrado, con Kim Chong y un fabricante de bizcochos a la cabeza, y Hwan sentía que los tenía a todos. Tras haber capturado a la mujer, vigilaría a los otros día y noche hasta ver con quién se contactaban o cuál era el nuevo agente que tomaría su lugar.

Pero le molestaba sobremanera el hecho de que, por más que hubieran ingresado apenas en su código, no hubieran hallado la menor huella del ataque de esa tarde. Por cierto, el fabricante de bizcochos —que cocinaba y enviaba información en bizcochos sin sal— había recibido la orden de asistir a los festejos y evaluar el estado de ánimo de la gente con respecto a la reunificación. Aunque era cierto que el Norte podía haber ejecutado el ataque sobre una base de necesidad y sin informar a sus agentes secretos, Hwan dudaba de que hubieran puesto a uno de ellos en semejante peligro. ¿Por qué molestarse en enviarlo si planeaban un atentado terrorista contra la celebración?

El sargento de Recepción llamó cuando los agentes llegaron, y Hwan se paró detrás de su escritorio para recibirlos... y recibir a la señorita Chong. Nunca había visto personalmente a Kim Chong,

sólo en fotografías, y en esta ocasión iba a poner en práctica un ejercicio tradicional que Gregory le había enseñado: qué hacer al encontrarse por primera vez con alguien a quien sólo se conocía por fotos, o por palabras, o por reputación. Trató de completar los blancos, de ver hasta qué punto sus suposiciones se aproximaban a la realidad. Cómo eran de altas, cómo sonaban... en el caso de enemigos sospechosos había que evaluar si eran iracundos, abusivos o cooperativos. El proceso no tenía otro propósito que comprobar lo que Hwan sabía de la gente antes de conocerla.

Hwan sabía que la señorita Chong medía un metro sesenta, tenía veintiocho años, cabello largo, fino, color cobre, y ojos oscuros. Y que según lo que le había dicho Bae a su contacto en el bar, era dura de pelar. Hwan también suponía que tendría cierta sensibilidad musical, y el temperamento arisco de una mujer que debía soportar el acoso de los hombres en el bar de Gun, y el hábito de todos los agentes extranjeros de escuchar más de lo que hablaba, de aprender más que divulgar. Sin duda sería una mujer desafiante; la mayoría de los coreanos del Norte lo eran cuando trataban con gente del Sur.

Escuchó que la puerta del ascensor se abría. Luego sonaron pasos en el corredor. Dos agentes entraron en su oficina; Kim Chong estaba entre ambos, esposada.

Físicamente, la mujer era tal como se la había imaginado: orgullosa, intensa, alerta. Vestía más o menos como era de esperarse: falda negra y ajustada, medias negras, blusa blanca con los dos botones superiores abiertos... el uniforme de las mujeres que actuaban en hoteles y bares. Pero se asombró ante la piel de la señorita Chong: no la había imaginado tan bronceada por el sol. Pero era previsible, ya que tenía los días libres y los pasaba vagando por la ciudad. También lo sorprendieron sus manos; las vio cuando ordenó a sus hombres que le quitaran las esposas. A diferencia de los de otros músicos que había conocido, sus dedos no eran gruesos y fuertes, sino largos y delicados.

Les pidió a los hombres que cerraran la puerta y esperaran afuera; luego señaló el sillón. La mujer se sentó, ambos pies apoyados sobre el piso, las rodillas juntas, y sus graciosas manos cruzadas suavemente sobre el regazo. Tenía los ojos clavados en el escritorio.

—Señorita Chong, soy Kim Hwan, director delegado de la KCIA. ¿Le gustaría... fumar un cigarrillo?

Tomó una pequeña caja de su escritorio y levantó la tapa. Ella tomó un cigarrillo, se reprimió cuando iba a golpearlo contra el vidrio de su reloj pulsera —se lo habían sacado para evitar que usara el vidrio para cortarse las muñecas—, y luego se puso el cigarrillo en la boca.

Hwan dio la vuelta al escritorio y le ofreció fuego. La mujer aspiró profundamente y se reclinó en el sillón, una mano todavía en el regazo, la otra sobre el brazo del sillón. Todavía impedía que sus

ojos se encontraran con los de Hwan, lo cual era bastante común en las mujeres durante los interrogatorios. Eso evitaba que se estableciera cualquier clase de conexión emocional, lo que mantenía la formalidad del encuentro y tendía a frustrar a la mayoría de los entrevistadores.

Hwan le ofreció un cenicero y ella lo apoyó en el brazo del sillón. Luego él se sentó en el borde del escritorio y observó a la mujer durante casi un minuto antes de hablar. A pesar de su apariencia, había algo en ella que no podía captar del todo. Algo raro.

—¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un trago?

Ella negó una vez con la cabeza, todavía tenía los ojos clavados en el escritorio.

—Señorita Chong, sabemos de su existencia y de su trabajo desde hace bastante tiempo. Su misión aquí ha terminado, y será juzgada por espionaje... dentro de un mes aproximadamente. Debido al desarrollo de los acontecimientos a partir de hoy, sospecho que la Justicia actuará de manera rápida y desagradable. Sin embargo, puedo prometerle cierta indulgencia si nos ayuda a descubrir quién está detrás de la explosión de esta tarde en el Palacio.

—Sólo sé lo que vi por televisión, señor Hwan.

—¿No le anticiparon nada al respecto?

—No. Y tampoco creo que mi país sea responsable.

—¿Por qué dice eso?

Ella lo miró por primera vez.

—Porque no somos una nación de locos. Hay algunos locos... pero la mayoría de nosotros no queremos la guerra.

Era eso, pensó Hwan. Eso era lo raro. La joven estaba siguiendo las reglas del interrogatorio, y probablemente evitaría cualquier respuesta comprometedoras. Pero su corazón no estaba involucrado en eso. Acababa de formular una distinción muy clara entre “algunos locos” y “nosotros”. ¿Nosotros *quiénes*? La mayoría de los agentes eran entrenados por militares o eran militares y jamás dirían una palabra contra sus compañeros. Hwan se preguntaba si la señorita Chong sería civil, una de esas coreanas del Norte que servían al ejército contra su voluntad porque tenían antecedentes criminales, estaban luchando por recuperar el honor familiar perdido, o porque un hermano menor o un pariente cercano necesitaba dinero. Si eso era verdad, entonces ambos tenían algo en común: los dos deseaban desesperadamente la paz.

El director Yung-Hoon desaprobaba que se le revelara información privilegiada al enemigo, pero Hwan estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Señorita Chong, suponga que yo le dijera que creía que usted...

—Le pediría que probara otra táctica.

—¿Pero... y si fuera cierto?

Hwan se deslizó del escritorio y se paró frente a ella, obligándola a mirarlo o a volver la cabeza. Ella lo miró.

—Obtuve muy bajas calificaciones en entrenamiento psicológico, y soy un pésimo jugador de póquer. Suponga que también le dijera que aunque alguien se esforzó mucho para hacernos creer que este atentado es obra de su país, de los militares de su país, y todas las evidencias así lo señalan, yo no creo que sea así.

Ella se estremeció.

—Si usted me dijera *eso*, yo le imploraría que persuadiera a los demás.

—Suponga que los demás no me creyeran. ¿Me ayudaría a probar mis sospechas?

Ella tenía una expresión cansada pero llena de interés.

—Lo estoy escuchando, señor Hwan.

—Encontramos huellas cerca del lugar de la explosión... huellas de botas del ejército de Corea del Norte. Si alguien desea hacerse pasar por militar del Norte, necesitará el calzado, por supuesto, además de los explosivos adecuados y posiblemente armas del Norte. No sabemos cuánta cantidad habrán obtenido... imagino que no demasiadas, ya que un grupo de estas características querrá permanecer cerrado y muy pequeño. Necesito que usted trate de descubrir si se produjo un robo de armas de esas características.

Kim apagó el cigarrillo.

—¿No quiere colaborar?

—Señor Hwan, ¿acaso sus superiores me creerían si vuelvo con esa información? No hay confianza entre nuestras naciones.

—Pero yo confiaré en usted. ¿Puede comunicarse con su gente de otra manera que no sea a través del bar?

—Si pudiera —respondió Kim—, ¿qué haría usted?

—Ir con usted y escuchar lo que tengan para decirme, descubrir si robaron otros materiales. Si estos terroristas están tan desesperados como creo, pueden estar planeando un nuevo ataque para empujarnos a la guerra.

—Pero usted mismo dijo que sus superiores no están de acuerdo con sus sospechas...

—Si podemos encontrar evidencias —dijo Hwan—, *algo* que respalde mis sospechas, pasaré por alto a mi gente y me comunicaré directamente con el jefe de la Fuerza de Tareas para la crisis en Washington. Es un hombre razonable, y me escuchará.

Kim siguió mirando al director delegado. Él suspiró y se masajeó las sienes con los dedos índice y pulgar.

—El tiempo es muy corto, señorita Chong. El resultado de la explosión de hoy puede ser no sólo una guerra, sino el final de las conversaciones de reunificación por el resto de nuestras vidas. ¿Me ayudará?

Ella vaciló, pero apenas un instante.

—¿Está seguro de que confía en mí?

Él sonrió lánguido.

—No le daría las llaves de mi automóvil, señorita Chong, pero en este asunto... sí, confío en usted.

—Correcto —ella se puso lentamente de pie—, trabajaremos juntos en esto. Pero quiero que comprenda, señor Hwan, que tengo mi familia en el Norte... y que no iré tan lejos por usted... y ni siquiera por la paz.

—Comprendo.

Hwan volvió desganadamente a su escritorio y pulsó el intercom. Le dijo al sargento de recepción que preparara su automóvil y chofer. Luego observó a su prisionera.

—¿Adónde piensa llevarme?

—Daré las órdenes al conductor cuando estemos en marcha, señor Hwan. A menos que se *atreva* a darme las llaves, en cuyo caso...

—Permitiré que nos guíe, gracias. Sin embargo, me obligan a llenar un itinerario por si hay algún problema, y eso es lo primero que pedirá el director a su regreso. Déme una dirección cualquiera.

Kim sonrió por primera vez y dijo:

—Norte, señor Hwan. Nos dirigimos al Norte.

Martes, 10.00 hs., Washington, D.C.

Hood sintió que se le aflojaban las rodillas, pero no le disgustaba el presidente. No podía disgustarle.

Michael Lawrence no era el hombre más brillante que había ocupado el puesto, pero tenía la gracia, el carisma, y todo eso funcionaba maravillosamente en la televisión y las campañas. Al público le agradaba su estilo. Ciertamente no era el mejor conductor para un cargo como ése. No le gustaba ensuciarse las manos con las pequeñeces pegajosas del manejo del gobierno: no era un detallista como Jimmy Carter. Hombres de confianza como Burkow y Adrian Crow, secretaria de Prensa de Lawrence, habían podido crear sus pequeños feudos propios, bases de poder que superaban o alienaban a otras agencias gubernamentales recompensando la cooperación y el éxito con acceso al presidente y crecientes responsabilidades, y castigando los fracasos con encargos a contracorriente y trabajo arduo. Incluso cuando sufría rotundos fracasos en política internacional, este presidente no sufría la clase de mala prensa que había azotado a sus predecesores: ganándose al Cuerpo de Prensa, cenando con sus miembros, aumentando la afabilidad con los periodistas, y distribuyendo cuidadosamente trascendidos y notas exclusivas, Crow se había metido en el bolsillo a todos, con excepción de unos pocos columnistas ariscos. Y además nadie leía los editoriales, afirmaba Crow. La publicidad y las marchas políticas controlaban a los votantes, no George Will y Carl Rowan.

Lawrence podía ser cruel, ciego y obstinado. Pero a pesar de todo tenía una visión clara e inteligente para el país, y estaba comenzando a funcionar. Un año antes de anunciar su candidatura, el gobernador de Florida Lawrence se había reunido con líderes industriales para preguntarles si, a cambio de considerables rebajas impositivas y moratorias, participarían de la privatización de la NASA con el gobierno manejando los lanzamientos y facilidades, y las empresas encargadas de los costos de personal y R&D. En efecto, Lawrence les estaba proponiendo levantar el presupuesto de la agencia espacial casi tres veces sin pasar antes por el Congreso. Aun más, los gastos gubernamentales para el espacio llegarían a los dos

billones de dólares, dinero que Lawrence había asignado a la lucha contra el crimen y la educación. También sugirió que un tercio de la nueva fuerza obrera de mameluco azul destinada a la NASA trabajara ad honorem, logrando de este modo un ahorro anual de medio billón de dólares.

La industria norteamericana estuvo de acuerdo con el plan, y las publicidades de la campaña de Lawrence recordaban a los norteamericanos la gloria perdida de los tiempos del Mercury, el Gemini y el Apollo, de los obreros de mameluco azul y los ejecutivos de cuello blanco trabajando codo a codo por una meta común, del alto índice de empleo y la inflación baja. Los unió a todos y machacó el cerebro de los votantes con la posibilidad de adelantos ya existentes —computadoras y calculadoras personales, comunicación satelital y teléfonos celulares, Teflón y cámaras de video portátiles, videojuegos— y con posibilidades de adelantos anticipados —medicinas para curar el cáncer y el SIDA, generadores espaciales capaces de convertir la energía solar en electricidad para reducir costos y dependencia del petróleo extranjero, e incluso control climatológico—. Durante la campaña, cada vez que su opositor afirmaba que era mejor gastar el dinero en la tierra, Lawrence respondía que la tierra se había transformado en un sumidero que se tragaba trabajos y devoraba dólares en impuestos, y que este plan acabaría con eso... y también acabaría con las incursiones extranjeras en adelantos tecnológicos que estaban robando trabajo a los norteamericanos.

Lawrence ganó con tranquilidad, y apenas resultó electo se reunió con esos mismos hombres de negocios y con los nuevos directivos de la NASA para obtener algún resultado tangible y rápido mientras trabajaban para poner en órbita la estación espacial antes de la finalización de su primer mandato. Alquilaron la estación espacial rusa *Neusky*, que estaba abandonada, y colocaron investigadores médicos e ingenieros en el espacio, y en escasos dieciocho meses el aparato de prensa de Adrian Crow espiaba las evoluciones: las más sorprendentes de todas eran las imágenes de un joven médico, paralizado de la cintura para abajo jugando al básquetbol gravedad-cero con un astronauta. El presidente había curado al lisiado, y ésa era una imagen que la gente jamás olvidaría.

Uno podía sentirse frustrado frente a los defectos y la severidad excesiva del hombre, pero tenía que admirar necesariamente su visión. Y aun cuando su política exterior fracasó estruendosamente en los primeros tiempos, fue lo suficientemente astuto para poner al Centro de Operaciones al frente de los acontecimientos. Burkow había afirmado que todo lo que necesitaban para que las cosas marcharan bien en el extranjero era menos burocracia, pero el presidente había disentido con él al respecto... creando de ese modo la constante tensión entre Hood y el Consejo de Seguridad Nacional.

Pero todo estaba bajo control: Paul podía vivir con eso. Compa-

rado con algunos de los grupos de intereses especiales y monitores de corrección política con los que tenía que tratar en Los Angeles, Burkow era un día en la playa.

Hood se dirigió al hospital, estacionó en el área de Emergencias y corrió al ascensor. Había obtenido por teléfono el número de la habitación, 834, y fue hacia allá sin dilaciones. La puerta de la habitación estaba abierta; Sharon estaba recostada en la silla con los ojos cerrados y pegó un salto cuando él entró. Paul la besó en la frente.

—¡Papá!

Hood fue hacia la cama. La voz de Alexander se escuchaba ahogada por la carpa de oxígeno, pero sus ojos y su sonrisa eran luminosos. Respiraba con dificultad y lentamente, su pecho pequeño y fuerte luchaba por aspirar todo el aire cada vez. Hood se arrodilló a su lado.

—¿Kooopa Lord te noqueó esta vez, Super Mario? —le preguntó.

—Es Kooopa King, papá.

—Lo lamento. Sabes que no soy muy bueno con los videojuegos. Me sorprende que no hayas traído tu Game Boy aquí.

El niño se encogió de hombros.

—No me permitirían usarlo. Ni siquiera puedo tener una revista de historietas aquí. Mamá tuvo que leerme *Supreme* y mostrarme los dibujos.

—Tendremos que conversar un poco acerca de las historietas que ha estado leyendo —dijo Sharon, poniéndose de pie—. Brazos arrancados y dientes volados a puñetazos...

—Mamá, es bueno para la imaginación.

—No te agites —dijo Hood—. Hablaremos de eso cuando te sientas mejor.

—Papá, adoro mis historietas...

—Las seguirás leyendo —dijo Hood. Tocó la carpa de oxígeno con el dorso de la mano, y acarició la mejilla de su hijo a través del plástico. En este momento los adelantos médicos eran lo más importante del mundo para él. Se acercó más y guiñó un ojo—. Trata de mejorarte pronto, y luego intentaremos vencer a tu mamá.

Alexander asintió débilmente y su padre se puso de pie.

—Gracias por venir —dijo Sharon—. ¿Han resuelto la crisis?

—No. —No estaba seguro de lo que decía, pero le permitía a Sharon el beneficio de la duda—. Oye, lamento lo que ocurrió hace un rato, pero realmente estamos tratando de mantenernos a flote. ¿Qué harás con Harleigh?

—Irá a la casa de mi hermana.

Hood asintió y luego besó a Sharon.

—Te llamaré más tarde.

—Paul...

Él se dio vuelta para mirarla.

—Realmente creo que esas historietas *no* son buenas para Alex. Son demasiado violentas.

—Así eran las historietas cuando yo era niño, y mira qué bien adaptado estoy. Cabezas cortadas, zombies, y sin embargo...

Sharon enarcó las cejas y suspiró pesadamente cuando Hood volvió a besarla. Levantó los pulgares en dirección a Alexander y corrió al ascensor, sin atreverse a mirar el reloj antes de estar a salvo adentro.

Martes, 10.05 hs., Centro de Operaciones

—¿Qué demonios le lleva tanto tiempo a Viens? —preguntó Matt Stoll mirando su monitor—. Hay que programar en tiempo diferencial, pulsar Search, y llegar al inicio de las imágenes satelitales falsas.

Phil Katzen estaba sentado en una silla junto a él, mirando también la pantalla. Mientras la NRO buscaba hacia atrás en el fichero fotográfico de la mañana, Stoll y Katzen estudiaban los programas detallados de diagnóstico en el sistema. El undécimo y último programa estaba casi terminado.

—Tal vez Viens no encontró nada, Matty.

—Maldición, sabes que eso no es posible.

—Yo lo sé. Pero quizá la computadora no lo sabe.

Stoll hizo una mueca.

—Touché.

Sacudió la cabeza cuando los últimos diagnósticos salieron automáticamente con un gráfico AOK.

—¡Y también sabemos que *eso* no es verdad!

Resistió la tentación de patear la computadora. Tal como iban las cosas, era probable que todo el sistema volviera a apagarse.

—No hay manera de invadir los diagnósticos, ¿verdad? —preguntó Katzen.

—Ninguna. Pero eso mismo pensaba yo de todo el software antes de esto. Odio tener que decirlo, Phil, pero daría la mano izquierda por encontrar al hijo de puta que me hizo esto.

—Lo estás tomando como algo personal...

—Claro que sí. Lastimas mi software, me lastimas a mí. Es así de simple. Lo que me saca de quicio no es solamente que haya sido más astuto que yo, sino que no haya dejado huellas. Ni una sola huella.

—Esperemos a ver qué dice la NRO...

Sonó el teléfono y apareció el número de identificación del hablante en la pantalla rectangular.

—Llamada del demonio —dijo Stoll mientras presionaba la tecla Speaker—. Aquí Matt Stoll.

—Matty, habla Steve. Lamento que haya llevado tanto tiempo, pero la computadora manifestó que no hubo problemas, así que decidí chequear yo mismo las fotos.

—Mis disculpas.

—¿Por qué?

—Por decirle a mi compadre aquí, Phil, que estabas tardando demasiado. ¿Qué encontraste?

—Exactamente lo que tú dijiste que encontraríamos. Una foto que entró esta mañana a las 7.58.00.8955... exactamente .001 segundos tarde. ¿Y sabes qué? Está llena de truenos ambulantes que no estaban allí .8955 segundos antes.

—Eso es asombroso, carajo —dijo Stoll—. Ponlos en mi pantalla, por favor. Y, Steve... muchísimas gracias.

—De nada. Mientras tanto, ¿podemos hacer algo para purgar el sistema?

—No lo sabré hasta haber visto las fotos. Volveré a llamarte.

Stoll dio un puñetazo mientras las fotos eran escaneadas en su monitor. La primera fotografía mostraba el terreno tal cual era: sin tropas, sin artillería, sin tanques. La segunda foto mostraba la aparición de tanques y tropas en el borde. Todo en ella, desde los terrones a las sombras, parecía auténtico.

—Es una falsificación, una falsificación extraordinariamente buena —dijo Katzen.

—Tal vez no. Mira aquí.

Stoll presionó la tecla F1-Shift, luego magnificó la imagen. La pantalla regresó con un cursor, y Stoll lo movió sobre el parabrisas de un jeep en la parte superior de la pantalla. Presionó la tecla Enter y el parabrisas ocupó todo el monitor.

—Fíjate bien en eso.

Katzen miró, entrecerró los ojos, luego suspiró ruidosamente.

—No hay manera.

—Sí la hay.

Stoll sonrió por primera vez en muchas horas. Aferró el mouse, presionó el botón de la parte superior e hizo correr el cursor a lo largo del parabrisas, dibujando una fina línea amarilla alrededor del reflejo de un roble.

—No hay árboles en la región, Phil. Esta imagen fue levantada de otra foto o la tomaron en otro lugar y luego la insertaron digitalmente.

Dejó la foto en el Documento 1 y fue al Documento 2. Le ordenó a la computadora que buscara una foto parecida en los archivos de la NRO. Dos minutos y doce segundos más tarde, la fotografía estaba en la pantalla.

—Increíble —musitó Katzen.

Los datos técnicos de la fotografía aparecían al costado: había sido tomada 275 días antes en los bosques próximos a la Reserva Supung, cerca de la frontera entre Manchuria y Corea del Norte.

—Alguien se metió en nuestros archivos fotográficos —dijo Stoll—, seleccionó todas las imágenes que necesitaba y creó un nuevo programa.

—Y lo cargó en .001 segundos —dijo Katzen.

—No. Cuando lo estaban cargando se produjo el apagón. O, por lo menos, lo que creímos que era un apagón.

—No comprendo.

—Mientras pensábamos que las computadoras estaban desactivadas, alguien, de alguna manera, utilizó esos veinte segundos para ingresar esta foto y todas las fotos sucesivas en el sistema. Le llevó .001 segundos dar el puntapié inicial, y ahora, como una grabación, esas imágenes prefabricadas llegan a nosotros cada .8955 segundos.

—Esto es demasiado fantástico...

—Pero el hecho es que nosotros, la NRO, el DOD y la CIA, somos todos sistemas cerrados. Nadie puede llegar a ninguno de nosotros por las líneas telefónicas. Para cargar toda esa información, alguien tuvo que estar sentado en algún lugar del Centro de Operaciones ingresando diskettes.

—¿Quién? Los videos de seguridad dieron negativo.

Stoll rió con desprecio.

—¿Qué te hace pensar que podemos confiar en ellos? Alguien se ha metido con nuestros satélites. Una cámara con un casete dentro no representa un gran desafío.

—Dios mío, no pensé en eso.

—Pero igual tienes razón. No creo que lo hayan hecho en nuestros dominios. Eso significaría que uno de nosotros es moneda falsa, y pensemos lo que pensemos de Bob Herbert en lo personal, sin dudas es un cajero muy cuidadoso de su labor.

—Eso me gusta.

—Gracias.

Stoll volvió al Documento 1 y observó el parabrisas.

—¿Qué tenemos aquí? En algún lugar de este sistema hay un programa falso, y en él están las fotografías que los satélites de la NRO todavía no han tomado... fotografías que *aparentemente tomarán* cada .8955 segundos. Malas noticias. Pero también hay buenas noticias porque, si podemos entrar a ese programa, lo arrojaremos a la basura, restauraremos nuestros ojos espaciales y probaremos que hay alguien afuera que quiere crear grandes problemas en Corea.

—¿Cómo podrás hacer eso si ni siquiera sabes dónde está el archivo o cómo se llama?

Stoll salvó el documento y sacó el archivo, luego fue al Directorio. Seleccionó Biblioteca y esperó hasta que estuvo cargada la lista completa.

—Las fotos que usó el infiltrador fueron tomadas antes de que existiera el Centro de Operaciones, así que obviamente llevó mucho

tiempo escribir esto. Es un programa grande. Entonces, tiene que haber sido ingresado en los sobrantes de algún otro archivo, pues de otro modo lo habríamos identificado cuando esterilizamos el software recién ingresado. Eso significa que el archivo huésped debe estar seriamente sobrecargado.

—De modo que si revisamos el archivo de, digamos, modelos de tráfico lumínico en Pyongyang y tiene treinta mg de más, probablemente habremos hallado nuestro programa invasor.

—Diste en el clavo.

—¿Pero por dónde comenzamos? El que ha escrito el programa tuvo acceso a fotografías de vigilancia de Corea del Norte... lo cual indicaría que es alguien del Centro de Operaciones, de la NRO, del Pentágono, o de Corea del Sur.

—Nadie en el Centro de Operaciones o en la NRO obtendría ganancias de una posible movilización en la península —dijo Stoll—. Para ambos es una cuestión de negocios. Lo que nos deja dos opciones: DOD y Corea del Sur.

Stoll comenzó a recorrer en búsqueda el listado de Biblioteca, contando el número de diskettes de cada fuente. Para obtener los diskettes que necesitaba, tendría que destacar cada archivo y enviar su pedido a los archivos del Centro de Operaciones; los diskettes serían copiados, entregados en mano, recibidos firma mediante, y borrados antes de su devolución.

—Mierda —dijo Katzen al ver crecer la cantidad—. Tenemos unos doscientos diskettes del DOD y unos cuarenta de Corea del Sur. Nos llevará varios días investigarlos.

Después de pensar un momento, Stoll seleccionó todo el archivo de Corea del Sur.

—¿Empezamos por el más chico?

—No —respondió Stoll— por el más seguro. —Presionó el botón Star, y luego Send—. Si Bob Herbert llega a enterarse algún día de que sospeché primero de nuestra gente, me dará una gran patada en el culo.

Katzen le palmeó el hombro y se levantó.

—Iré a buscar a Paul para acelerar las cosas, pero, Matty, necesito que me hagas un favor.

—Dime cuál.

—Dile a Paul que yo señalé el roble.

—De acuerdo, pero... ¿Por qué?

—Porque si nuestro director descubre alguna vez que su oficial de Medio Ambiente no pudo ver un árbol de dos metros frente a sus narices, seré yo el que reciba una gran patada en el culo.

—Trato hecho —dijo Stoll echándose hacia atrás. Cruzó los brazos y esperó que llegaran los diskettes.

Miércoles, 12.30 hs., en las afueras de Seúl

Las autopistas que iban de Seúl a la DMZ todavía estaban atestadas de vehículos militares.

Hwan le había ordenado a su chofer Cho que se mantuviera pegado a las vías laterales. Siguieron las directivas de Kim Chong, y cuando el automóvil se alejaba de la ciudad rumbo al norte empezó a caer una fina llovizna. Cho encendió el limpiaparabrisas y, arrullado por su sonido suave y constante, Hwan deseó que sus entrañas tuvieran el mismo ritmo plácido y tranquilo.

Sentado junto a Kim en el asiento trasero, Hwan se preguntaba si había tenido una buena idea... ignorando el hecho de que, dadas las circunstancias, era la única idea posible. Cooperar con Kim iba contra todo lo que le habían enseñado a creer: iba a confiar a una coreana del Norte, a una espía del enemigo, asuntos que concernían a la seguridad de su país. Sentado junto a la joven mujer que miraba silenciosa a través de su ventanilla, comenzó a tener serias dudas acerca de lo que estaba haciendo. No temía que intentara llevarlo a una emboscada o a un nido de espías de Corea del Norte. Hwan tenía la costumbre de sentarse con el saco abierto, para tener siempre a la vista su pistola 38 en la pistolera de hombro. Si algo sucedía, ella recibiría su merecido. Pero Kim se había rendido a Bae sin ofrecer resistencia. Quería vivir.

Le preocupaba que lo llevara a cualquier parte... Era posible, a pesar de su aparente sinceridad... y él ayudaría al fracaso del ejército de su nación. Hasta lo preocupaba que lo llevara en la dirección correcta. Si todo iba bien, si le daba la información correcta y se evitaba el conflicto, todavía podrían acusarlo de alianza con el enemigo. Cualquier bien proveniente de este acuerdo tendría el cruel contrapeso de la vergüenza de ser acusado de traición a la patria.

Resistió la tentación de hablarle, de tratar de saber algo más de ella. No se atrevía a mostrar debilidad o duda pues ella podría sacar ventaja de eso. Cho, el chofer de Hwan, aparentemente no tenía esas preocupaciones. Miraba insistentemente por el espejo retrovisor. Pero debajo de la parda visera de su gorra, Hwan advirtió la sombra de una duda en sus ojos. Cada vez que Kim les daba una nueva

indicación, se hundían en un paisaje desolado, entraban en las colinas del nordeste, y con cada giro Cho lanzaba una mirada rápida al equipo de radio debajo del tablero. Lo señalaba con los ojos, exigiéndole silenciosamente a Hwan que le permitiera llamar al cuartel central para informarles dónde estaban.

Hwan sacudía la cabeza lentamente, una sola vez, o simplemente apartaba la vista.

Pobre Cho, pensó. Tres meses antes había recibido un disparo en la mano derecha y por eso lo habían destinado como chofer. Pero ardía en deseos de volver a la lucha, atrapar a los malhechores y cortar unas cuantas cabezas.

Pero no. No habría retirada, no habría refuerzos, no harían nada que hiciera dudar de su sinceridad a la señorita Chong. Estaban jugados... en compañía de una mujer que sabía que si no lograba escapar iría a la cárcel o acaso a la horca. Hwan sólo esperaba que el sentido del deber de la señorita Chong fuera tan fuerte como el suyo.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Kim, mientras seguía mirando por la ventanilla.

Hwan la miró con casi inocultable sorpresa.

—Por favor.

Ella lo miró, frontal. Sus ojos eran más suaves que antes, su boca, menos rígida.

—He estado pensando en lo que usted está haciendo, y por cierto es muy valiente.

—Un riesgo inteligente, creo yo.

—No. Usted podría haberse quedado donde estaba... no hay vergüenza en ello. Usted no sabe a dónde lo estoy llevando.

Hwan sintió que Cho desaceleraba y lo fulminó con la mirada. El automóvil recuperó la velocidad.

—¿Dónde *nos está* llevando? —preguntó Hwan.

—A mi cabaña.

—Pero usted vive en la ciudad.

—¿Por qué dice eso? ¿Porque sus agentes me siguieron allí? ¿La mujer a quien le desagrada beber y el hombre que cambiaba de disfraz pero no de mal aliento?

—Esos eran anzuelos. Esperábamos que los viera.

—Ahora lo comprendo. Para que no sospechara que el señor Gun era el único que me vigilaba. Pero él jamás me llevó a casa. Ustedes obtenían información de esa clase de los cadetes.

Hwan no dijo nada.

—No tiene importancia. Tenía un scooter en el patio y venía aquí a enviar los verdaderos mensajes. Doble a la derecha por el camino de tierra —le dijo a Cho.

—Verá —prosiguió Kim—, usted no es el único decepcionado. Hace años que sabemos que vigila el bar, y me enviaron allí para confundir a su personal. Mi código era verdadero, pero la gente para

quien lo tocaba, la gente que entraba, a la que usted luego seguía, no tenía idea de lo que yo estaba haciendo. Todos eran coreanos del Sur que yo contrataba cada noche para que se sentaran una hora o dos en el bar y luego se fueran.

—Ya veo —dijo Hwan—. Suponiendo que le creyera, cosa que no estoy del todo decidido a hacer, ¿por qué me está diciendo esto?

—Porque necesito que crea algo que tengo que decirle, señor Hwan. No vine a Seúl porque lo deseara. Mi hermano Han entró en un hospital militar para conseguir morfina para nuestra madre. Cuando llegó la policía, lo ayudé a escapar... y nos arrestaron, a mi madre y a mí. Me dieron a elegir: seguíamos en la cárcel, o yo me trasladaba al Sur a trabajar para Inteligencia.

—¿Cómo llegó aquí?

Los ojos de Kim centellearon.

—No me malinterprete, señor Hwan. No soy una traidora. Le diré sólo lo que necesite saber, y nada más. ¿Puedo continuar?

Hwan asintió en silencio.

—Acepté venir aquí a cambio de que mi madre fuera trasladada a un hospital y mi hermano perdonado. Consintieron en hacerlo, aunque no volví a ver a Han después de aquello. Desde entonces, sólo he sabido que viajó a Japón.

—¿Y su madre?

—Tenía cáncer de estómago, señor Hwan. Murió antes de que yo viniera aquí.

—Pero igualmente vino.

—Mi madre estuvo bien atendida hasta el final. El gobierno cumplió su palabra, y yo cumpliré la mía.

Hwan asintió. Seguía ignorando los ojos de Cho, que iban de un lado a otro como pelotas de ping-pong.

—Usted dijo que quería que yo creyera algo, señorita Chong. ¿Su historia...?

—Sí, pero también esto. Usted morirá en la cabaña si no lo ayudo.

Cho clavó los frenos; el auto resbaló ligeramente en el camino empantanado antes de detenerse.

Hwan miró a su pasajera, más enojado consigo mismo que con ella. Las puertas estaban trabadas, y él estaba dispuesto a usar el arma si era necesario.

—Y usted morirá en la cárcel de Masan si no la ayudo —dijo con voz sombría—. ¿Quién está en la cabaña?

—Nadie. Está minada.

—¿Cómo?

—Hay una radio dentro del piano. Si usted no toca determinada melodía antes de levantar la tapa, explotará una bomba.

—Usted tocará esa melodía para nosotros. No querrá morir.

—Se equivoca, señor Hwan. Estoy dispuesta a morir. Pero también estoy dispuesta a vivir.

—¿Bajo qué condiciones, señorita Chong?

Apareció una única luz en el espejo retrovisor, y Cho abrió la ventanilla para hacer señas al conductor del scooter. La mujer esperó a que se alejara el ruido del motor.

—No tengo nada más que un hermano...

—Y su país.

—Soy una patriota, señor Hwan, no me insulte. Pero no puedo volver. Tengo veintiocho años y soy mujer. Volverán a asignarme, no al Sur sino a otro país. Tal vez en esta oportunidad me exijan que utilice otras habilidades... además de tocar el piano.

—El patriotismo tiene un precio.

—Mi familia *ya lo ha pagado*, muchas veces. Ahora quiero estar con lo que queda de mi familia. Haré lo que me pida, pero luego quiero que me deje en la cabaña.

—¿Para que pueda viajar a Japón? —Hwan sacudió la cabeza—. Me despedirían deshonorablemente, y sin duda lo merecería.

—¿Prefiere correr el riesgo de que su país vaya a la guerra?

—Parece decidida a permitir que miles de hombres jóvenes como su hermano mueran en la guerra.

Kim miró a lo lejos.

Hwan echó un vistazo al reloj del tablero. Le indicó a Cho que reanudara la marcha, y el automóvil volvió al camino cubierto de barro.

—No voy a permitir que nadie muera —dijo Kim.

—Esperaba que no lo hiciera.

Hwan miró su rostro, débilmente iluminado por las luces de las cabañas que iban dejando atrás. Las sombras de la ventanilla mojada por la lluvia jugaban sobre el rostro de la muchacha.

—Haré lo que pueda por usted, desde ya. Tengo amigos en Japón... tal vez podamos arreglar algo.

—¿La cárcel, allí?

—No, la cárcel no. Hay establecimientos para prisioneros de buena conducta, son como dormitorios.

—Sería difícil encontrar a mi hermano... incluso desde una celda cómoda.

—También colaboraré en eso. Podrá visitarla, o tal vez encontremos otra salida.

Ella lo miró. Las lágrimas le surcaban el rostro.

—Gracias. Eso ya es algo, supongo. Si podemos lograrlo.

Por primera vez parecía abierta y vulnerable, y él se sintió atraído por ella. Era fuerte y atractiva, y él pensó, y casi dijo, que podría casarse con ella y complicar el sistema legal de Corea del Sur... pero por más tentadora que fuera la idea, le parecía injusto jugar con la libertad de la joven... o amenazarla con casarse.

Pero la idea seguía en su cabeza mientras subían por el camino

cada vez más resbaloso rumbo a la casa de Kim en las colinas. Si no hubiera estado pensando en Kim, es improbable que Hwan no hubiera advertido el scooter que los había pasado antes, detenido a un costado del camino, con la luz apagada y el motor en punto muerto...

Martes, 10.50 hs., Centro de Operaciones

Phil Katzen alcanzó a Hood camino a su oficina y entró tras él. Le comentó al director lo que habían descubierto, y que Stoll ya estaba investigando el primer diskette de Corea del Sur.

—Eso se amoldará perfectamente a lo que Gregory Donald le dijo a Martha —dijo Hood—. Él, Kim Hwan y la KCIA tampoco creen que haya sido Corea del Norte —Hood estaba reconfortado por haber visto a su hijo y por la imaginable evolución del niño. Se permitió una débil sonrisa—. ¿Cómo se siente estar fuera del petróleo resbaladizo y los bosques lluviosos?

—Es raro —admitió el oficial de Medio Ambiente—, pero revigorizante. Te obliga a usar músculos un poco atrofiados.

—Pasa un tiempo con nosotros y verás cómo no te queda nada atrofiado.

Ann Farris ingresó en la habitación.

—Paul...

—Justo la persona que necesito ver.

—Tal vez no. ¿Quieres saber algo acerca de los archivos de Corea del Sur?

—Soy el Director. Me pagan para enterarme de esas cosas.

—Bueno —suspiró Ann—, parece que estamos de fiesta. Debes haber tenido una excelente reunión con el presidente.

—En verdad... no. Con mi hijo. ¿Qué pasa con esos archivos? Siempre pensé que las requisitorias de archivo eran información privilegiada.

—Seguro. Y al mediodía, el *Washington Post* también la conocerá. Es patético lo que puede hacer una buena persona por dinero o tickets del Super Bowl. Pero ése no es el problema que debemos resolver ahora. ¿Te das cuenta de la clase de pesadilla que tendremos que atravesar si alguien se entera de que nosotros sospechamos que nuestros *aliados* pueden estar detrás de esto?

—¿No puedes evitar que eso ocurra?

—Claro que sí, Paul. Pero la desconfianza es sexy, y ése es el papel que van a representar todos a partir de ahora.

—¿Y qué pasó con la verdad, la justicia y el estilo de vida norteamericano?

—Murieron con Superman, amigo —dijo Phil—. Y cuando resucitaron al superhéroe se olvidaron del resto.

Ann golpeó con la lapicera el pequeño anotador que llevaba consigo.

—¿Por qué querías verme?

—Un momento, Ann —Hood ya había presionado la tecla F6 y el rostro de su asistente llenó la pantalla de la computadora—. ¿Alguna novedad de la KCIA, Bugs?

—El informe del laboratorio en el archivo BH-1.

—Dímelo en pocas palabras.

—Explosivos de Corea del Norte, huellas de botas, restos de petróleo. ¿Cómo está Alexander?

—Mejor, gracias. Hazme un favor: pídele a Bob Herbert que esté aquí a las once en punto —Hood hizo desaparecer la imagen. Se pasó una mano por la cara, descorazonado—. Mierda, la KCIA dice que es Corea del Norte, pero Matty piensa que fuimos invadidos por un virus de Corea del Sur y Gregory Donald está convencido de que tenemos coreanos del Sur disfrazados de coreanos del Norte. Todo un circo.

—Y tú eres todo un maestro de ceremonias —acotó Ann—. ¿Qué pasa con Alexander?

—Tuvo un ataque de asma.

—Pobre niño —dijo Phil, sacudiendo la cabeza mientras se dirigía hacia la puerta—. Ese maldito smog es el principal enemigo... en esta época del año. Si me necesitas, estoy con Matty.

Cuando se quedaron solos, Hood advirtió que Ann lo miraba atentamente. No era la primera vez que la veía mirarlo de ese modo, pero hoy había algo en esos ojos ámbar oscuro que lo hacía sentir protegido e incómodo... protegido porque había compasión en esos ojos, e incómodo porque su esposa jamás le expresaba compasión. Pero Ann Farris no tenía que vivir con él, claro.

—Ann... —murmuró el presidente.

—¡Paul! —gritó Lowell Coffey entrando precipitadamente, con la enorme mano apoyada en el marco de la puerta y a punto de chocar con Ann.

—Entra —dijo Ann—, no hay por qué cerrar la puerta si esto está lleno de agujeros para filtrar información.

—Comprendo —dijo Coffey—. Paul, escúchame sólo un segundo. Es sobre la investigación de Matty en los archivos de Corea del Sur: *debes* asegurarte de que lo único que se diga al respecto sea: Sin comentarios. Hay acuerdos de confidencialidad con Seúl, posible difamación si señalamos a un grupo o a una persona, y nos arriesgamos a exponer ciertas maneras cuestionables que nos permitieron obtener la información de esos diskettes.

—Que Martha lea el acta a todo el mundo. Y que alguien del equipo de Matt programe las computadoras para que transcriban todas las conversaciones telefónicas.

—No puedo hacer eso, Paul. Es absolutamente ilegal.

—Entonces hazlo ilegalmente, y que Martha *le diga* a todo el mundo aquí que somos ilegales.

—*Paul...*

—*Haz lo que te ordeno*, Lowell. Yo me haré cargo de la responsabilidad cuando corresponda. No puedo tener a mi gente preocupada por la filtración de informaciones, ¡y *yo* no puedo ocuparme del que la está ocasionando!

Lowell salió evidentemente disgustado.

Hood miró a Ann, tratando de recordar sus pensamientos. Ahora advertía su pañuelo, que le sujetaba el cabello de manera informal. Se odió por estar allí sentado pensando lo maravilloso que sería llegar al final de la tela roja y negra y perderse en su largo cabello cobrizo...

Rápidamente hizo a un lado esos pensamientos.

—Ann, tengo, eh, tengo algo más para ti. ¿Oíste hablar del Mirage que derribaron?

Ella asintió, y sus ojos adquirieron de pronto una mirada triste. Él se preguntó si acaso ella habría advertido lo que él estaba pensando. Las mujeres jamás dejaban de sorprenderlo con esa clase de cosas.

—La Casa Blanca hará una declaración oficial al respecto, anunciando que frente a la excesiva reacción de Corea del Norte ante nuestro avión, nuestras fuerzas en la región entrarán en alerta Defcon 3.

Miró el reloj en cuenta regresiva.

—Eso fue hace cinco minutos. Pyongyang hará exactamente lo mismo, y mi idea, mi *esperanza*, es que el presidente deje las cosas en paz hasta que sepamos algo más acerca de lo que sucedió en el Palacio. En esta etapa del juego, si se adelanta, sólo Dios sabe lo que el Norte es capaz de hacer. Cuando llegue Bob, hablaremos con Ernie Colón y le enviaremos al presidente un informe actualizado de opciones militares. Lo que quiero que hagas, Ann, es suavizar todo lo que diga la Casa Blanca.

—¿Darnos una salida posible?

—Exactamente. Lawrence no se disculpará por el avión-espía, por lo tanto nosotros tampoco nos disculparemos. Pero si nos dedicamos a hablar duramente, nos veremos obligados a actuar duramente. Quiero que haya algo como lamentar lo ocurrido en nuestras declaraciones, de modo que si tenemos que retractarnos en algo encontremos una puerta abierta. Ya sabes... que ellos tienen el mismo derecho que todas las naciones soberanas de proteger su territorio, y lamentamos que las circunstancias nos obliguen a tomar medidas extremas para hacer lo propio.

—Tendré que hacerlo a espaldas de Lowell...

—Me parece muy bien. Antes lo traté bastante mal.

—Se lo merecía. Es un imbécil.

—Es un abogado —aclaró Hood—. Le pagamos para hacer de abogado del diablo.

Ann cerró su anotador, y vaciló antes de preguntar:

—¿Has comido hoy?

—Apenas piqué algo.

—¿Quieres algo?

—Tal vez más tarde.

Hood oyó la voz de Bob Herbert avanzando por el pasillo. Levantó los ojos hacia Ann.

—Te diré qué haremos. Si estás libre a eso de las doce y media, por qué no les pides que nos manden un par de ensaladas. Haremos verduras y estrategia.

—Es una cita —dijo ella, con una voz que electrizó el bajo vientre de Paul.

Ann dio media vuelta para irse y él la observó fingiendo mirar hacia abajo. Era un jueguito peligroso, pero no acabaría en nada —él no iba a permitirlo— y, en este momento, le agradaba que lo atendieran.

Cambió de ánimo enseguida cuando Herbert irrumpió en la oficina; llamó a Bugs y le pidió una teleconferencia con el secretario de Defensa.

Miércoles, 1.10 hs., Montañas Diamante, Corea del Norte

El emplazamiento de los misiles Nodong estaba exactamente a cien kilómetros en línea recta, pero el viaje se hacía largo por los caminos empantanados y el follaje que caía constantemente a pesar de los esfuerzos de los coreanos del Norte por quitarlo. Después de casi tres horas de traqueteo, el coronel Sun y su asistente Kong finalmente llegaron a destino.

Sun le ordenó a Kong que detuviera el automóvil cuando llegaron a la cima de la colina. Desde allí se podía ver el valle donde se guardaban los imponentes Nodong. Se levantó lentamente y quedó de pie en el jeep, mirando las tres camionetas dispuestas en formación triangular. Los largos misiles yacían planos en la parte trasera de las camionetas, debajo de una suerte de carpas de follaje erigidas para que no los vieran desde arriba. A la débil luz de la luna baja y gibosa, podía ver partes de la blanca superficie de los misiles asomando a través de las hojas.

—Es una visión espeluznante —dijo Sun.

—Casi no puedo creer que lo hayamos hecho.

—Oh, lo hemos logrado —dijo Sun. Saboreó la vista un instante más—. Y verlos en vuelo ha de ser aun más espeluznante.

Parecía tan increíble: después de un año de contactos furtivos con el Norte, de trabajar codo a codo con el mayor Lee, con el capitán Bock y su experto en computación, el privado Noh, y hasta con el mismo enemigo, la segunda guerra de Corea estaba a punto de volverse realidad. En privado, Sun y Lee esperaban que esta nueva guerra produjera algo más que el fin definitivo de las conversaciones de reunificación: esperaban que produjera el compromiso a gran escala de los Estados Unidos con su causa, y la destrucción del Norte como fuerza militar. Si entonces se producía la reunificación, no sería el resultado del compromiso sino de la fuerza.

—Sigamos —ordenó Sun, volviendo a sentarse.

El jeep atravesó el camino de montaña hacia el emplazamiento de artillería más cercano. Dos tanques antiaéreos ZSU-23-4 SPAAG vigilaban el emplazamiento de los Nodong. En cada uno había un soldado apostado en la amplia y cuadrada torreta de acero con sus

cuatro cañones de 23 mm elevados al ángulo máximo de ochenta y cinco grados. Cada cañón tenía un alcance de 450 kilómetros. Sun sabía que había otros seis tanques posicionados en los alrededores del emplazamiento, y que la voluminosa antena de las torretas podían captar el vuelo de los aviones en cualquier momento del día o la noche.

Un centinela detuvo el jeep. Después de revisar cuidadosamente las órdenes del coronel a la luz de la linterna, le pidió respetuosamente que apagara las luces antes de continuar viaje. El guardia saludó al oficial y el jeep siguió su rumbo por la colina... ciego, bien lo sabía Sun, por su propia protección. Podía haber espías enemigos en las colinas, y un coronel sería un trofeo para cualquier cazador.

Y sería una verdadera lástima, pensó, ser asesinado por uno de sus compatriotas. Porque este coronel estaba a punto de hacer por Corea del Sur más de lo que jamás hiciera cualquier militar de la historia.

Miércoles, 1.15 hs., la DMZ

Gregory Donald fue recibido en el sector de cargas del avión TWA por un representante de la aerolínea y por el jefe del sector. Ambos se ocuparon de los papeles de aduana y del embarque del ataúd en el vuelo 727. Solamente cuando el avión estuvo en el aire, y Donald se llevó la punta de los dedos a los labios y lanzó un beso de despedida al cielo, se decidió a dar la vuelta y abordar el Bell Iroquois.

El helicóptero hizo el vuelo del aeropuerto de Seúl a la DMZ en sólo quince minutos. Donald fue recibido en la pista de aterrizaje por un jeep que lo trasladó al cuartel general del general M. J. Schneider.

Donald estaba preocupado por la reunión. En su azarosa vida, Donald había conocido pocas personas verdaderamente locas, pero Schneider era el único de esa clase galardonado con cuatro estrellas. Bebé de la Depresión literalmente abandonado en el umbral del Adventurer's Club en Manhattan, Schneider siempre había fantaseado que su madre regresaba a la escena del crimen y su padre era un renombrado cazador o explorador. Ciertamente tenía la complexión de un H. Rider Haggard: un metro noventa de estatura, mandíbula cuadrada, hombros anchos, y la cintura del señor Olímpico. Lo había adoptado una pareja que vivía y trabajaba en el distrito de vestimenta, y se había alistado a los dieciocho años, justo a tiempo para luchar en Corea. Fue uno de los primeros en llegar a Vietnam, uno de los últimos soldados norteamericanos en abandonar aquel país, y regresó a Corea en 1976 cuando su hija Cindy falleció en un accidente de esquí. A los sesenta y cinco años, todavía tenía lo que cierta vez Donald describió como "el último tejano con el estilo del Álamo": listo, bien dispuesto y capaz de morir en la batalla.

Schneider era la contracara del general "Gatillo loco" de Corea del Norte, Hong-Koo, y trabajaba sorprendentemente bien con el general Sam, de Corea del Sur, con quien comandaba las Fuerzas Unidas de los Estados Unidos y Corea del Sur. Mientras Schneider era un hombre de lenguaje brutal y directo, convencido de disparar

con todo lo que tenía a mano cuando había un problema, incluyendo armas nucleares tácticas, el general Sam era un cincuentón frío y reservado que favorecía el diálogo y el sabotaje frente a la acción directa. Por tratarse de Corea del Sur, Sam tenía que refrendar todas las acciones militares; pero el sinofóbico Schneider temía a los coreanos del Norte, un papel que Donald siempre había creído que disfrutaba... y representaba con excelencia.

Es irónico, pensó Donald al entrar al cuartel general de Schneider, una pequeña estructura de madera compuesta de tres oficinas y un dormitorio, erigida en la zona sur del emplazamiento militar. Los dos hombres —Schneider y Gregory— no podían ser más distintos, pero siempre habían parecido “funcionar tan complementariamente” como un par de medias. Tal vez eso se debiera a que eran contemporáneos que habían atravesado tiempos difíciles y salido airosos, de una guerra a otra guerra a otra guerra, o tal vez Schneider tenía razón cuando decía que ambos padecían el síndrome Laurel y Hardy: el diplomático hacía el trabajo fino, y luego el militar entraba a sangre y fuego.

El general estaba hablando por teléfono cuando llegó Donald, y le hizo señas para que se acomodara. Después de quitar el polvo con un pañuelo, Donald se sentó en un sofá de cuero blanco apoyado contra la pared. Schneider era una calamidad para la limpieza.

—... me importa un reverendo bleo lo que *diga* el Pentágono —aullaba Schneider, con una voz sorprendentemente alta y aguda para un hombre tan grande—. ¡Mataron a un soldado norteamericano sin hacer la menor advertencia al piloto! ¿Qué? Sí, ya sé que sobrevolábamos su maldito país. Pero oí decir que usaron una especie de vudú de computadoras para clavar una aguja en los ojos de nuestros espías, así que... ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Y acaso ellos no son invasores también... saboteadores de alta tecnología? Oh, ¿según los tratados internacionales no lo son? Bueno, a la mierda con eso, senador. Quiero preguntarle algo: ¿qué vamos a hacer cuando muera el próximo soldado norteamericano?

El general Schneider hizo silencio, pero no se quedó quieto. Sus ojos inyectados en sangre se movían como pequeñas maquinarias, y su cabeza colgaba delante de los hombros como si fuera un toro esperando al torero. Alzó un abrecartas y comenzó a clavarlo automáticamente en un almohadón del ejército norteamericano lleno de agujeros que parecía estar allí para tal fin.

—Senador —dijo, más calmo después de casi un minuto de silencio—, no precipitaré un incidente, y si usted estuviera aquí le daría una buena patada en el culo por sugerir que soy capaz de hacerlo. La seguridad de mis tropas me importa más que mi propia vida, y que la vida de nadie si se da el caso. Pero, senador, el honor de mi país me importa más que todas esas vidas juntas, y no me quedaré sentado viendo cómo lo pisotean. Si usted no está de acuer-

do, *tengo* el número telefónico del diario de su ciudad natal. Creo que sus votantes pueden considerar las cosas de otro modo. No... , no lo estoy amenazando. Todo lo que estoy diciendo es que seguiré regando las semillas mientras usted cosecha piedras. El tío Sam ya tiene un ojo negro. Si alguien le cierra el otro ojo de un puñetazo, será mejor que no nos disculpemos por eso. Que tenga un buen día, senador.

El general colgó violentamente.

Donald sacó su pipa y comenzó a ponerle tabaco.

—Eso fue bueno... lo de regar semillas.

—Gracias —el general respiró profundamente, dejó el abrecartas clavado en el almohadón, y se enderezó.

—Era el director del Comité de Servicios Armados.

—Lo imaginé.

—Usa girasoles en el traje de baño, y cree que supera la luz del sol —dijo el general, levantándose y dando la vuelta al escritorio.

—No comprendo del todo lo que quieres decir —admitió Donald—, pero suena bien.

—Significa que produce todo tipo de ideas complicadas y confunde ser intelectual con ser correcto.

Extendió ambas manos y aferró las de Donald con cariño.

—Al diablo con él. ¿Cómo *estás tú*?

—Todavía siento que puedo levantar el tubo de ese teléfono y llamarla.

—Ya sé. Lo mismo me ocurrió con mi hija durante varios meses. Mierda, algunas veces marco su número sin levantar el tubo. Todavía. Es natural, Greg. Ella *tendría que estar* ahí, del otro lado de la línea.

Donald contuvo el llanto.

—Maldita sea...

—Señor, si necesita llorar, lllore. Adelante. Los negocios pueden esperar. Usted sabe que a Washington no le gusta meter el culo en la reyerta hasta haber recibido una buena cantidad de patadas.

Donald sacudió la cabeza y volvió a llenar su pipa.

—No te preocupes. Necesito trabajar.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Tienes hambre?

—No. Comí con Howard.

—Eso habrá sido verdaderamente excitante —Schneider apoyó la mano sobre el hombro de Donald y lo apretó con ternura—. Estoy bromeando. Norbom es un buen hombre. Sólo que demasiado cauto. No me enviaría tropas y pertrechos hasta estar seguro de que entramos en Defcon 3... incluso después de que asesinaron a nuestro oficial de Reconocimiento.

—Me enteré de eso en vuelo. Era una mujer...

—Sí, era una mujer. Ahora estamos escuchando la radio del Ejército de Corea del Norte, y dicen que somos cobardes porque nos escondemos detrás de las mujeres. Les diré algo a los del Norte: debe ser lindo no tener que preocuparse por los miembros del PC. Mierda, esto no se parece en nada a los viejos tiempos, cuando tú eras el único diplomático en la ciudad. Ahora todos tenemos lengüitas de oro por aquí.

—Las cosas no son lo que eran.

—No, claro que no. Te diré algo. Yo me siento aquí, Greg, y algunas veces tengo ganas de abandonar todo y volver a coser marcas de camisas, como cuando era niño. En los viejos tiempos... si algo era correcto, o necesario, uno lo hacía. No tenías que ir a las Naciones Unidas con el sombrero en la mano y pedirles humildemente a los ucranianos permiso para probar bombas en tu propio maldito desierto. Dios santo, el general Bellini de la OTAN dice que vio una entrevista por televisión donde unos malditos franceses todavía están ofendidos con nosotros porque accidentalmente destruimos sus casas en el Día D. ¿Quién demonios enfocó una cámara en los rostros de esos imbéciles y les dio permiso para hablar pavadas? ¿Qué mierda ha ocurrido con el bendito sentido común?

Donald no tenía fósforos y encendió su pipa con el encendedor-granada que el general tenía sobre el escritorio. Sólo después de tirar de la cuerda se dio cuenta de que podía no haberse tratado de un encendedor.

—Tú mismo lo has dicho, general. La televisión. Actualmente todos tienen esa suerte de foro propio para expresarse, y no existe el político lo suficientemente seguro como para no prestarles atención. Deberías haberle dicho al senador que tienes un amigo en *60 Minutos*. Eso lo hubiera aterrado.

—Amén —dijo Schneider, sentándose en el sofá junto a Donald—. Bueno, tal vez la rueda dé otra vuelta todavía. Es como el esclavo de *Los diez mandamientos* que quería ver al Salvador antes de morir... y allí estaba Charlton Moisés Heston para abrazarlo cuando le clavan un hacha en las entrañas. Eso es lo que yo quiero. Un momento antes de morir, quiero ver a la persona que va a salvarnos de la mierda, que va a hacer lo correcto aunque le claven un hacha en el vientre. Si no me importaran tanto mis hombres, maldición, entraría a sangre y fuego en Pyongyang y les arrancarías las orejas yo mismo por lo que le hicieron a la oficial de Reconocimiento Margolin.

La sesión de estrategia fue breve. Donald acompañaría a la siguiente patrulla, tomaría un chofer, un oficial de reconocimiento, una cámara de video digital con visión nocturna y un jeep, y pasaría dos veces por los tres kilómetros de la DMZ. Telefonearían a los

visuales del Centro de Operaciones, y Gregory pasaría por tercera vez dos horas más tarde: el tiempo suficiente para advertir cambios posibles en la frontera.

El viaje de ronda, que duró treinta y cinco minutos, transcurrió sin complicaciones. El videotape digital fue entregado a un oficial de comunicaciones para que lo transmitiera de inmediato a Bob Herbert.

Mientras esperaba para volver a pasar por la DMZ, Donald ignoró la sugerencia de Schneider para que descansara y fue a la central de radio, una cabaña con cinco cubículos, cada uno equipado con radios, teléfonos y una computadora con archivos colmados de int-se —señales de intervalo utilizadas para identificar radiodifusores—, la localización exacta en grados y minutos de cada sitio de transmisión en Asia y el Pacífico —así como el azimut de máxima radiación en grados desde el nivel norte del sitio—, un programa de frecuencia kiloHertz para ayudar a captar señales especiales, y un programa SINPO para clarificar todo tipo de problemas con poder de las señales, interferencias, ruidos, propagación y abarcatividad.

Ocupó el cubículo que había dejado libre el oficial de Comunicaciones a quien le había entregado el CD, y se encargó de un solo transmisor. Donald sabía que no tendría problemas para enviar un mensaje a una distancia menor de ocho kilómetros.

Realizó un chequeo computarizado de los transmisores de la DMZ. Había dos: uno de onda corta y otro de onda media. Seleccionó el primero, operando a 3.350 kiloHertz, levantó el pequeño micrófono y envió un mensaje con voz clara:

Al general Hong-koo, comandante del ejército de la República Popular Democrática de Corea en la Base 1, DMZ. El embajador Gregory Donald envía sus saludos, y respetuosamente solicita una entrevista en la zona neutral a conveniencia del general. Buscamos la finalización de las hostilidades y el armamentismo, y esperamos que usted favorezca nuestra iniciativa en los términos más convenientes.

Donald repitió el mensaje, y luego se reportó al general Schneider. Los hombres del general ya le habían dicho lo que vería: que la infantería se estaba cerrando en el frente, mientras se aproximaban tanques y artillería liviana con personal de apoyo.

Schneider no sentía preocupación ni sorpresa por estos movimientos, aunque deseaba que el general Sam permitiera que sus tropas también se movilaran. Pero Sam no actuaría sin el acuerdo de Seúl, y Seúl no autorizaría una movilización hasta que el presidente Lawrence hubiera decidido trasladar la situación a Defcon-2 luego de sostener una conferencia con el presidente Ohn-Mong-Joon. Donald sabía que nada de eso sucedería si no se producía otro incidente como el del Mirage, y que los dos hombres evitarían hablar oficialmente hasta que ellos y sus consejeros no hubieran decidido lo

que debían hacer. De ese modo, llegarían rápidamente a un consenso y le demostrarían al mundo que estaban de acuerdo en tomar una misma decisión.

Mientras tanto, Donald se sentó a esperar que el Norte aceptara su invitación... y, si la aceptaban, todavía le faltaría saber si Schneider lo consideraría el acto de un cobarde o el de un Salvador.

Miércoles, 1.20 hs., Aldea Yanguu

La cabaña era de piedra, con techo de paja y un pequeño porche de madera en el frente. La puerta estaba cerrada con un gancho, no tenía cerradura, y había dos ventanas con cuatro paneles de vidrio a cada lado. La estructura parecía relativamente nueva, ni la paja ni la piedra parecían haber sufrido más de dos inviernos lluviosos.

Cho miró a Hwan en el asiento trasero, y Hwan hizo un gesto afirmativo. El conductor apagó las luces, tomó una linterna de la guantera y salió a la intermitente llovizna. Cuando abrió la puerta de Kim, Hwan salió.

—Prometí no correr —le dijo Kim a Hwan con un dejo de indignación—. No hay *a dónde* correr.

—Pero la gente corre hacia allí todo el tiempo, señorita Chong. Además, es política. Ya he roto bastante las reglas al traerla hasta aquí sin esposas.

Ella se deslizó afuera, Cho siempre junto a ella.

—Merezco el reproche, señor Hwan, y lo lamento.

Dicho esto, comenzó a caminar y fue rápidamente devorada por la oscuridad. Cho corría tras ella con la linterna y Hwan los seguía de cerca.

Kim retiró el gancho de la puerta y entró. Tomó un largo fósforo de madera de un recipiente de vidrio sobre una mesa junto a la puerta, y encendió varias velas en candelabros repartidos por la habitación. Cuando Kim no los estaba mirando, Hwan le hizo un gesto para que saliera y vigilara los alrededores. Cho salió en absoluto silencio.

Un resplandor anaranjado llenó la pequeña habitación y Hwan vio el piano, una rústica cama marinera, una mesita redonda con una sola silla, y un escritorio cubierto de fotografías enmarcadas. La siguió con los ojos mientras recorría el cuarto... con extrema gracia y delicadeza, aparentemente en paz con lo que el día le había brindado. Hwan se preguntó si eso se debía a que su corazón nunca estaba de verdad inmerso en el trabajo, o a que tenía una naturaleza pragmática, confuciana.

¿O acaso ella lo estaba preparando para la mayor caída de toda su vida?

Se acercó al escritorio. No había fotografías de Kim, pero eso no lo sorprendió. Si alguna vez tenía que huir precipitadamente, a Pyongyang no le agradaría que quedaran por allí las fotos de una espía para que la KCIA las investigara. Tomó una de las fotos.

—¿Su padre y su madre?

Kim asintió.

—Muy bien parecidos. ¿Y ésa es su casa?

—Era.

Puso la foto en su lugar.

—Y esta cabaña..., ¿la construyeron para usted?

—Por favor, señor Hwan... no más preguntas.

Ahora Hwan se sintió avergonzado.

—¿Me disculpará?

—Tenemos un acuerdo... una tregua.

Hwan se alejó.

—Señorita Chong, no hay trato. Tal vez usted esté interpretando mal nuestra relación.

—No malinterpreto nada. Soy su prisionera. Pero no traicionaré a mi país cooperando con la KCIA, y me molesta que trate de ganarse mi confianza con preguntas acerca de mi hogar y mi familia. Temo que ya me he comprometido demasiado al traerlo aquí.

Hwan se sintió tocado. No porque le hubiera negado una respuesta: era su trabajo tratar de averiguar si la cabaña había sido construida por locales o por infiltrados que la KCIA aún no había registrado, y era el trabajo de ella escatimarle cualquier información al respecto. Así era el juego que ambos jugaban. Lo que lo enfurecía era que ella tuviera razón. Kim Chong acaso no fuera una espía de corazón, pero era una patriota. No volvería a cometer el error de subestimarla.

Cuando Hwan se quedó parado exactamente detrás de ella, Kim se sentó en el taburete de terciopelo verde frente al teclado y tocó varias escalas de una pieza de jazz que Hwan no pudo reconocer. Cuando terminó, levantó la tapa del piano y metió ambas manos dentro. Él la observaba atentamente; si ella lo notó, no hizo el menor gesto al respecto. Con ambas manos, Kim desenroscó la tuerca de un tornillo metálico, la retiró y sacó una radio pequeña del compartimento. En el lado opuesto había una ménsula con lo que parecía ser una carga explosiva conectada a la tapa del piano.

Hwan reconoció la radio: era una Kol 38 fabricada en Israel. La KCIA también estaba negociando para comprarlas; con una de estas radios, el emisor podía abarcar distancias de más de mil kilómetros sin usar satélites. Una parte era para escuchar, la otra para recibir, lo que posibilitaba que los agentes de campo hicieran "llamadas-conferencia" a los cuarteles generales. La unidad funcionaba con baterías livianas de cadmio, lo que la convertía en un aparato ideal en regiones remotas como ésta. Ni siquiera los modelos norteamericanos eran tan confiables.

Kim fue a la ventana, la abrió y colocó la radio en el alféizar. Antes de encenderla, apoyó casualmente la mano en el visor para que Hwan no pudiera ver en qué frecuencia estaban.

—Cualquier cosa que diga será transmitida. No deben saber que yo estoy involucrada en esto.

Hwan asintió.

Kim presionó un botón y se encendió una luz roja junto al micrófono condensador instalado en el extremo superior de la unidad.

—Seúl Oh-Miyo a casa, Seúl Oh-Miyo a casa, cambio.

Un código operativo, pensó Hwan. De algún modo se adecuaba a los sucesos wagnerianos que los rodeaban como un anillo de fuego.

Un instante después se oyó una voz tan plena y clara que Hwan quedó azorado.

—Casa a Seúl Oh-Miyo. Listo. Cambio.

—Casa, necesito saber si han robado botas del ejército, explosivos y otros ítems. La KCIA encontró evidencias de los mismos en el Palacio esta tarde. Cambio.

—¿Cuándo se produjo el robo? Cambio.

Kim miró a Hwan. Él mostró los diez dedos de sus manos y silabeó la palabra *mes*.

—Diez meses. Hace diez meses —dijo ella—. Cambio.

—Llamaré en cuanto consiga la información. Cambio y fuera.

Kim apagó la radio.

Hwan quería preguntarle si esas cosas se computarizaban en el Norte igual que en el Sur. En cambio, preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevará esto?

—Una hora... tal vez un poco más.

Él acercó su reloj a una vela, y luego miró la oscura figura de Cho a la intemperie, junto al automóvil.

—Llevaremos la radio y regresaremos.

Ella no se movió.

—No puedo hacer eso.

—No puede elegir, señorita Chong. —Se acercó a ella—. He intentado tratarla con cortesía y...

—Ambos ganamos si...

—/No! Eso simplemente evita que nos transformemos en animales. Pero yo debo permanecer al frente de la investigación, y no puedo hacerlo desde aquí. Le prometo que nadie observará sus despliegues en la radio. ¿Me dará lo que yo necesito?

Kim titubeó, luego se puso la radio bajo el brazo y cerró la ventana.

—Correcto. Evitemos transformarnos en animales.

Salieron a la llovizna. La linterna iluminaba el camino, y la silueta oscura junto al automóvil abrió la puerta para que Kim pudiera entrar.

Miércoles, 11.30 hs., Centro de Operaciones

Los rostros de Ernesto Colón y Bugs Benet no podían ser más disímiles. Flotando enmarcado por un borde rojizo en el monitor de la computadora de Hood, el rostro de sesenta y tres años del secretario de Defensa lucía agotado, los ojos profundos rodeados de sombras ojeras. Jefe de un contratista mayor de defensa que había servido como subsecretario de la Armada, era el retrato de Dorian Gray, y su rostro reflejaba cada decisión que había debido tomar durante los dos años que había ocupado el puesto: las pocas que habían resultado favorables junto con innumerables decisiones desfavorables.

Bugs tenía cuarenta y cuatro años, y un rostro redondo y angélico con ojos brillantes que no dejaban traslucir la presión que significaba manejar los archivos y el procesamiento informativo de Hood. Había sido asistente ejecutivo del gobernador republicano de California cuando el demócrata Hood era alcalde, y se habían llevado extraordinariamente bien... “Conspirativamente” fue la palabra que utilizó el gobernador más de una vez en aquellos tiempos.

A Hood siempre le había resultado extraño que la presión de sentarse a tomar una decisión fuera más intensa que el hecho de llevarla a cabo. *La conciencia era un maestro asesino.*

Pero Hood tenía un profundo respeto por Bugs, quien no sólo se las ingeniaba para manejar las cavilaciones de su jefe sino también los cambios de humor y las exigencias de hombres como Colón... y Bob Herbert, quien era la segunda voz de la prudencia en el Centro de Operaciones, después de Lowell Coffey. La diferencia estaba en que Coffey temía el aparato legal y la censura, mientras Herbert solía prever los malos resultados de no sopesar todas las posibilidades.

Benet y Herbert se dedicaron esencialmente a escuchar mientras Hood y Colón revisaban los informes de simulacros en la computadora y formulaban las opciones militares que recomendarían al presidente. Aunque los tiempos y las particularidades de ejecución quedarían a cargo del jefe del Equipo Conjunto, tras obligatoria consulta con sus comandantes de campo, los hombres opinaban que

las fuerzas navales y los marines que ya estaban en camino desde el Océano Índico debían ser respaldados por tres barcos de guerra y dos portaaviones de la flota del Pacífico, además de convocar a las reservas y redespregar cincuenta mil efectivos provenientes de Arabia Saudita, Alemania y los Estados Unidos. También pedirían el traslado aéreo inmediato de media docena de sistemas de misiles Patriot a Corea del Sur. Aunque los Patriot habían tenido bajo rendimiento en la Guerra del Golfo Pérsico, daban una excelente imagen televisiva cuando se ponían en movimiento, y era vital que la sangre del pueblo fluyera roja, blanca y azul... como la bandera norteamericana. Menos visiblemente, trasladarían por avión misiles nucleares tácticos de Hawái a Corea del Sur. Tal vez la República Democrática Popular no fuera todavía una potencia nuclear, pero eso no les impediría comprar bombas de toda clase en ciertos países.

Los hombres también calcularon pérdidas anticipadas de una “guerra corta” de dos o tres semanas antes del armisticio ordenado por las Naciones Unidas, y las de una “guerra larga” de seis meses de duración o más. Sin ataques nucleares, las pérdidas norteamericanas sumarían al menos cuatrocientos muertos y tres mil heridos en una guerra corta, y diez veces las mismas cifras en una guerra larga.

Durante esta discusión, Bugs permaneció callado y Herbert sólo hizo tres sugerencias. La primera fue que hasta que no se supiera algo más acerca de los terroristas sólo se trasladara un mínimo de efectivos de Medio Oriente. Sentía que aún cabía la posibilidad de que todo fuera un complot para involucrar a los Estados Unidos en un falso frente de batalla para poder iniciar una verdadera guerra en cualquier otra parte. La segunda fue que, hasta que los satélites se normalizaran, le dieran tiempo para analizar toda la información de inteligencia que pudieran concentrar él y el director de la CIA, el señor Kidd, antes de enviar más tropas. Y la tercera fue que no se enviaran fuerzas sin entrenamiento antiterrorista. Las tres recomendaciones fueron incluidas en el informe de opciones militares. Hood sabía que Herbert solía ser un poco rudo, pero lo había contratado por sus conocimientos, no por su encanto personal.

Mientras Bugs ingresaba el documento completo en la computadora para que los hombres pudieran revisarlo, sonó el teléfono de la silla de Herbert. Paul echó un vistazo cuando Herbert pulsó el botón Speaker.

—¿Qué has obtenido, Rachel?

—Hemos tenido noticias de nuestros operativos en la estación de comunicaciones militares de Pyongyang. Dicen que les ha resultado difícil contactarnos porque las autoridades allí parecen tan sorprendidas como nosotros por los acontecimientos de hoy.

—Eso no significa que tengan las manos limpias.

—No. Pero dicen que acaban de recibir un mensaje de una agente en Seúl. Pedía información sobre el posible robo de botas militares y explosivos en alguna base del Norte.

—Eso preguntó una agente de Corea del Norte.

—Sí.

—Esa agente debía conocer las sospechas de la KCIA. Infórmales al director Yung-Hoon que aparentemente están filtrando información. ¿Recogimos ese mensaje en algún otro lugar?

—No. Chequeé con el Privado Koh en el centro de comunicaciones de la DMZ. El mensaje no llegó vía satélite.

—Gracias, Rachel. Envíale el texto de la transmisión a Bugs.

Después de colgar, miró a Hood. Hood hizo un gesto afirmativo.

—La República Popular Democrática de Corea está chequeando el posible robo de los materiales utilizados en el atentado en uno de sus depósitos. Jefe, parece que todos fuéramos víctimas de alguien que quiere empujarnos a la guerra.

Hood deslizó la vista de Herbert al monitor mientras las palabras del presidente volvían para acicatearlo: *Estuviera metida o no Corea del Norte en el asunto antes de esto, Paul, ahora sí lo está... ¡y hasta el cuello!*

Mientras los simulacros de despliegues de efectivos pasaban del archivo Juegos de Guerra al informe de opciones militares, Colón usó su código para firmar su sección del documento. Cuando terminó, Hood dijo:

—Bugs, quiero que la transmisión quede transcripta al comienzo y me gustaría agregar las notas que ya mismo voy a tipiar. Pídele a Ann Farris que venga ahora mismo, por favor.

Hood lo pensó un momento. No tenía el don de Ann para la concisión, pero quería una nota precautoria en algún lugar del archivo de la Fuerza de Tareas para crisis permanentes. Abrió una ventana que ella pudiera ver en su monitor, y comenzó a golpear las teclas.

Herbert rodó a su lado y leyó por encima del hombro de Hood.

Señor presidente: comparto su enojo por el ataque a nuestro avión y la dolorosa pérdida de un oficial. Sin embargo, exijo la restricción de una posición de fuerza. Nos exponemos a perder demasiado y ganar muy poco luchando contra un adversario que acaso no sea el verdadero enemigo.

—Bravo por ti, jefe —dijo Herbert—. Tal vez no estés hablando por la Fuerza de Tareas, pero estás hablando por mí.

—Y por mí —dijo Ann—. No podría haberlo dicho mejor.

Hood salvó el documento y llevó a la pantalla el rostro de Ann Farris. Era tan buena vendiéndoles ideas por teléfono a los periodistas, que Hood era incapaz de saber qué estaba pensando hasta que no le veía el rostro.

Ann Farris estaba pensando exactamente lo que había dicho.

En los seis meses que la conocía, ésta era la primera vez que no discutía algo que él hubiera escrito.

Herbert dejó la oficina, Ann volvió a su conferencia con el secretario de Prensa de la Casa Blanca, y Hood terminó de revisar las opciones actualizadas antes de ordenarle a Bugs que las enviara por fax a través de la línea segura. Solo y asombrosamente relajado por primera vez en el día, llamó al hospital, donde las noticias no eran lo que él esperaba oír.

Miércoles, 1.45 hs., la DMZ

Los soldados del centro de transmisiones de radio estaban bromeando con el privado Koh cuando llegó el mensaje del cuartel general del general Hong-koo, comandante del ejército de la República Popular Democrática de Corea. Entraron en alerta inmediato, dejaron de molestar a Koh, a quien acusaban de adulator y consecuente con los superiores para conseguir una segunda guardia, y repitieron las coordenadas grabadas por la antena direccional para asegurarse de que el mensaje provenía realmente de la DMZ. Comprobado eso, chequearon el directorio de la computadora para confirmar que el emisor era, en efecto, su adjunto Kim Koh. La computadora buscó sus archivos y, en pocos segundos, completó la identificación de la voz. Por último, menos de treinta segundos después de haber recibido la señal, enviaron un mensaje de recepción por radio y encendieron la doble casetera para grabar el mensaje y una copia. Un soldado notificó al general Schneider que se había recibido un comunicado del Norte. El privado recibió la orden de llevarle la copia en cuanto estuviera lista.

Koh parecía el más atento de los cinco hombres. Escucharon el mensaje:

Al antiguo embajador Gregory Donald en la Base Charlie. El general Hong-koo, comandante del ejército de la República Popular Democrática de Corea en la Base Uno, DMZ, retribuye saludos y acepta su invitación para un encuentro en la zona neutral a las 08.00 horas.

Mientras uno de los hombres enviaba por radio el mensaje recién recibido, otro corría con una copia de la grabación y un grabador a los cuarteles del general Schneider.

Koh les dijo a los dos hombres restantes que se estaba sintiendo un poco cansado e iba a beber café y fumar un cigarrillo. Una vez afuera, se ocultó entre las sombras de una camioneta cercana y se desabotonó la camisa. Tenía un teléfono celular M2 atado al brazo: deshizo la atadura, extendió la antena y marcó el número del mayor Lee.

—Será mejor que tengas una explicación breve y aclaratoria acerca de esto —dijo Schneider al ver entrar a Gregory—, porque los escuadrones de ojos alargados dispuestos a disparar me ponen un tanto nervioso.

El general llevaba puesto un pijama y una bata y tenía el grabador y los auriculares en la mano derecha.

El corazón de Donald se aceleró. No le preocupaba el general Schneider sino la respuesta de Corea del Norte.

Tomó el grabador, apoyó uno de los auriculares en su oreja, y escuchó el mensaje. Cuando terminó, dijo:

—La explicación es que pedí una cita y la he obtenido.

—¿De modo que realmente cometiste esa reverenda estupidez... ilegalmente, desde la central de radio que está bajo mi responsabilidad?

—Sí. Y espero que todos seamos razonables y evitemos la guerra.

—¿Nosotros? Gregory, no voy a sentarme a conversar con Hongkoo. Tal vez creas que has obtenido algo con esta reunión, pero él va a utilizarte. ¿Por qué piensas que se toma dos horas antes de encontrarse contigo? Para poder planear bien las cosas. Te sacarán fotos mientras te esfuerzas por ser claro y agradable, y todo el mundo pensará que el presidente de los Estados Unidos borra con el codo lo que escribe con la mano...

—¿Acaso no lo hace?

—En este caso no. La oficina de Colón dice que se ha comportado como un tigre desde el principio, tal como debe ser. Los bastardos volaron el centro de Seúl, asesinaron a tu esposa, Gregory...

—No lo *sabemos* todavía —dijo Greg con los dientes apretados.

—Bueno, ¡sí *sabemos* que le dispararon a uno de nuestros aviones, Greg! ¡Tenemos una bolsa con un cadáver como prueba!

—Reaccionaron excesivamente, y eso es precisamente lo que nosotros no *deberíamos* hacer...

—Defcon 3 no es una reacción excesiva. Es una excelente maniobra militar, y el presidente estaba decidido a parar en este punto, hacerlos sudar un poco —Schneider se puso de pie y metió sus grandes manos en los bolsillos—. Diablos, quién sabe lo que hará ese hombre después de tu cartita de amor.

—Estás exagerando las cosas.

—No. Claro que no. En verdad no te das cuenta, ¿no? Gracias a tu fabulosa intervención, el presidente puede quedar en una posición no ganadora precisamente.

—No veo cómo.

—¿Qué pasaría si vas con la rama de olivo en la mano y Corea del Norte la acepta en un principio pero no retira sus tropas hasta que nuestro presidente retire sus efectivos? Si Lawrence se niega, parecerá que está saboteando una posibilidad de paz. Y si los retira, parecerá que fue derrotado.

—Supercherías...

—Gregory, ¿te ordeno que lo *pienses*! ¿Y qué clase de credibilidad le otorgarán los norteamericanos si todo indica que tú estás manejando la política exterior? ¿Qué haremos la próxima vez que un Saddam Hussein o un Raúl Cedras tomen el poder, o algún imbécil envíe misiles a Cuba? ¿Mandaremos llamar a Gregory Donald?

—Hablar con ellos, sí... intentarlo, razonar con ellos. Mientras JFK estaba ocupado con el bloqueo de Cuba, también negociaba como loco con Krushchev por la retirada de los misiles de Turquía. Eso dio por tierra con la crisis, no el poder marítimo. La gente civilizada habla.

—Hong-koo no es civilizado.

—Pero sus superiores sí lo son, y desde esta mañana no hemos mantenido contacto directo de alto nivel con Corea del Norte. Dios santo, te resulta imposible creer que los adultos jueguen juegos como éste, pero así es. Los diplomáticos juegan siempre. Sí puedo abrir el diálogo, aunque sea con Hong-koo...

—Y yo te digo que hablar con ellos no dará buen resultado. Él está en algún lugar a la derecha de Gengis Khan y pongo a Dios por testigo de que ese hombre se burlará de ti.

—Entonces ven conmigo. Ayúdame.

—No puedo. Te lo dije, esta gente hace propaganda. Usarán película blanco y negro y me tomarán fotos. Todos creerán que estoy lamiéndoles el culo como un perrito. Las palomas de Washington se pondrán frenéticas. —Sacó la casete del grabador y la colocó con suavidad sobre la palma de su mano—. Greg, sentí pena por ti cuando supe lo de Soonji. Pero lo que quieres hacer no evitará la muerte de nadie. Todavía hay más de un billón de comunistas a la vuelta de la esquina, y otro billón de fanáticos radicales, líderes religiosos, purificadores étnicos, psicóticos de culto, y Dios sabe qué otras especies más. Yo y los míos nos ocupamos de los otros tres billones, Gregory. Los diplomáticos sólo sirven para ganar tiempo... algunas veces para el bando equivocado, como Neville Chamberlain. No puedes razonar con los locos, Gregory.

Donald miró su pipa.

—Sí... ya veo.

Schneider lo miró extrañado, y luego miró su reloj.

—Aún te quedan seis horas. Te sugiero que duermas, te despiertes con dolor de estómago, y canceles esta cita. Mientras tanto, en lo que concierne a esta base, tu mensaje original ya no existe. Lo borramos del archivo, y retiramos las coordenadas que utilizaste. —Levantó el grabador—. Esto es lo primero que oímos acerca de un encuentro... ellos se comunicaron contigo. Si los coreanos del Norte afirman que tú iniciaste el contacto por radio, lo negaremos. Si tienen una cinta grabada, diremos que es falsa. Si nos contradices, le diremos a la prensa que estabas loco de dolor por la pérdida de tu esposa. Lo siento, Greg, pero así deben ser las cosas.

Gregory clavó la vista en su pipa.

—¿Y si convenzo a Hong-koo para que se retire?

—No lo convencerás.

—¿Y si lo convenzo?

—En ese caso —dijo Schneider—, el presidente se llevará los laureles por haberte enviado aquí, serás un maldito héroe, y yo mismo te colocaré la medalla.

Miércoles, 2.00 hs., Aldea Yanguu

Kim se deslizó al interior del automóvil, apretando la pequeña radio contra su cuerpo para protegerla de la débil llovizna.

Hwan la vigilaba atentamente. Un prisionero con las manos esposadas tras la espalda había usado en cierta oportunidad uno de los extremos del cinturón de seguridad para abrir las esposas y escapar. Pero no la vigilaba porque temiera una huida; en ese caso lo hubiera intentado antes, cuando estaban los dos solos. La observaba porque la joven lo fascinaba. Rara vez el patriotismo y el humanismo se daban en perfecta armonía, pero Kim tenía ese equilibrio. Él anhelaba eso en su propia vida, y siempre se quedaba corto: era casi imposible hurgar en el lado oscuro de la gente sin hundirse en la mugre...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un movimiento brusco a su derecha. La luz de la linterna se movía a tontas y a locas, se produjo un caos general que fue seguido por un desgarrante dolor en el costado del cuerpo de Hwan. Emitió un murmullo ahogado cuando el agudo estilete se hundió en sus pulmones, seguido por otro puntazo que le sacudió la pierna derecha. Trató de aferrarse a la puerta del automóvil para evitar la caída. Falló, se tambaleó, y cayó de espaldas contra el costado del asiento. Mientras intentaba alcanzar la 38 en su pistolera, miró a Cho.

Sólo que no era Cho. La luz del auto arrojaba un lánguido resplandor amarillento sobre la gorra y sobre un rostro que Hwan no reconoció, un rostro tenso y cruel.

Maldita mujer, pensó Hwan en medio del terrible dolor. *Todo el tiempo tuvo a alguien aquí, vigilándonos.*

Le temblaba la mano derecha y no podía cerrar los dedos sobre el arma. El lado derecho de su cuerpo estaba empapado en sangre. Cayó al suelo lentamente.

Hwan vio la hoja filosa de nueve pulgadas manchada con su sangre. Estaba clavada a la altura del estómago. No podría evitar que alcanzara el pecho, arriba y debajo del esternón, un minuto de agonía y después la muerte. Siempre había pensado cómo y cuándo moriría, pero jamás había creído que fuera de este modo, tendido de espaldas, inmóvil en el barro.

Y sintiéndose un tonto, sintió a la muerte inclinarse sobre él. Había confiado en ella, y esperaba que pusieran eso en su lápida a manera de advertencia. Eso, o bien: *Fue un imbécil...*

La pistola de Hwan se deslizó fuera de la pistolera cuando cayó sobre la tierra húmeda. Trató de alcanzarla reflexivamente, tapando las heridas con la mano izquierda, luchando por mantener los ojos abiertos para enfrentar la muerte con lo poco de desafío que aún quedaba en él. Vio que el asesino sonreía vestido con las ropas de Cho, y luego percibió una luz rápida y blanca, como relámpagos, seguida por una segunda y una tercera. Los relámpagos estaban justo encima de él y cerró los ojos porque la luz que producían lo cegaba. Tronó un momento. El trueno hizo eco y luego el eco murió; sólo quedó el repiquetear de la lluvia sobre su rostro y el calor desgarrante en su costado.

Kim se inclinó sobre Hwan y se arrodilló a su lado. Tomó el cuchillo y durante un momento de confusión él no pudo comprender por qué no había sentido los disparos... y por qué la muchacha iba a apuñalarlo en lugar de dispararle a quemarropa.

Debía estar temblando, porque ella le pidió que se quedara quieto. Trató de relajarse, y tomó conciencia del profundo dolor que le causaba respirar.

Kim tiró de la camisa, le aflojó el cinturón, cortó un trozo de tela, y levantó la linterna. Después de estudiar sus heridas se levantó y saltó por encima de él; Hwan giró dificultosamente para observar cómo le sacaba los zapatos y las medias al asesino; luego le desabrochó el cinturón y se lo quitó también. Hwan decayó aún más, ahora respiraba en estertores.

—¿Ch-Cho? —alcanzó a preguntar.

—No sé dónde está su cuerpo.

Su cuerpo...

—Este hombre debe habernos seguido. No pregunte: no sé quién es.

No... con Kim... desde el atentado...

Kim colocó el cinturón alrededor de la cintura de Hwan pero no lo ajustó; puso una media contra cada una de las heridas.

—Esto puede doler —dijo mientras ajustaba levemente el cinturón.

Hwan farfulló algo. El dolor lo abatía y quemaba desde el brazo derecho a la rodilla. Estaba tendido de espaldas, respirando con dificultad. Kim se puso tras él, lo tomó por debajo de los hombros y lo subió al asiento trasero del automóvil.

Cuando la joven colocó la radio en el piso, Hwan trató de levantarse sobre un codo.

—E-e-espere... cuerpo.

Ella lo ayudó a recostarse y trató de sujetarlo con el cinturón de seguridad.

—¡No sé dónde está Cho!

—¡No! Huellas... digitales.

Kim comprendió. Cerró la puerta, abrió la puerta del acompañante, y metió adentro al muerto. Luego corrió al asiento del conductor y, cuando iba a entrar, se detuvo en seco.

—¡Debo encontrar a Cho! —dijo retrocediendo.

Linterna en mano, la enfocó al suelo y siguió los pasos del asesino. Aunque había ansiedad en sus movimientos, exteriormente permanecía calma, concentrada. Las huellas llevaban a un monte boscoso y tupido, a unos cuarenta metros al costado de la cabaña. Allí encontró el scooter y, detrás, el cadáver del conductor. Cho estaba tendido cabeza abajo en una pequeña loma, de espaldas, con la mitad del pecho bañado en sangre oscura.

Atravesó el barro hasta llegar junto a Cho, y buscó frenéticamente en sus bolsillos hasta encontrar las llaves del automóvil. Luego volvió corriendo.

Hwan yacía quieto, sosteniéndose el costado. Tenía los ojos cerrados con fuerza y jadeaba. Cuando escuchó el ruido del motor, abrió los ojos.

—Auto... radio.

Kim puso en marcha el automóvil y arrancó a toda velocidad.

—¿Quiere que les diga lo ocurrido?

—Sí... —El cinturón se le clavaba en la carne y él trataba de no moverse—. Necesito... identificar... rápido.

—Identificar al asesino. Por las huellas digitales.

Hwan no tenía fuerzas para hablar. Asintió, sin estar seguro de que Kim lo hubiera visto, y luego la oyó hablar por radio. Trató de recordar exactamente lo que estaba pensando de ella, pero cada pequeña respiración, cada salto del coche, lo hacían estremecer. Trataba de no moverse. Trabó el codo derecho en el repliegue trasero del asiento y puso la mano izquierda sobre el asiento delantero en un esfuerzo por abrazarse a sí mismo. Sentía como si tuviera una correa dentro del cuerpo, cada vez más ajustada, que le ataba el lado derecho. Los pensamientos y las imágenes se mezclaban arremolinados en su mente mientras luchaba contra el dolor e intentaba seguir despierto.

No era un coreano del Norte... ella no le hubiera disparado... pero quién... en el Sur... ¿Por qué...?

Y entonces el fuego llegó a su cerebro, y el dolor lo hundió impiadosamente en la inconsciencia.

Martes, 12.30 hs., Centro de Operaciones

El doctor Orlito Trias estaba en la habitación de Alexander cuando Hood llamó por teléfono. Tenía los modales del doctor Frankenstein, pero era buen médico y científico dedicado.

—Paul —dijo con su cerrado acento filipino—, me alegra que hayas llamado. Tu hijo tiene un virus.

Hood sintió un escalofrío. En otros tiempos, antes del SIDA, esa palabra sugería un problema de fácil tratamiento con antibióticos.

—¿Qué clase de virus? En lenguaje común y corriente, Orlito.

—El niño tuvo una infección bronquial aguda hace dos semanas. La infección parecía estar curada, pero el adenovirus se escondió en sus pulmones. Se disparó con los alérgenos del aire, y por eso las drogas con esteroides y la medicación broncodilatadora fracasaron. Es una forma de enfermedad obstructiva pulmonar.

—¿Qué tratamiento indicas? —preguntó Hood.

—Terapia antiviral. Hemos descubierto la infección relativamente pronto, y tenemos todas las razones para creer que no se propagará.

—Razones para creer...

—Está debilitado —dijo Orlito—, y estos virus son muy oportunistas. Nunca se sabe.

Dios mío, Orlito.

—¿Sharon está ahí?

—Sí.

—¿Ya lo sabe? —preguntó Hood.

—Sí. Le he dicho lo mismo que te dije a ti.

—Pásame con ella... y gracias.

—De nada. Volveré aquí cada hora, a ver cómo están las cosas. Un instante después se oyó la voz de Sharon.

—Paul...

—Ya sé. Orlito no tiene futuro diplomático en las Naciones Unidas.

—No es eso —dijo Sharon—. Prefiero saber a no saber. Es la espera. Sabes que nunca fui buena para esperar.

—Alex mejorará, Sharon.

—Tú no puedes saberlo. Trabajé en un hospital, Paul. Sé que estas cosas pueden terminar mal.

—Orlito no se marcharía si la situación fuera verdaderamente seria.

—¡Él *no puede hacer nada!* Por eso se marcha.

Ann entró en la oficina con el almuerzo en los brazos; se detuvo en el umbral al ver la expresión de Hood.

Bugs envió un mensaje urgente a través del correo de pantalla: el secretario de Defensa, Ernie Colón, quería hablarle.

—Escucha —dijo Sharon—, no te llamé por teléfono porque quiero que abandones lo que estás haciendo y vengas aquí. Sólo necesitaba anclaje, protección, ¿comprendes, Paul?

Hood oyó el miedo en su voz; ella luchaba por no llorar.

—Por supuesto que comprendo, Sharon. Llámame si ocurre algo... o te llamaré yo en cuanto pueda.

Ella colgó, y Hood pasó del teléfono común al teléfono de seguridad computerizado. Se sentía menos que un marido, menos que un padre y por supuesto menos que un hombre.

—Paul —dijo Colón con aspereza—, acabamos de enterarnos de que tu hombre Donald envió una transmisión de radio no autorizada al Norte, solicitando un encuentro con el general Hong-koo.

—¿*Qué?*

—Y lo que es peor, ellos aceptaron. Si llega a saberse, diremos que fue el Norte quien entró en contacto con él, pero sería mejor que intervinieras y trataras de persuadirlo para que no concurra. El general Schneider hizo lo imposible por disuadirlo, pero Donald insiste en asistir al encuentro.

—Gracias —dijo Hood y llamó a Bugs. Le dijo que se comunicara por línea segura con la DMZ y que consiguiera una conversación telefónica con Gregory Donald. Luego llamó a Liz Gordon y le pidió que fuera a su oficina.

—¿Quieres que te deje la comida y me vaya? —preguntó Ann.

—No. Quiero que te quedes.

La expresión de Ann se iluminó.

—Tal vez tengamos una pesadilla entre manos.

Los ojos de Ann se ensombrecieron.

—Claro —dijo. Se sentó del otro lado del escritorio de Hood y abrió los paquetes del almuerzo para ambos.

—¿Qué pasó con Alex?

—Trias dice que tiene una infección pulmonar. Cree que está bajo control, pero ya conoces a Orlito... no percibe muy bien a la gente.

—Hmmm —dijo Ann, y sus ojos se ensombrecieron todavía más. Hood levantó el tenedor y lo clavó en una rodaja de tomate.

—¿Sabes algo de Matt y su cacería del virus?

—Nada. ¿Quieres que averigüe?

—No, gracias. Lo haré yo mismo cuando termine con Gregory.

Pobre tipo, debe estar pasando por el infierno. Los acontecimientos nos atrapan de tal modo aquí, que muchas veces nos olvidamos de la gente.

El teléfono de seguridad sonó justo cuando entraban Liz Gordon y Lowell Coffey. El prefijo de Donald apareció en la pantalla junto con su número. Hood le hizo un gesto a Liz para que cerrara la puerta. Ella se sentó y Coffey permaneció de pie detrás de Ann, que se movía incómoda por la proximidad. Hood pulsó la tecla Speaker.

—Gregory, ¿Cómo estás?

—Muy bien. Paul, ¿estás en línea segura?

—Sí.

—Bien. ¿Y estás en Speaker?

—Sí.

—¿Quiénes están contigo, Liz, Ann y Lowell?

—Lista completa.

—Por supuesto. Entonces vamos al grano. Envié un mensaje radial a Hong-koo y me contestó. Me encontraré con él dentro de cinco horas y media. ¿Por qué disparar balas cuando puedes disparar palabras? Ése ha sido siempre mi lema.

—Es bueno, Greg, pero no se aplica a Corea del Norte.

—Eso es lo que dijo el general Schneider cuando me leyó el acta oficial. Me dejará a la buena de Dios. Y Washington hará lo mismo, según me han dicho. —Titubeó un momento.— ¿Estás ahí, Paul?

—Dame un minuto.

Hood pulsó el botón Mudo y miró a Liz. Por el rabillo del ojo vio que Ann asentía, solemne. Lowell seguía de pie, inmóvil, inexpresivo. La psicóloga del Equipo se mordió el labio inferior y luego sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Hood.

—Como aliado, tendría una oportunidad de hacerlo cambiar de idea. Pero como adversario es imposible.

—¿Qué pasará si lo despido?

—Eso no cambiará las cosas. Es un hombre que ha recibido un duro golpe en el día de hoy, y está convencido de actuar con prudencia y compasión —reacción común en estos casos—; en suma, no podrán disuadirlo.

—Lowell, qué pasa si Schneider lo acusa de algo, apropiación ilegal de equipo gubernamental para hacer la llamada de radio, algo por el estilo, y lo arresta.

—Eso traería aparejado un juicio sumamente confuso, y tal vez nos obligaría a revelar cosas que no queremos revelar acerca de nuestro funcionamiento interno.

—¿Y si sólo lo detienen por veinticuatro horas? Razones de seguridad, alguna mierda por el estilo.

—Puede demandarte. Igual resultado.

—Pero no lo hará —dijo Liz—. Revisé su archivo cuando lo designaste, Paul. Nunca ha cometido actos de venganza. Ése fue uno

de sus mayores problemas en lo que concierne a la carrera diplomática. Era un verdadero cristiano.

—Ann, ¿qué clase de prensa hay allí?

—Habitualmente no hay nadie, todos tienen base en Seúl. Pero estoy segura de que los periodistas ya han conseguido credenciales y están en viaje rumbo a la DMZ. Crearán todo tipo de historias al respecto. En especial sobre la conducta de un antiguo diplomático de alto nivel.

—¿Y qué nos hará la prensa a *nosotros* si Donald va a la cita y descubre que está vinculado con el Centro de Operaciones?

—Dirán que somos un grupo de traidores que trabaja fuera del *establishment* —advirtió Lowell.

—Odio tener que coincidir con Lowell —admitió Ann—, pero tiene razón.

—Donald no dirá una palabra —dijo Liz—. No hablará aunque se enfurezca. En lo que concierne al mundo, trabaja para la Sociedad de Amigos Norteamericano-Coreana.

—Pero Schneider sabe la verdad —dijo Lowell—, y no estará contento con todo esto.

—Ya no lo está —dijo Hood.

—¡Exacto! Y él puede filtrar esa información a la prensa, sólo para frenar toda la situación.

—No creo que debemos preocuparnos por eso, —dijo Hood—. No querrá comprometer al presidente exponiendo a una organización que Lawrence mismo promovió con ahínco. —Hood apagó el Mudo—. Greg, ¿abandonarías este plan si convengo a alguien de la embajada para que se una a ti?

—Por favor, Paul. La embajadora Hall no se unirá a mí sin la aprobación del presidente, y no conseguirás la aprobación del presidente.

—Pospongamos el encuentro y lo intentaré. Mike Rodgers está camino a Japón. Aterrizará en Osaka alrededor de las seis. Hablaré con él para que te acompañe.

—Te agradezco el esfuerzo y la paciencia, pero sabes que si me demoro, aunque sea un minuto, los coreanos del Norte creerán que estoy jugando con ellos. Son muy sensibles al respecto, y no me darán una segunda oportunidad de batear. Voy a ir. Pero aún queda sin responder una pregunta: ¿estás conmigo... o en mi contra?

Hood mantuvo un silencio absoluto por un instante y luego miró los rostros de sus compañeros.

—Estoy contigo, Greg.

Hubo un largo silencio al otro extremo de la línea.

—Me tomaste por sorpresa, Paul. Pensaba que ibas a despedirme.

—También yo lo pensé, sólo un instante.

—Gracias por evitarlo.

—Te contraté por tu experiencia, Greg. Veamos si hice una buena elección. Si quieres volver a hablar, aquí estaré.

Hood cortó la comunicación. Advirtió la rodaja de tomate todavía pinchada en su tenedor y la comió. Liz lo felicitó discretamente. Ann y Lowell se quedaron mirándolo.

Hood tocó el intercom.

—Bugs, por favor consígueme un informe de los progresos de Matt.

—Enseguida.

—Paul —dijo Lowell—, esto acabará con Donald... y con nosotros.

—¿Qué pretendías que hiciera? Iba a ir de todos modos, y no dejaré solo a ninguno de mis hombres —Hood masticaba lentamente—. Además, tal vez obtenga algo positivo. Es un buen hombre.

—Exactamente —intervino Ann—. Y todo el mundo lo sabe. Cuando aparezca el video de Donald y los coreanos del Norte en el noticiero de la noche, el video de un hombre que ha perdido a su esposa y *todavía* está dispuesto a perdonar, todos nosotros estaremos buscando un nuevo empleo.

—Así es —dijo Coffey—. Podemos ir a trabajar para Corea del Norte. Nos deben mucho a partir de hoy.

—Tengan un poco de fe —dijo Hood. Señaló con el dedo a Coffey y Ann alternativamente—. Y ustedes dos prepárenme algo por si acaso Gregory fracasa.

Sonó el teléfono y Hood atendió. Era Stoll.

—Paul —dijo—, es mejor que vengas y veas personalmente lo que descubrí.

Hood se levantó de un salto.

—Dímelo en pocas palabras.

—En resumen, hemos dado en el blanco.

Miércoles, 2.35 hs., las Montañas Diamante

Los misiles Nodong eran Scuds de Corea del Norte modificados.

La construcción era virtualmente idéntica, un compartimento adaptado para una carga útil de doscientas libras y un alcance de mil kilómetros. Con una carga útil de setenta y cinco libras de explosivos pesados, los Nodong podían volar cerca de mil quinientos kilómetros. Eran certeros en un radio de medio kilómetro del blanco.

Igual que los Scuds, los Nodong podían ser lanzados desde emplazamientos fijos o lanzadores móviles. Los lanzadores-Silo posibilitaban lanzar golpes múltiples durante una hora, pero eran altamente vulnerables a la represalia del enemigo. Los lanzadores móviles sólo podían transportar un misil y debían ser recargados en aprovisionadores de carga ocultos.

Los lanzadores fijos, al igual que los móviles, se operaban mediante un sistema de clave única, previa programación de las coordenadas de lanzamiento en las computadoras. Al insertar la clave se iniciaba un conteo regresivo de dos minutos; durante ese lapso se podía detener el lanzamiento ingresando nuevamente la clave y el código de cancelación. El único que conocía el código era el oficial a cargo. En el caso de que estuviera incapacitado para proporcionarlo, el segundo oficial a cargo debía solicitar el código a Pyongyang.

El Nodong tenía un sistema poco sofisticado en lo respectivo a misiles. Pero era eficaz en su propósito, que consistía en mantener la honestidad de Seúl bajo la amenaza de una súbita destrucción venida del cielo. Incluso con la instalación de los misiles Patriot el peligro seguía siendo muy real y tangible: diseñado para rastrear y atacar al misil propiamente dicho, el Patriot solía dejar intacta la cabeza, permitiendo de ese modo que cayera y explotara en algún sitio del blanco.

El coronel Ki-Soo era el oficial de mayor rango en el emplazamiento de las Montañas Diamante, y cuando el guardia le comunicó por radio la llegada del coronel Sun, recibió una verdadera sorpresa. El calvo oficial de rostro oval y somnoliento estaba descansando en

su carpa, levantada a los pies de una escarpada colina, y tuvo que levantarse de un salto para dar la bienvenida al jeep que acababa de llegar. Sun entregó las órdenes sin que se las pidiera, y Kin-Soo volvió a meterse en su carpa oculta.

Aseguró la puerta de la carpa, encendió la linterna, sacó los papeles del portafolios de cuero y desplegó la única hoja:

Oficina del Comando Superior
Pyongyang, junio 15, 16.30 hs.

De: Coronel Dho Oko

A: Coronel Kim Ki-Soo

El coronel Lee Sun ha sido despachado por el general Pil de Operaciones de Inteligencia para supervisar la seguridad de los misiles a su cargo. No interferirá con sus operaciones a menos que afecten directamente la seguridad del emplazamiento.

En la parte inferior del documento estaban fijados los sellos del general de las Fuerzas Armadas y el general Pil.

Ki-Soo plegó cuidadosamente el documento y volvió a colocarlo en el portafolios. Era auténtico, pero algo le resultaba extraño. Sun había llegado con dos agentes... uno para vigilar cada misil, lo cual era bastante sensato. Pero algo estaba fuera de lugar.

Miró el teléfono de campo y pensó en llamar a los cuarteles generales. Escuchó sonido de pisadas en la grava, apagó la linterna y abrió la puerta de la carpa de un manotazo: el coronel Sun estaba de pie en la oscuridad, frente a la carpa. Tenía las manos aferradas detrás de la espalda y el cuerpo rígido.

—¿Todo está en orden?

—Así parece —respondió Ki-Soo—, aunque hay algo que despierta mi curiosidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Sun.

—Generalmente, las órdenes de esta clase mencionan la cantidad de hombres de la partida. Pero la suya no.

—Yo creo que sí. A mí me mencionan.

Ki-Soo miró al otro hombre parado junto al jeep. Lo señaló con el pulgar.

—¿Y ese hombre?

—No es un agente —dijo Sun—. Nuestro departamento carece de recursos en este momento. Este hombre fue enviado para acompañarme en la travesía por las montañas. Se quedará conmigo hasta el regreso. Ésa es su única función.

—Ya veo —dijo Ki-Soo. Le entregó las órdenes a Sun—. Póngase cómodo en mi carpa, coronel. Si lo desea, puedo pedir que traigan algo de comer.

—No, gracias —dijo Sun—. Preferiría recorrer el perímetro y

ver dónde podemos ser vulnerables. Si necesito algo, se lo haré saber.

Ki-Soo hizo un gesto afirmativo y Sun regresó al jeep. Tomó un poderoso reflector de una caja de herramientas en la parte trasera y se alejó en compañía de sus hombres. Dejaron atrás el campamento rumbo al emplazamiento aislado de los misiles.

Miércoles, 2.45 hs., la DMZ

Lee recibió la advertencia de Koh justo cuando había terminado de ocultar los tambores de tabún en un nicho del túnel. Salió del túnel para recibir la llamada, y luego volvió a deslizarse por la soga de cáñamo.

Así que Gregory Donald se encontraría con el general Hong-koo dentro de unas horas. Eso no debía ocurrir. Atraería las simpatías hacia el Norte e incluso podría convencer de su inocencia a ciertos líderes mundiales. Las fases dos y tres del operativo debían continuar durante el pico de tensión.

Donald tendría que morir. Pronto.

Lee aleccionó al privado Yoo, el único soldado que se había quedado con él. Los otros habían regresado a la base con la camioneta; si la camioneta no estaba de vuelta cuando debía estar, el general Norbom podía exigir una investigación.

Trasladarían el gas al Norte, como estaba planeado, pero una vez allí Yoo tendría que colocarlo él solo en el lugar asignado mientras Lee se encargaba de Donald. Yoo comprendió y aceptó agradecido la tarea, prometiendo que todo se haría tal como lo habían planeado. Lee no esperaba menos de los miembros de su equipo; todos estaban entrenados para completar la misión si le ocurría algo a un camarada. Acucillados en la oscuridad, los hombres iniciaron el trabajo que tantas veces habían ensayado en los papeles.

Los túneles habían sido excavados por los coreanos del Norte, y formaban una compleja red de casi dos kilómetros de norte a sur y medio kilómetro de este a oeste. Aunque Inteligencia Militar conocía la existencia de estos túneles y hacía ocasionales intentos de cerrarlos, los coreanos del Norte eran como hormigas: cuando les cerraban una entrada, abrían otra. En una ocasión habían bombardeado toda la zona y, como eso causó el derrumbe de grandes sectores del túnel, los coreanos del Norte se encogieron de hombros y simplemente excavaron nuevos sectores, esta vez más profundos.

Lee y sus hombres habían abierto un túnel propio poco tiempo atrás, con la evidente intención de espiar los movimientos del Norte. Aunque el pasadizo vertical de nueve metros tenía casi un metro y

medio de diámetro, el túnel en sí mismo era más angosto, por debajo del metro de diámetro, e idéntico a los túneles de Corea del Norte; este conducto se vinculaba con el conducto principal del túnel de Corea del Norte a sólo nueve metros de la frontera.

Para bajar los cuatro tambores de cuarto de tabún, uno de los hombres había descendido al fondo del pasadizo mientras el otro los bajaba mediante una eslinga y Lee montaba guardia. Colocaron los tambores en un nicho que habían excavado en el sector más alejado del pasadizo, lejos del túnel; de otro modo, no hubiera habido suficiente lugar para los tambores y los hombres. Ahora Yoo tendría que retroceder a través del túnel, guiando cada tambor mientras Lee lo empujaba hacia adelante. Los tambores tenían la medida exacta para pasar entre las paredes del túnel, y allí donde el túnel se angostara un poco sería necesario levantarlos con extrema suavidad y empujarlos cuidadosamente.

Lee había calculado que cada viaje a través del laberinto subterráneo llevaría setenta y cinco minutos. Eso no le dejaría mucho tiempo para ocuparse de Donald, pero igual tendría que hacerlo; no podía arrepentirse justamente ahora, a menos que lo atraparan y no pudiera cumplir su misión.

El mayor Lee sacó una pequeña linterna del bolsillo de su uniforme, la encendió, y la amarró a la charretera sobre el hombro. Yoo retrocedió apenas por el túnel mientras Lee retiraba suavemente el primer tambor del nicho y lo llevaba a paso de hombre hasta la entrada. Gateando, lo hizo rodar en dirección a Yoo, que revisaba el túnel en busca de guijarros filosos que no hubieran advertido en sus barridos previos...

Miércoles, 2.55 hs., Seúl

El automóvil de la KCIA frenó bruscamente frente a la entrada de emergencia del National University Hospital sobre Yulgongno. La señorita Chong salió corriendo del auto y atravesó velozmente las puertas automáticas pidiendo ayuda para un hombre herido de gravedad. Dos médicos corrieron hacia el vehículo, uno se dedicó a Hwan y otro a la silueta del asiento delantero.

—¡Ése está muerto! —aulló Kim al segundo médico—. ¡Hagan algo por este hombre! ¡Ayúdenlo, por favor!

No obstante, el médico abrió la puerta delantera y tomó el pulso al asesino. Luego se metió medio cuerpo en el vehículo para practicarle respiración boca a boca. En el asiento trasero, el médico quitó con extrema delicadeza, pero también con extrema rapidez, el cinturón y las medias que cubrían las heridas de Hwan. Hwan estaba pálido y semiinconsciente cuando llegaron, pero se despertó por completo cuando dos enfermeros se acercaron corriendo con una camilla y lo colocaron encima.

Hwan levantó una mano, parecía estar acariciando el aire.

—¡Kim!

—Aquí estoy —dijo ella, acercándose para tomar su mano. La apretó con fuerza entre las suyas mientras lo trasladaban al hospital.

—Ocúpate de... lo otro...

—Sí —dijo ella—. Me ocuparé de eso.

Soltó la mano de Hwan y vio cómo entraba la camilla. Luego regresó al automóvil donde el médico había desistido de resucitar al asesino y estaba examinando las heridas de bala. Hizo un gesto hacia la puerta del hospital.

—¿Qué ocurrió, señorita?

—Algo horrible —dijo Kim—. El señor Hwan y yo íbamos rumbo a nuestra cabaña en la aldea Yanguu y nos detuvimos para auxiliar a este hombre. Aparentemente había sufrido un accidente con su scooter. El hombre apuñaló al señor Hwan, y el señor Hwan le disparó.

—¿No sabe por qué?

Ella hizo un gesto negativo.

—¿Me haría el favor de acompañarme, señorita? Tendrá que darnos información acerca del herido, y la policía querrá hablar con usted.

—Por supuesto —dijo ella, viendo acercarse una camilla—. Antes permítame estacionar el auto.

Dos enfermeros sacaron el cadáver del automóvil, lo pusieron sobre la camilla y lo cubrieron con una sábana blanca. Cuando se fueron, Kim se sentó frente al volante y guió rumbo al estacionamiento. Encontró un lugar vacío, estacionó, levantó el teléfono y presionó el botón rojo del receptor. Respondió de inmediato el oficial de recepción de la KCIA.

—Estoy llamando desde el teléfono del automóvil de Kim Hwan —dijo Kim—. Fue herido por un asesino y está en el National University Hospital. El hombre que lo hirió está muerto. También está en el hospital. El señor Hwan cree que ese hombre estaba involucrado con los terroristas que atacaron el Palacio, y pide que chequeen sus huellas digitales y averigüen quién es.

Kim colgó abruptamente e ignoró el teléfono, que comenzó a sonar. Recorrió con la mirada el estacionamiento y vio un auto que conocía: un Toyota Tercel. Recuperó su radio del asiento trasero, la puso en el suelo, la encendió y la colocó en el ángulo adecuado para que la luz del dial brillara debajo del tablero. Encontró los cables de encendido donde sus instructores le habían enseñado a localizarlos, los unió, puso en marcha el vehículo y se alejó rumbo al norte.

Martes, 13.10 hs., Centro de Operaciones

Cuando Hood llegó a la oficina de Matt Stoll, el oficial de Apoyo de Operaciones estaba finalizando su trabajo. Había una gran sonrisa en su rostro pleno y redondo, y sus ojos ostentaban una mirada triunfal.

—Paul, esto fue genio, genio puro y maravilloso —dijo—. Creé todo tipo de seguridades y diagnósticos y chequeos y dobles chequeos para asegurarme de que no hubiera virus en el software recién ingresado, y me derrotaron a pesar de todas mis prevenciones.

—¿Quién, y cómo?

—Coreanos del Sur. O al menos alguien que tenga acceso a su software. Aquí está, en el diskette SK-17.

Hood se inclinó sobre la pantalla y observó una serie de números y letras intermitentes.

—¿Qué se supone que estoy viendo?

—Todo lo que metieron en nuestro sistema de computación desde este único diskette. Lo estoy tirando a la basura... le ordené a la computadora que lea el programa original y haga desaparecer éste en su totalidad.

—¿Pero cómo entró?

—Estaba oculto en un relevamiento rutinario de personal. Ésa es una clase de archivo que puede ser voluminoso o pequeño, y a nadie se le ocurriría revisarlo. Difiere sustancialmente de un archivo sobre, digamos, movimientos de agentes con base en las islas Mascarene. Si éste último se agrandara imprevistamente, cualquiera lo advertiría.

—Así que el virus estaba escondido en ese archivo.

—Correcto. Y estaba programado para ingresar un nuevo programa satelital en nuestro sistema exactamente cuando lo hizo. Un programa que escaneó el archivo Biblioteca, lo abasteció de fotos recientes, y creó imágenes falsas... las imágenes que los saboteadores querían que viéramos.

—¿Cómo llegó a la NRO?

—El virus los atacó a través de nuestra línea telefónica. La

línea es segura para el exterior... pero no para llamados internos. Tendremos que pensar algo al respecto.

—Pero sigo sin entender quién o qué *programó* el virus.

La gran sonrisa de Stoll se volvió todavía más grande.

—Ahí esta la genialidad de lo que hicieron. Mira esto.

Activó una laptop e ingresó el diskette, después de sacarlo con cuidado, y casi reverencialmente, de la computadora principal. Aparecieron los títulos en pantalla y Stoll los señaló con un gesto.

Hood leyó todo lo que apareció en pantalla.

—Corea del Sur diskette número 17, archivado por..., chequeado por..., aceptado por un general, y enviado por correo militar hace cinco semanas. ¿Qué significa esto?

—Nada. Lee el extremo inferior, por favor.

Hood miró. Tuvo que acercarse un poco para leer las letras pequeñas.

—Copyright 1988 por Angiras Software. ¿Qué tiene eso de particular?

—Todas las agencias gubernamentales escriben sus propios softwares. No es como el WordPerfect, donde algo puede tener su copyright. Pero nuestras computadoras algunas veces *ingresan* software con copyright incluido y yo le ordené al sistema que los ignorara.

Hood comenzaba a entender.

—¿Éste fue el que disparó el virus?

—No. Éste ocasionó el apagón general del sistema que permitió que el virus ingresara sin ser detectado. Esa fecha... ¿1988? Es una fecha pero también es un reloj. O mejor, un pequeño programa enterrado en la fecha mete sus zarpas en nuestro reloj y lo apaga. Durante exactamente diecinueve punto ocho segundos.

Hood asintió.

—Buen trabajo, Matty.

—Un trabajo de mierda, Paul. Aparecen cosas como éstas en los programas y ni siquiera se registran en el cerebro. Por cierto el mío no las registró, y alguien en Corea del Sur sacó ventaja de eso.

—¿Pero quién?

—La fecha puede ayudarnos a descubrirlo. Chequeé nuestros archivos. Uno de los hitos de 1988 fue cuando los estudiantes radicales que exigían la reunificación chocaron con la policía. El gobierno obró con mano dura y acabó con ese movimiento. Alguien que está a favor o en contra de la reunificación tal vez haya escogido esa fecha como símbolo. Ya sabes... de la misma manera que el Acertijo dejaba pistas para Batman haciendo gala de cierta retorcida vanidad.

Hood sonrió.

—No pondría lo de Batman en el informe oficial si fuera tú. Pero éste es el golpe extra que necesitábamos para convencer al presidente de que los coreanos del Sur están detrás de todo esto.

—Exactamente.

—De verdad, diste en el clavo. Envía esa página titular a mi computadora y veremos qué nos dice Lawrence.

—¿Cómo sabemos que no se trata de un infiltrado de Corea del Norte que trabaja en el Sur? —preguntó Burkow.

—No lo sabemos, señor presidente —dijo Hood. Escuchaba por el teléfono seguro mientras el presidente y Burkow estudiaban el documento—. ¿Pero qué motivo llevaría a los líderes de Pyongyang a interferir con nuestros satélites y *hacernos creer* que se están preparando para la guerra? Ellos *pueden* movilizar tropas en su territorio, entonces... ¿para qué crearse tantos problemas?

—Para que seamos nosotros los agresores —dijo Burkow.

—No, Steve, Paul tiene toda la razón. Esto no me huele a trabajo del gobierno. La República Popular Democrática de Corea no es tan sutil. Se trata de una facción, y puede proceder del Norte o del Sur.

—Gracias —dijo Hood, obviamente aliviado.

Su indicador de correo computarizado hizo un bip-bip. Bugs jamás interrumpiría a Hood durante una conversación telefónica con el presidente, de modo que le envió un mensaje a través del monitor de la computadora. Como el mensaje fue enviado directamente a la pantalla televisiva, y no a través de la computadora propiamente dicha, el presidente no podía verlo.

A Hood se le endureció el estómago al leer el breve memo:

Del director de la KCIA Yung-Hoon: Kim Hwan apuñalado por asesino. En cirugía. Espía de la RPDC escapó. Asesino muerto. Comprobando identidad ahora.

Hood apoyó el mentón en la mano izquierda. Había resultado ser un deficiente jefe de la Fuerza de Tareas Coreana. Sabía todo lo que había ocurrido después del atentado, sabía que una persona o un grupo quería desesperadamente la guerra, y no tenía idea de quiénes eran. De pronto comprendió a qué se debía la brusquedad de Orlito Trias. No era desconsiderado con el enfermo: simplemente se sentía frustrado frente a un enemigo que no podía reconocer.

Le ordenó a Bugs que se mantuviera al tanto de la situación, que transmitiera el mensaje a Herbert y McCaskey, y que agradeciera a Yung-Hoon. También solicitó que el director de la KCIA les hiciera saber la identidad del asesino en cuanto la conocieran, y también la evolución del señor Hwan.

—... pero, como te dije antes, Paul —estaba diciendo el presidente—, estamos más allá de eso ahora. No importa quién haya iniciado esta fase de la confrontación: el hecho es que estamos en el medio.

Hood se obligó a volver a la conversación.

—Eso es incuestionable —dijo Burkow—. Con franqueza, iré al primer escenario de batalla del informe de opciones militares. Paul, ¿te parece que funcionaría...?

—Demonios, sí. ¡Dios santo, el plan del secretario de Defensa es un Terminator! Por lo que estamos viendo, el Norte espera otra Desert Storm, con un período de suavizamiento. Medio millón de efectivos movilizándose al Norte, ataques aéreos contra centros de comunicación, misiles levantados en todos los aeropuertos y bases militares de la nación... seguro, Steve. Podría funcionar. Y apenas perderíamos tres mil efectivos, de primera clase. ¿Por qué arreglar las cosas pacíficamente cuando podemos perder soldados y asolar un país que será un drenaje financiero para el Sur en los próximos cuarenta o sesenta años?

—Suficiente —dijo el presidente—. En vista de la información reciente, ordenaré a la embajadora que indague acerca de una posible solución diplomática.

—¿Que indague?

Sonó el teléfono ordinario de Hood. Miró la clave del hablante: era una llamada del hospital.

—Señor presidente, debo atender esta llamada. ¿Me permite?

—Sí. Paul, quiero la cabeza del que invadió nuestro software.

—De acuerdo, señor presidente. Pero si eso sucede, la mía la acompañará.

El muy hijo de puta, pensó Hood al colgar el teléfono seguro. *Todo tiene que ser un maldito gesto grandilocuente. Estás adentro, estás afuera, entramos en guerra, firmamos la paz.* Le hubiera gustado que Lawrence tuviera un hobby. Una persona que vive y trabaja veinticuatro horas por día se expone a perder el sentido de las proporciones.

Hood levantó el tubo de la línea no segura.

—Sharon... ¿Cómo está Alex?

—Mucho mejor —dijo ella—. Sucedió de golpe; respiró profundamente y cesó el ronquido. El médico dice que sus pulmones trabajan un veinte por ciento más ahora... va a mejorarse, Paul.

Por primera vez en el día la voz de Sharon sonaba calma, relajada. Escuchó a la niña que había en ella, y le alegró tenerla de vuelta junto a él.

Darrell McCaskey y Bob Herbert se detuvieron en el vano de la puerta. Hood les hizo señas para que entraran.

—Sharon, los amo. A los dos...

—Ya sé. Tienes que cortar...

—Sí —dijo Hood—. Lo siento.

—No te preocupes. Te portaste muy bien hoy. ¿Te di las gracias cuando pasaste antes por aquí?

—Creo que sí.

—Si no lo hice, gracias —dijo Sharon—. Te amo.

—Besos a Alex.

Sharon cortó y Hood colocó el tubo en la horquilla con suavidad.

—Mi hijo está bien y mi esposa no está furiosa conmigo —dijo, mientras dejaba vagar su mirada de un hombre a otro—. Si tienen malas noticias, éste es el momento de dármelas.

McCaskey dio un paso adelante.

—¿Recuerdas a la oficial de Reconocimiento que fue asesinada, Judy Margolin? Parece que una de sus últimas fotos era una instantánea del MIG que se les iba encima.

—¿Alguien la hizo llegar a la prensa?

—Peor —dijo McCaskey—. Los muchachos de computación del Pentágono pudieron leer los números identificatorios del avión. Iniciaron la búsqueda entre las fotos de reconocimiento más recientes a fin de localizar la base de esa nave.

—Dios santo, no...

—Sí —dijo Herbert—. El presidente acaba de autorizar a la Fuerza Aérea para que vaya a buscarlo.

Miércoles, 3.30 hs., Sariwon

Sariwon, en Corea del Norte, se localizaba trescientos kilómetros al oeste del Mar del Japón, sesenta kilómetros al este del Mar Amarillo y sesenta kilómetros al sur de Pyongyang.

La base aérea de Sariwon era la primera línea de defensa contra un ataque aéreo o misilístico de Corea del Sur. Es una de las bases más antiguas del país, y fue construida en 1952 durante la guerra y abastecida por los adelantos tecnológicos de China y la Unión Soviética. Pero los adelantos no llegaban con la frecuencia que Pyongyang hubiera necesitado: los aliados de Corea del Norte tenían el permanente temor de que una eventual reunificación con el Sur diera acceso a Occidente a la nueva tecnología militar, de modo que el Norte siempre quedaba varios pasos atrás de Moscú y Beijing.

Sariwon tenía un radar con un alcance de sesenta kilómetros y capaz de leer objetos de hasta ocho metros de diámetro. Este radar les daba la capacidad de detectar virtualmente cualquier tipo de vehículo aéreo que se acercara a ellos. Por ejemplo, un ataque del oeste no le daba tiempo a la base de sacar sus aviones de combate, aunque un asalto de Mach. 1 les daba tiempo de apuntar la artillería antiaérea.

La sección transversal de un radar antiaéreo —o RCS— leía más desde los costados que desde el frente. Bombarderos como el viejo B-52s tenían un valor RCS muy alto, más de mil metros cuadrados, lo que los transformaba en un blanco fácil. Incluso el F-4 Phantom II y el F-15 Eagle eran fáciles de detectar, con lecturas de cien RCS para el Phantom y de veinticinco RCS para el Eagle. En el extremo opuesto de la escala estaba el bombardero de tecnología avanzada B-2, con un perfil RCS de una millonésima de metro cuadrado... casi como un ruiseñor.

El Lockheed F-117A Nighthawk tenía un RCS de .01. Su perfil era reducido por su arquitectura única, denominada “corte de diamante”, que utilizaba miles de superficies planas, colocadas en ángulo de manera que no compartieran el mismo ángulo de reflexión con otras superficies. El RCS también disminuía por el

material usado en la fabricación del avión. Sólo el diez por ciento del peso del vehículo era metal: el resto era fibra de carbón reforzada que absorbía y disipaba la energía de los radares, así como evitaba la lectura infrarroja de los F-117A, y Filaboy, una cubierta exterior de plástico llena de burbujas y fibra de vidrio que también reducía la lectura de RCS.

El avión negro medía cincuenta y seis pies de largo, dieciséis pies de alto, y tenía una longitud de alas de cuarenta pies. En funcionamiento desde octubre de 1983, el F-117A fue asignado al Grupo Táctico 4.450 de Nellis AFB, Nevada; el Equipo Uno, unidad *Furtim Vigilans* (Vigilantes Furtivos), tenía base permanente en “la Franja Mellon”, localizada en el sector noroeste de la Zona de Pruebas en Nellis. Sin embargo, desde Desert Storm, los aviones de esa unidad habían desarrollado una intensa actividad. Con las alas plegadas, el F-117A podía ser introducido en el interior de un transportador C-5A, porque ésa era la única manera de que atravesara grandes distancias sin ser detectado, ya que el depósito de combustible podía ser detectado por los radares si se usaba en vuelo.

Volando a la velocidad tope Mach. 1, el Nighthawk podía cubrir cincuenta millas en cuatro minutos. Con sus poderosos motores autoventilados GE F404-HB tenía un radio de combate de cuatrocientas millas.

El F-117A estaba a bordo del portaaviones *Halsey*, que había zarpado rumbo al norte, desde las Filipinas a Defcon 4, y se encontraba en el sector este del Mar de la China. Despegó y marcó rumbo norte, sin luces, siempre en ascenso sobre la costa oeste de Corea del Sur, en ángulo noroeste hacia el Mar Amarillo. Volando apenas a diez mil pies, el F-117A aceleró violentamente e irrumpió en el espacio aéreo de Corea del Norte, cortando el aire con imperceptible resistencia.

El radar lo detectó al instante. El técnico de radar llamó a un superior, que confirmó que se trataba de una nave aérea. Llamó por radio al comando central. El proceso llevó setenta y cinco segundos. Despertaron de golpe al comandante de la base, y éste autorizó que sonara la alarma. Habían pasado exactamente dos minutos y cinco segundos desde la primera señal captada por el radar.

La base estaba defendida por los cuatro costados, aunque sólo la artillería antiaérea de los sectores este y oeste podía derribar al intruso. Enviaron veintiocho hombres: siete a cada cañón, dos cañones a cada lado; les llevó un minuto y veinte segundos llegar a sus puestos. Un hombre de cada cañón se colocó auriculares. Otros cinco segundos.

—Cañón sudoeste a la torre de control —dijo uno de ellos—. ¿Cuáles son las señas del intruso?

—Lo tenemos a 277 grados, descendiendo rápidamente, acercándose a una velocidad de...

Se escuchó una explosión a la distancia. El Nighthawk con su detector antirradiactivo había rastreado, hallado y destruido la fuente del radar.

—¿Qué fue eso? —preguntó el artillero.

—¡Lo perdimos! —fue la cáustica respuesta de la torre.

—¿Perdimos el avión?

—¡Perdimos el radar!

Los hombres en la torre de control pulsaron las últimas coordenadas recibidas, y los enormes engranajes giraron hasta que las macizas cabezas de los cañones quedaron en posición de ataque. Todavía se estaban moviendo cuando una bomba sónica anunció la llegada del avión en forma de flecha.

Guiado por su radar láser y una pantalla televisiva de baja frecuencia, el F-117A encontró sin dificultad la nave que había atacado al Mirage. Estaba estacionada en la pista entre otros dos MIG.

El piloto presionó un botón rojo en un tablero amarillo con bandas negras diagonales situado junto a su rodilla derecha. De inmediato el aire que rodeaba a la nave fue invadido por el ruidoso siseo del misil ABM-65 con dirección óptica. El delicado cohete atravesó los cinco mil pies que separaban el blanco del avión en apenas dos segundos.

El MIG fue alzado en vilo y destrozado hasta convertirse en una titánica bola de fuego que transformó la noche en día y el día en polvo llameante. Los aviones a cada lado del MIG cayeron hacia atrás y los restos de la explosión se desparramaron por todas partes. El estallido destrozó las ventanas de la torre, los de los hangares, y las de más de la mitad de los veintidós aviones que estaban allí. Pedazos de metal y plástico caían ardiendo en todas direcciones, provocando pequeños incendios en los edificios y también en el monte que rodeaba las pistas de aterrizaje.

Uno de los artilleros murió en la explosión. Una esquirla de metal de diez pulgadas le destrozó la espalda.

El comandante se las arregló para ordenar el despegue de cuatro jets, pero el F-117A había girado rumbo al mar y se dirigía a gran velocidad al *Halsey*. Por supuesto, llegó antes de que los jets despegaran.

Miércoles, 3.43 hs., Cuartel General de la KCIA

El director Im Yung-Hoon estaba exhausto. Otra taza de café lo ayudaría a mantenerse en pie, si por fin se la llevaban a su oficina. Junto con el informe del laboratorio. Habían tomado las huellas digitales del bastardo quince minutos antes, escaneándolas de inmediato en la computadora. Se suponía que esa maldita máquina trabajaba a la velocidad de la luz, o algo por el estilo.

Yung-Hoon se frotó los ojos, de profundidad cadavérica, con sus largos dedos. Apartó el largo mechón grisáceo de su frente y observó su oficina. Aquí estaba él, el jefe de una de las agencias de inteligencia más avanzadas del mundo, cuatro pisos y tres subsuelos equipados con los últimos adelantos en análisis y detección, y nada parecía funcionar correctamente.

Tenían toda clase de huellas digitales en la base de datos. Obtenidas de los archivos policiales, álbumes de escuela, e incluso de lapiceras y vidrios y teléfonos que hubieran tocado alguna vez los coreanos del Norte. Sus agentes habían llegado a sustraer manijas de las puertas de bases militares de Corea del Norte.

¿Cuánto tiempo les llevaría encontrar una pista?

Sonó el teléfono. Pulsó el botón Speaker.

—¿Sí?

—Señor, habla Ri. Me gustaría enviar estas huellas digitales al Centro de Operaciones en Washington.

Yung-Hoon exhaló con fuerza por la nariz.

—¿Ustedes no encontraron nada?

—Hasta ahora, no. Pero tal vez no se trate de coreanos del Norte ni de criminales conocidos. Podrían ser de otro país.

Sonó el otro teléfono; la línea de su asistente Ryu.

—Muy bien —dijo el director—. Enviémoslos a Washington. —Colgó y atendió el llamado en espera—. ¿Sí?

—Señor, acaban de llamar de los cuarteles generales del general Sam: un avión de combate norteamericano atacó la base aérea de Sariwon.

—¿Un avión de combate?

—Sí, señor. Creemos que un Nighthawk destruyó el MIG que había atacado el Mirage norteamericano.

Por fin, pensó Yung-Hoon, *algo para sonreír*.

—Excelente. ¿Cuál es el último reporte sobre la salud de Kim Hwan?

—Ninguno, señor. Todavía está en cirugía.

—Ya veo. ¿El café está listo?

—Lo estamos preparando, señor.

—¿Por qué todas las cosas son tan lentas aquí, Ryu?

—¿Porque nos falta personal, señor?

—Mentira. Un solo hombre atacó con éxito la base aérea de Sariwon. Somos complacientes. Todo esto ocurrió porque somos unos gordos sin iniciativa. Tal vez necesitemos algunos cambios...

—Ya mismo le llevaré el café, señor, aunque sea menos de una taza.

—Veo que me está captando, Ryu.

El director colgó el teléfono con desgano. Quería su café, claro, pero tenía razón en todo lo que le había dicho a Ryu. La organización había perdido nivel, y lo poco que quedaba pesaba ahora sobre sus delgadas espaldas. Dios sabía en qué condiciones. Yung-Hoon se había enfurecido al enterarse de lo que había hecho Hwan, confiando en una espía y solicitándole ayuda. Era imposible hacer las cosas de ese modo. Pero tal vez fuera el único modo de hacerlas.

Demuestra compasión y confianza donde usualmente demuestras enojo y duda. Sacude a la gente, desestructúrala.

Había sido educado en la vieja escuela, y Hwan en la nueva. Si su director delegado sobrevivía, tal vez fuera el momento de cambiar.

O tal vez el agotamiento lo había atontado un poco. Consideraría las cosas después de tomar el café. Mientras tanto, levantó su larga mano derecha e hizo un breve saludo a los norteamericanos por haber hecho su parte para desestructurar al Norte.

Martes, 14.00 hs., Centro de Operaciones

El laboratorio del Centro de Operaciones era extremadamente pequeño, medía apenas tres metros cuadrados, pero la doctora Cindy Merritt y su asistente Ralph no necesitaban más espacio. La información y los archivos estaban computarizados, y las diversas herramientas de trabajo se guardaban en gabinetes y debajo de las mesas, siempre conectadas a las computadoras para control y observación.

Las huellas digitales de la computadora de la KCIA llegaron a la computadora de Merritt a través de un modem seguro; apenas llegaron, los puntos y espirales fueron escaneados y comparados con patrones similares de los archivos de la CIA, el Mossad, el MI5 y otras fuentes de inteligencia, además de los archivos de la Interpol, Scotland Yard, y otras fuentes policiales y grupos de inteligencia militar.

A diferencia del software de la KCIA que sobreimprimía la huella digital completa sobre las huellas de su archivo —procesando veinte por segundo—, el software del Centro de Operaciones, diseñado conjuntamente por Matt y Cindy, dividía cada huella en veinticuatro partes iguales y literalmente las arrojaba al azar: si alguna de las partes aparecía en una huella del archivo, se comparaba la huella digital completa. Esta técnica les permitía examinar 480 huellas por segundo por máquina utilizada.

Bob Herbert y Darrell McCaskey llegaron junto con la huella digital, y le pidieron a Cindy que pusiera a trabajar varias computadoras: la imperturbable bioquímica podía poner en funcionamiento tres y les pidió que esperaran... el proceso no llevaría demasiado tiempo.

No se equivocaba. La computadora encontró la huella en tres minutos seis segundos: Ralph alcanzó el archivo.

—Privado Jang Tae-un —leyó—. Soldado durante cuatro años, asignado a la unidad de explosivos del mayor Kim Lee...

—Lo tenemos —dijo Herbert con expresión triunfal.

—... y es especialista en combates cuerpo a cuerpo.

—Siempre y cuando el oponente no tenga un revólver —musitó Herbert.

McCaskey solicitó a Ralph una impresión de la información, y luego se dirigió a la bioquímica.

—Usted es una profesional milagrosa, Cindy.

—Dígaselo a Paul —respondió la atractiva pelirroja—. Podríamos contratar a un matemático part-time para que nos ayude a escribir un software para mejorar los algoritmos que utilizamos para modelar biomoléculas.

—Claro que se lo diré —McCaskey guiñó el ojo al recibir la copia impresa que le entregaba Ralph—. Con sus mismas palabras.

—Hágalo —dijo ella—. Su hijo se lo explicará.

Hood se preocupó mucho más por el mayor Lee que por el pedido de Cindy. Con Liz Gordon y Bob Herbert a su lado, ambos mirando el monitor de la computadora, revisó el archivo del mayor que el general Sam le había enviado electrónicamente desde Seúl.

El director estaba teniendo dificultades para concentrarse. Más que nunca antes desde el inicio de la crisis, sentía la enorme presión de tener que descubrir quién estaba detrás del atentado: no sólo porque la tensión creciente había provocado la muerte de uno de los miembros de su equipo, sino porque sentía que sus avances diplomáticos habían sido la causa de que el presidente dejara de lado al Centro de Operaciones. Steve Burkow había llamado para informarle acerca del ataque a la pista de aterrizaje en Corea del Norte sólo dos minutos antes de que ocurriera. El jefe de la Fuerza de Tareas Coreanas ni siquiera había participado del equipo estratégico; el presidente quería pelea, y estaba haciendo todo lo posible por provocarla. Eso hubiera sido acertado si se garantizaba el triunfo.

Pero, si estaba equivocado respecto de la inocencia de Corea del Norte, tendría mucho de qué preocuparse... además de perder la confianza del presidente. Entonces comenzaría a preguntarse si había trabajado en política tanto tiempo sólo para transformarse en el intermediario que había fingido ser en el pasado.

Se obligó a concentrarse en lo que pasaba en el monitor.

Lee era un veterano con un justificable disgusto por el Norte. Su padre, el general Kwon Lee, había sido general de combate y lo habían matado en Inchon durante la guerra. La madre del mayor, Mei, había sido capturada y colgada por espiar los trenes que trasladaban tropas desde y hacia Pyongyang. Fue criado en un orfanato en Seúl y se unió al ejército a los dieciocho años; sirvió bajo las órdenes del actual coronel Lee Sun, que había sido separatista en la escuela superior. En una ocasión lo habían arrestado por repartir panfletos de ese tenor. Aunque Lee no pertenecía a ninguno de los movimientos clandestinos como la Fraternidad de la División y Los Hijos de los Muertos —hijos e hijas de soldados muertos durante la guerra—, estaba a cargo de un grupo de contrainteligencia de elite,

era soltero, y hacía trabajos de reconocimiento en el Norte para ayudar a calibrar los satélites-espías norteamericanos, midiendo los objetos en la tierra para ofrecerle a la NRO un marco de referencia.

—¿Qué piensas de esto, Liz? —preguntó Hood.

—En principio, parece que...

Hubo un llamado de Bugs.

—¿Qué pasa?

—Llamada urgente en línea segura del director de la KCIA, Yung-Hoon.

—Gracias —Hood pulsó el botón encendido—. Habla Paul Hood.

—Director Hood —dijo Yung-Hoon—, acabo de recibir un interesantísimo mensaje de radio de la espía de Corea del Norte que acompañaba anoche a Kim Hwan. Dice que él le pidió que llamara al Norte y averiguara sobre un robo de botas y explosivos en alguna base de la República Popular Democrática de Corea.

Herbert chasqueó los dedos para que Paul lo mirara.

—Por esa transmisión me llamó Rachel a tu oficina —susurró Herbert.

Hood asintió. Se tapó la oreja derecha para no escuchar el rápido tipeo de Liz sobre el teclado.

—¿Qué dicen los coreanos del Norte, señor Yung-Hoon?

—Que una cantidad de botas, explosivos y pistolas fueron robados de una camioneta camino al depósito de Koksan hace cuatro semanas.

—¿Le transmitieron esta información a ella, y después ella lo llamó a usted?

—Así es. Es muy extraño, porque después de trasladar a Hwan al National University Hospital, la mujer robó un auto y huyó. Ahora la estamos buscando.

—¿Algo más, señor?

—No. Hwan todavía está en cirugía.

—Gracias. Me mantendré en contacto... tal vez encontremos algo aquí.

Trabajos de reconocimiento en el Norte, pensó Hood. Colgó el teléfono.

—Bob, habla con el general Sam y averigua si nuestro amigo Lee estuvo haciendo tareas de reconocimiento en el Norte hace cuatro semanas.

—Por supuesto —dijo Herbert. Salió de la oficina impulsando su silla de ruedas con un entusiasmo que Hood jamás había visto en él.

Liz Gordon seguía mirando la computadora.

—Sabes, Paul, pienso que si hay un complot, este coronel Sun también puede estar involucrado.

—¿Por qué?

—Acabo de pedir el archivo de Sun. Dice que no delega autoridad.

—¿Así que Lee está en la cuerda floja?

—Todo lo contrario. Sun no parece tener mucho que ver con el operativo de Lee.

—Pero eso significaría que *no* está involucrado...

—O que su confianza en Lee es tan absoluta que no necesita supervisarlos.

—Eso me suena extraño...

—No lo es. Es clásico cuando dos personas están en la misma longitud de onda. Es una relación simbiótica típica de una personalidad como la del coronel Sun.

—De acuerdo. Le pediré a Bob que chequee también los movimientos de Sun.

Hood miró el reloj en cuenta regresiva, y luego dejó caer la vista sobre la ensalada a medio comer junto a su codo izquierdo. Pinchó un trozo de zanahoria caliente y comenzó a masticarlo.

—Sabes, nos llevó cerca de diez horas llegar a la primera pista verdadera, y necesitamos la ayuda de una espía de Corea del Norte para lograrlo. ¿Qué te dice eso acerca de nuestro funcionamiento?

—Que todavía estamos aprendiendo.

—No compro eso. Perdimos cosas en el camino. *Nosotros* deberíamos haber llamado al Norte para averiguar por un posible robo de botas y explosivos. Debería haber un canal de comunicación exclusivo para estos casos. También deberíamos tener un archivo de separatistas de Corea del Sur.

—Eso era antes. Ahora tendremos uno. Estamos trabajando muy bien, si consideras que vamos en contra del presidente y de algunos de sus consejeros más próximos.

—Tal vez —Paul sonrió—. Tú fuiste la primera en afirmar que el presidente de Corea del Norte no estaba detrás de esto. ¿Cómo te sientes ahora que todos los demás tuvimos que coincidir contigo?

—Aterrada —respondió ella.

—Bien. Sólo quería asegurarme de no ser el único. —Salvó los archivos de Corea del Sur—. Ahora debo poner a Mike Rodgers al tanto de todo esto, y ver si podemos utilizar nuestro pequeño comando Striker para que el Centro de Operaciones tenga su tajada del pastel militar. ¿Quién sabe? Acaso Mike tenga algunas ideas para sorprender a los halcones recién nacidos de Pennsylvania Avenue.

Martes, 8.40 hs., al este de Midway Island

Una hora antes, en el cielo sobre Hawaii, el imponente C-141A fue reabastecido de combustible por un barco tanque KC-135. Ahora estaba en condiciones de recorrer otras cuatro mil millas, más de las necesarias para llegar a Oskta. Y debido al fuerte viento de cola que estaban recibiendo en el Pacífico Sur, el capitán Harryhausen informó al teniente coronel Squires que llegarían a Japón una hora antes de lo previsto; a las cinco en punto Squires chequeó con el navegante: el sol no saldría en Corea del Norte oriental hasta pocos minutos después de las seis. Con suerte ya habrían aterrizado en las Montañas Diamante a esa hora.

Mike Rodgers estaba sentado con los brazos cruzados y los ojos cerrados, pensando entre sueños en unas cuantas cosas. Fragmentos inconexos del pasado, de amigos que ya no estaban con él, se mezclaban con posibles imágenes de las Montañas Diamante. Pensaba en el Centro de Operaciones, se preguntaba cómo andarían allí las cosas, deseaba estar con ellos... pero su mayor alegría era estar en el frente.

Por norma, todos los pensamientos entraban y salían de su mente como nubes. Había aprendido que la mejor manera de memorizar planes complejos con rapidez era leerlos dos o tres veces, luego dejarlos flotar en la superficie de la memoria, y luego revisarlos un par de horas más tarde. Esa técnica, aprendida de un actor amigo, hacía arder el material en el cerebro durante unos días, y después todo se evaporaba. A Rodgers le gustaba porque no llevaba demasiado tiempo y no monopolizaba para siempre las neuronas. Odiaba el hecho de recordar todavía información inútil de los exámenes de la escuela superior, por ejemplo que un tal Frances Folsom Cleveland, viuda del presidente Grover Cleveland, fue la Primera Dama que volvió a contraer enlace, y que la nave gemela del *Mayflower*, innavegable, se llamaba *Speedwell*.

Lo mejor de todo eran los planes lúdicos que Squires había revisado con él, y que le daban tiempo a Rodgers para obtener grandes vuelos, para componerse para la misión y recibir una llamada ocasional de Paul Hood.

—¡General!

Rodgers se enderezó en el asiento y se quitó los tapones de los oídos.

—Sí, privado Puckett.

—El señor Hood, señor.

—Gracias, privado.

Puckett colocó la radio en un banco junto a Rodgers y volvió a su asiento. Rodgers se puso los auriculares mientras el teniente coronel Squires se desperezaba de su siesta.

—Aquí Rodgers.

—Mike, hay novedades. Los coreanos del Norte dispararon contra uno de nuestros aviones-espías y mataron a la oficial de reconocimiento. El presidente devolvió el golpe destruyendo el avión enemigo en su base.

—¡Buen trabajo, señor presidente!

—Mike, creo que esta vez se equivocó.

Rodgers apretó los dientes con fuerza.

—¿Cómo?

—Creemos que Corea del Norte no está en el asunto —prosiguió Hood—, y que un oficial de Corea del Sur está detrás del atentado de esta mañana.

—¿Fue él quien mató a nuestra oficial, Paul?

—No, Mike, pero sobrevolábamos Corea del Norte.

—En esos casos hay que obligar al avión a retirarse sin disparar —dijo Rodgers—. Pero ellos no obraron correctamente, los muy cerdos.

—No, pero lo discutiremos más adelante. Estamos en Defcon 3 y creemos que las cosas van a empeorar aún más. Si eso ocurre, podemos atacar por aire todos los Nodong del emplazamiento fijo. Pero tú deberás encargarte de las unidades móviles.

—¿A mi criterio?

—¿Tú estás al mando, o el coronel Squires?

—Él. Pero pensamos lo mismo. ¿A nuestro criterio, entonces?

—Probablemente no tendrás tiempo de discutir tus maniobras con el Pentágono, y el presidente no quiere saber nada de esto. Sí, Mike. Si te parece que están a punto de lanzar los misiles, destrúyelos. Con toda franqueza, Mike, aquí estamos en problemas. Hemos impulsado la paz, pero el ataque contra la pista de aterrizaje de Sariwon tendrá grandes consecuencias. Necesito algo con un poquito de pólvora, Mike.

—Mensaje recibido, Paul.

Así era, por cierto. Una vez más, un político en problemas requería un golpe militar para mantener a su jefe —en este caso el presidente— de su lado. En realidad, estaba siendo duro con Hood; le agradaba el hombre como pareja en el póquer, pero Mike Rodgers era miembro destacado de la Escuela de Diplomacia George Patton:

primero les das una patada en el culo, luego negocias pisándoles el cuello. Y seguía convencido de que el Centro de Operaciones sería más eficaz, respetado y temido si le confiaba su sistema de inteligencia a una Magnum 45 en vez de a una computadora Peer-2030.

—No tengo que decirte que te cuides —dijo Hood—, buena suerte. Si algo sucede, nadie podrá ayudarte.

—Ya lo sabemos. Les comunicaré a mis hombres tus buenos deseos.

Rodgers cortó la transmisión y Puckett se levantó de un salto para recibir la radio.

Squires se quitó el tapón de un oído.

—¿Pasa algo, señor?

—Pasan muchas cosas —Rodgers metió la mano bajo el asiento y sacó de un tirón su maletín, arrojándolo en su regazo—. Tal vez debamos usar las espadas antes de que se oxiden por culpa del jefe.

—¿Señor?

—Henry Hard Beecher. ¿Sabes lo que dijo sobre la ansiedad?

—No, señor. No lo recuerdo.

—Dijo: “No es el trabajo lo que mata a los hombres; es la preocupación. El trabajo es salud. La preocupación es herrumbre sobre la espada.” Paul se preocupa demasiado, Charlie, pero me dijo que si un Nodong se atreve a levantar su aguzada cabecita, tenemos plena libertad para hacer algo más que evaluar la situación para el Centro de Operaciones.

—Bravo —dijo Squires.

Rodgers corrió el cierre de su maletín.

—Por eso ha llegado el momento de que te enseñe a usar estos bebés. —Sacó dos esferas de media pulgada de diámetro, una de color verde y la otra de color gris—. Los EBC. Tengo veinte aquí, la mitad verdes, la otra mitad grises. Cada uno tiene una milla de alcance.

—Eso es fabuloso —dijo Squires—. ¿Pero qué hacen?

—Lo mismo que las migajas de pan en el cuento “Hansel y Gretel”.

Le pasó las esferas a Squires, volvió a meter la mano en el maletín y sacó un aparato con la forma y el tamaño de un pequeño estabilizador. Lo abrió con cuidado: en su interior había una minúscula pantalla de cristal líquido con cuatro botones debajo, uno verde, uno gris, uno rojo, uno amarillo. Había un auricular conectado a uno de los costados del aparato y Rodgers lo levantó. Presionó el botón rojo y apareció una flecha que apuntaba a Squires y emitía ondas sonoras.

—Ahora debes levantar las esferas —dijo Rodgers.

Squires lo hizo, y la flecha lo siguió.

—Si te alejas, el sonido disminuiría gradualmente. Matt Stoll preparó esto para mí. Simple, pero brillante. Cuando haces la pri-

mera incursión en una zona, bajas las esferas... usas las verdes si estás en zona boscosa, las grises si es terreno pedregoso. Cuando debes regresar, enciendes el cursor, conectas el auricular para que el enemigo no pueda oír las ondas sonoras, y sigues tu camino de una esfera a otra.

—Como la línea que conecta los puntos —dijo Squires.

—Exactamente. Con estas cosas y nuestras gafas especiales para visión nocturna, podremos movernos como un león de las montañas.

—Migajas de pan electrónicas —bromeó Squires, devolviéndoselas a Rodgers—. “Hansel y Gretel”. Esto no es cosa de adultos, ¿verdad, señor?

—A los niños les encanta pelear y casi nunca piensan en la muerte. Son los soldados perfectos.

—¿Quién dijo eso?

Rodgers sonrió complacido.

—Yo, Charlie. Lo dije yo.

Miércoles, 5.20 hs., la DMZ

Gregory Donald se había enterado del ataque a Sariwon una hora antes, después de completar otro barrido de vigilancia para el Centro de Operaciones, y todavía no podía creerlo.

El general Schneider había sido el primero en recibir la noticia y se la había transmitido de inmediato: con cierto deleite que Donald encontró repugnante.

Había muerto otra persona, habían terminado con una vida humana para que el presidente de los Estados Unidos conservara su imagen de hombre fuerte. Donald se preguntó si Lawrence hubiera sido tan proclive a acabar con una vida si el aviador hubiera estado de pie frente a él, a menos de un metro de distancia, observándolo por encima del caño de un revólver.

Por supuesto que no. Una persona civilizada no podía comportarse así.

¿Qué era entonces lo que hacía que esa misma persona civilizada matara por conmover a los votantes o para anotarse un tanto? Lawrence argumentaría, como tantos otros presidentes en el pasado, que víctimas como éstas evitaban pérdidas mayores en el futuro. Pero Donald sostenía que el diálogo evitaba todo tipo de pérdidas, si por lo menos una de las partes no temía parecer débil o conciliadora.

Miró a la distancia, al edificio de conferencias lindante con las dos fronteras, cada sector perfectamente iluminado y vigilado para evitar una posible intrusión. Las banderas del Norte y el Sur flameaban en los extremos de sus mástiles asombrosamente altos. El mástil del Sur terminaba en una suerte de espiral agregada últimamente, para ganarle cinco pulgadas de altura al mástil del Norte. Por ahora. Sin dudas los del Norte habían encargado una espiral de seis pulgadas que ya estaba en camino. Y luego el Sur pondría una espiral todavía más alta. O tal vez anexara al mástil una veleta o una antena de radio. Las posibilidades eran absurdas e infinitas.

Todos los problemas podrían ser resueltos entre esas cuatro paredes si tan sólo quisieran resolverlos. Soonji había dado un discurso sobre el tema en un encuentro entre coreanos y negros

celebrado en Nueva York en 1992, cuando las tensiones entre ambos bandos atravesaban el peor momento.

Pensémoslo como una cadena de correspondencia, había dicho. Si una sola persona de cada bando desea la paz, y puede convencer a otra persona de su bando, y entre las dos logran convencer a otras dos personas, y esas cuatro a otras cuatro, de allí en más tendremos el comienzo que necesitamos.

Un comienzo... no un final. No más sangre derramada y recursos desperdiciados, no más odio marcado a fuego en la psiquis de las nuevas generaciones.

Donald comenzó a alejarse de la frontera, del edificio. Levantó la vista hacia el cielo estrellado.

Súbitamente se sentía muy cansado, agobiado por el dolor y una profunda sensación de duda y desesperación. Tal vez Schneider tuviera razón. Tal vez los coreanos del Norte pensaban usarlo, y él causaría más mal que bien en su intento de lograr “la paz en nuestra época.”

Se detuvo, se sentó de golpe y se echó hacia atrás, apoyando la cabeza sobre la hierba. Soonji lo hubiera alentado a seguir adelante. Era una optimista, no una realista, pero había logrado casi todo lo que se había propuesto.

—Yo soy un pragmático —dijo Gregory, con lágrimas en los ojos—, y siempre lo he sido. Tú lo sabes, Soon.

Buscó una constelación familiar en el cielo, una huella de orden. Sólo encontró una jungla de estrellas.

—Si me aparto de mis creencias, entonces habré vivido una mentira... o comenzaré a vivirla a partir de ahora. No creo estar equivocado, así que debo seguir adelante. Ayúdame, Soonji. Dame algo de tu confianza.

Una suave brisa acarició su rostro, y Donald cerró los ojos. Por supuesto que ella jamás regresaría junto a él, pero él sí podía ir hacia ella, si no en la vida, en el sueño. Y allí, tendido en la oscuridad, en el silencio, oscilando entre la vigilia y el sueño, ya no se sintió inseguro ni aterrado ni solo.

Tres kilómetros al oeste, y unos pocos metros bajo tierra, el último tambor de la muerte recorría su camino al norte. Llevaba dentro otra clase de sueño...

Martes, 16.00 hs., Centro de Operaciones

—¿Cómo está el tiempo afuera? —preguntó Paul Hood, entrando a la oficina de Matt Stoll.

Stoll pulsó las teclas Shift-F8, después 2, y después 2.

—Soleado, 27 grados, viento del sudoeste.

Cuando terminó, volvió al teclado, ingresó instrucciones, esperó, y volvió a ingresar instrucciones.

—¿Cómo va eso, Matty?

—Ya limpié todo el sistema, excepto los satélites. Terminaré con ellos en noventa minutos.

—¿Por qué tanto tiempo? ¿Acaso no escribiste un programa para borrarlo?

—En este caso, no. Hay fragmentos del virus en cada archivo fotográfico de la región, desde la década de 1970. Han levantado imágenes de todas partes. En las imágenes satelitales de hoy tenemos la historia de Ken Burns sobre el hardware de Corea del Norte. Y sin filtraciones. Quiero conocer al tipo que escribió esto antes de que lo matemos.

—No puedo prometértelo —Hood se restregó los ojos—. ¿Pudiste tomarte algún descanso?

—Claro que sí. ¿Y tú?

—Éste es mi descanso.

—Un descanso de trabajo. Estirar las piernas. Ver si soy capaz de desperezarme.

—Matty, nadie te culpó por lo ocurrido...

—Excepto yo mismo. Mierda, siempre me reí de Shakespeare o de quien sea que haya dicho que “Por falta de un clavo se perdió la herradura”. Bueno, tenía razón. Perdí el clavo y se tambaleó el reino entero. ¿Puedo hacerte una pregunta al respecto?

—Dispara de una vez.

—¿Te alegraste un poco cuando se cayó el sistema, o fue idea mía?

—No fue idea tuya. No me alegré, me...

—Te sentiste complacido. Lo siento, Paul, pero así lo sentí yo.

—Tal vez. Siempre pensé que habíamos caído en la trampa de

la velocidad, y que todo se movía más rápido porque podía. Cuando las comunicaciones eran más lentas y el reconocimiento llevaba tiempo, la gente tenía tiempo para pensar y enfriarse antes de declarar la guerra.

—Pero igual se declaraban la guerra. Fort Sumter hubiera ocurrido con o sin Dan Rather y Steve Jobs. Yo pienso que te gusta ser el padre de todo esto, pero estos bebés no nos necesitan hasta que meten en un pozo el automóvil familiar.

Antes de que Hood pudiera protestar —y cuando lo pensó más tarde se alegró de no haberlo hecho, porque Stoll tenía razón—, Bob Herbert lo llamó. Usó el teléfono de Stoll y marcó el número de Herbert.

—Aquí Hood.

—Malas noticias, jefe. Descubrimos que el mayor Lee estuvo fuera hoy, la mayor parte del día.

—¿Más terrorismo?

—Así parece. Se llevó cuatro tambores de cuarto de un gas venenoso, tabún, del Depósito de Materiales Peligrosos de la base del ejército en Seúl. Todo muy legal, los papeles están en orden. Dicen que los llevó a la DMZ.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Unas tres horas después de la explosión.

—Así que pudo tener tiempo de colocar el explosivo, volver a la base y dirigirse al norte, suponiendo que ése sea su verdadero destino. Y en algún lugar del camino decidió atacar a Kim Hwan.

—Suenan posible.

Hood miró su reloj.

—Si de verdad fue al norte, está allí desde hace por lo menos siete horas.

—¿Pero haciendo qué? El tabún es un gas muy pesado. Si anduviera trasladando un misil alguien lo hubiera advertido, y además necesitaría una cosechadora para enviarlo contra las tropas.

—Y también hay que ver contra *qué* tropas. Podría usarlo contra las nuestras para enloquecer a Lawrence, o usarlo contra Corea del Norte para dejarlos entre la espada y la pared. Bob, no voy a comentarle nada de esto al presidente. Llama al general Schneider de la DMZ. Despiértalo si es necesario, y háblale de Lee. También pídele que encuentre a Donald, y que Donald me llame.

—¿Qué vas a decirle a Greg?

—Que se comuniquen por radio con el general Hong-koo y le diga que tenemos un traidor aquí.

Herbert se atragantó.

—¿Decirle a Corea del Norte que Corea del Sur está detrás de todo esto? Jefe, el presidente no podrá soportarlo. Él mismo te pegará un tiro.

—Si me equivoco, yo mismo cargaré el revólver.

—¿Y qué hacemos con la prensa? Los malditos tienen buen olfato.

—Hablaré con Ann al respecto. Probablemente ya tendrá algo listo para los sabuesos. Además, la opinión mundial tal vez le baje los humos al presidente y nos dé tiempo para probar lo que pensamos.

—O para que nos zampen una definitiva patada en el culo.

—Las vidas humanas valen más que una patada en el culo. Haz lo que te pido, Bob. Tenemos poco tiempo.

Hood colgó.

—Ya sé —dijo Stoll sin levantar la vista—, mis dedos van lo más rápido posible. Debemos saber qué tipo de vehículo utilizó Lee. Tú ocúpate de eso: yo te devolveré los satélites en cuanto sea posible.

Miércoles, 6.30 hs., la DMZ

En su larga carrera a través de infinitos túneles, Lee jamás había podido decidir qué era preferible: si los túneles húmedos y rancios que llenaban los pulmones de un almizcle que duraba semanas y estaban cubiertos de raíces que lastimaban el rostro y los brazos, o los túneles secos y sin aire como éste, que llenaban de arena la nariz y los ojos y dejaban la boca dolorosamente seca.

Éste es peor, dijo para sí mismo. *Uno puede acostumbrarse al dolor, pero no a la sed.*

Al menos estaba por terminar el trabajo. Estaban en la última sección del túnel con el último tambor: en pocos minutos llegarían al nicho que habían excavado en el otro lado. Ayudaría a Yoo con los tambores, y luego el resto quedaría a cargo del privado. Yoo tendría que acercarlos al blanco y colocarlos en su lugar antes de la salida del sol. Yoo ya tenía consigo sus herramientas; ambos habían estudiado el camino a través de colinas y sombras varias noches antes, y no había forma de que nadie pudiera verlo.

Mientras Yoo concluía la labor, Lee volvería y se ocuparía de que el señor Gregory Donald jamás se encontrara con el general Hong-koon. Su actitud era la de un norteamericano típico. Los que no se dedicaban a construir imperios eran mediadores gazmoños. Los odiaba por eso, y por haberse detenido la guerra cuando estaban por alcanzar la victoria. Cuando le retiraron su ayuda para destruir al gobierno de Pyongyang, se ganaron su odio y su voluntad de echarlos fuera de su país para siempre.

Su país. No el de Harry Truman o el de Michael Lawrence, no el del general Norbom y el general Schneider. La personalidad y la capacidad de su gente habían sido reprimidas y pervertidas durante demasiados años, y ahora todo eso acabaría.

A pesar de las rodilleras, se le habían lastimado las rodillas de tanto andar a gatas, y el parche de su ojo estaba empapado de sudor.

Además, le ardía el ojo bueno. Pero no podía dejar de avanzar casi a ciegas a través de esos últimos metros y minutos mientras se acercaba el momento del segundo y el tercer acontecimiento, momento que habían planeado desde la primera vez que se había acercado al coronel Sun con esta idea dos años atrás.

Siguió arrastrándose rumbo a su objetivo, apoyándose en la mano izquierda y empujando el tambor con la derecha, los hombros hundidos. Su ojo bueno iba lentamente de un lado a otro mientras avanzaba, observando atentamente las paredes del túnel. Y luego la distancia se acortó, y los minutos se transformaron en segundos, y por fin colocaron el último tambor erguido junto a sus tres compañeros.

Yoo sacó una escalera de soga del nicho que habían excavado, y con la espalda apoyada contra la pared del estrecho pasadizo, salió al exterior. Sujetó la escalera a una piedra, la hizo descender, y comenzaron a subir los tambores de gas venenoso.

El mayor Lee regresó en cuatro patas por el túnel. Algunas veces sus rodillas ni siquiera tocaban el suelo porque avanzaba con las plantas de los pies, y sus piernas pasaban los codos en la carrera desesperada. Tomó la linterna que tenía en el hombro y la apagó al acercarse al pasadizo del lado sur, luego saltó y se aferró a la soga de cáñamo. Trepó por ella esforzadamente, una mano después de la otra, y se detuvo antes de asomar la cabeza.

No había nadie en los alrededores. Se impulsó hacia afuera, tocó el bolsillo izquierdo de su uniforme para asegurarse de que la navaja todavía estaba ahí, y luego se hundió en la noche.

Miércoles, 7.00 hs., las Montañas Diamante

La Browning 7.65 x 17 mm, oficialmente conocida como Clase 64, era un arma fabricada en Corea del Norte. Podía considerársela una copia de la pistola Browning Mle. 1900 de fabricación belga, pero lo que había fascinado al coronel Sun era que se trataba de un arma silenciosa. Por eso le había solicitado al coronel Oko que llevara específicamente ese arma.

Inclinado sobre el asiento trasero del jeep, el asistente de Sun le entregó la 64 al coronel y tomó una igual para sí mismo. Sun ya había verificado que estuviera cargada cuando salieron de la playa. Confiaba en el coronel Oko sólo hasta cierto punto. Sus padres habían servido juntos cuando Corea estaba unida, luchando contra Japón, y ambos habían compartido los juegos de la infancia. Pero aunque cualquier hombre que permitiera que sus soldados murieran por el triunfo de una causa merecía ser admirado, él nunca concedía absoluta confianza.

¿Qué hay de diferente en lo que hago yo?, se preguntó a sí mismo Sun. Los soldados que trabajaban con él y el mayor Lee eran todos voluntarios, ¿pero qué pasaba con los miles, con los cientos de miles que morirían cuando estallara la guerra? Ésos no eran voluntarios.

Sí, lo que estaban haciendo sin duda *debía* hacerse. Lo sabía desde 1989, cuando cristalizando sus pensamientos había publicado un panfleto anónimo titulado *El Sur es Corea*. Había enfurecido a los intelectuales y activistas pro-unificación, y ésa había sido la más clara señal de que estaba en la senda correcta. En el panfleto no sólo sostenía que una eventual reunificación sería un desastre económico y cultural, sino que destruiría las vidas, las carreras y las aspiraciones políticas de los militares de ambos lados de la frontera. Eso sólo generaría un caos, porque militares como Oko no aceptarían sucedáneos de maniobras y medallas falsas con alegría y gratitud. Sin dudas, Oko daría un golpe que hundiría a la península en una guerra más grande y más mortífera que la conflagración relativamente pequeña que estaban planeando.

Además, la separación incontrovertible evitaría que se repitiera

ran confrontaciones brutales como las de 1994 en Seúl, donde más de siete mil efectivos chocaron con diez mil simpatizantes de la reunificación y más de doscientas personas resultaron heridas. Las protestas de esa clase serían cada vez más cruentas si los norteamericanos seguían empeñados en ayudar al Norte a reemplazar sus antiguos reactores nucleares. Los nuevos reactores nucleares disminuirían la cantidad de plutonio y bombas atómicas que podía producir Corea del Norte, y de ese modo los obligaría a un pacto de defensa mutua con el Sur.

El curso de acción que él y sus compañeros estaban planeando era preferible a largo plazo. Y si el presidente de los Estados Unidos insistía en la mediación, forzando la reunificación en el Sur, entonces él y sus aliados buscarían una victoria pírrica.

Se estaba haciendo tarde. Era hora de moverse. Sun y Kong se llevaron la mano izquierda al costado; sostenían con fuerza las pistolas amartilladas, la extensión del silenciador casi les llegaba al codo. Atravesaron la oscuridad rumbo a la carpa de Ki-Soo. Pasaron junto a un centinela que patrullaba el área, un hombre cubierto de medallas con una gran cicatriz en la frente y expresión siniestra. El hombre hizo la venia con disgusto.

La puerta de la carpa estaba floja y el coronel entró.

Sun no titubeó, pero no por ausencia de remordimientos. Había leído los antecedentes de Ki-Soo y sentía un profundo respeto por él. Su padre era un soldado japonés y su madre había sido prostituta durante la Segunda Guerra Mundial. Ki-Soo se había esforzado mucho para superar el estigma asociado a su nacimiento. Primero obtuvo un título en comunicaciones y luego se unió al ejército, donde logró rápidos ascensos. Era un infortunio que muriera en su mejor momento, aunque mucho peor era el deshonor. Pero tenía una esposa y una hija, y el coronel esperaba que fuera razonable.

El asistente de Sun aferró la pistolera que colgaba del respaldo de una silla de campaña junto al escritorio de Ki-Soo y retiró la pistola Tokarev TT33. La metió entre el cinturón y su espalda mientras Sun se arrodillaba junto a la litera de Ki-Soo y ponía su mano libre al lado de la oreja derecha del coronel y el caño de la pistola sobre su sien izquierda.

Ki-Soo se despertó de golpe; Sun empujó la cabeza del hombre contra el caño del arma y la sostuvo con fuerza.

—No se mueva, coronel.

El hombre parpadeó en la oscuridad.

—¿Sun?

—Sí. Preste mucha atención, coronel...

—No comprendo...

Ki-Soo trató de sentarse, pero se detuvo cuando Sun empujó con más fuerza el caño del arma contra su sien.

—Coronel, no tengo tiempo para este tipo de cosas. Necesito su ayuda.

—¿Para qué?
—Quiero el código para cambiar las coordenadas de lanzamiento de los Nodong.
—¡Pero sus órdenes no decían nada al respecto!
—Éstas son las nuevas órdenes, coronel. Si no me ayuda, será difícil. Si me ayuda, será más fácil... y usted seguirá vivo. ¿Qué elige?
—Quiero saber de parte de quién está usted.
—¿Qué elige usted, coronel?
—¡No cambiaré los misiles sin saber a dónde apuntarlos!
Sun se levantó apuntando directamente a la cabeza de Ki-Soo. *Está haciendo exactamente lo que debe hacer un buen oficial*, pensó. *Hay que concederle eso.*
—No apuntarán contra ningún blanco en este país, coronel. Eso es todo lo que puedo decirle al respecto.
Ki-Soo miró a Sun y después a su asistente.
—¿Con quién están ustedes?
Sun alzó el brazo y se escuchó un imperceptible golpecito seguido del siseo del gas comprimido. Se había disparado la pistola silenciosa. Ki-Soo aulló de dolor cuando su mano izquierda golpeó bruscamente contra la litera. Con la mano derecha cubrió la herida sangrante.
Después de un momento, se oyeron rápidos pasos afuera. Sun vio acercarse una linterna desde una carpa cercana.
—Coronel, ¿se encuentra bien?
Kong se acercó a la puerta de la carpa, apuntando con la Tokarev y la pistola de 17mm. al mismo tiempo.
El coronel movió el brazo para que su pistola volviera a apuntar directamente a la cabeza de Ki-Soo.
—Dígale a su asistente que todo está en orden.
Luchando contra el dolor, Ki-Soo dijo:
—Me... me torcí el pie.
—¿Necesita algo, señor? Tengo una linterna.
—¡No! Gracias, estoy bien.
—Sí, señor.
El asistente giró sobre sus talones y regresó a su carpa.
Sun miró al oficial.
—Kong, corta un pedazo de sábana y véndale la mano.
—¡Apártese de mí! —siseó Ki-Soo. Sacó la funda de la almohada y la apretó contra su mano.
Sun le dio unos minutos, y luego dijo:
—El próximo disparo será más arriba, coronel. Por favor, el código.
Ki-Soo luchaba por mantener la compostura.
—Cinco-uno-cuatro-cero en la fila de abajo... con eso entrarán al sistema. Cero-cero-cero-cero en la fila del medio... borra las co-

ordenadas y permite cambiarlas. Cuando hayan hecho eso, cualquier código que elijan en la fila de abajo ingresará las coordenadas.

Las coordenadas. Eso era casi una broma en el Sur. Los sistemas de fabricación norteamericana se operaban mediante mapas topográficos internos e imágenes fotográficas provistas por observación aérea o satelital. Esos misiles podían encontrar un jeep en un campamento plagado de jeeps y caer sobre la solapa de uno de los pasajeros del vehículo. En cambio, los Nodong podían apuntarse en 360 direcciones, y se seleccionaba el grado de elevación según la distancia del blanco. Les resultaba virtualmente imposible destruir puntos específicos en una ciudad.

Pero Sun no quería destruir un punto específico. Sólo quería atacar una ciudad en particular, y cualquier sitio de la misma le resultaba un blanco propicio.

—¿A qué hora cambian la guardia los hombres de las colinas?
—preguntó Sun.

—El relevo es... a las ocho.

—¿El oficial a cargo se reportará con usted?

Ki-Soo asintió débilmente.

Sun dijo:

—Kong se quedará con usted. La puerta de la carpa debe permanecer cerrada, y no recibirá a nadie. Si no cumple mis órdenes, morirá. No estaremos mucho tiempo aquí, y cuando hayamos terminado le devolveremos el campamento.

Ki-Soo pegó un respingo al apoyar el pulgar de la mano derecha sobre la herida.

—Seré destituido.

—Usted tiene familia —dijo Sun—. Tuvo razón al pensar en ella.

Dio media vuelta para abandonar la carpa.

—Los misiles están apuntados a Seúl. ¿Qué otro blanco... puede ser más importante?

Sun no dijo nada. Muy pronto, Ki-Soo y el resto del mundo lo sabrían.

Miércoles, 7.10 hs., Osaka

—General Rodgers, ¡creí que el piloto se estaba metiendo en el sol!

A pesar del poderoso ruido de los motores, el teniente coronel Squires y el resto del comando Striker podían oír el sonido de la lluvia mientras cruzaban la bahía de Ise rumbo a Osaka. Rodgers siempre se había sentido fascinado e impactado por esa clase de descompensaciones, como escuchar el tenue sonido de un arpa en medio de una gran orquesta. En cierto modo, era similar a la filosofía que había cimentado la formación de la unidad Striker. Desde David y Goliath a la Revolución Americana, el tamaño no siempre había traído aparejado el dominio. El dramaturgo Peter Barnes había escrito alguna vez acerca de unas malezas diminutas que habían echado a perder el camino, y esa imagen —no sólo los Andrew Jacksons y Joshua Chamberlains y Teddy Roosevelts de la historia— había fortalecido a Rodgers en sus peores momentos. Incluso le había pedido a su hermana que bordara el dibujo en su bolsa de dormir, para recordar siempre esa imagen.

El privado Puckett interrumpió las ensoñaciones de Rodgers con una venia y un golpecito.

—¡Señor!

Rodgers se quitó los tapones de los oídos.

—¿Cuál es la contraseña, privado Puckett?

—Señor, el general Campbell dice que tiene un jet C-9A esperando para trasladarnos.

—Que se lo quede el ejército —replicó Squires—. Nosotros tenemos un Nightingale desarmado para sobrevolar Corea del Norte.

—Preferiría tener un simpático Black Hawk —dijo Rodgers—, pero tendríamos problemas de alcance. Gracias, privado.

—De nada, señor.

Squires sonrió cuando el privado Puckett volvió a su asiento.

—Johnny Puckett es de verdad un buen hombre, señor. Dice que su padre tenía un equipo de radio en su cuarto cuando era bebé... y le había hecho un móvil con perillas viejas.

—Eso es verdaderamente notable. Como en los viejos tiempos, cuando la gente aprendía un oficio y se perfeccionaba al máximo. Se hacían cosas buenas.

—Es cierto, señor. Sólo que si uno no lograba perfeccionarse en lo que había elegido, como mi padre jugando al soccer, fracasaba de plano.

—¿Eso cree usted?

—Así me parece.

—Él le pasó a usted todo el impulso y la ambición, ¿verdad? El Rey Arturo jamás pudo salir a buscar el Santo Grial. A Moisés no le fue permitido cruzar el Jordán. Pero ellos inspiraron a otros para que lo hicieran.

Squires sacudió la cabeza, desazonado.

—Me hace sentir culpable por no escribir a casa más seguido.

—Puede enviarles una postal de Osaka cuando lleguemos.

Rodgers sintió que el avión se dirigía al sudoeste. *Hacia atrás*. Esas palabras siempre le estrangulaban la garganta. Uno nunca sabía si volvería; simplemente creía que volvería. Pero muchos no habían regresado jamás, y hasta los soldados más experimentados habían sido descubiertos con la guardia baja. Las palabras de Tennyson volvieron a atormentarlo, como de costumbre:

A la casa llevaron al guerrero muerto. Ella no se desmayó,
tampoco se deshizo en llanto:

Todas sus doncellas, mirándola decían,
“Debe llorar, o encontrará la muerte.”

El avión aterrizó, y mientras el capitán Harryhausen se quejaba del tiempo, los guerreros del Striker corrieron hacia el helicóptero que los esperaba.

Estaban en el aire cuatro minutos después de que se hubiera abierto la puerta del C-141.

El angosto jet del Comando Aéreo Militar ascendió rápidamente bajo la lluvia constante y puso rumbo al noroeste. Los hombres se sentaron igual que antes, en bancos ubicados a los costados de la nave, pero su estado de ánimo era absolutamente distinto. Los que habían dormido, leído o jugado a las cartas en el viaje a Osaka estaban ahora electrificados. Chequeaban los equipos, se hacían bromas entre ellos, y uno o dos estaban rezando en silencio. El privado Bass Moore estaba a cargo de los paracaídas, y los chequeó mientras el jet sobrevolaba muy bajo el Mar del Japón, contra los fuertes vientos y la imponente cortina de lluvia.

Un oficial de Seúl iba a bordo, y revisaba con Squires la estrategia de retirada. Un Sikorsky S-70 Black Hawk los estaría esperando: el helicóptero sobrevolaría la DMZ y las Montañas Diamante en cuestión de minutos. La nave tenía un par de ametralladoras laterales M-60 para asegurarles un regreso exitoso.

Con sólo veinte minutos antes del lanzamiento en paracaídas, Rodgers llamó a Puckett y le pidió que se comunicara con Hood.

El director sonaba más decidido que nunca, y a Rodgers le resultó estimulante.

—Mike, me parece que vas a entrar en el ojo del huracán.

—¿Qué pasó?

—El presidente no lo acepta, pero nosotros estamos convencidos de que es un comando de Corea del Sur el que está detrás de todo esto, y también supimos que un piloto trasladó a dos hombres de un ferry en el Mar del Japón. El tipo estaba tan nervioso que chocó el avión al aterrizar y vomitó todo lo que sabía a la patrulla marítima. Dijo que llevó a los dos hombres a Kosong.

—¿Kosong? Eso está muy cerca de los misiles Nodong.

—Exactamente. Y había dos cadáveres en el ferry. Los muertos llevaban dinero producto del juego de Japón a Corea del Norte. Miles de millones de dólares.

—Es honesto robarle dinero al Norte. La mayoría de esos bastardos vendería a sus hijos por un billete.

—Eso mismo dice Bob Herbert. Es una gran prueba de fe asumir que alguien de Corea del Sur planea usar ese dinero para controlar el emplazamiento de los Nodong, pero no podemos permitirnos pasar por alto esa posibilidad.

—Lo que significa que debemos entrar allí y asegurarnos.

—Correcto. Lo lamento, Mike.

—No lo lamentos. Para eso fuimos señalados. Parafraseando a George Chapman, es la amenaza lo que nos transforma en leones.

—Claro. Y como decía Kirk Douglas en *Champion*, "El nuestro es un oficio como cualquier otro, sólo que la sangre está a la vista." Cuídate, y diles a Charlie y los muchachos que se cuiden.

—¡Diez minutos! —gritó Squires.

—Allá vamos, Paul —dijo Rodgers—. Te llamaré en cuanto tengamos algo. Y, si te sirve de consuelo, prefiero estar aquí esquivando balas que allí esquivando a la prensa. Buena suerte también para ustedes.

Miércoles, 7.20 hs., la DMZ

El general Schneider olvidó su sueño en cuanto entró su asistente. Todo lo que recordaba era que estaba esquiando en algún lugar y que lo disfrutaba muchísimo. La realidad y el seco aire nocturno, siempre le provocaban un desasosiego nada agradable.

—Señor, hay una llamada telefónica de Washington.

—¿Del presidente? —preguntó.

—No, señor. No de *ese* Washington. Un tal Bob Herbert del Centro de Operaciones.

Schneider masculló entre dientes.

—Probablemente quieran que le ponga un chaleco de fuerza al pobre Donald. —Metió los pies en las pantuflas y caminó hasta su escritorio. Con un aire de alivio, se acomodó en la silla giratoria y levantó el receptor—. General Schneider.

—General, habla Bob Herbert, oficial de Inteligencia del Centro de Operaciones.

—Escuché hablar de usted. ¿Líbano?

—Sí. Veo que tiene muy buena memoria.

—Bob, jamás olvido las estupideces cometidas. La maldita embajada tenía un enorme cartel que decía “Patéame” especialmente dedicado a los terroristas. Ni una barricada en el frente, nada que le impidiera a un terrorista colocar una bomba en los umbrales de Alá.

Echándose hacia atrás en la silla, se restregó los ojos para despertarse.

—Pero basta de antiguos errores. Supongo que me llama para evitar que cometamos uno nuevo.

—Así lo espero —dijo Herbert.

—Claro, no sé qué demonios se le metió en la cabeza a ese hombre. Bueno, en realidad sí sé. Ayer perdió a su esposa. Donald es un buen hombre. Sólo que no puede pensar con claridad en este momento.

—Con la suficiente claridad como para presentarse allí con instrucciones oficiales, espero.

Schneider pegó un salto hacia adelante.

—¡Un momentito! ¿Me está diciendo que le darán rango oficial para esa estúpida conferencia que piensa mantener?

—El director Hood le ha pedido que entregue un mensaje. Que diga que nosotros pensamos que un grupo de coreanos del Sur disfrazados de coreanos del Norte están detrás de la explosión... y que éste puede ser el primero de una serie de actos terroristas destinados a arrojarnos a la guerra.

—¿Nuestro propio bando? —Schneider se quedó sentado, rígido como el tronco de un viejo roble—. Maldición, ¿están seguros?

—Las piezas del rompecabezas encajan a la perfección —dijo Herbert—. Pensamos que el mayor Kim Lee está detrás de todo esto.

—¿Lee? Lo conozco. Un bastardo cara de piedra, ultrapatriota. Me gustó.

—Aparentemente ha formado un pequeño comando —dijo Herbert—, y, según los cálculos, ahora está en su área... con cuatro tambores de cuarto de gas venenoso.

—Hablaré con el general Norbom, y enviaré una escuadrón destructor para que lo encuentren.

—Eso no es todo. Algunos de sus hombres tal vez intenten controlar un emplazamiento móvil de misiles Nodong en el este.

—Ambicioso —dijo Schneider—. ¿Está seguro de que quiere que Donald le *diga* a Hong-koo todo esto? Se enterará todo el mundo antes de que salga la última palabra de su boca.

—Ya sabemos.

—También tendrán en vista a la gente de Lee —advirtió Schneider—. ¿Han pensado en lo que ocurrirá cuando se sepa que los Estados Unidos fueron responsables de la muerte de coreanos del Sur? Explotará Seúl. Será como la maldita Saigón.

—Hood también lo sabe —replicó Herbert—. Está preparando algo al respecto con nuestra oficial de Prensa.

—Yo les recomendaría un funeral doble. Tal vez estén creando ahora mismo una especie de crisis constitucional al obstruir eficazmente nuestra única posibilidad de declarar la guerra.

—Como ya dije —respondió Herbert—, el jefe sabe lo que hace.

—Bueno, Bob, transmitiré el mensaje. Y aquí va uno para el señor Hood. Tal vez no tenga el tanque lleno en el departamento del cerebro, pero no he visto piedras como éstas desde los tiempos de Ollie North.

—Gracias —dijo Herbert—. Estoy seguro de que él entenderá que se trata de un cumplido.

Gregory despertó de su brevísimo sueño sintiéndose notablemente renovado y clarificado.

Sentado en la tierra seca, contempló la frontera brillantemente iluminada. Qué terrible era que las sospechas y el odio encendieran las hogueras de ambos bandos. La desconfianza siempre deja a la gente en la más absoluta oscuridad.

Sacó su pipa y la llenó con lo último que quedaba de su tabaco Balkan Sobranie. Después de encenderla, iluminó con el fósforo el cuadrante de su reloj.

Casi es la hora.

Arrojó el humo lentamente y reflexionó acerca del humo y de los Balcanes y de cómo un único incidente ocurrido allí, el asesinato del archiduque Fernando, había arrojado al mundo a la Primera Guerra Mundial. ¿Acaso un único incidente ocurrido aquí y ahora ocasionaría la tercera guerra mundial? Era posible. Había algo más que tensión en el aire; había locura rampante. Preservar el ego con vidas ajenas, pintar imágenes con sangre. *¿Qué es lo que está mal en nosotros?*

La luz de unos faroles iluminó desde atrás al antiguo diplomático. Donald giró la cabeza y entrecerró los ojos al ver aproximarse un jeep.

—¿Hablando con las estrellas? —preguntó el general Schneider, saltando del asiento del acompañante. Se acercó caminando. Tenía una figura imponente.

—No, general. Con mi musa.

—Deberías haberme dicho dónde pensabas ir. Si no hubieras encendido la pipa, te hubiéramos buscado hasta el amanecer.

—No he cambiado de opinión, si has venido por eso.

—No. Tengo un mensaje de tu jefe para ti.

Donald sintió que se le retorcerían las entrañas. Esperaba que el general no hubiera ido a la Casa Blanca.

El general Schneider le informó lo que Herbert había dicho, y Donald sintió que le quitaban un enorme peso de las espaldas. No sólo por haber aceptado con la primera sospecha, mérito compartido con Kim Hwan, sino porque ahora sí tenían grandes posibilidades de evitar que la cosa pasara a mayores.

Lo que era bastante extraño, pensó, era que no le asombrara la actitud del mayor Lee. Cuando se habían encontrado, algo en su ojo, en la última mirada que le dedicó, no andaba bien. Había inteligencia, pero también una expresión... suspicaz tal vez, o cargada de desprecio.

—No fingiré que esto me alegra —concluyó Schneider, pero a partir de ahora no me interpondré en tu camino.

—¿Antes pensabas hacerlo?

—Sí, confieso que me inclinaba decididamente en esa dirección. Todavía sigo creyendo que la reconciliación es un error, pero se necesita de todos para hacer el mundo —Schneider señaló el jeep—. Vamos. Te llevaré de regreso.

—Prefiero caminar. Eso me aclarará un poco la cabeza.

Schneider no miró atrás cuando trepó al jeep. Su asistente dio la vuelta y se alejó a toda marcha. Se perdieron en la oscuridad levantando polvo y arrojando humo.

Donald caminó tras ellos, lanzando su propio humo satisfecho, sabiendo que Soonji se hubiera sentido asombrada y orgullosa por el curso de los acontecimientos.

Mientras iba caminando, sintió algo frío en la nuca. Llevó instintivamente la mano a ese lugar, tocó acero, y quedó helado.

—Embajador Donald —dijo una voz familiar mientras la afilada hoja trazaba un delgado recorrido desde la nuca hasta la garganta.

Donald sintió que un arroyo de sangre fluía de su garganta y por debajo del nudo de la corbata y vio el enrojecido y abotagado rostro del mayor Lee a la luz de la pipa.

Martes, 17.30 hs., Centro de Operaciones

Cuando Matt Stoll vio entrar a Ann Farris en su oficina pegó un salto.

—Bueno, amigos —dijo Stoll—, no me presionen demasiado ni nada por el estilo.

Paul Hood estaba sentado en un pequeño sillón de cuero en el fondo de la oficina. Había una pantalla de televisión en el techo y una consola de videojuegos sobre un estante, y Stoll se retiraba allí cada vez que necesitaba relajarse y pensar.

—No queremos presionarte —dijo Hood—. Sólo queremos saber al instante cuando recuperes los satélites.

—Nos quedaremos tranquilos —dijo Ann, sentándose. Miró a Hood con ojos llenos de tristeza—. Paul, no puedo mentirte. Nos van a asesinar por esto, aunque tengamos razón.

—Lo sé. Donald se reunirá con el Norte en media hora, después de lo cual la prensa mundial hará trizas al presidente y a Seúl por atacar cuando sabíamos que Pyongyang podía ser inocente. ¿Resultado? Lawrence tendrá que domar el potro.

—O aparecer como un propulsor de guerras.

—Correcto. Y si descubrimos que el mayor Lee no estaba detrás de esto, entonces el Norte tendrá a su disposición los oídos del mundo entero para disculparse, castigar a la facción culpable, y poner orden en su propia casa. O, si Pyongyang autorizó el atentado, podrán reagruparse y atacar de nuevo. En cualquier caso, nuestro presidente quedará indefenso.

—Lo has resumido muy bien —dijo Ann—. Odio coincidir con Lowell, pero él piensa que deberías ordenarle a Donald que posponga el encuentro. El Norte también hará propaganda de eso, pero podremos arreglarnos. Diremos que Donald estaba actuando por su cuenta.

—No voy a hacerle eso a Gregory, Ann. —Miró a Stoll—. ¡Matty, necesito esos satélites!

—¡Prometiste que no ibas a presionarme!

—Me equivoqué.

—¿Para qué te servirá ahora el reconocimiento? —preguntó Ann.

—Hay soldados buscando a Lee, pero nadie busca a los hombres que fueron al emplazamiento de los Nodong. Mike y el comando Striker pronto estarán allí. Si podemos encontrar evidencias de una incursión, y Mike logra detenerlos, probaremos que teníamos razón... y el presidente se anotará los tantos de una acción militar muy sexy que lo hará quedar verdaderamente bien. El Norte se quejará porque mandamos nuestros hombres, pero todo quedará en agua de borrajas, como cuando los israelíes entraron en Entebbe.

Los ojos de Ann se abrieron asombrados.

—Eso es brillante, Paul. Es muy bueno.

—Gracias. Pero sólo funcionará si tengo...

—¡Ya los tienes! —gritó Stoll, empujando su silla hacia atrás y aplaudiendo con entusiasmo.

Hood corrió a la pantalla y Stoll apretó el botón para llamar a la NRO. Stephen Viens apareció enseguida y Stoll puso el Speaker.

—Steve... ¡vuelves a estar en línea!

—Eso mismo pensé —dijo Viens—, cuando vi que ese viejo barco de batalla soviético se hundía en el Mar del Japón.

—Steve, éste es Paul Hood. Queremos ver el emplazamiento de los Nodong en las Montañas Diamante. Lo más cerca posible, pues queremos ver los tres misiles.

—Eso será a unos doscientos pies de altura. Ingreso las coordenadas ya mismo y... está respondiendo. Lentes de visión nocturna en su sitio, ya ha tomado la foto, y la cámara comienza a digitalizar la imagen. Comienzo a escanearla en el monitor...

—Envíanosla mientras la está escaneando.

—Ya mismo, Paul —dijo Viens—. Matty, has hecho un gran trabajo.

Stoll puso la computadora en modo receptor y Hood se inclinó para observar atentamente la entrada de la imagen en el monitor. Aparecía con intermitencias de arriba hacia abajo. Ann se paró detrás de él y le apoyó suavemente la mano en el hombro. Ignoró la mirada suspicaz de Matty pero no pudo ignorar la electricidad de sus manos cálidas. El terreno blanco y negro se materializó en pocos segundos.

—El misil de arriba apunta al sur —dijo Hood—, los misiles de la izquierda y la derecha...

—Dios mío —interrumpió Stoll.

—Puedes volver a decirlo.

Ann se inclinó sobre Hood.

—Los de los costados apuntan en distintas direcciones.

—Uno al sur —dijo Stoll—, y el otro...

—Al este —dijo Hood—. Lo que significa que alguien se ha metido allí.

Se enderezó y corrió hacia la puerta, sin querer desprenderse de la mano de Ann, pero haciéndolo de todos modos.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Ann.

Hood gritó por encima de su hombro mientras salía corriendo al pasillo:

—Porque ni siquiera los coreanos del Norte son tan locos como para apuntar un Nodong a Japón.

Miércoles, 7.35 hs., la DMZ

—Mayor Lee —dijo Donald con calma—. En cierto modo, no me sorprende.

—A mí sí. —Lee presionó la navaja contra la garganta de Donald—. Creí que estaría haciendo lo que me corresponde en este instante. En cambio, estoy aquí con usted.

—Y lo que le corresponde hacer es matar gente inocente e iniciar una guerra.

—No existe lo que usted llama gente inocente...

—Se equivoca. Mi esposa era inocente.

Donald levantó la mano con lentitud. Lee hundió aún más la navaja en la carne, pero Donald siguió levantando el brazo.

—Su esposa y usted, embajador, les facilitaron la vida a los que abandonaron el país. Usted es tan corrupto como los demás, y ya es tiempo de que se una...

Donald se movió con tanta rapidez que Lee no tuvo tiempo de reaccionar. Con la hornacilla de la pipa en la mano izquierda, Donald hizo girar la boquilla, enganchó la navaja desde arriba y la empujó hacia la izquierda. La hornacilla estaba justo frente a la cara de Lee y Donald arrojó el tabaco caliente contra su ojo derecho. Lee aulló y tiró la navaja al suelo. Donald se apresuró a recogerla.

—¡No! —gritó Lee desesperado. Dio media vuelta y se hundió corriendo en el azul del amanecer.

Donald corría tras él, con la navaja en la mano.

Lee se dirigía al área donde se conocía la existencia de túneles de Corea del Norte. Gregory se preguntó si el mayor lo estaba alejando intencionalmente de la base del lado Sur. ¿Acaso era allí donde planeaba usar el gas venenoso?

Bastante improbable, pensó. Lee estaba vestido con su propio uniforme del ejército de Corea del Sur. Se dirigía al Norte, casi con seguridad a liberar de alguna manera el gas: si lo descubrían, culparían al Sur. Donald consideró por un instante la posibilidad de detenerse para alertar a Schneider, ¿pero qué haría el general? No lo seguiría al Norte.

No. Donald sabía que él era el único que podía seguirlo. Respi-

raba entre estertores mientras corría a los tumbos detrás de la lejana silueta del mayor. Lee cada vez ponía más distancia entre ambos, por lo menos dos metros, pero iba rumbo al este. A medida que la noche daba paso al inmenso amanecer azulado, Donald podría perder terreno con respecto a Lee pero al menos seguiría viendo su figura fugitiva.

Y en ese momento Lee desapareció.

Donald lentificó la carrera para recuperar el aliento. Era como si la tierra se hubiera tragado a Lee, y Donald se dio cuenta de que se había deslizado por uno de los túneles. Observó la zona, una espesura de unos veinte metros, y caminó cautelosamente hacia allí, contando los pasos para olvidar cuánto le dolían las piernas y los pulmones.

Pocos minutos después de la desaparición de Lee, Donald estaba frente a la entrada del túnel. No esperó, pues imaginaba que, en el caso de haber tenido un arma, Lee la hubiera usado a campo abierto. Donald guardó la navaja en el bolsillo y se puso de rodillas. Aferró la soga de cáñamo y se deslizó cautamente a través del pasadizo, golpeándose repetidamente la espalda en el descenso. Llegó al fondo, casi exhausto, y escuchó. En algún sitio, más adelante, se oían arañazos y ruidos de excavación. Encendió un fósforo, miró el túnel, y supo adónde había ido el mayor Lee.

Si algo le ocurría, quería que Schneider supiera a dónde había ido. Dio media vuelta y le prendió fuego a la soga de cáñamo. Comenzó a arrastrarse sobre su vientre mientras el humo llenaba el pasadizo. Andaba a gatas por el túnel, esperando que el general viera el humo y las llamas. También esperaba poder llegar al otro lado antes de morir... y llegar antes de que Lee pudiera completar su proyecto demencial.

Miércoles, 7.48 hs., las Montañas Diamante

Un salto en paracaídas no se parece en nada a lo que imaginan la mayoría de los principiantes. El aire es notablemente pleno y sólido: un salto en caída libre equivale a remontar una ola en la playa. Durante el día, hay poca sensación de profundidad porque los objetos se ven chatos y lejanos; por la noche, no hay sensación de profundidad.

Aunque todos los otros miembros del comando habían saltado primero, Mike Rodgers se asombró de sentirse tan solo: no veía nada, sólo sentía la resistencia del viento, y apenas podía escuchar su propia voz al contar los veinte segundos antes de tirar de la cuerda. Luego la presión del viento se redujo a una amable ráfaga, y lo rodeó un profundo silencio.

Habían saltado desde muy poca altura y la tierra apareció enseguida, tal como les había advertido el copiloto. Rodgers había escogido un hito en el terreno apenas desató la cuerda del paracaídas, la alta copa de un árbol que se recortaba bajo la luz del amanecer. La miró mientras descendía. Sólo contaba con eso para saber a qué altura se encontraba, y cuando estuvo al mismo nivel se preparó para aterrizar. Tenía las piernas ligeramente dobladas, y cuando sus pies tocaron tierra amortiguó el aterrizaje doblándolas todavía más. Luego se dejó caer y dio varias vueltas en el suelo. Cuando por fin se detuvo, se quitó el paracaídas, se levantó de un salto y colocó el paracaídas desdoblado bajo su brazo izquierdo. Sintió algo de dolor en el talón de Aquiles, que se le había distendido al aterrizar; el espíritu estaba dispuesto, pero la carne ya no era tan elástica como antes.

Bass Moore corría hacia él, seguido por Johnny Puckett y su equipo de radio TAC SAT.

—¿Cómo anduvo todo? —preguntó Rodgers con suavidad.

—Todos estamos aquí abajo, y en perfectas condiciones.

Puckett estaba desplegando la antena parabólica y logró conectar la radio antes de que se presentara el resto del comando. Moore tomó el paracaídas de Rodgers y se encaminó a un lago cercano para hundirlo. En el interin, Squires se acercó a Rodgers.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Mis viejos huesos todavía responden. —Señaló la radio—. Haga la llamada, teniente coronel. Ya se lo he dicho: usted está al mando de esta misión.

—Gracias, señor —dijo Squires.

En cucullas, el teniente coronel aceptó los auriculares que Puckett le tendía y ajustó el micrófono mientras el privado localizaba la frecuencia.

Respondió Bugs Benet; al instante habló Paul Hood.

—Mike, ¿ya están abajo?

—Soy Squires, señor. Sí, ya estamos aquí.

—Bravo. Novedades. Los tres Nodong fueron recalibrados en los últimos diez minutos. Ya no apuntan a Seúl; ahora apuntan a Japón.

—Los tres misiles están apuntando a Japón —repitió Squires, mirando a Rodgers—. Entendido.

—Dios santo —musitó Rodgers.

—Deben ir allí y, bajo mi responsabilidad, destruirlos.

—Sí, señor.

—Cambio y fuera —dijo Hood.

Squires se quitó los auriculares. Tal como le había informado a Rodgers, los miembros del Striker llevaban sus Beretta automáticas. El sargento Chick Grey, responsable de los mapas, chequeaba las copias que le había entregado Squires.

Tras enterarse de que estaban a punto de destruir los Nodong, Rodgers deseó haber llevado explosivos en tan arriesgada misión. Pero se sabía que Corea del Norte negociaba la liberación de hombres armados, y ejecutaba *in situ* a los que llevaban explosivos, acusados de sabotaje. La situación se tornaba cada vez más difícil. Los circuitos de control de los Nodong se guardaban en cajas de ultraseguridad y sería muy trabajoso llegar a ellos, especialmente si el tiempo apremiaba. Si no podían trasladar explosivos al emplazamiento de los Nodong, era casi imposible imaginar una estrategia.

El sargento Grey se acercó a Squires. Iluminó el mapa con una lámpara láser en forma de lapicera. La oscuridad se disipaba.

—Señor, el piloto hizo un gran trabajo. Estamos a menos de seis kilómetros del emplazamiento... aquí. —Señaló un bosque al sudeste de la depresión donde se localizaban los misiles—. Tendremos que marchar cuesta arriba la mayor parte del camino, pero no es demasiado empinado.

Squires levantó su pequeña mochila y cargó su pistola.

—Entonces movámonos, sargento —ordenó casi en un susurro—, en fila. Moore, tú te adelantas. Ante la menor señal de vida, nos detienes.

—¡Señor! —Moore saludó y se adelantó a la fila.

Squires fue tras él, acompañado por Rodgers.

Mientras atravesaban el campo, el profundo azul del horizonte se tornó azul celeste y amarillo. Marchaban cuesta arriba por la escarpada colina y se hundían en bosques cada vez más tupidos.

Esto era lo que más le gustaba a Rodgers. Sus sentidos, expectantes, alcanzaban el clímax; puro reflejo, el instinto de supervivencia exaltado le daba tiempo para saborear el desafío que los esperaba. Para Rodgers, como para la mayoría de los hombres que formaban el comando, el desafío era más importante que la seguridad, que sus vidas y que sus familias. Había una sola cosa más importante que el desafío, y era el país, y la sinergia de la temeridad y el patriotismo era lo que hacía únicos a estos hombres. Y, aunque todos querían volver a casa sanos y salvos, ninguno lo haría a expensas de un trabajo sin terminar o mal hecho.

Rodgers se sentía orgulloso y aterrado de estar con ellos, porque advertía su vejez al contemplar esos rostros de veintitantos años y verse obligado a andar sobre sus talones de cuarenta y cinco, por demás doloridos. Esperaba que la carne estuviera a la altura del desafío y se recordaba que hasta el mismo Beowulf pudo derrotar a un dragón que lanzaba fuego por la boca cincuenta años después de su encuentro con el monstruo Grendel. Por supuesto que el anciano rey pereció a consecuencia de esa batalla, pero Rodgers se dijo que cuando le llegara la hora de morir no le importaría arder en una inmensa pira mientras sus caballeros cabalgaban alrededor, cantando sus plegarias.

Doce caballeros, recordó Rodgers, tratando de no caer en la ironía mientras Moore alcanzaba la cima. Volvió arrastrándose sobre el vientre, luego alzó una mano y extendió los cinco dedos, dos veces.

En algún lugar más adelante había diez hombres.

Cuando sus hombres comenzaron a marchar cuerpo a tierra, Rodgers supo que el tiempo de saborear el desafío inminente había acabado...

Miércoles, 7.50 hs., la DMZ

Donald sabía que existía un punto donde el cuerpo ya no respaldaba la voluntad, ni siquiera la del espíritu más fuerte, y él se estaba acercando a ese punto a toda velocidad.

Todavía respirando con dificultad por la carrera, Donald transpiraba como un loco y tenía una tosecita seca. Se arrastraba como un gusano por el túnel, los codos a ambos costados del cuerpo, excoriado y sangrante dentro de la chaqueta... que sólo había conservado para evitar lastimarse aun más. El calor era sofocante, el sudor y la arena le impedían ver con claridad, y no había luz; descubría cada vuelta de ese túnel aparentemente interminable chocando brutalmente contra una pared sucia.

Pero todo el tiempo escuchaba los sonidos del mayor Lee más adelante, y eso lo mantenía en marcha. Y cuando ya no hubo más sonidos, siguió adelante porque sabía que Lee había salido del túnel y el final estaba cerca.

Finalmente, con el cuerpo pidiendo descanso a gritos y los brazos y las piernas agarrotados por el esfuerzo, Donald vio la luz y llegó al pasadizo que lo liberaría de ese pozo hediondo.

Se puso de pie con dolor y dificultad, la cintura se le desgarraba cada vez que intentaba erguirse. Donald se tomó un momento para aspirar el aire fresco... y entonces vio que no había salida. Si alguna vez había habido una escalera, Lee la había retirado.

Miró a su alrededor. El pasadizo era angosto y, apoyando con fuerza la espalda contra un lado, y los brazos y las piernas rígidos contra la pared opuesta, comenzó a ascender como un cangrejo. Tuvo que detenerse dos veces durante el ascenso de los tres metros para evitar la caída. Llevaba la navaja de Lee entre los dientes y la clavaba en las paredes para sostenerse y recuperar las fuerzas antes de proseguir. Cuando por fin llegó a la cima, el sol estaba saliendo y Donald supo dónde se encontraba; había visto el territorio desde el otro lado de la cerca. Estaba en Corea del Norte.

Gregory Donald estaba en la mitad de un cráter obviamente producido por prácticas de artillería. La salida se encontraba en una pared del lado sudoeste del cráter, donde era invisible para la gente

apostada en la base o en la frontera. Indudablemente se trataba de un túnel nuevo excavado por el mayor Lee y sus hombres; el Norte hubiera abierto la entrada más cerca de la base, para que los soldados pudieran entrar y salir sin ser vistos desde el Sur.

Apoyado contra la pared del cráter, Donald miró por sobre el borde. No había rastros de Lee por ningún lado. Había colinas bajas al norte con árboles y depresiones donde un hombre podía ocultarse.

No había huellas en la tierra dura y seca, y Donald no tenía la menor idea de cuál rumbo había tomado Lee: si las colinas o la base. *No tiene importancia*, dijo para sí mismo. Era más importante encontrar el gas venenoso. Daba lo mismo si lo habían trasladado a la base o al norte —¿a Pyongyang, en respuesta al atentado de Seúl?—; él tenía que ver al general Hong-koo y decirle lo que estaba ocurriendo.

Donald salió del cráter caminando con torpeza. Se sentía mejor ahora que estaba fuera del túnel y tenía la oportunidad de relajar los músculos. Recorrió el lugar con mirada escrutadora, esperando avistar a Lee, pero sólo había quietud en este lado de la base. Al sur del edificio comenzaban a llegar patrullas de renuevo.

Por supuesto, pensó Donald. Por ese motivo Lee había elegido esta hora. Los guardias siempre estaban más relajados cuando el turno llegaba a su fin.

Volvió a mirar hacia la parte de atrás de las barracas, creyó ver brillar algo bajo la luz del sol, detrás de una colina. Se detuvo y entrecerró los ojos. Volvió a ver el brillo, era algo metálico, y corrió unos metros al sur para verlo mejor.

Había un hombre acucillado detrás de una barraca, entre las sombras. Había algo en la pared junto a él... podía tratarse de un pequeño generador. Con los ojos clavados en el hombre, Donald comenzó a correr hacia él. Se dio cuenta de que no era un generador sino un acondicionador de aire, y que lo que había visto brillar era la parte trasera de la unidad. También vio algo que parecía una caja debajo.

Una caja... o un tambor. Donald comenzó a correr más lentamente. El gas venenoso en el sistema de acondicionadores de aire sería rápido y horriblemente eficaz. Las patrullas de regreso en las barracas estarían cansadas, se dormirían enseguida y jamás se darían cuenta de que algo andaba mal. Comenzó a correr más rápido. Al aproximarse, Donald vio que habían sacado la tapa del acondicionador. El objeto en cuestión *era* un tambor y lo estaban subiendo al techo de la unidad.

Donald corría lo más rápido que podía.

—¡Deténganlo! —gritó—. ¡Que alguien detenga a ese hombre... detrás de las barracas!

El hombre miró en su dirección, y luego se hundió en las sombras.

—*Saram sallyo!* —gritó en coreano—. ¡Que alguien nos *ayude!*
¡No lo dejen escapar!

Un reflector de búsqueda se encendió en una torre del Sur, y otro igual brilló en el Norte. El reflector del Sur encontró a Donald de inmediato; pasó un largo momento antes de que el Norte lo descubriera también.

Los soldados que acababan de dejar la guardia se acercaron desde las barracas. Donald levantó los brazos sobre la cabeza y les hizo señas.

—*¡Que todo el mundo salga de las barracas! Hay gas... gas venenoso...*

La docena de hombres parecía animada y confusa. Varios se quitaron del hombro los rifles de asalto AKM, y algunos apuntaron en dirección a Donald.

—Maldita sea, ¡no! ¡No *a mí!* Estoy tratando de ayudar...

Los hombres se gritaban unos a otros; Donald no podía entender lo que decían. Y entonces oyó que uno gritaba que el general estaba por llegar y que ese hombre blanco tenía un *naifu*.

La navaja. Todavía tenía la navaja.

—¡No! —gritó Donald—. ¡Esto no es mío!

Levantó la navaja por encima de su cabeza, donde todos pudieran verla, y giró la muñeca para arrojarla a un costado.

Dos disparos de rifle surcaron la mañana, y sus ecos permanecieron en las colinas mucho tiempo después de que se apagaran los pasos de Gregory Donald.

Miércoles, 7.53., Seúl

Casi cinco horas después de entrar en cirugía, Kim Hwan estaba despierto y en cierto modo alerta. Miró a su alrededor, y todo lo ocurrido en la cabaña volvió a su memoria. Recordó el viaje de vuelta... a Kim... la llegada al hospital.

Se volvió hacia la izquierda. Vio el botón de Llamada colgando de un cable blanco. Levantó cuidadosamente el brazo izquierdo y presionó el botón rojo.

No entró una enfermera sino Choi Hongtack, agente de la división de Seguridad Interna de la KCIA. El joven llevaba puesto un elegante traje negro de tres piezas. Era un hombre brillante, atrevido y sagaz, pero el director Yung-Hoon lo tenía en el bolsillo y no se podía confiar en él sin correr serios riesgos en la carrera.

Hongtack acercó una silla y se sentó junto a la cama de Hwan.

—¿Cómo se siente, señor Hwan?

—Apuñalado.

—Lo apuñalaron. Dos veces. Sufrió heridas en el pulmón derecho y el intestino delgado, también a la derecha. Los cirujanos pudieron reparar el daño.

—¿Dónde está... la señorita Chong?

—Abandonó su automóvil en el estacionamiento, robó otro, y lo abandonó a su vez por un tercero. No han reportado el robo de un auto en esa zona de la ciudad, así que no tenemos idea de qué está manejando o hacia dónde se dirige.

—Bien. —Hwan sonrió.

Hongtack lo miró extrañado.

—¿Perdón?

—Dije... bien. Ella me salvó la vida. ¿Y el hombre... que me atacó?

—Era un coreano del Sur. Ahora estamos persiguiendo a los que suponemos sus jefes, que también son militares de Corea del Sur.

Hwan asintió débilmente.

—Su chofer, Cho. No regresó.

—Creo que... está muerto. Vayan a la cabaña... en la Aldea Yanguu. Es la casa de Kim.

Hongtack sacó un anotador del bolsillo de su chaqueta.

—Aldea Yanguu —escribió—. ¿Cree que ella puede estar allí?

—No —respondió Hwan—. No sé dónde... puede haber ido.

No era verdad, pero no quería decírselo a Hongtack. Ella iría a Japón, a buscar a su hermano, y Hwan anhelaba con todo su corazón que ya estuviera allí. Pero sabía que eso no bastaba, y que en primer lugar estaba su bienestar... así como ella había dejado de lado el suyo para llevarlo a ese hospital.

—Si la encuentran... no la arresten.

—¿Perdón, señor?

—Deben dejarla ir a donde quiera —Hwan se estiró y aferró la manga de Hongtack—. ¿Me... comprende? No deben detenerla.

Por el fuego mal escondido en sus ojos de águila, Hwan no pudo deducir qué le molestaba más a Hongtack: si la orden o que le tocaran la ropa.

—Yo... comprendo, señor Hwan. Pero si la encontramos, usted querrá que la sigamos.

—No.

Sonó el teléfono de Hongtack. Miró el número.

—Pero entonces... ¿Qué le digo al director?

—Nada —Hwan movió la mano de la manga a la solapa—. No... me traicione en esto, Hongtack.

—De acuerdo, señor Hwan. Si me permite ahora, debo llamar a la oficina.

—Recuerde lo que le dije.

—Sí. Claro.

Una vez en el pasillo, Hongtack se alisó la manga, y luego sacó el teléfono celular de su chaqueta.

—Ranita cantarina —murmuró mientras se dirigía a un rincón junto a una máquina de refrescos. Ingresó el número de la oficina del director Yung-Hoon.

—¿Cómo está? —preguntó Yung-Hoon—. ¿Lo están tratando bien?

Hongtack se puso de espaldas al pasillo y se cubrió la boca con la palma de la mano.

—Está despierto y los médicos me han dicho que se recobraré. Señor... también desea proteger a la espía.

—¿Cómo?

—Proteger a la espía. Me ha ordenado que no la arrestemos.

—Déjeme hablar con él.

—Señor, ahora está durmiendo.

—¿Acaso espera que la dejemos volver al Norte después de haberlo visto a él y a otros agentes nuestros?

—Aparentemente, sí —dijo Hongtack, entrecerrando sus ojos aguilinos—. Eso es exactamente lo que espera.

—¿Dio alguna razón?

—No. Simplemente ordenó que no la arrestaran, y que yo no lo traicionara en esto.

—Ya veo —dijo Yung-Hoon—. Desafortunadamente, eso nos creará un problema. Encontramos el auto abandonado en un negocio de segunda mano de BMW, y todos la están buscando. La policía de la ciudad y las autoridades de la autopista se han unido a nuestra búsqueda y hemos mandado helicópteros a cubrir todos los caminos que salen de la ciudad. Sería imposible llamarlos a todos.

—Muy bien. ¿Qué le diré al señor Hwan si pregunta?

—La verdad. Estoy seguro de que comprenderá en cuanto pueda pensar claramente.

—Naturalmente —dijo Hongtack.

—Vuelva a llamarme dentro de una hora. Quiero saber cómo evoluciona —dijo Hongtack. Luego regresó a su silla junto a la puerta de Hwan, con una sonrisa en su ascético rostro.

Miércoles, 7.59 hs., las Montañas Diamante

Rodgers y Squires treparon hasta el lugar donde Bass Moore yacía pegado al suelo. Moore le tendió sus largavistas al teniente coronel.

—Ésa es la unidad que vigila el perímetro oriental del emplazamiento de los Nodong —dijo Squires—. Se supone que sólo tiene que haber cinco hombres allí.

Rodgers miró por el largavistas. La colina descendía a pico más adelante, un área rocosa de medio kilómetro hasta el sitio donde estaban sentados los soldados. Excepto por algunas piedras grandes, no había nada para cubrirse. En el extremo de la base de la colina había dos armas antiaéreas móviles. Más allá, en el valle, el sol permitía vislumbrar los Nodong debajo de su camuflaje de ramas y hojas secas.

—Parece que tendremos que ir de a dos —dijo Squires—. Moore, vuelve atrás y diles a los hombres que se pongan en parejas. Tú y Puckett irán primero. Irán hasta esa roca en forma de pastilla de goma a unos veinte metros a la izquierda. ¿La ves?

—Sí, señor.

—Después, cortarán camino a la derecha y abajo hasta ese montón de piedras a la derecha. Ustedes decidirán el camino a partir de allí, y nosotros los seguiremos. Cuando hayamos descendido todo lo posible, el general y yo abriremos fuego desde atrás y le daremos al enemigo la oportunidad de rendirse. No se rendirán, y cuando se nos vengán encima nos cerraremos desde los costados. Ordenaré a cada par de hombres a medida que vayan bajando.

Moore hizo la venia y regresó a la colina en busca del sargento.

Rodgers siguió estudiando el terreno.

—¿Y qué pasa si se rinden?

—Les quitamos las armas y dejamos cinco de los nuestros en el lugar. Pero no se rendirán.

—Probablemente tengas razón —dijo Rodgers—. Pelearán. Y cuando los soldados de los misiles escuchen los disparos, pedirán hombres de las otras estaciones y los mandarán contra nosotros.

—Para entonces ya no estaremos aquí. Mantendré a los hom-

bres en pares para desparramar al enemigo, y los atraparemos a medida que podamos. Bajaremos a la carpa del comandante y encontraremos una buena manera de cazar esos pájaros. Sólo espero que no levanten vuelo antes de tiempo.

Rodgers tomó los largavistas y observó atentamente la carpa del comandante.

—Sabe, algo no anda bien ahí.

—¿Qué?

—Nadie entra ni sale de la carpa del comandante, ni siquiera el comandante.

—Todo está en orden. Tal vez esté tomando el desayuno.

—No sé. Hood dijo que dos hombres huyeron al Norte en ese ferry. Si esto es una conspiración contra Corea del Norte, el comandante jamás les habría permitido entrar aquí y cambiar el blanco de los misiles.

—Se puede falsificar una orden.

—Aquí no. Trabajan con un sistema de chequeo doble. Si el comandante recibe nuevas órdenes, se comunica por radio con Pyongyang para confirmarlas.

—Tal vez tienen a alguien allí adentro.

—¿Entonces para qué enviar aquí dos hombres? ¿Por qué no cambiar las órdenes directamente desde el cuartel general?

Squires asintió mientras Moore y Puckett llegaban.

—Ya veo a dónde va.

Rodgers siguió estudiando la carpa del comandante. No había movimiento, la puerta estaba cerrada.

—Charlie, tengo un presentimiento... ¿me permites bajar allí con dos hombres?

—¿A hacer qué?

—Me gustaría bajar y echar un vistazo, ver si el comandante a cargo es de verdad el comandante.

Squires sacudió la cabeza.

—Iría contra el reloj, señor. Le llevará por lo menos una hora bajar ahí.

—Lo sé, y tú mandas. Pero debemos enfrentar dos veces el número de efectivos que esperábamos enfrentar, y habrá muchos disparos sin garantía de victoria.

Squires se mordió el labio superior.

—Siempre quise tener la oportunidad de decirle “no” a un general, y ahora que por fin la tengo... no lo haré. De acuerdo, general. Buena suerte allá abajo, señor.

—Gracias. Te llamaré en cuanto pueda.

Rodgers y Moore se tomaron un momento para diseñar una ruta que los tres podrían seguir para rodear los emplazamientos de artillería, mientras Puckett se quitaba la mochila de la radio para entregársela a Squires.

—Okey, Charlie —dijo Rodgers antes de partir—, no llames al Centro de Operaciones a menos que ocurra algo. Sabes cómo se pone Hood con algunos de mis planes.

—Lo sé, señor, sí —Squires sonrió—. Como un terrier con una costilla asada.

—Exactamente —dijo Rodgers.

Los tres hombres se marcharon. El sol brillaba alto en el horizonte y arrojaba largas sombras detrás de las piedras.

Miércoles, 8.00 hs., la DMZ (Corea del Norte)

El primer disparo hirió a Donald en la pierna izquierda y lo hizo caer, mientras el segundo disparo de rifle le hirió el hombro derecho durante la caída, atravesándole el torso en diagonal. Apenas tocó el suelo se apoyó en el brazo izquierdo para levantarse. Al comprobar que era imposible, incrustó los dedos en la tierra para impulsarse hacia adelante. La navaja cayó de su inanimada mano izquierda mientras se arrastraba penosamente, avanzando poco a poco.

Los soldados corrieron hacia él.

—Aire... —jadeó en coreano Donald—. Aire...

Donald dejó de moverse y cayó de costado. Sentía una ligera sensación de quemadura en la pierna izquierda, olas de dolor que terminaban en la cintura. Más arriba, no sentía nada.

Sabía que le habían disparado, pero casi no le importaba. Trató de girar la cabeza, e intentó levantar el brazo para señalar.

—El aire acondicionado... —dijo, y luego comprendió que probablemente estaba gastando su último aliento. Nadie lo escuchaba. O tal vez no hablara lo suficientemente alto.

Un médico llegó corriendo. Se arrodilló junto a Donald, le examinó la garganta para asegurarse de que no estaba obstruida, luego le tomó el pulso y le examinó los ojos.

Donald levantó la vista hacia los ojos del médico, detrás de un par de gruesas gafas.

—Las barracas —dijo en un estertor—. Escúcheme... el aire acondicionado...

—Descanse —dijo el médico. Abrió la chaqueta de Donald y le desabotonó la camisa. Usó una gasa para limpiar la sangre y examinó el orificio de entrada de la bala en el hombro y el orificio de salida a la izquierda.

Donald se las ingenió para apoyarse sobre el codo izquierdo y trató de levantarse.

—¡Quédese quieto! —ordenó el médico.

—¡Usted no... se da... cuenta! Gas... *venenoso*... en las barracas...

El médico se detuvo, mirando a Donald con curiosidad.

—Acondicio... nador... de... aire...

—¿Los acondicionadores de aire? ¿Alguien trata de envenenar a los hombres en las barracas? —La comprensión y la tristeza cruzaron simultáneamente el rostro del médico—. ¿Usted intentaba detenerlo?

Donald asintió débilmente y luego cayó hacia atrás, luchando por respirar. El médico transmitió la información a los soldados de pie junto a él, y luego volvió a ocuparse de su paciente.

—Pobre hombre —dijo el médico—. Lo siento, de verdad lo siento.

Detrás de él, Donald podía escuchar gritos, hombres que corrían en dirección a las barracas. Trató de hablar.

—¿Qué...?

—¿Qué está pasando allá? —preguntó el médico a un asistente.

—Los soldados están abandonando las barracas, señor.

—¿Escuchó? —le preguntó a Donald.

Donald había escuchado pero no podía mover la cabeza. Cerró los ojos lentamente, y su mirada pasó del médico al cielo azul.

—No se deje ir —dijo el médico, al tiempo que llamaba a un camillero—. Voy a llevarlo al hospital.

El pecho de Donald apenas se movía.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó el médico mientras masajeaba el pecho de Donald.

El asistente regresó.

—Hay soldados alrededor del acondicionador de aire. Ahora están investigando las otras barracas. Las luces acaban de apagarse... parece que han cortado la electricidad.

—Usted es un héroe —le dijo el médico a Donald.

¿Lo soy? pensó el diplomático norteamericano mientras el cielo azul se agrisaba hasta tornarse completamente negro.

Se oían disparos, pero el médico no les prestaba atención. Puso su boca sobre los labios entreabiertos de Donald, le cerró la nariz, y sopló cuatro veces seguidas.

Tomó el pulso de la carótida, no sintió nada, y repitió el procedimiento. Todavía no había pulso.

El médico se arrodilló junto a Donald y puso el dedo medio de la mano derecha sobre el punto donde el esternón se une con el extremo de la caja torácica. Luego colocó la palma de la mano izquierda sobre la mitad baja del esternón, junto al dedo izquierdo, y presionó, contando ochenta veces por minuto. Su asistente sostenía la muñeca de Donald, buscando el pulso.

Cinco minutos después el médico se echó hacia atrás, exhausto. La camilla estaba a su lado y ayudó al asistente a colocar encima el cuerpo de Donald. Dos soldados se lo llevaron mientras un oficial se

acercaba a toda marcha. Ignoraron a los soldados del Sur que estaban buscando.

—¿Tiene alguna identificación?

—No me fijé.

—Quienquiera que fuese, merece un monumento. Alguien conectó tanques de gas venenoso en los sistemas de aire acondicionado de las cuatro barracas del sector este. Lo atrapamos cuando estaba por liberarlo.

—¿Un solo hombre?

—Sí. Probablemente no estuviera solo, aunque ya no podrá informarnos nada.

—¿Suicidio?

—No exactamente. Cuando entramos, trató de derramar el gas. Nos vimos obligados a disparar. —El oficial miró su reloj—. Será mejor que informe al general Hong-koo. Está en camino para reunirse con el embajador norteamericano, y esto puede cambiar sustancialmente las cosas.

Agazapado tras el tronco de un inmenso roble, vio cómo el pequeño convoy de tres jeeps se aproximaba a la entrada norte del edificio de conferencias. Habían venido desde el sector más septentrional de la base, donde el general tenía sus cuarteles generales, y estacionarían justo al lado de la puerta de la estructura, esperarían allí que arribara el contingente de Corea del Sur, y no saldrían hasta ese momento. Al menos, ése era un plan probable.

Pero si Lee efectivamente había visto lo que creía haber visto —que le disparaban a Donald cuando corría hacia las barracas—, no habría contingente del Sur. Tampoco habría un ataque de gas venenoso contra las barracas. Los otros disparos, la falta de excitación ante lo que ya debería haber ocurrido... era obvio que el plan no había funcionado.

La palma de su mano estaba seca y aferraba con seguridad la pistola. Si le hubiera disparado a Donald, en lugar de usar la navaja. Eso hubiera llamado la atención de los soldados enemigos, pero podría haber escapado...

No importa. El destino le había dado otra oportunidad, y eso lo convertía en un privilegiado.

Los automóviles se detuvieron, y Lee observó al general Hong-koo, un hombre pequeño con una boca de serpiente y, según había oído decir, cierta disposición a la contienda. El general no esperaría más de veinte minutos para entrar: si nadie aparecía, anunciaría al mundo que el Norte quería la paz, pero el Sur no, y regresaría a sus cuarteles.

Ése era el plan, seguramente, pensó Lee. Pero no estaba en sus planes permitirle hacer semejante cosa.

Apenas cien metros separaban a Lee del convoy de Hong-koo. El general estaba sentado muy tieso en la parte trasera del jeep del medio. Por el momento era un blanco difícil, pero pronto cambiarían las cosas. En cuanto saliera del jeep, Lee correría a su encuentro, le dispararía y mataría a todos los que pudiera antes de regresar al túnel.

Pero también estaba preparado para morir si era necesario, y renacer como líder o mártir. Todos ellos estaban decididos a dar la vida por la causa, pues aunque las bombas, el asesinato y el ataque de Sun contra Tokio no hicieran estallar la guerra, sus actos fortalecerían los corazones de los que se oponían a la reunificación.

El chofer de Hong-koo miró el reloj, se dio vuelta, y le dijo algo al general. El general asintió.

Llegaba la hora... la hora de que los Estados Unidos fueran expulsados del Sur, la hora de que floreciera el patriotismo y se generara una nueva casta militar... que transformaría a Corea del Sur en la nación más próspera, poderosa y temida de toda la región.

Miércoles, 8.02 hs., el camino a Yangyang

Kim había enterrado casi cuatro millones de *won* en un cementerio al este de la ciudad. El equivalente de cinco mil dólares norteamericanos, había enterrado los *won* arrodillada frente a las lápidas, sentada en los bancos, descansando a la sombra de los árboles. Había ocultado monedas y billetes en pequeños agujeros, debajo de piedras y raíces. Todo seguía allí. La gente no iba a los cementerios en busca de tesoros ocultos.

Le llevó casi tres horas recuperar todo el dinero en la oscuridad. Después cargó combustible y siguió el río Pukangang rumbo al nordeste y al lago Soyang. Allí se había tomado un descanso mientras buscaba en su agenda el nombre de alguien a quien pudiera comprarle un pasaporte y un pasaje a Japón.

Sentada al volante, Kim mantenía la radio encendida, sintonizada en la frecuencia que Hwan usaba en su auto para comunicarse con la KCIA. Quería escuchar si sabían algo de ella, y por un tiempo estuvo segura de que no tenían pistas de su paradero ni de la clase de vehículo que conducía. Pero, justo unos minutos antes de partir, la KCIA encontró su Tercel en la agencia de BMW. Estaban tratando de descubrir qué vehículo había robado cuando volvió a la carretera y puso rumbo al mar.

La carretera de dos manos atravesaba hermosas campiñas, pero estaba desierta, y comenzó a preocuparse al no encontrar otros vehículos. Su única esperanza era llegar al Parque Nacional Soraksan antes de que las autoridades la encontraran. Solía haber muchos turistas allí, y había un espacioso estacionamiento justo al norte del templo Paektam-sa en el sector oeste del parque. Podría llegar por el paso Taesungnyong y hacia allí se dirigió.

Kim lamentaba haberse detenido a descansar junto al lago. Había sido una idea estúpida, pero el día le había parecido interminable... y también se sentía culpable por haber matado a un hombre. En su momento le había resultado asombrosamente fácil: un hombre bueno estaba en peligro y ella le había disparado al hombre que lo había atacado. Sólo que cuando estuvo hecho comprendió que no sabía nada acerca del desconocido, ni si había actuado a tiempo, ni

tampoco si el hombre que había asesinado habría intentado matarla... o la hubiera ayudado a escapar.

Lo único que de verdad importaba era que había matado a alguien. La espía que no era espía, la coreana del Norte que había sido condenada a viajar al Sur por haber amado a su hermano, acababa de cometer el peor de los pecados. Siempre volvería a ver el rostro del hombre en el instante del disparo, la sorpresa y el dolor iluminados por el resplandor de un arma, el cuerpo que se curvaba sobre sí mismo en agonía, muy distinto de los estertores y retorcimientos que se veían en el cine...

La radio emitió una voz clara.

—Helicóptero Siete, habla el sargento Eui-soon. Cambio.

—Helicóptero Siete atento. Cambio.

—El BMW blanco fue visto cargando combustible cerca del Tongdaemun Stadium hace unos noventa minutos. Partió rumbo al este, y debe estar más allá de Inje ahora. Ésa es su región. Cambio.

—Investigaremos y nos reportaremos de inmediato, Cambio y Fuera.

Kim lanzó una maldición. Había pasado Inje, situado en el extremo septentrional del lago, y en pocos minutos estarían sobre ella. A la policía de Corea del Sur le encantaba hacer boletas por alta velocidad y por eso no se atrevía a acelerar... no sin tener los papeles del auto y con millones de *won* escondidos en la caja de la radio. Siguió la marcha buscando con desesperación un auto estacionado. No encontró ninguno, y finalmente llegó al parque. Los picos escarpados y las cascadas atronadoras eran visibles a la distancia. Los guardaparques no eran tan difíciles como los policías, y pensaba aumentar la velocidad para llegar al estacionamiento cuando oyó el sonido distante de la hélice de un helicóptero.

Apretó el acelerador y buscó desesperadamente un lugar para salir del camino. Había decidido abandonar el auto y seguir a pie cuando el helicóptero le pasó por encima, giró en el aire, y volvió. Kim frenó de golpe.

El helicóptero descendió un poco hasta quedar frente a ella. Los dos hombres la señalaron. Escuchó un agudo silbido: habían encendido el altavoz.

—El personal de tierra ya está en camino —le advirtieron—. Le aconsejamos que se quede donde está.

—¿Y si no quiero? —dijo casi sin aliento—. ¿Qué van a hacer?

Observó el camino. A unos dos kilómetros de donde estaba se iniciaba un sendero sinuoso en la montaña, y sería difícil que los helicópteros y automóviles pudieran seguirla allí.

Al diablo con ellos, pensó, y, apretando a fondo el acelerador, lanzó el BMW hacia los picos grises y azules en lejanía.

Miércoles, 18.05 hs., Centro de Operaciones

Hood se encontraba en su oficina con Ann Farris y Lowell Coffey, discutiendo las estrategias para manejar la noticia si el comando Striker era capturado o asesinado. La Casa Blanca no se haría responsable del operativo, tal como había dicho el presidente, y se esperaba que el Centro de Operaciones hiciera otro tanto. Pero Ann sentía que se podían ganar algunos puntos haciendo saber al mundo que ellos habían luchado por el bienestar de Japón y, aunque Hood reconocía que tenía razón, no se sentía inclinado a favorecer la idea.

Cuando Bugs le informó que el general Schneider lo llamaba con noticias urgentes de Panmunjom, el debate tuvo un final brusco.

—Aquí Hood.

—Señor director —dijo el general Schneider—, lamento informarle que el señor Gregory Donald aparentemente fue asesinado por los coreanos del Norte sobre su propia frontera hace unos minutos.

Hood empalideció.

—General, ellos lo habían invitado a entrar...

—No fue en ese momento. No estaba en el centro de conferencias.

—¿Dónde estaba entonces?

—Corría hacia las barracas con una navaja.

—¿Gregory? ¿Está seguro?

—Eso es lo que informó el oficial de vigilancia. Y que gritaba en coreano acerca de un gas envenenado.

—Dios santo —Hood cerró los ojos—. Eso fue. Gregory, Dios mío... ¿Por qué no permitió que los militares se ocuparan de eso?

—Paul —dijo Ann—. ¿Qué ocurrió?

—Gregory Donald está muerto. Intentaba detener el atentado con gas venenoso. —Volvió a Schneider—. General, el mayor Lee debe haber ingresado el gas en el Norte... Gregory debía estar siguiéndolo.

—Eso pensamos nosotros, pero fue una verdadera tontería. Tenía que saber que los soldados dispararían al verlo.

No fue una tontería, pensó Hood. Así era Donald.

—¿Cuál es la situación actual?

—Nuestros espías informan que los guardias mataron a alguien que quería envenenar las barracas con tabún. Como le dije al secretario Colón, corren de un lado a otro como pollos sin cabeza. Una de nuestras torres vigila al general Hong-koo. Está sentado en un jeep de su lado de la sala de conferencias... esperando no sabemos qué. Ya debe saber que Donald no se presentará.

—Tal vez no sepa que Donald fue asesinado.

Las palabras sonaban tan mal. Hood miró a Ann en busca de apoyo, pero sólo vio la misma tristeza que él sentía.

—Pronto lo sabrá. Nuestro problema es otro. El Pentágono se ha comunicado con Pyongyang y ellos no creen que Lee y su equipo actuarán solos; piensan que es parte de un complot pergeñado en Seúl. Es imposible razonar con esos cerdos.

—¿Qué haremos nosotros?

—Enfrentarlos. El general Norbom nos está enviando todo lo que tiene, por orden directa del presidente. Si alguien se acerca a husmear por aquí, recibirá un disparo en medio de la nariz.

Acto seguido, el general Schneider se excusó y cortó la comunicación, dejando a Hood furioso y deprimido. Sentía que había ganado todos los partidos de fútbol del campeonato sólo para perder el último, el que de verdad importaba. En este punto, lo peor que podía suceder era que Mike Rodgers y el comando Striker hicieran algo que precipitara la guerra. Por un momento pensó en llamarlos, pero sabía que Rodgers no haría nada fuera de lugar. Y aún faltaba considerar los Nodong apuntados a Japón. Si atacaban Japón, con guerra o sin ella, el reclamo de remilitarización sería imparabile. Eso ocasionaría que China y ambas Coreas fortalecieran sus propios ejércitos, creando una carrera armamentista que rivalizaría con la guerra fría de la década de 1960.

Después de informar las novedades a Ann y Coffey, Hood les pidió que hablaran con el resto de los jefes del Centro de Operaciones. Cuando se fueron, apoyó la frente en las manos...

Y se golpeó. *Pyongyang no está dispuesta a creerle a nadie del Sur respecto de lo sucedido, ¿pero qué pasaría con alguien del Norte?*

Llamó a su asistente.

—Bugs, Kim Hwan está en el National University Hospital de Seúl. Si ha salido de cirugía y está despierto, quiero hablar con él.

—Sí, señor. ¿Línea segura?

—No hay tiempo para eso. Y, Bugs, que ninguno de los médicos ni nadie de la KCIA se interponga en tu camino. Habla directamente con Yung-Hoon si es necesario.

Mientras esperaba la comunicación de Bugs, llamó a Herbert.

—Bob... quiero que conectes un aparato a esa frecuencia de Yanguu.

—¿A eso? —repitió Herbert.

—Exactamente. Vamos a ver si podemos instalar un juego telefónico para impedir la guerra.

Miércoles, 8.10 hs., Seúl

Kim Hwan se estaba entredurmiendo cuando Choi Hongtack le tocó el hombro.

—¿Señor Hwan?

Hwan abrió los ojos lentamente.

—Sí... ¿Qué pasa?

—Lamento tener que molestarlo, pero hay una llamada telefónica del señor Paul Hood de Washington.

Hongtack le tendió el tubo del teléfono. Con considerable esfuerzo, Hwan se acomodó un poco y lo tomó. Lo apoyó en la almohada junto a la oreja y giró levemente la cabeza.

—Hola, Paul —dijo con debilidad.

—Kim... ¿Cómo te sientes?

—No tengo alternativa.

—*Touché*. Kim, tenemos poco tiempo. Encontramos al hombre que está detrás del atentado, es un oficial de Corea del Sur, y —lamento tener que decírtelo— Gregory Donald fue asesinado cuando trataba de atrapar a uno de sus secuaces.

Hwan sintió que volvían a apuñalarlo. No podía respirar y le ardían las entrañas.

—Desearía habértelo dicho de mejor modo —dijo Hood—, o haber podido esperar para hacerlo. Pero Corea del Norte no cree que el grupo estuviera actuando por su cuenta y están decididos a declarar la guerra por esto. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo Hwan, reaccionando.

—Antes interceptamos un mensaje de Seúl, de Oh-Miyo. ¿Todavía puedes llegar a ella?

—No, no lo sé.

—Bueno, Kim, necesitamos alguien en quien los coreanos del Norte puedan confiar para que les diga que ésta no fue una acción oficial del gobierno de Corea del Sur. Tenemos la frecuencia de radio que ella usaba y pensamos que podemos sintonizarla. Si lo logramos, ¿hablarás con ella? ¿Le pedirás que se comunique por radio con el Norte y trate de convencerlos?

—Sí —dijo Hwan. Las lágrimas caían de sus ojos, y le pidió a Hongtack que lo ayudara a incorporarse—. Haré todo lo que pueda.

—Buen muchacho —dijo Hood—. Espera en línea mientras me aseguro de que todo funcione.

Mientras esperaba, Hwan ignoró las miradas interrogantes de Hongtack. Aunque se evitara la guerra, éste ya había sido un día monstruosamente trágico. ¿Y todo por qué? Por las maquinaciones políticas y militares que Gregory tanto detestaba.

El habla, decía. El habla y el arte son lo único que nos diferencia de los otros animales. Úsalos y degústalos al máximo...

Era tan injusto. Y lo peor de todo era que el hombre en quien se habría refugiado en busca de consuelo ya no formaba parte de este mundo.

—¿Kim?

Hwan apoyó el receptor contra su oreja y luchó contra los efectos relajantes de la anestesia que amenazaban arrastrarlo a un sueño profundo.

—Aquí estoy, Paul.

—Kim, hay un problema...

Por encima del crujido de la estática, una voz frenética interrumpió a Hood.

¡Amenazan con matarme!

Hwan se despertó al instante al reconocer la voz de Kim Chong.

—Kim, soy Hwan. ¿Puede oírme?

—¡Sí...!

—¿Quién la está amenazando?

—Hay un helicóptero... y dos motocicletas en camino. Estoy estacionada en una montaña... puedo verlos allí abajo.

Los ojos de Hwan se clavaron en los de Hongtack.

—¿Son nuestros?

—No lo sé —replicó Hongtack—. El director Yung-Hoon dijo que había demasiadas agencias involucradas como para...

—No me importaría aunque estuviera involucrado Dios. Ordéneles que se retiren.

—Señor...

—Hongtack, vaya a otro teléfono y dígame al director Yung-Hoon que soy completamente responsable de la señorita Chong. Dígaselo ahora mismo, o mañana se unirá al equipo norteamericano que hace vigilancia radial en McMurdo.

Después de vacilar un instante, aparentemente sopesando su dignidad contra un viaje a la Antártida, Hongtack abandonó la habitación del hospital.

Hwan volvió al teléfono.

—Ya me ocupé de ellos, Kim. ¿Dónde está usted?

—En las montañas del Parque Nacional Sorak-san. Estacioné bajo una saliente donde el helicóptero no puede aterrizar.

—Correcto. Ahora debe ir a ver a mi tío Zon Pak en Yangyang. Es pescador; no le agrada a nadie, pero todos lo conocen. Lo llamaré por teléfono y él la trasladará sana y salva a su destino. Dígame, ¿el señor Hood le explicó nuestro problema?

—Sí. Me habló del mayor Lee.

—¿Puede ayudarnos? ¿Está *dispuesta* a ayudarnos?

—Sí, por supuesto. Quédese en línea mientras me comunico por radio con Pyongyang.

—¿Puede interferir los auriculares de modo que usted pueda oírnos a mí y al señor Hood, pero sin que ellos nos escuchen?

Kim le aseguró a Hwan que lo haría, y él pudo oír al cuarto participante de la conferencia telefónica Hospital-a-Centro-de-Operaciones-Sorak-san: el capitán Ahn Il en “Casa”. Hwan sabía que “Casa” eran los cuarteles generales de la Agencia de Inteligencia de Corea del Norte en la capital, localizados en los subsuelos del hotel Haebangsang en la orilla oeste del río Taedong.

—Casa —dijo Kim—, acabo de recibir evidencias incontrovertibles de que una célula de soldados de Corea del Sur, y no, repito: *NO*, el gobierno y los militares de Seúl, está detrás de la explosión de hoy y el intento de gasear la base. El mayor Lee, un oficial con un parche en el ojo, ha sido el estratega de todo el operativo.

Hubo un momento de silencio, y luego:

—Seúl Oh Miyo, ¿qué hombre con un parche en el ojo?

—El hombre que manejaba el gas venenoso.

—No había ningún hombre con esas características.

Paul dijo:

—Por favor, señorita Chong, dígame que espere. Trataré de que encuentren al mayor Lee... y si lo logro, tendrán que actuar rápidamente para detenerlo.

Miércoles, 6.17 hs., Centro de Operaciones

Paul Hood dejó a Kim Hwan en línea de espera y llamó a Bob Herbert.

—Bob, ¿tenemos una foto del mayor Lee?

Está en su dossier...

—Haz que lo escaneen inmediatamente a través de la NRO, y ven aquí con Lowell Coffey, McCaskey y Mackall.

Hood llamó a Stephen Viens de la NRO.

—Steve, Bob Herbert te está enviando una foto. El hombre todavía puede estar en el sector norte de la DMZ en Panmunjom: necesito encontrarlo y arrestarlo. Primero tendrás que investigar el área del centro de conferencias... quiero dos satélites para eso.

—¿El secretario Colón autorizó la implementación del segundo satélite, verdad?

—Lo haría si supiera cómo están las cosas —dijo fríamente Hood.

—Me lo imaginaba —dijo Viens—. Ya viene la fotografía. ¿El sujeto estará solo?

—Es lo más probable —dijo Hood—, y con uniforme de Corea del Sur. Quiero ver las fotos a medida que vayan llegando.

—Un momento.

Hood escuchó que Viens ordenaba que focalizaran un segundo satélite sobre la región, y que se manejara a una altura relativa de siete metros. Luego ingresó la fotografía del mayor Lee en la computadora satelital: registraría el área en busca de alguien con esos rasgos y que llevara puesto un uniforme azul.

Apareció el techo del centro de conferencias; el hombre no estaba allí, pues los vigilantes de ambos lados le hubieran disparado. Luego, 4.4 segundos más tarde, superpuestas con las imágenes del primero, el segundo satélite tomó una fotografía del área frente al edificio... la pequeña caravana y el jeep, y adentro del jeep probablemente el general Hong-koo.

Bob Herbert entró impulsando su silla de ruedas, seguido por Martha, Coffey, McCaskey y Ann Farris. Hood se alegró al verla entrar, pues acaso no venía para estudiar la crisis sino para cuidarlo

a él. Su estilo maternal los ponía incómodos y extrañamente alegres, aunque él estaba decidido a olvidar la incomodidad por el momento. Le había gustado sentir la mano de Ann en el hombro un rato antes.

—Darrell —dijo Hood—, ¿por qué está sentado allí Hong-koo? Tiene que saber lo que ha ocurrido.

—No le importaría —Martha respondió por él. Darrell la fulminó con una sola mirada—. Los coreanos del Norte serían capaces de celebrar una fiesta de cumpleaños aunque hubieran asesinado al homenajead. Les gusta ser inmovibles. Un remanente de la ideología del presidente Kim Il Sung, *juche*... autocontrol.

Ann dijo:

—Es probable que utilice el foro para hacer alguna clase de declaración.

—Por ejemplo, cómo fueron atacados y exhibieron una enorme capacidad de autocontrol al no responder —dijo Martha.

Darrell dejó caer los brazos y se sentó.

Hood observaba atentamente las fotografías que seguían ingresando, en el extremo superior izquierdo y el extremo inferior derecho de su computadora, respectivamente. La llegada de cada foto era marcada por un zumbido prolongado del disco rígido que almacenaba las imágenes; un código numérico en el extremo inferior derecho de cada foto —el número de secuencia seguido de un “1B” para indicar “Primera Barrida”— permitía ubicarlas inmediatamente. La computadora también podía ampliar las imágenes y otorgarles mayor brillo y claridad, e incluso cambiar el ángulo de visión extrapolarando la información de la fotografía.

—Mantengamos la 17-1B —chilló Hood, irguiéndose en la silla. La figura solitaria detrás del árbol a pocos metros de la caravana...

Bob y Darrell se acercaron a mirar.

—Las hojas le ocultan la cara —dijo Viens—. Permítanme mover un poco la cámara.

Un *poco* significaba millonésimas de pulgada que, magnificadas por la distancia entre el satélite y la Tierra, les proporcionarían un ángulo de visión diferente en treinta centímetros o más.

Llegó la nueva foto y comenzó a brillar inmediatamente con una línea de pálido azul.

—¡Canasta! —dijo Viens—. Voy a enfocarlo con el otro satélite.

—No. Quiero una visión completa del área... desde unos doscientos metros.

—De acuerdo —dijo Viens.

Hood tomó la segunda línea en espera telefónica, mientras observaba en la segunda foto cómo el mayor Lee giraba ligeramente su cuerpo en dirección al automóvil del general. Hood sintió lo mismo que sentía cada vez que veía la filmación del asesinato de Kennedy: la cosa estaba pasando y él era incapaz de detenerla.

Llegó una nueva fotografía de Lee. Claramente estaba saliendo de atrás del árbol.

—Señorita Chong, ¿puede oírme? —dijo Hood.

—¡Sí!

—Dígale a su gente que el oficial asesino está saliendo de atrás de un roble, pocos metros al norte del área de conferencias. Creemos que intenta atacar al general Hong-koo. Dígale a su gente que detenga al mayor Lee de cualquier manera.

—Comprendo —dijo ella, y transmitió el mensaje.

Mientras lo hacía, Hood le dijo a Bugs que llamara por teléfono al general Schneider. Mientras Bugs se apresuraba para conseguir la comunicación, Hood seguía observando cómo Lee salía de atrás del roble. Llevaba un arma. Los hombres detrás de él estaban observando cómo el general Hong-koo se ponía de pie en el jeep, listo para salir. En la foto panorámica, Hood vio toda el área de conferencias y también los sectores norte y sur de la DMZ simultáneamente. Lo que esperaba ver estaba allí... en el sector sur, a menos de tres metros al sudoeste de Lee.

—¡Tengo al general Schneider! —gritó Bugs. Lo comunicó con Hood.

—Hood —saltó el general—, no me molestaría en hablar con usted si no fuera el jefe de la crisis...

—El mayor Lee está oculto detrás del centro de conferencias, sector Norte.

—¿Qué?

Hood habló imperativamente.

—Podrá verlo desde sus propias torres de vigilancia al sudoeste del centro. ¿Hay un tirador apostado allí?

—Sí...

—Entonces úselo. ¡Ya!

—¿Usted pretende que le dispare a uno de nuestros oficiales... y también que dispare contra Corea del Norte? —dijo Schneider.

—¿No era eso lo que quería? Lee está armado y va a matar a Hong-koo. Usted debe detenerlo... ¡o todos volarán en mil pedazos!

—¿Y qué pasa con mi tirador en la torre? Le dispararán...

—Espero que no. Mi gente está hablando con ellos ahora.

—Espero que no —se burló Schneider—. Señor, daré la orden, pero es *su responsabilidad*.

Schneider cortó la comunicación y Hood le pidió a Viens que mantuviera un satélite sobre Lee y el otro sobre el vigilante de la torre.

Se acercó la segunda imagen, y pudieron ver que uno de los dos soldados levantaba el teléfono y el otro miraba a través de sus largavistas.

La primera imagen mostraba a Lee aproximándose audazmente a Hong-koo.

La segunda imagen mostraba al hombre de los binoculares bajándolos.

Lee estaba cada vez más cerca... tan cerca que Hong-koo y él ocupaban la misma imagen. Hong-koo bajaba del jeep por el lado del acompañante, sus hombres formaban un semicírculo a su alrededor, una guardia de honor. Había reporteros y fotógrafos a los costados.

El soldado de la torre de vigilancia levantó el rifle.

Lee alzó su pistola.

El soldado cargó sobre su hombro la Colt M16.

A Hood le ardía el estómago, y tenía la boca dolorosamente seca. Un segundo de demora, una palabra de más, podrían hundir a la península en la más cruenta guerra...

Brillaron los flashes de los fotógrafos cuando se disparó la pistola de Lee. A Hood se le subió el corazón a la garganta al ver al centinela de pie con el rifle en posición. Pasó una eternidad antes de que llegaran nuevas imágenes.

Lee había dado vuelta la cara, aparentemente en respuesta a los flashes. Hong-koo había caído hacia atrás con lo que parecía una mancha en el brazo derecho.

El cañón de la M16 largaba humo.

Hood tuvo una curiosa retrospectiva de su niñez, cuando se había escondido en la muda y afelpada quietud del ropero de cedro de sus padres. El silencio de su oficina tenía la misma densidad, igual espesor.

La siguiente fotografía del sector de Corea del Norte mostraba al general Hong-koo tendido boca arriba y sosteniéndose el brazo. Muy cerca de él, Lee permanecía de pie, con el arma humeante... y la cabeza completamente oscurecida por una mancha de sangre.

—Lo hicieron —dijo Herbert, dando un puñetazo al aire.

McCaskey palmeó la espalda de Hood.

En la siguiente fotografía, Lee caía y Hong-koo se levantaba. Al sur, los centinelas de la torre se agachaban.

—¿Señor Hood? —dijo Kim Chong—. Les he dado su mensaje y lo están transmitiendo a Panmunjom.

—¿Piensa que le creyeron?

—Por supuesto —replicó ella—. Soy espía, no política.

Hood se puso de pie y Ann corrió a abrazarlo.

—Lo lograste, Paul.

Coffey los observaba con expresión infeliz.

—Correcto. Matamos a un oficial de Corea del Sur. *Habr*á repercusiones.

—Estaba loco —dijo Herbert—. Matamos a un perro rabioso.

—Que tal vez tenga familia. Los perros rabiosos no tienen derechos; los soldados y sus parientes próximos, sí.

Bugs interrumpió con una llamada del general Schneider. Hood le pidió que tratara de localizar a Mike Rodgers, luego se sentó en el borde del escritorio y levantó el teléfono.

—¿Sí, general?

—Parece que se ha anotado un tanto en esta oportunidad. No hay tiroteo... los coreanos del Norte están a la expectativa.

—¿Puede ver al general Hong-koo?

—No —dijo Schneider—. Mis muchachos siguen agachados en la torre.

Hood miró el monitor.

—Bueno, el general está sentado en su jeep, apretando un pañuelo o un trapo contra la herida de su hombro. Ahora el jeep se pone en marcha. Todo parece andar bien.

—Colón va a mandarnos a la mierda de todos modos.

—No lo sé, —dijo Hood—. Al presidente tal vez le agrade cómo marcharon los acontecimientos... hará un buen papel frente a la prensa.

—Excúseme, señor, —interrumpió Bugs—, pero tengo al teniente coronel Squires en el TAC SAT. Creo que usted querrá hablar con él.

El júbilo fue reemplazado por una renovada ola de ardor estomacal cuando Hood escuchó lo que Rodgers planeaba hacer...

Miércoles, 9.00 hs., las Montañas Diamante

El descenso de la colina era más lento de lo que Rodgers había esperado. Estaban a cuatrocientos metros de las tropas enemigas. Habían llegado arrastrándose sobre el vientre, sin hacer ruido, para mantener el más bajo perfil posible. Las rocas afiladas les arañaban las piernas, las plantas espinosas herían sus brazos desnudos, y la colina era bastante empinada y riesgosa. Todos habían perdido pie varias veces, teniendo que aferrarse con pies y manos a las rocas para no caer al campamento enemigo. Rodgers se dio cuenta de que ésa era la razón del emplazamiento de la carpa del comandante: a la luz del día era prácticamente imposible acercarse. En la oscuridad, incluso con lentes de visión nocturna, era absolutamente imposible.

Rodgers era el primero de la fila, seguido por Moore. Puckett iba detrás; les ordenó detenerse detrás de una roca veinte metros encima de la carpa. Con los dos hombres detrás de la roca, Rodgers se adelantó en busca de signos de actividad en el campamento.

Oyó voces suaves y ahogadas, pero no alcanzó a ver ningún movimiento dentro.

Qué raro, pensó. Esto salía de lo común. Cuando se levantaban las cabezas de los Nodong y apuntaban a un blanco definido, era típico que los comandantes estuvieran el frente de la operación: la orden de lanzamiento jamás se daba por teléfono, sino en persona. Rodgers se frustró al no poder averiguar lo que decían dentro de la carpa, aunque en realidad carecía de importancia. La única manera de impedir el lanzamiento de los misiles era entrar allí y persuadir al que estuviera a cargo para que los bajara otra vez. Aunque no podía oír, estaba dispuesto a apostar su pensión militar a que no eran coreanos del Norte los que querían el tiroteo.

Volvió con los otros.

—Hay dos o tres hombres en el interior de la carpa —murmuró—. Entraremos por la derecha, por atrás. Moore, abrirás una entrada con el cuchillo, luego darás un paso a la izquierda. Tendremos que actuar rápido. Yo entraré primero, luego Puckett, y tú serás el último. Yo cubriré el lado izquierdo; Puckett, te encargarás del lado derecho, y Moore cubrirá el frente. Entraremos con pistolas, no

con armas blancas... no queremos que a nadie se le ocurra pedir refuerzos.

Los dos hombres asintieron. Moore sacó el cuchillo y avanzó por la última franja de colina, los pies hacia adelante, la espalda contra la piedra. Desenfundando la Beretta, Rodgers lo siguió en silencio. Puckett cerraba la fila.

Antes de llegar al final, Moore esperó a sus compañeros. Los tres se agacharon en la relativa oscuridad detrás de la carpa. Rodgers escuchaba mientras Moore se arrastraba hacia la carpa.

—... descubriré que contamos con gran apoyo aquí —estaba diciendo alguien—. Su propio pueblo lo ha hecho posible. La reunificación, como un segundo matrimonio con la misma persona, es una idea preciosa, pero definitivamente impracticable.

Es obvio que los coreanos del Sur han tomado esta plaza, pensó Rodgers. Miró a Moore, que se levantaba lentamente al costado de la carpa, con el largo cuchillo en la mano izquierda, apuntado hacia abajo y dispuesto a dar el golpe. Rodgers se adelantó, siempre seguido por Puckett, ambos en cuclillas y preparados para saltar.

Si sólo pudiera saber quién era el infiltrado y quién el oficial de la República Popular Democrática de Corea. Mataría al primero sin vacilar.

Moore asintió una vez, luego empujó la empuñadura con la mano derecha. La hoja desgarró la lona, Moore hizo un tajo profundo hacia abajo, y luego dio un paso al costado. Rodgers entró de un salto, dando un paso a la izquierda y apuntando su arma al coronel sentado en la litera: era calvo y apretaba un trapo ensangrentado en la mano. Por la herida, y por el hecho de que estaba desarmado, Rodgers supo enseguida que era el oficial de Corea del Norte y que era prisionero de los otros dos. Puckett entró de un salto, apuntando con su arma al oficial parado en el extremo derecho de la carpa. Se apoderó de la pistola 64 antes de que pudieran dispararla y puso su propia Beretta en la frente del coronel.

Moore entró al instante mientras Kong, junto a la entrada principal, levantaba la mano izquierda y dejaba caer su pistola 64. Siempre apuntando a la enorme cabeza del asistente, Moore se agachó a recoger el arma.

Con la mano derecha oculta tras la espalda, Kong sacó del cinturón la TT33 Tokarev y disparó al ojo izquierdo de Moore. El soldado cayó hacia atrás y Kong apuntó a Puckett.

Rodgers había estado observando a Kong, y cuando vio que deslizaba su enorme mano tras la espalda, lo apuntó con su propia arma. El general no fue lo bastante rápido para salvar a Moore, pero clavó una bala en la frente de Kong antes de que pudiera dispararle a Puckett. El asistente se hizo un ovillo contra el piso de la carpa, golpeando contra la puerta y haciendo que se combara.

La mandíbula de Puckett parecía dura como el acero, y sus ojos llameaban.

—No te *muevas*, saco de basura.

Rodgers escuchó gritos de soldados afuera. Miró al oficial de la litera.

—Debo confiar en usted —dijo Rodgers, sin saber si lo entendía—. Debemos detener esos misiles.

Hizo el arma a un lado y retrocedió un paso. Le hizo señas a Ki-Soo para que se levantara.

El oficial se inclinó ligeramente.

—¡Traidores! —gritó el coronel Sun—. ¡Vean cómo muere un patriota!

Sun se adelantó y atrajo hacia él el brazo de Puckett. Reaccionando de acuerdo al entrenamiento para situaciones de ataque, el privado disparó. Sun gruñó, se dobló por la mitad, y cayó a los pies de Puckett.

Rodgers se arrodilló a su lado y le tomó el pulso.

—Está muerto —dijo. Se volvió hacia Moore. Sabía que el privado estaba muerto, pero de todos modos le tomó la muñeca. Sacó una frazada de la litera y se la entregó a Puckett, quien la extendió sobre el cuerpo de Moore.

—Coronel —dijo Rodgers—, ¿habla inglés?

Ki-Soo hizo un gesto negativo.

—*Pu-t'ak hamnida* —Rodgers se valió de las pocas palabras que sabía en coreano—. Por favor, los Nodong... Tokio.

Ki-Soo asintió. Un grupo de soldados apareció en la puerta de la carpa. Ki-Soo los detuvo con un gesto de la mano alzada y dio algunas órdenes. Luego señaló al hombre muerto.

Dijo una palabra que Rodgers no pudo reconocer. Luego pensó un momento y dijo:

—*Il ha-na, i tul, sam set...*

—Uno, dos, tres —dijo Rodgers—. Está contando. ¿Cuenta regresiva? No... en ese caso iría hacia atrás.

—*Chil il-gop, sa net, il ha-na...* —prosiguió Ki-Soon.

—Siete, cuatro, uno... ¿un código? —Rodgers sintió que un escalofrío le recorría la espalda—. ¿La contraseña? —Señaló al oficial muerto.— Me está diciendo que él cambió las coordenadas. Por eso hizo que lo matáramos, para no revelarlas.

Pensó a toda velocidad. El circuito de los Nodong estaba en una caja programada para disparar los misiles si alguien la tocaba. No había manera de detenerlos a menos que obtuvieran el código.

—¿Cuánto? —preguntó Rodgers—. ¿*On-che-im-ni-ka?*

Ki-Soon miró a uno de los soldados parados en la puerta de la carpa. Rodgers repitió la pregunta, y el soldado respondió.

Las únicas palabras que Rodgers alcanzó a reconocer fueron "*ship yol*".

Diez.

Les quedaban diez minutos antes de que los tres Nodong se dispararan contra Tokio.

Utilizó la radio de Ki-Soo para llamar a Squires y pidió que lo conectaran al TAC SAT.

Miércoles, 19.20 hs., Centro de Operaciones

Hood y sus principales colaboradores todavía estaban en la oficina cuando llegó la llamada de Rodgers. Hood la ingresó por el Speaker y los demás se acercaron a escuchar.

—Paul —dijo Rodgers—, estoy en el campamento de los Nodong, usando su radio a través del TAC SAT instalado en las colinas. Los coreanos del Sur habían tomado el campamento... y nosotros perdimos a Bass Moore tratando de recuperarlo. El coronel Ki-Soo es muy cooperativo... pero no conoce el código de cancelación. Los coreanos del Sur lo cambiaron, y están todos muertos. Tenemos sólo ocho minutos hasta que se disparen los malditos misiles, apuntados a Tokio.

—No tenemos tiempo para mandar aviones del Norte ni del Sur —dijo Hood.

—Exactamente.

—Dame un minuto —dijo Hood y llamó a Matt Stoll por computadora—. Matty, trae el archivo de los Nodong. ¿Cómo podemos detenerlos sin el código?

El rostro de Stoll desapareció de la pantalla y fue reemplazado por el archivo de los Nodong. Avanzó dejando atrás esquemas y listas específicas.

—Los circuitos de control se guardan en cajas de acero de dos pulgadas para protegerlos durante el lanzamiento... déjame ver. Tenemos tres hileras de números. La de arriba es un reloj en cuenta regresiva. La del medio son las coordenadas de lanzamiento. Los cuatro números que permiten cambiar el blanco permanecen un minuto a la vista después de ser ingresados. Eso te da la oportunidad de cambiarlos antes de que se codifiquen. Después de eso, aparecen cuatro números en la hilera inferior, que sirven como sistema de doble seguridad. No puedes llegar a los números del medio a menos que ingreses primero la hilera inferior. También desaparecen después de un minuto. Entonces... todo lo que tienes que hacer es ingresar los primeros cuatro números, los números del medio, en cero-cero-cero-cero y no se dispararán.

—Pero hay que entrar en el programa para hacer eso.

—Correcto.

—Y no tenemos ese primer grupo de cuatro números.

—En ese caso, no podemos hacer nada. E ingresar todas las combinatorias numéricas posibles de cero a nueve llevaría...

—Tenemos unos siete minutos...

—... más que eso —dijo Stoll. De pronto se le iluminó la voz. Espera un segundo, Paul. Tal vez pueda hacer algo.

El archivo de los Nodong desapareció y fue reemplazado por una fotografía del emplazamiento.

—Dame un segundo —dijo Stoll.

Hood escuchó a través del teléfono el sonido de las teclas de la computadora de Stoll. Miró el reloj en cuenta regresiva. Quería llegar y apoyar las palmas de las manos sobre los números, lentificarlos, darse más tiempo para desactivar los misiles. Una vez más, había llegado tan lejos sólo para fracasar. Jamás se encontraría en la descripción de su trabajo la cantidad de vidas irremediabilmente perdidas.

—Martha —dijo Hood mientras Stoll seguía trabajando—, será mejor que llames a Burkow a la Casa Blanca. Infórmale todo: es probable que el presidente deba hacer una llamada a Tokio.

—Oh, los dos se alegrarán muchísimo —dijo Martha camino a la puerta.

—Te llamaré a tu oficina en cuanto tenga novedades —dijo Hood.

Bob Herbert dijo:

—Tengo fe en algo: culparán a los Estados Unidos por todo lo que ha sucedido hoy.

—El día de hoy aún no ha terminado —le espetó Hood. Se rehusaba a creer que hubieran disparado la última bala.

Hood seguía mirando obsesivamente la pantalla. La imagen de los Nodong se alargaba y ensanchaba. Uno de los misiles se agrandaba diez veces cada cinco segundos.

—Maldita sea, soy bueno —dijo Stoll—. ¿Ves lo que tenemos allá abajo, Paul?

—Los Nodong...

—Sí, pero es la fotografía que tomé cuando volvimos al sistema —dijo Stoll.

Hood se inclinó hacia adelante.

—Eres brillante, de verdad, hijo de puta. —Examinó la pantalla y sintió un escalofrío—. ¡Mierda!

Podían leer tres de los cuatro números de la hilera inferior: uno, nueve, ocho. El que había programado los números estaba bloqueando el último de la derecha.

—Apuesto a que el último número es un ocho —dijo Stoll—. Ha sido un tema recurrente el día de hoy.

—Esperemos que tengas razón —dijo Hood. Volvió a hablar con Rodgers.

—Mike, debes programar los misiles de la siguiente manera: uno-nueve-ocho-ocho en la hilera inferior, cero-cero-cero-cero en la hilera del medio. Repite...

—Diecinueve ochenta-ocho abajo, cuatro ceros al centro. Quédate en línea.

—No te preocupes —dijo Hood por lo bajo—. No iré a ninguna parte.

Miércoles, 9.24 hs., las Montañas Diamante

El camuflaje de hojas y ramas secas yacía en el suelo al lado de los misiles, que brillaban como mármoles pulidos bajo la joven luz del sol.

Rodgers se trepó al panel de control del Nodong más cercano y le ordenó a Puckett que ingresara los dos códigos en el segundo, y al coronel Ki-Soo que hiciera lo mismo en el tercero. Un médico lo seguía, rabiando de ira porque el coronel había intentado quitarse el vendaje en el camino.

Rodgers presionó los números uno-nueve-ocho-ocho, y se quedó un momento expectante, anhelando que la hilera numérica del medio se encendiera.

No se encendió.

—Aquí no aparece nada, señor —dijo Puckett.

—Ya lo sé, soldado —dijo Rodgers.

No se molestó en probar otra vez los números. No cuando le quedaban apenas cuatro minutos veinte segundos en la cuenta regresiva del maldito reloj. Volvió corriendo a la carpa.

—Paul, —dijo—, no funcionó. ¿Estás *seguro* de que son éstos los números?

—Los tres primeros sí —admitió Hood—, pero no estamos seguros del último.

—Grandioso —gritó Rodgers, saliendo como un trueno de la carpa.

Pensaba febrilmente mientras corría a toda velocidad hacia los Nodong. *Menos de cinco minutos. Lleva casi cinco segundos ingresar cada maldito número. Eso no nos deja mucho tiempo.*

—Privado Puckett —aulló Rodgers—, comience con nueve-diez-ocho y...

Un soldado ornado de medallas se acercaba corriendo al Nodong de Puckett. Empujó al soldado fuera de la vista de Rodgers, amartilló su pistola y disparó una sola vez hacia el suelo.

Después giró sobre sus talones y vació el cargador contra el tablero antes de que Ki-Soo pudiera llamar a sus hombres. Los coreanos del Norte lo tiraron al suelo, gritando.

La voz de Squires crujió en la radio.

—Escuchamos los disparos. ¿Qué fue eso?

Rodgers tomó el transmisor oculto en su cinturón.

—Alguien que no desea que estemos aquí —respondió—. No te preocupes. Ya lo atraparon.

—Aquí arriba nos sentimos inútiles, señor —dijo Squires.

Rodgers no respondió; comprendía. Pero en este momento tenía mayores problemas.

El médico abandonó a Ki-Soo y corrió hacia Puckett. Luchando contra la tentación de acompañarlo, Rodgers se trepó al Nodong más cercano y comenzó a ingresar números.

Uno-nueve-ocho-cero.

Nada.

Uno-nueve-ocho-uno.

Nada. Nada hasta que por fin llegó al uno-nueve-ocho-nueve.

Se escuchó un “bip”, la hilera del medio se encendió, y Rodgers cambió rápidamente los números existentes por cero-cero-cero-cero. Cuando terminó de hacerlo, el misil comenzó a descender.

Le quedaban dos minutos dos segundos. Corrió al misil de Puckett. El tablero estaba hecho pedazos y eso era irreparable, pero al menos Puckett estaba vivo. El médico le había abierto la camisa y estaba limpiando la sangre de una herida en el hombro.

—¡Coronel! —dijo Rodgers, saltando del misil. Colocó las manos a ambos lados de la brillante carcaza—. Tenemos que *empujarlo*... empujarlo para que se dispare sobre aquellas colinas, a lo lejos. —Señaló con la cabeza—. Están desiertas... nadie morirá.

Ki-Soo comprendió y dio la orden a sus hombres. Mientras el médico sacaba a Puckett del camino, quince hombres corrieron a un costado del misil y empezaron a empujar. Ki-Soo dio la vuelta al misil y disparó a las llantas de ese lado. Mientras los hombres del coronel seguían empujando, Rodgers se dirigió al último misil. *Hay poco tiempo*, dijo para sí mismo. *Pero vamos a lograrlo*...

Oyó a sus espaldas una suerte de gruñido metálico cuando cambió de lugar el peso del misil. Sin detenerse, miró hacia atrás y vio que toda la estructura había quedado en declive, y el misil se había deslizado a un costado de su soporte transversal. Los hombres gritaban al ver el humo que comenzaba a salir de la parte trasera, seguido por una veloz llamarada de color amarillo-naranja. El Nodong se había disparado al darse vuelta la camioneta.

¡Eso es imposible!, pensó Rodgers esquivando el lodo y cubriéndose la cabeza. El movimiento de la camioneta no podía ocasionar el lanzamiento del Nodong.

Los hombres escapaban de la espiral de fuego en todas direcciones. El misil abandonó la camioneta volcada y atravesó a una velocidad impensable el terreno, destrozando carpas, jeeps y árboles con su fuego. Acabó con todo lo que halló a su paso en un trayecto de casi

un kilómetro antes de chocar contra la ladera de una colina, levantando una bola de fuego más de mil metros en el aire y enviando una impactante ola quemante hacia la base.

Cuando sintió que la ola de calor le pasaba por encima, Rodgers se puso de pie y corrió hacia el último de los Nodong.

Tenía un mal presentimiento mientras corría... la sensación de que sería un oficial de Corea del Sur quien reiría último esta vez. Todos habían supuesto que los misiles estaban programados para dispararse al mismo tiempo.

¿Pero... y si eso no ocurría? ¿Por qué habría de ocurrir? Había ido de uno a otro. Podía haber minutos de intervalo entre el lanzamiento de uno y otro misil. El primer misil programado acababa de dispararse. El que había logrado desprogramar podía ser el segundo programado por los coreanos del Sur, o acaso el tercero. Lo que significaba que le quedaba apenas un minuto, o...

Cuando Rodgers estaba a dos metros del misil, vio que la cola empezaba a echar humo.

Y entonces comprendió. *Los relojes tenían una programación diferente.* Por supuesto. ¿Por qué no?

De otro modo sería imposible atacar jets o derribar misiles en el aire con un misil capaz de superar velocidades de dos mil millas por hora. E incluso los misiles Patriot de Japón eran azarosos: ¿qué ocurría si el Nodong no les pasaba cerca?

—¡Coronel! —gritó Rodgers corriendo en dirección a Ki-Soo.

Había una sola oportunidad, y sospechaba que el oficial se le había adelantado. Cuando el Nodong silbó en su lanzador y estalló en llamas Ki-Soo ya estaba gritando por el transmisor de radio y sus hombres se cubrían rápidamente detrás de las rocas o bajo las salientes del terreno.

Buen muchacho, pensó Rodgers mientras literalmente se dejaba caer sobre los humeantes restos de un jeep destruido por el último Nodong. Se puso de costado cubriéndose la cabeza con ambos brazos justo cuando el último misil se disparaba en un brillante arco de llamas, rugiendo como un dragón liberado de sus cadenas mientras atravesaba el cielo matinal. Entonces Rodgers pensó en Squires y el comando Striker, y se esforzó para sacar el transmisor de radio de su cinturón. Pero se había hecho pedazos cuando cayó dentro del jeep, y todo lo que podía hacer era rezar para que no malinterpretaran lo que estaban viendo...

Miércoles, 19.35 hs., Centro de Operaciones

—Malas noticias, Paul —dijo Stephen Viens desde el teléfono de la NRO—. Me parece que se les escapó un Nodong.

—¿Cuándo?

—Hace unos segundos. Lo vimos encenderse... y estamos esperando las próximas fotos.

—¿Hefesto está observando? —preguntó Hood.

—Sí, ya te haremos saber adónde apunta.

—Me quedaré en línea —dijo Hood, y puso la línea segura en Speaker. Miró a Darrell McCaskey y Bob Herbert, que estaban en su oficina.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Herbert.

—Se disparó un Nodong —dijo—, apuntado a Japón. Bob, comunícate con el Pentágono y diles que será mejor que despeguen los aviones de Osaka.

—Jamás podrán interceptarlo —dijo Herbert—. Es como hallar una aguja en un pajar del tamaño de Georgia.

—Lo sé —replicó Hood—, pero debemos intentarlo. Tal vez tengan suerte. Darrell, la NRO recogerá la firma de calor del misil en el satélite Hefesto. Conoceremos la trayectoria y al menos podremos guiar a nuestros pilotos. —Guardó silencio un instante. *Todas las vidas, pensó. Habrá que informar de inmediato al presidente para que telefonee al primer ministro japonés.*

—Tal vez podamos darle a la gente unos segundos para cubrirse —dijo Hood—. Eso es algo.

—Correcto —dijo McCaskey.

Hood estaba por llamar a la Casa Blanca a través de la segunda línea cuando Viens lo detuvo.

—Paul... tenemos algo nuevo en la pantalla.

—¿Qué?

—Flashes —dijo Viens—. Más de los que vi en Bagdad la primera noche de Desert Storm.

—¿De qué clase? —preguntó Hood.

—No estoy seguro... estamos esperando la próxima foto. ¡Pero esto es absolutamente increíble!

Miércoles, 9.36 hs., las Montañas Diamante

Parado detrás de sus binoculares, el teniente coronel Squires observó el ascenso del Nodong y que la artillería antiaérea abría fuego.

Lo primero que pensó fue que estaba en marcha un ataque aéreo, y su primer impulso fue distribuir a los hombres y atacar los puestos de artillería. ¿Pero con qué sentido? Cuando llegaron refuerzos aéreos, los orientarían en la dirección que el radar indicaba. Entonces vio que las armas bajaban después de ser disparadas, y comprendió.

Los proyectiles surcaban el cielo desde todos los sectores del perímetro, abriendo un poderoso escudo de fuego trescientos metros a la redonda del emplazamiento de los Nodong. Los proyectiles guiados por el radar chocaban unos contra otros, y eran reemplazados por otros nuevos cada medio segundo.

Los coreanos del Norte estaban levantando una barrera, intentaban derribar su propio misil. El Nodong ascendía a gran velocidad... cada vez más cerca del fuego cruzado. Los proyectiles quebraban el cielo matinal mientras los cañones seguían disparando; sus fuertes "pops" sonaban como petardos arrojados en un barril. La imagen le recordaba a Squires una vela de chasco que se encendía, las explosiones eran cada vez más bajas a medida que el cohete ascendía.

Habían pasado sólo dos o tres segundos desde el lanzamiento del Nodong, pero el misil ya estaba lejos de la barrera chispeante y luminosa. No había garantías de que el fuego antiaéreo lo detuviera, y siempre existía la oportunidad de que los proyectiles simplemente lo dañaran, haciéndolo caer sobre aldeas del Norte o del Sur.

El fuego llovía sobre el emplazamiento del Nodong, como el granizo ardiente de la Biblia, incendiando carpas y vehículos. Squires esperaba que Rodgers y sus hombres se encontraran bien... y que si explotaba el misil, el desastre no se llevara a los suyos.

¿Cuántas veces había latido su corazón desde el lanzamiento del Nodong? Muy pocas, pensó. Sentía que se le había detenido cuando la nariz del misil había ascendido entre la barrera antiaérea.

Era como un sueño, un infierno de llamas y metal, de movimientos lentos; los proyectiles acertaban al misil de una punta a la otra, atacándolo por todos los flancos como una emboscada en una película de gánsters. Los sonidos de disparos eran reemplazados por un pesado zumbido, algo así como un “poc-poc-poc”, cada vez que un proyectil daba en el blanco.

En un instante, la barrera antiaérea se abrió camino desde un extremo al otro del horrendo misil, y entonces todo lo que estaba frente a Squires pasó del rojo al azul: había explotado el cielo.

Miércoles, 9.37 hs., las Montañas Diamante

Rodgers había oído explotar los proyectiles y visto caer a su alrededor fragmentos de la contundente barrera antiaérea. Aunque sabía que el rostro de la Medusa no estaba demasiado lejos, tenía que ver, tenía que estar seguro de lo que estaba ocurriendo, y por eso retiró los brazos que le protegían la cabeza y miró el cielo.

El feroz Nodong trató de abrirse camino entre la pared de explosivos y fue desgarrado y agujereado, explotando con una furia tal que Rodgers creyó que había explotado a su lado y no a quinientos metros de distancia.

Rodgers volvió a cubrirse la cabeza, el calor de la explosión le quemó el vello del dorso de las manos y las muñecas, el sudor que le bañaba la espalda pasó del frío al calor en un instante.

Entonces los residuos llameantes del Nodong destruido comenzaron a caer del cielo, algunos con forma de moneda y otros con forma de plato. Caían y seguían ardiendo a su lado mientras trataba de refugiarse contra, y también debajo, del jeep destrozado. Gritaba como un lobo herido cada vez que un fragmento de Nodong se acercaba demasiado, hasta que uno le cayó sobre la piel, quemándole el pantalón.

Un momento después sólo había silencio a su alrededor. Un silencio denso y profundo, seguido por sonidos de hombres que se movían apenas y llamaban a sus compañeros.

Le crujieron los huesos al salir de debajo del jeep. Una vez que lo hubo logrado, se acuclilló y levantó la vista al cielo. Excepto por las ráfagas de humo negro, estaba claro.

Rodgers se puso de pie, vio que Ki-Soo se encontraba bien, y que la mayoría de sus hombres estaban bajo el fuerte impacto, un poco ensangrentados, pero sin heridas de importancia.

El norteamericano hizo la venia al coronel de Corea del Norte, y recordó mentalmente a Shakespeare:

*“Porque jamás algo puede estar de más,
cuando la simpleza y el deber lo ofrecen.”*

Miércoles, 9.50 hs., las Montañas Diamante

Cuando Rodgers pudo hacerle entender a Ki-Soo que tenía un comando en las colinas, el coronel envió una camioneta a recoger a los hombres del Striker. La mayoría de los norteamericanos estaban malhumorados al llegar al campamento, pero Squires se alegró de ver a Rodgers y Puckett se alegró al ver su radio. El teniente coronel la dejó en sus manos mientras el médico coreano le revisaba la herida del hombro.

—Me alegra que no hayas disparado —dijo Rodgers, bebiendo un trago de la cantimplora de Squires—. Tenía miedo de que trataras de matar a los artilleros.

—Podría haberlo hecho —replicó Squires—, si no hubieran disparado todos al mismo tiempo. Me llevó un momento, pero pude comprender lo que estaban haciendo.

Puckett respondió cuando Hood llamó desde el Centro de Operaciones. Rodgers y Squires estaban parados junto a un jeep que contenía los restos de Moore; cuando se oyó la llamada, Rodgers corrió a recibirla, seguido de Squires.

—Sí, señor —dijo Puckett—. El general está aquí.

Entregó los auriculares a Rodgers.

—Buen día, Paul.

—Buenas noches, Mike. Tus muchachos hicieron un milagro allí. Felicitaciones.

Rodgers guardó un minuto de silencio.

—Nos costó caro, señor.

—Lo sé, pero no quiero que vuelvas a pensar nada de lo que hiciste —dijo Hood—. Perdimos mucha gente hoy, pero ése es el doloroso precio de nuestra actividad.

—Ya lo sé —dijo Rodgers—. Pero no es eso lo que uno piensa cuando pone la cabeza en la almohada por la noche. Volveré a pensar en todo esto durante mucho tiempo.

—Pero trata de concentrarte en las vidas que lograste salvar. El otro soldado, Charlie, dijo que estaba herido...

—Puckett. Una herida en el hombro, pero se repondrá, Oye, creo que el coronel Ki-Soo quiere escoltarnos al punto de partida, así que nos iremos pronto.

—Suenan un poco raro —dijo Hood—, esta detención súbita.

—Sólo un poquito —respondió Rodgers—. Robert Louis Stevenson cierta vez aconsejó a sus lectores que probaran las costumbres de las otras naciones antes de formarse una opinión al respecto. Siempre sentí que había algo de verdad en eso.

—Algo que jamás le venderás al Congreso, ni a la Casa Blanca, ni a ningún gobierno del planeta —advirtió Hood.

—Es verdad —concedió Rodgers—. Y por eso Stevenson también escribió *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Imagino que él tampoco creía en un cambio posible de la naturaleza humana. Paul, me comunicaré contigo cuando regresemos de Japón. Quiero saber qué va a decirnos el presidente.

Hood sintió un escalofrío.

—Yo también, Mike.

Después de pedirle a Hood que chequeara un vocablo específico con Martha Mackall, Rodgers y sus hombres se treparon a dos de las cuatro camionetas que iban a trasladarlos a las colinas junto con los hombres de King-Soo.

Mientras avanzaban, Rodgers tenía entre las manos el equipo que le había enseñado a Squires antes del lanzamiento. Cada doscientos metros, pulsaba un pequeño botón en la parte trasera del mismo, y luego aflojaba la presión.

—Ése es el localizador del EBC, ¿verdad, señor? —preguntó Squires.

Rodgers hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué está haciendo?

—Dejando rastros —dijo—. La confianza es buena... pero también es buena la prudencia.

Squires coincidió con un gesto mientras la camioneta abierta atravesaba el terreno escabroso.

El Sikorsky S-70 Black Hawk sobrevoló las Montañas Diamante como estaba planeado, y el piloto expresó su sorpresa cuando Squires le ordenó que volara en línea recta y aterrizara.

—¿No necesitan escalerillas, no hay que dar la vuelta enseguida? —preguntó.

—No —dijo Squires—. Aterrizas con tranquilidad. Estamos partiendo como verdaderos caballeros.

El Black Hawk aterrizó; las ametralladoras M-60 guardaban un ominoso silencio a ambos costados de la máquina. Mientras los hombres la abordaban, Rodgers y Ki-Soo se despidieron respetuosamente ante la mirada de Squires.

Ki-Soo hizo un breve discurso para los oficiales norteamericanos; las palabras eran incomprensibles pero el mensaje era claro, prístino: les agradecía por todo lo que habían hecho para proteger la integridad de su patria.

Cuando concluyó, Rodgers se inclinó y dijo:

—*An-nyong-hi ka-ship-shio.*

Ki-Soo pareció sorprendido y deleitado, y respondió:

—*Annyong ha-simni-ka.*

Los dos hombres hicieron la venia, Ki-Soo con la mano vendada y rígida al costado del cuerpo. Después, el norteamericano giró sobre sus talones y partió. Al abordar el helicóptero, Squires se acercó a ver cómo estaba Puckett, tendido en una camilla sobre el piso de la nave. Luego se sentó pesadamente junto a Rodgers.

—¿Qué se dijeron ustedes dos, señor? —preguntó.

—Cuando hablé con Paul, le pedí que le preguntara a Martha Mackall cómo se decía “Adiós y que todo esté bien en su país” en coreano.

—Bonito sentimiento.

—Claro que sí —dijo Rodgers—, Martha y yo no nos llevamos demasiado bien... entonces, tal vez le haya dicho que soy alérgico a la penicilina.

—No creo —dijo Squires—. Lo que él le respondió sonaba bastante parecido a lo que usted mismo dijo. A menos que ambos sean alérgicos.

—No me sorprendería —dijo Rodgers. Se cerró la puerta del helicóptero y el Black Hawk ascendió al cielo cada vez más diáfano—. Cada día que pasa, Charlie, me sorprendo menos ante ciertas cosas.

Miércoles, 10.30 hs., Seúl

Kim Hwan se sentó en la cama y corrió las cobijas. Se le había caído la almohada. La necesitaba, pero después de los desastres físicos y emocionales que había padecido en las últimas horas, parecía carecer de la fuerza y la ambición necesarias para agacharse y recogerla.

El hombre que iba a salvar a la península era incapaz de mover el brazo y recoger su propia almohada. Había algo de ironía en esa frase, pero no tenía ganas de hacerse cargo.

El terrible dolor del costado le impedía dormir, y los apretados vendajes le impedían respirar. Pero lo que lo mantenía alerta era lo ocurrido en las últimas horas. La muerte de Gregory Donald lo había hundido en una pesadilla de la que no podía escapar, y aunque le parecía increíble, en el fondo sabía que era inevitable. La vida de Donald había terminado con la muerte de su esposa —¿de verdad sólo había pasado un día?— y al menos ahora estaban juntos. Donald no lo hubiera creído posible, pero Soonji y Hwan sí. De modo que era un creyente. El viejo carnero ateo era un ángel, lo deseara o no.

Mientras Hwan estaba tendido allí, contemplando la pared de ladrillo rojo por la ventana, Bob Herbert lo llamó por teléfono para informarle todo lo ocurrido en las Montañas Diamante, y que dos miembros del comando Striker habían muerto en el emplazamiento de los Nodong. Hwan sabía que no recuperarían pronto los cadáveres, aunque el Norte les enviaría huellas digitales para la identificación.

—No sabemos nada más —dijo Herbert—, así que... o el grupo sigue en pie, o están preparándose para el mañana.

—Estoy seguro —dijo tranquilamente Hwan— de que no hemos escuchado la última palabra de esa gente.

—Probablemente tengas razón —dijo Herbert—. Los radicales son como las bananas, vienen en racimos.

Hwan admitió que le gustaba la imagen. Herbert repitió el agradecimiento de Hood a la gente de la KCIA por todos sus esfuerzos y le deseó una pronta recuperación.

Colgó el teléfono. Ahora sí estaba decidido a recuperar la almohada, pero se sorprendió al ver que alguien se acercaba a ayudarlo en la tarea. Las dos fuertes manos levantaron con suavidad su cabeza abotagada y deslizaron la almohada debajo, abultando los costados para asegurarse de que no volviera a caerse.

Hwan miró hacia el costado.

—Director Yung-Hoon —dijo con sorpresa—. ¿Dónde está...?

—¿Hongtack? Supongo que camino a su nuevo destino... monitoreo de barcos pesqueros en las fronteras chinas del Mar Amarillo. Parecía estar convencido de que nuestros diferentes estilos de trabajo eran una debilidad, y no una fuerza.

—Tal vez... deba reservarme un puesto junto a él —dijo Hwan—. Yo siento lo mismo.

Yung-Hoon le guiñó el ojo, cómplice.

—Tal vez algunas veces hayamos creído trabajar en sentidos opuestos. Pero después de hoy, jamás volverá a suceder.

Alguien del gobierno habría hablado con el director acerca del manejo del caso. No le sorprendería saber que Bob Herbert o Paul Hood habían hecho un par de llamadas en su beneficio. Yung-Hoon siempre respondía a esa clase de estímulos.

El director apoyó su mano sobre la de Hwan.

—Cuando salga de aquí, arreglaremos las cosas de otra manera; usted tendrá sus propias responsabilidades y no deberá informar a mi oficina...

Definitivamente, alguien lo había llamado.

—... y podrá trabajar según su propio criterio. También le recomendé al presidente que creemos una carrera en la Universidad. Algo en homenaje al señor Donald, en el departamento de Ciencias Políticas.

—Gracias —dijo Hwan—. No olvide a la esposa de Cho. Necesitará ayuda.

—Ya me ocupé de ella —dijo Yung-Hoon.

Hwan observó atentamente al director y le preguntó de golpe:

—¿Y cómo está la señorita Chong?

A Yung-Hoon parecía ajustarle la corbata.

—Se ha marchado. Tal como... usted nos lo pidió, le permitimos que huyera.

—Ella me salvó la vida. Le debía eso, nada menos. ¿La siguieron?

—Bueno... sí —admitió Yung-Hoon—. Nos interesaba conocer su destino.

—¿Y?

—Y —dijo el director—, se quedó en Yangyang. En la casa de su tío.

Hwan sonrió. Jamás la encontrarían. El tío Pak la llevaría en su bote, que nadie se atrevería a abordar, y se las arreglaría para hacerla llegar a Japón.

—¿Cree que volverá a espiar para el Norte? —preguntó Yung-Hoon.

—No —respondió Hwan—. Jamás quiso hacerlo. Me alegra que pueda encontrar lo que tanto buscaba.

Yung-Hoon le palmeó la mano.

—Si usted lo dice, Hwan. —Se puso de pie—. Afuera quedará uno de mis hombres, Pak. Si necesita algo llámelo, o hágamelo saber.

Hwan prometió que lo haría y Yung-Hoon lo dejó... no solo, sino con sus fantasmas, los recuerdos dulces y amargos de Donald y Soonji, de su pobre chofer Cho y la alerta pero encantadora señorita Chong. No estaba seguro de que su propio tío le dijera adónde la había llevado, pero se prometió que la encontraría de algún modo. Este día había demostrado, a todos, que había amistades y alianzas que trascendían las fronteras políticas, y que no siempre había tiempo de explorarlas.

Había llegado la hora de fortalecer esos vínculos. Porque al llegar el final, lo único que recordaría de todas esas personas era lo que tenían en el corazón, y no la información de los dossiers.

Miércoles, 21.00 hs., Centro de Operaciones

El presidente llegó al Centro de Operaciones sin anunciarse.

Llegó en su limusina blindada de color plata, con dos agentes del Servicio Secreto, su chofer y nadie más... ni asistentes ni periodistas.

—¿No trajo periodistas? —advirtió con sorpresa Ann Farris cuando el centinela de la puerta principal de la Base Andrews anunció su llegada a Paul Hood—. Entonces será el presidente *saliente*.

—Eres demasiado cínica —dijo Hood, sentándose tras su escritorio. Acababa de actualizar la información de todos los jefes de departamento del Centro de Operaciones, Bob Herbert, Martha Mackall, Darrell McCaskey, Matt Stoll, Lowell Coffey, Liz Gordon, Phil Katzen y la propia Ann, y también les había agradecido no sólo por su trabajo sino por su ingenuidad y cooperación: les dijo que jamás había visto un equipo que colaborara con más eficacia, en todos los frentes, y que estaba orgulloso del trabajo que habían realizado... y orgulloso de *ellos*, individualmente.

Estaba por salir de su oficina cuando llegó la llamada. Volvió a sentarse y esperó.

Ann esperó con él.

La mujer no podía dejar de sonreír. No sólo estaba contenta por cómo habían salido las cosas para el Centro de Operaciones; no sólo porque todas las redes de televisión habían dado la primicia de la destrucción del Nodong; no sólo porque ella y su equivalente en el Pentágono, Andrew Porter, le habían vendido a la prensa que lo que Gregory Donald y el general Michael Schneider habían hecho eran los actos de dos humanistas, no de dos partisanos. Habían producido una noticia rápida, honesta y fuerte, de modo que cualquier cosa que dijera la prensa de Corea del Norte acerca de los planes del mayor Lee sonaría ingrata y vengativa.

Ann también se sentía feliz por Paul.

Se las había ingeniado para manejar conjuntamente la responsabilidad del Centro de Operaciones y la responsabilidad de ser padre y esposo. Ninguno de esos trabajos era fácil, ninguno era *part-*

time. No sabía cómo se las había arreglado. Sharon Hood tal vez nunca sabría todo lo que este día le había costado a Paul, pero Ann lo sabía. Deseaba tener alguna manera de *hacérselo saber*... pero no se le ocurría nada.

¡La secretaria de Prensa se había quedado sin palabras!, rió para sí misma.

No, no era del todo cierto. Lo que Ann tenía para decir no era algo que una devota admiradora tuviera el derecho de expresar a una esposa. Sólo podía decir que Paul Hood era un hombre muy especial, un hombre de buen corazón, íntegro y dueño de una inmensa reserva de amor. Lo que Ann tenía para decirle a Sharon, aunque fuera imaginariamente, era que protegiera a Paul y que le permitiera a él protegerla... que recordara que un día dejaría de lado el trabajo, los hijos habrían crecido, y el amor que ambos habían sostenido florecería y los colmaría de riqueza.

Paul les estaba diciendo cómo quería que se llevara a cabo el servicio en memoria de Gregory Donald y Bass Moore, aunque ella casi no podía escucharlo. Su mente, y su corazón, estaban en otra parte... con Paul, en un mundo imaginario donde él la abrazaba al terminar la jornada de trabajo, la llevaba a cenar a un lugar de comida rápida e informal, y luego la acompañaba a casa y le hacía el amor y se dormía con su vigoroso pecho apoyado contra su espalda...

—¿Señor Hood? —dijo Bugs a través de la computadora.

—¿Sí?

—Viene el presidente.

Hood soltó una carcajada cuando Bugs puso en pantalla las imágenes transmitidas por la cámara de video del corredor. El presidente saludaba a los empleados del Centro de Operaciones, se detenía apenas a estrechar las manos de esos desconocidos, mirándolos sólo el tiempo imprescindible para pasar de uno a otro.

Paul se puso de pie cuando el presidente entró en su oficina, junto con todos los jefes de departamento que aún no lo habían hecho. El presidente los miró uno por uno y les hizo señas para que volvieran a sentarse.

Todos lo hicieron, excepto Paul. El presidente se acercó a él y le estrechó la mano.

—Gran trabajo, jefe de la Fuerza de Tareas Coreanas.

—Gracias, señor.

Ann suspiró imperceptiblemente tras ellos. *No era la Fuerza de Tareas Coreanas. Eran Paul y el Centro de Operaciones.*

El presidente giró sobre sí mismo, con las manos juntas.

—Excelente, excelente trabajo. Todos los que han participado en este proyecto, Paul y el comando Striker y el personal de Seguridad Nacional a cargo de Steve Burkow, todos ustedes, han actuado generosamente superando todas las expectativas razonables.

—Todos recibimos ayuda —dijo Hood—. De Gregory Donald, de

Kim Hwan de la KCIA, del oficial de Corea del Norte en el emplazamiento de los Nodong...

—Naturalmente, Paul. Pero fue usted quien dirigió ese complejísimo sistema de colaboradores. El crédito es suyo y de todos los departamentos que hicieron lo imposible para manejar esta crisis. Aunque el general Schneider dice que planea pedir una medalla civil para el señor Donald. Dice que él mismo quiere condecorarlo postmortem. También habrá medallas para los hombres del comando Striker que hicieron tantos sacrificios.

Tantos sacrificios, pensó Ann. Eso decía el presidente cuando no sabía cuántos heridos y muertos había ocasionado una refriega. Pero se negó a permitir que la ignorancia del presidente Lawrence le arruinara el momento, y anhelaba que Paul siguiera mencionando a la gente que los había ayudado. Todo lo que él hacía parecía elevarlo a sus ojos.

—Pero —proseguía el presidente—, no vine aquí sólo para agradecerles los servicios prestados a la nación. Cuando fundé el Centro de Operaciones hace seis meses, lo hice como una prueba... queríamos crear, yo y algunos otros, como el secretario Colón y Steve Burkow, una oficina adjunta que fuera útil, un equipo de manejo de crisis que interactuara con nuestras oficinas de Inteligencia ya existentes. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de si funcionaría o no. —El presidente esbozó una ancha sonrisa—. Por cierto, ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo *bien* que funcionaría.

Lowell Coffey aplaudió suavemente.

El presidente siguió hablando:

—En lo que nos concierne a mí y a mis consejeros, el Centro de Operaciones ha ganado el derecho a volar con sus propias alas. Ya no forman parte de un equipo provisorio, y me gustaría bautizarlos mañana, formal y definitivamente, en un almuerzo privado que celebraremos en la Casa Blanca.

—Señor presidente —dijo Hood—, todos nosotros apreciamos su voto de confianza. Los últimos seis meses fueron largos, pero el día de hoy fue más largo todavía... y estamos felices porque todo salió como esperábamos. Pero me temo que mañana no podré almorzar con usted.

—¿En serio? —preguntó azorado. Se golpeó la frente—. Si tienen un plan más divertido, me agradaría venir.

—No se trata de eso, señor —respondió Hood con una sonrisa—. Mañana me tomaré el día libre para enseñarle a mi hijo a jugar al ajedrez y leer unas cuantas historietas violentas con él.

El presidente asintió y sonrió sinceramente.

Ann Farris aplaudió con extrema suavidad.